



PREMIO LOCUS Y NEBULA 2017

TODOS  
LOS  
PAJAROS  
DEL  
CIELO  
CHARLIE  
JANE  
ANDERS

Lectulandia

Patricia es una bruja que tiene el don de comunicarse con los animales. Laurence es un geek que ha construido una máquina del tiempo que le permite viajar dos segundos hacia el futuro. Juntos sobreviven como pueden al infierno de crecer siendo los raros, los marginados. Hasta que sus vidas toman caminos diferentes... Cuando se reencuentran, ya adultos, Laurence se ha convertido en un genio de la ingeniería que trata de salvar el mundo —o al menos a un 10% de la población mundial— en el San Francisco de un futuro próximo. Por su parte, Patricia ha terminado sus estudios en Eltisley Maze, la academia oculta para magos y brujas, y trabaja en secreto para intentar paliar los innumerables males que asolan la Tierra. Aunque provienen de mundos enfrentados, la bruja y el científico descubrirán que tal vez tengan más en común de lo que piensan.

**Lectulandia**

Charlie Jane Anders

# **Todos los pájaros del cielo**

ePub r1.0

Titivillus 22.05.2019

Charlie Jane Anders, 2016  
Traducción: Natalia Cervera

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Todos los pájaros del cielo

Libro primero

1

2

Libro segundo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Libro tercero

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Libro cuarto

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Para Annalee

En el juego de la vida y la evolución hay tres jugadores sentados a la mesa: los seres humanos, la naturaleza y las máquinas. Yo apoyo firmemente a la naturaleza. Pero la naturaleza, sospecho, está de parte de las máquinas.

George Dyson, *Darwin entre las máquinas*



## **Libro primero**

# 1

Cuando tenía seis años, Patricia encontró un pájaro herido. El gorrión se revolvía encima de unas hojas rojizas húmedas, amontonadas entre dos raíces, agitando el ala rota. Llorando, con un tono casi demasiado agudo para el oído de Patricia. Miró al gorrión a los ojos, rodeados de una franja negra, y vio su miedo. No solo miedo; también abatimiento, como si el pájaro supiera que iba a morir pronto. Patricia seguía sin entender cómo la vida podía abandonar para siempre el cuerpo de alguien, pero se daba cuenta de que aquel pájaro luchaba contra la muerte con todas sus fuerzas.

Patricia se propuso de todo corazón hacer cuanto estuviera en su mano para salvarlo. Aquello fue lo que provocó que le plantearan una pregunta para la que no había ninguna respuesta buena, y que la marcó de por vida.

Con mucha delicadeza, cogió el gorrión con una hoja seca y lo depositó en su cubo rojo. Los rayos del sol de la tarde incidían horizontalmente en el cubo y bañaban al pájaro con una luz roja que le confería un aspecto radiactivo. El pájaro seguía revolviéndose, intentando volar con un ala.

—No pasa nada —le dijo Patricia al pájaro—. Te tengo. Todo va bien.

No era la primera vez que Patricia veía a un animal en apuros. A Roberta, su hermana mayor, le gustaba recoger animales salvajes para jugar con ellos. Roberta metía ranas en una batidora oxidada que su madre había tirado y embutía ratones en su lanzacohetes casero para ver hasta dónde podía lanzarlos. Pero aquella era la primera vez que Patricia miraba a un ser vivo dolorido y lo veía realmente, y cuanto más se posaban sus ojos en los del pájaro, más firmemente se prometía que lo protegería.

—¿Qué pasa? —preguntó Roberta, saliendo de repente de entre unas ramas cercanas.

Las dos eran pálidas, con el pelo castaño oscuro que crecía tieso se hiciera lo que se hiciera y la nariz chata. Pero Patricia era una chica indómita y desaliñada de cara redonda, ojos verdes y manchas de hierba perpetuas en el peto desgastado. Ya se estaba convirtiendo en la chica con la que otras chicas no querían sentarse porque era demasiado activa, hacía chistes sin sentido y lloraba cuando pinchaban el globo a quien fuera, no solo a ella. Roberta, por

su parte, tenía los ojos marrones, el mentón en punta y una postura absolutamente perfecta cuando se sentaba impertérrita en una silla para adultos con un vestido blanco y limpio. Cuando iban a nacer, y fue el caso de las dos, los padres deseaban tener un hijo y habían elegido un nombre de antemano. Con la llegada de cada hija se limitaron a feminizar el nombre que ya tenían.

—He encontrado un pájaro herido —dijo Patricia—. No puede volar; tiene un ala destrozada.

—¿A que puedo hacerlo volar? —dijo Roberta, y Patricia supo que hablaba de su lanzacohetes—. Tráemelo y ya verás lo bien que vuela.

—¡No! —A Patricia se le anegaron los ojos y sintió que le faltaba el aliento—. ¡No puedes! ¡No puedes! —Y echó a correr a toda velocidad, con el cubo rojo en la mano. Oía a su hermana detrás, aplastando ramas a su paso. Corrió más deprisa, de vuelta a casa.

Su casa había sido una tienda de especias cien años atrás, y conservaba el olor de la canela, la cúrcuma, el azafrán y el ajo, todo ello mezclado con un leve aroma a sudor. Habían pisado los perfectos suelos de tarima visitantes de la India, de China y de todas partes, que transportaban cualquier condimento que existiera en el mundo. Si cerraba los ojos y aspiraba a fondo, Patricia podía imaginar a la gente que descargaba cajas de madera envueltas en papel continuo y estampadas con los nombres de ciudades como Marrakech y Bombay. Sus padres habían leído en una revista un artículo sobre la renovación de edificios comerciales coloniales y se habían hecho con aquel, y se pasaban el día gritando a Patricia hasta que se les hinchaban las venas de la frente, diciéndole que no corriera dentro de casa ni arañara ninguna de las perfectas molduras de roble. Los padres de Patricia eran de esos que pueden estar de buen humor y enfadados casi a la vez.

Patricia se detuvo en un pequeño claro rodeado de arces, cerca de la puerta trasera.

—Está bien —le dijo al pájaro—. Voy a llevarte a casa. En el desván hay una jaula vieja; sé dónde está. Es una jaula muy bonita, con un palo para posarse y un columpio. Te meteré ahí y se lo diré a mis padres. Si te pasa algo, contendré la respiración hasta desmayarme. Te mantendré a salvo. Te lo prometo.

—¡No! —dijo el pájaro—. ¡Por favor! No me encierres. Preferiría que me matases ahora mismo.

—Pero... —dijo Patricia, más desconcertada por que el pájaro rechazara su protección que por que estuviera hablándole—. Puedo mantenerte a salvo.

Puedo traerte bichos, semillas o lo que sea.

—El cautiverio es peor que la muerte para un pájaro como yo —dijo el gorrión—. Escucha. Me oyes hablar, ¿verdad? Eso significa que eres especial. ¡Como una bruja! O algo así. Y eso significa que tienes el deber de hacer lo correcto. Por favor.

—Oh. —Todo aquello era demasiado para que Patricia pudiera digerirlo de golpe. Se sentó en una raíz particularmente grande y nudosa, con una gruesa corteza que se notaba algo húmeda y recordaba un poco a una hilera de rocas dentadas. Podía oír a Roberta golpear la maleza y el suelo con un gran palo en forma de Y, en el claro contiguo, y se preguntó, preocupada, qué ocurriría si los oía hablar—. Pero... —dijo Patricia, en voz baja para que su hermana no la oyera—. Pero tienes el ala herida, ¿verdad?, y necesito cuidarte. Estás atrapado.

—Bueno. —El pájaro pareció meditarlo un momento—. No sabes reparar un ala rota, ¿a que no? —Agitó el ala herida. Al principio parecía simplemente de un gris parduzco, pero al mirarlo de cerca, Patricia vio que tenía franjas rojas y amarillas en las alas, el abdomen blanco como la nieve y un pico oscuro ligeramente serrado.

—No. No tengo ni idea. Lo siento.

—Vale. Así que podrías dejarme en un árbol y esperar que haya suerte, aunque probablemente me comerán o me moriré de hambre. —Ladeó la cabeza—. O... En fin, hay una cosa.

—¿Qué? —Patricia se miró las rodillas a través de los agujeros deshilachados del peto vaquero y pensó que tenía las rótulas en forma de huevos extraños—. ¿Qué? Miró al gorrión, que a su vez la examinaba desde el cubo con un ojo, como si intentara decidir si confiar en ella.

—Bueno —pio el pájaro—. En fin, podrías llevarme al Parlamento de las Aves. Pueden reparar un ala sin problema. Y si vas a ser bruja, deberías conocerlas de todas formas. Son las aves más listas de por aquí. Siempre se reúnen en el árbol más majestuoso del bosque. Casi todas tienen más de cinco años.

—Yo tengo más —dijo Patricia—. Tengo casi siete años; los cumplo en cuatro meses. O cinco. —Oía acercarse a Roberta, así que cogió el cubo y se adentró en el bosque a la carrera.

El gorrión, que se llamaba Dirrpdirrpisilbador, abreviado Dirrp, intentaba guiar a Patricia hacia el Parlamento de las Aves lo mejor que podía, pero desde dentro del cubo no veía por dónde iban, y Patricia no encontraba sentido a sus descripciones de las cosas que debía buscar. Todo aquello le

recordaba los ejercicios de cooperación del colegio, en los que no tenía nada que hacer desde que se mudó Kathy, su única amiga. Al final se puso a Dirrp en el dedo, como Blancanieves, y este se le subió al hombro de un saltito.

Anochece. El bosque era tan denso que Patricia casi no veía las estrellas ni la luna; se cayó varias veces y se arañó las manos y las rodillas, y se llenó el peto de tierra. Dirrp se aferraba con tanta fuerza al tirante del peto que le clavaba las uñas y casi le perforaba la piel. Cada vez estaba menos seguro de adónde iban, aunque sí sabía que el Árbol majestuoso estaba cerca de un arroyo, o puede que de un prado. Desde luego, estaba convencido de que era un árbol muy denso, apartado de los otros árboles, y que vistas desde el ángulo adecuado, las dos ramas principales del Árbol del Parlamento se desplegaban como alas. También le resultaba fácil saber en qué dirección avanzar, a partir de la posición del sol. Si no se hubiera puesto.

—Estamos perdidos en el bosque —dijo Patricia con un estremecimiento—. Seguramente acabaré en la tripa de un oso.

—No creo que haya osos en este bosque —dijo Dirrp—. Y si nos ataca alguno, puedes probar a hablar con él.

—¿Así que ahora puedo hablar con todos los animales? —A Patricia le parecía que iba a serle útil; por ejemplo, podía convencer al caniche de Mary Fenchurch de que mordiera a su dueña si volvía a tratarla con crueldad. O si la siguiente niñera que contrataran sus padres tenía un animal doméstico...

—No lo sé —dijo Dirrp—. A mí nadie me explica nada.

Patricia decidió que lo único que podía hacer era encaramarse al árbol más cercano para ver si desde allí divisaba algo. Como una carretera. O una casa. O cualquier cosa que Dirrp reconociera.

Hacía mucho más frío en lo alto del gran roble viejo al que Patricia consiguió trepar. El viento la calaba como si fuera agua en vez de simple aire. Dirrp se cubrió la cara con el ala buena, y hubo que convencerlo para que mirase alrededor.

—Venga, vale —gorjeó—. A ver si consigo identificar el paisaje; no tenemos precisamente una vista de pájaro. La vista de pájaro estaría muy, muy por encima de esto. Tenemos una vista de ardilla, en el mejor de los casos. —Recorrió a saltos la copa del árbol hasta que divisó lo que podría ser uno de los árboles que señalizaban el camino del Árbol del Parlamento—. No estamos demasiado lejos. —Ya sonaba más alegre—. Pero tenemos que darnos prisa; no suelen reunirse de noche, a no ser que estén debatiendo algún asunto peliagudo. O que se celebre el Turno de Preguntas. Pero más te vale confiar en que no sea el Turno de Preguntas.

—¿Qué es el Turno de Preguntas?

—No quieres saberlo —dijo Dirrp.

A Patricia le estaba costando mucho más bajar del árbol de lo que le había costado subir, cosa que le parecía injusta. Se sentía constantemente a punto de perder pie, y la caída era de cuatro metros por lo menos.

—¡Anda!, ¡un pájaro! —dijo una voz desde la oscuridad justo cuando Patricia llegaba al suelo—. Ven aquí, pajarito, que solo quiero darte un mordisquito.

—Oh, no —dijo Dirrp.

—Te prometo que no jugaré mucho contigo —dijo la voz—. Será divertido, ya verás.

—¿Quién es? —preguntó Patricia.

—Tommington —respondió Dirrp—. Es un gato. Vive en una casa con personas, pero viene al bosque y mata a muchos de mis amigos. El Parlamento debate continuamente qué hacer con él.

—Oh. No me da miedo un gatito.

Tommington saltó, impulsado desde un tronco, y aterrizó en la espalda de Patricia como un proyectil peludo. Y con garras afiladas. Patricia chilló y estuvo a punto de caer de bruces.

—¡Quítate de encima! —dijo.

—¡Dame el pájaro! —respondió Tommington.

El gato negro de tripa blanca pesaba casi lo mismo que ella. Mostró los dientes y bufó en el oído de Patricia sin dejar de arañarla.

Patricia hizo lo único que se le ocurrió: cerró una mano alrededor del pobre Dirrp, que se sujetaba como podía, y se dobló hacia delante hasta casi tocarse los zapatos con la mano libre. El gato salió volando de su espalda, sin parar de refunfuñar.

—Cállate y déjanos en paz —dijo Patricia.

—Sabes hablar. Es la primera vez que oigo hablar a un ser humano. ¡Dame ese pájaro!

—No. Sé dónde vives. Conozco a tu dueño. Como te portes mal, se lo diré. Pienso chivarme. —Era un farol, más o menos. No sabía de quién era Tommington, pero igual su madre sí. Y si se presentaba en casa cubierta de mordiscos y arañazos, su madre se enfurecería. Con ella, pero también con el amo de Tommington. A nadie le convenía provocar la ira de la madre de Patricia, porque su profesión consistía en enfadarse y se le daba de maravilla.

Tommington había aterrizado de pie, con el pelo erizado y las orejas como puntas de flecha.

—¡Dame ese pájaro! —maulló.

—¡No! —dijo Patricia—. ¡Gato malo! —Le tiró una piedra. Tommington soltó un gemido agudo. Le tiró otra y el gato huyó a la carrera—. Vamos —le dijo a Dirrp, que no tenía voz ni voto en todo aquello—. Vámonos de aquí.

—No podemos permitir que ese gato averigüe dónde está el Parlamento —susurró Dirrp—. Si nos sigue, encontrará el Árbol, y menudo desastre. Deberíamos andar en círculos, como si estuviéramos perdidos.

—Es que estamos perdidos —dijo Patricia.

—Tengo una idea bastante aproximada de cómo ir desde aquí. Por lo menos, una noción o algo.

Al otro lado del árbol más grande se agitó la maleza y, durante un segundo, la luna iluminó un par de ojos rodeados de pelo y la chapa de un collar.

—¡Estamos perdidos! —dijo Dirrp en un trino lastimero—. Ese gato puede acecharnos eternamente. Para el caso, podrías ponerme en manos de tu hermana. No hay nada que hacer.

—Un momento. —Patricia empezaba a recordar algo sobre los gatos y los árboles; lo había visto en un libro de ilustraciones—. Sujétate bien, pajarito. Sujétate muy bien, ¿vale?

La única respuesta de Dirrp consistió en aferrarse con más fuerza al tirante del mono. Patricia examinó unos cuantos árboles hasta que dio con uno de ramas bastante resistentes, y se puso a trepar. Estaba más cansada que antes y resbaló un par de veces. En una ocasión se aupó hasta la rama siguiente con las dos manos y después, al mirarse el hombro, no vio a Dirrp. Se quedó sin aliento hasta que vio asomar su cabeza, y se dio cuenta de que simplemente se había agarrado al tirante más cerca de la espalda.

Por fin estaban en lo alto del árbol, que se balanceaba un poco con el viento. Tommington no los seguía. Patricia miró a su alrededor dos veces, en todas direcciones, hasta que vio una silueta peluda en el suelo.

—¡Gato estúpido! —gritó—. ¡Gato estúpido! ¡No puedes alcanzarnos!

—Eres la primera persona que conozco que sabe hablar —maulló Tommington—, ¿y crees que el estúpido soy yo? ¡Graaah! ¡Vas a probar mis garras!

El gato, que probablemente tenía mucha práctica en trepar por uno de esos castillos acolchados en su casa, corrió tronco arriba, saltó a una rama y después a otra más alta. Antes de que Patricia y Dirrp se dieran cuenta de qué ocurría, el gato estaba a mitad de camino.

—¡Estamos atrapados! ¿En qué estabas pensando? —cantó Dirrp.

Patricia esperó a que Tommington llegara arriba para pasar al otro lado del árbol y bajar de rama en rama, tan deprisa que estuvo a punto de dislocarse el hombro, y al final aterrizó de culo con un «¡Ufff!».

—¡Eh! —dijo Tommington desde la copa del árbol, donde sus ojazos reflejaban la luz de la luna—. ¿Dónde os habéis metido? ¡Volved aquí!

—Eres un gato malo —dijo Patricia—. Eres un abusón y voy a dejarte ahí arriba. Deberías pensar en lo que has estado haciendo. No está bien ser tan malo. Mañana me encargaré de que venga alguien a bajarte, pero por ahora puedes quedarte ahí. Tengo cosas que hacer. Adiós.

—¡Esperad! No puedo quedarme aquí arriba. ¡Está demasiado alto! ¡Tengo miedo! ¡Volved!

Patricia no miró atrás. Oyó los gritos de Tommington durante un buen rato, hasta que cruzaron una amplia línea de árboles. Se perdieron dos veces más, y Dirrp se echó a llorar contra el ala buena hasta que se toparon con un sendero que conducía al Árbol secreto. Desde ahí solo había que subir por una cuesta empinadísima, llena de raíces semienterradas.

Lo primero que vio Patricia fue la copa del Árbol del Parlamento, y después pareció que iba saliendo de la tierra, haciéndose más alto e impresionante a cada paso. Su forma recordaba vagamente la de un pájaro, tal como había dicho Dirrp, pero en vez de plumas tenía ramas oscuras con pinchos y hojas que llegaban hasta el suelo. Se alzaba como la iglesia más alta del mundo. O como un castillo. Patricia no había visto nunca un castillo, pero suponía que se alzarían así.

Cien pares de alas aletearon con su llegada y después pararon. Una amplia colección de formas desapareció dentro del árbol.

—No pasa nada —dijo Dirrp—. Viene conmigo. Me he roto un ala y me ha traído aquí para que me ayudéis.

Durante largo rato no hubo más respuesta que el silencio. Entonces asomó un águila cerca de la parte superior del árbol, un ave de cabeza blanca con el pico curvado y unos ojos claros que taladraban.

—No deberías haberla traído —dijo el águila.

—Lo siento —dijo Dirrp—, pero no pasa nada. Sabe hablar. Sabe hablar de verdad. —Giró hacia el oído de Patricia—. ¡Enséñaselo! ¡Enséñaselo!

—Uh... Hola —dijo Patricia—. Siento molestaros, pero necesitamos vuestra ayuda.

Al oír hablar a una humana, todas las aves se precipitaron en un frenesí de clamores y gorjeos, hasta que un gran búho, cerca del águila, golpeó la rama con una piedra y gritó:



—¡Orden! ¡Orden!

El águila adelantó la algodonosa cabeza blanca para examinar a Patricia.

—Así que eres la nueva bruja de nuestro bosque, ¿eh?

—No soy una bruja. —Patricia se mordisqueó el pulgar—. Soy una princesa.

—Más te vale ser una bruja. —El gran cuerpo del águila se agitó en la rama—. Porque si no, Dirrp ha transgredido la ley al traerte a nuestra presencia, y tendremos que castigarlo. Y desde luego, en ese caso no lo ayudaremos a curarse el ala.

—Oh. Entonces soy una bruja, supongo.

—Ah. —El águila hizo chocar el pico ganchudo—. Pero tienes que demostrarlo, o tanto Dirrp como tú seréis castigados.

A Patricia no le gustó como sonaba aquello. Varias aves se pusieron a hablar del reglamento, y un cuervo inquieto se puso a recitar cuestiones clave de la normativa parlamentaria. Un pájaro se puso tan pesado que el águila se vio obligada a ceder la rama al Honorable Caballero de Robleancho, que entonces se olvidó de lo que iba a decir.

—¿Y cómo demuestro que soy una bruja? —Patricia se preguntaba si podría salir corriendo. Los pájaros eran muy veloces, ¿verdad? Probablemente no podría escapar de una bandada, y como se enfadaran con ella... Sobre todo si eran pájaros mágicos.

—Bien. —Un gran pavo que ocupaba una rama baja, con un zarzo que recordaba la corbata roja de los jueces, se enderezó y pareció consultar unas marcas talladas en el tronco del Árbol antes de volverse y soltar un elevado y cultivado *grlp*—. Bien —repitió—. En la literatura se describen diversos métodos reconocidos. Algunos son juicios a muerte, pero quizá sea mejor dejarlos de lado de momento. También hay una serie de ritos, pero para eso es necesario tener cierta edad... Ah, aquí hay uno muy bueno: podemos plantearle la Pregunta Infinita.

—Ohhh, la Pregunta Infinita —dijo un urogallo—. Qué emoción.

—Yo nunca he oído a nadie responder a la Pregunta Infinita —dijo un azor—. Es más divertido que el Turno de Preguntas.

—Hmmm —dijo Patricia—. ¿La Pregunta Infinita lleva mucho tiempo? Porque seguro que mis padres están preocupados. —No paraba de pensar en que ya debería haber cenado y haberse ido la cama, pero estaba aterida en pleno bosque, por no mencionar que seguía sin saber dónde estaba.

—Demasiado tarde —dijo el urogallo.

—Vamos a plantearla —dijo el águila.

—Esta es la pregunta —dijo el búho—: ¿Los árboles son rojos?

—Uh... ¿Podéis darme una pista? Hmmm, ¿rojos, de color rojo? —Los pájaros no respondieron—. ¿Podéis darme más tiempo? Prometo que contestaré, pero necesito más tiempo para pensar. Por favor. Necesito más tiempo. ¿Por favor?

Lo siguiente que supo Patricia fue que su padre la cogía en brazos. Se había puesto la camisa de lija, le raspaba la cara con la barba pelirroja y todo el tiempo estaba a punto de dejarla caer, porque intentaba trazar con las manos complejas fórmulas de valoración mientras la llevaba en brazos, pero a ella le daba igual porque seguía estando calentita y era perfecto que su papá la llevara a casa.

—Estaba en la linde del bosque de aquí cerca —le dijo su padre a su madre—. Se habrá perdido y habrá salido por otro sitio. Es un milagro que esté bien.

—Nos has dado un susto de muerte. Hemos estado buscándote, con todos los vecinos. Juraría que te piensas que mi tiempo no vale nada. Me has hecho perder el plazo de entrega de un análisis de productividad de la gestión. —La madre de Patricia tenía el pelo recogido, lo que le hacía más puntiagudas la nariz y la barbilla. Subió los hombros huesudos casi hasta los pendientes antiguos.

—Solo quiero entender a qué ha venido esto —dijo el padre de Patricia—. ¿Qué te hemos hecho para que te comportes así?

Roderick Delfine era un genio del sector inmobiliario que trabajaba mucho en casa y se encargaba de las niñas entre niñera y niñera, sentado en un taburete de la barra que daba a la cocina y con el ancho rostro hasta las cejas de ecuaciones. A Patricia se le daban bastante bien las matemáticas, menos cuando pensaba demasiado en lo que no era, como que el tres parecía un ocho partido por la mitad y, por tanto, dos treses deberían valer ocho.

—Nos está poniendo a prueba —dijo la madre de Patricia—. Pone a prueba nuestra autoridad porque hemos sido demasiado blandos con ella.

Belinda Delfine había sido gimnasta, y sus padres la habían sometido a océanos de presión para que fuera la mejor, aunque nunca entendió que la gimnasia tuviera jueces; deberían medirlo todo con cámaras y puede que láseres. Conoció a Roderick cuando este empezó a asistir a todos sus torneos, y juntos idearon un sistema de medición gimnástica absolutamente objetivo que nadie había adoptado jamás.

—Mírala. Se está riendo de nosotros —añadió, como si no tuviera a Patricia delante—. Tenemos que demostrarle que vamos en serio.

A Patricia no le había parecido estar riéndose, en absoluto, pero ahora estaba aterrorizada pensando que podía haber dado esa impresión. Se esforzó un montón para poner la cara más seria que pudo.

—Yo nunca me habría escapado así —dijo Roberta; se suponía que debía dejarlos a solas a los tres en la cocina, pero había entrado a buscar un vaso de agua y a jactarse.

Dejaron a Patricia encerrada en su cuarto una semana. Le pasaban la comida por debajo de la puerta, que tendía a raspar la parte superior de cualquier cosa que hubiera en el plato. Por ejemplo, si era un sándwich, la puerta le quitaba el pan de arriba. No apetece mucho comerse un sándwich cuando la puerta se ha comido el primer bocado, pero si se tiene bastante hambre, se come.

—Piensa en lo que hiciste —decían los padres.

—Puedo comerme todos sus postres de los siete próximos años —decía Roberta.

—¡Ni hablar! —decía Patricia.

Toda la experiencia del Parlamento de las Aves se convirtió en una especie de bruma para Patricia. La recordaba sobre todo en sueños y fragmentos. Una o dos veces, en clase, la asaltó la imagen de un pájaro que le hacía una pregunta, pero no recordaba qué le había preguntado ni si había respondido. Había perdido la capacidad de entender el habla de los animales mientras estaba encerrada en su habitación.

## 2

Odiaba que lo llamaran Larry. No lo soportaba. Y así, por supuesto, todo el mundo lo llamaba Larry, hasta sus padres a veces. «Me llamo Laurence — insistía, mirando al suelo—. Con u, no con uve doble». Laurence sabía quién era y cómo funcionaba, pero el mundo se negaba a reconocerlo.

En el colegio, los otros niños lo llamaban Larry Barry o Larry Fairy. O, cuando se enfadaba, TemibLarry, aunque era una expresión de ironía infrecuente entre los trogloditas de sus compañeros, ya que, de hecho, Larry no tenía nada de temible. Normalmente anteponían un «Oooh» para explicar el chiste. Tampoco era que a Laurence le apeteciera ser temible; solo quería que lo dejaran en paz y, tal vez, que los demás lo llamaran por su nombre si tenían que hablar con él.

Laurence era menudo para su edad, con el pelo del color de las hojas de finales de otoño, la mandíbula alargada y unos brazos como cuellos de caracol. Sus padres le compraban la ropa de una talla y media más, porque no paraban de pensar que en cualquier momento daría el estirón e intentaban ahorrar. Así que se pasaba la vida tropezando con las perneras demasiado largas y abultadas de los vaqueros y con las manos perdidas en las mangas de la cazadora. Aunque hubiera intentado tener una planta intimidatoria, la falta de manos y pies visibles se lo habría puesto difícil.

Lo único bueno de la vida de Laurence eran los juegos de PlayStation ultraviolentos en los que vaporizaba a miles de enemigos imaginarios. Pero después encontró otras cosas en Internet: rompecabezas que tardaba horas en resolver y juegos multijugador en los que libraba intrincadas campañas. No tardó mucho en ponerse a escribir código.

Al padre de Laurence se le habían dado bastante bien los ordenadores, pero después creció y se puso a trabajar en seguros, donde también se valoraba la destreza numérica pero no era nada que pudiera interesar oír a nadie. Últimamente estaba de los nervios porque pensaba que iba a quedarse sin trabajo y todos se iban a morir de hambre. La madre de Laurence estaba escribiendo la tesis de Biológicas cuando se quedó embarazada y su director

de tesis se largó, y entonces decidió tomarse un tiempo libre y nunca retomó los estudios.

Los dos estaban preocupadísimos porque Laurence se pasaba delante del ordenador todas las horas que estaba despierto y acabaría con una disfunción social, como su tío Davis. Así que lo obligaron a asistir a una sucesión interminable de clases destinadas a Sacarlo de Casa: judo, baile moderno, esgrima, waterpolo para principiantes, natación, comedia de improvisación, boxeo, paracaidismo y, lo peor de todo, los fines de semana de supervivencia. En todas aquellas clases se veía obligado a ponerse otro uniforme que le quedaba grande mientras los niños gritaban «Larry, Larry, gililarry» y le hacían aguadillas o lo tiraban antes de tiempo del avión o lo obligaban a improvisar mientras lo sostenían cabeza abajo por los tobillos.

Laurence se preguntaba si no habría por ahí otro niño, llamado Larry, a quien le diera igual que lo tirasen por la ladera de una montaña. Larry podría ser la versión de Laurence en un universo alternativo, y quizá le bastaría con acumular toda la energía solar que llegaba a la Tierra durante cinco minutos o así para generar en la bañera una fisura localizada del espaciotiempo e ir al otro universo a secuestrar a Larry. Así, Larry podría salir a que lo torturasen y Laurence podría quedarse en casa. La parte difícil era dar con la forma de agujerear el universo antes del torneo de judo, para el que faltaban dos semanas.

—Eh, Larry Fairy —dijo Brad Chomner en el colegio—. Piensa deprisa. —Era una de esas frases a las que Laurence no encontraba el menor sentido, ya que la gente que decía «Piensa deprisa» tendía a pensar notablemente despacio. Y solo lo decían cuando estaban a punto de hacer algo que contribuyera a la inercia mental colectiva. Aun así, nunca se le había ocurrido una réplica adecuada para «Piensa deprisa», y no habría tenido tiempo de soltarla, fuera la que fuera, porque siempre le pasaba algo desagradable al instante. Laurence tuvo que ir a limpiarse.

Un día, Laurence encontró en Internet unos esquemas que se imprimió y releyó cien veces hasta que empezó a entender qué significaban, y en cuanto los combinó con un diseño de batería solar que se encontró enterrado en un post de un foro antiguo, empezó a tener algo. Le robó a su padre el viejo reloj de pulsera sumergible, y lo ensambló con varias piezas rescatadas de un montón de microondas y teléfonos móviles y unos cuantos chismes de una

tienda de electrónica. Al final tenía una máquina del tiempo funcional que se ajustaba a la muñeca.

El dispositivo era sencillo: solo tenía un botón, y cuando se pulsaba se saltaba dos segundos hacia delante. No podía hacer nada más; no había forma de ampliar el alcance ni de retroceder. Laurence probó a filmarse con la webcam y se encontró con que cuando pulsaba el botón era como si desapareciera brevemente. Pero solo podía usarlo de tarde en tarde si no quería tener el peor dolor de cabeza de su vida.

Al cabo de unos días, Brad Chomner le dijo «Piensa deprisa», y Laurence pensó deprisa y se pulsó el botón de la muñeca. La masa blancuzca que volaba en su dirección aterrizó con un *chof*. Todo el mundo miró a Laurence, al rollo de papel higiénico mojado que se desparramaba por las baldosas y otra vez a Laurence. Laurence puso el «reloj» en standby, lo que significaba que no le funcionaría a nadie que trasteara con él. Pero no tenía por qué preocuparse: todo el mundo pensó que simplemente se había agachado con unos reflejos sobrehumanos. El señor Grandison salió del aula echando humo y preguntó que quién había tirado ese rollo de papel higiénico, a lo que todo el mundo contestó que Laurence.

Ser capaz de saltarse dos segundos podía resultar bastante útil, si se elegían los dos segundos adecuados. Como cuando estaba cenando con sus padres y su madre acababa de hacer un comentario sarcástico sobre su padre, al que habían vuelto a olvidar en una ronda de ascensos, y sabía que su padre iba a tener un estallido de resentimiento breve pero letal. Había que calcular con una exactitud sobrenatural para pulsar el botón en el preciso instante en que se lanzaba la pulla. Había un centenar de indicios: el olor del guiso quemado, la sensación de que bajaba levemente la temperatura de la habitación, el crujido del hornillo al enfriarse... Podía dejar atrás la realidad y reaparecer cuando hubiera pasado.

Pero había muchas más ocasiones. Como cuando Al Danes lo lanzó de un columpio a la arena del parque de juegos; se desmaterializó justo al aterrizar. O cuando una niña pija estaba a punto de acercársele y fingir que era amable con él, solo para reírse de ello con sus amigas mientras se alejaban. O cuando un profesor se ponía a soltar un discurso especialmente tedioso; aunque solo fueran dos segundos, valía la pena ahorrárselos. Nadie parecía darse cuenta de que se desmaterializaba, quizá porque para eso habría que estar mirándolo fijamente y nadie lo miraba nunca. Le habría gustado poder usar el dispositivo más de unas pocas veces al día sin que le doliera la cabeza.

Además, saltar adelante en el tiempo solo realzaba el problema básico: Laurence no tenía expectativas de futuro.

Al menos así se sentía hasta que vio la imagen de la estilizada figura que relucía al sol. Mientras contemplaba las curvas sinuosas, el precioso cono del morro y los potentes motores, algo se despertó en su interior. Un sentimiento que no había experimentado en mucho tiempo: emoción. Este cohete casero de financiación privada se iba a poner en órbita gracias al extravagante inversor tecnológico Milton Dirth y unas docenas de amigos suyos, fabricantes o alumnos del MIT. Se lanzaría en unos días, cerca del campus, y Laurence tenía que estar allí. Jamás había deseado nada tanto como deseaba presenciar aquello personalmente.

—Papá —dijo Laurence. Ya empezaba con mal pie: su padre estaba mirando el portátil, con las manos ante la cara como si intentara protegerse el bigote, cuyos extremos coincidían con las marcadas arrugas de los lados de la boca. Laurence había elegido un mal momento. Demasiado tarde; ya se había lanzado—. Papá —repitió—, el martes hay una especie de prueba de un cohete. Lo explican en este artículo.

El padre de Laurence estaba a punto de quitárselo de encima cuando entró en acción alguna resolución semiolvidada de sacar tiempo para su hijo.

—Oh. —Siguió mirando el portátil, que mostraba una hoja de cálculo, hasta que lo cerró para prestar a Laurence tanta atención como pudo—. Sí, algo he oído. Es ese Dirth. Una especie de prototipo ligero, ¿no? Que más adelante se podría usar para alunizar en la cara oculta. Algo he oído. —A continuación se puso a bromear sobre un grupo antiguo llamado Floyd, la marihuana y la luz negra.

—Sí. —Laurence interrumpió la perorata de su padre antes de que la conversación se le fuera de las manos—. Eso es, Milton Dirth. Y me gustaría muchísimo ir a verlo. Es como una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida. He pensado que podríamos convertirlo en una actividad de padre e hijo. —Su padre no podía rechazar una actividad de padre e hijo, ya que equivaldría a reconocer que era un mal padre.

—Oh. —Su padre tenía una expresión avergonzada en los ojos hundidos tras las gafas de montura cuadrada—. ¿Quieres ir? ¿El martes que viene?

—Sí.

—Pero... Es que tengo trabajo. Ha salido un proyecto nuevo, y como no lo borde voy a quedar fatal. Y a tu madre no le hará gracia que faltes al colegio. Además, podrás verlo en el ordenador. Seguro que lo retransmiten por webcam o algo así. Ya sabes que esas cosas son aburridas en vivo: hay

que pasar mucho tiempo de pie y la mitad de las veces acaban retrasándolo. Si fueras, no podrías ver nada; lo apreciarás mejor por Internet. —Sonaba como si intentara convencerse a sí mismo tanto como a su hijo.

Laurence asintió. Cuando su padre se ponía a aducir razones, no servía para nada discutirseles. Así que no dijo nada hasta que pudo retirarse a salvo. Entonces subió a su habitación y se puso a mirar horarios de autocares.

Al cabo de unos días, mientras sus padres seguían durmiendo, Laurence bajó a hurtadillas al vestíbulo, donde el bolso de su madre reposaba en una mesita. Abrió el cierre como si de dentro fuera a saltar un animal vivo. Todos los ruidos de la casa sonaban demasiado altos: la cafetera que se calentaba y la nevera que zumbaba. Laurence sacó del bolso una cartera de cuero y cogió cincuenta pavos. Era la primera vez que robaba, y no dejaba de esperar que la policía irrumpiera por la puerta y lo esposara.

La segunda fase del plan de Laurence consistía en encararse con su madre justo después del robo. La pilló recién levantada, ojerosa y envuelta en la bata con estampado de caléndulas, y le dijo que había una excursión del colegio y tenía que firmarle una autorización: ya había entendido una gran verdad universal, y era que nadie le pedía la documentación de nada si él pedía la documentación primero. La madre de Laurence sacó un abultado bolígrafo ergonómico y garrapateó el justificante. Se le estaba pelando el esmalte. Laurence le dijo que a lo mejor se quedaban a dormir, en cuyo caso llamaría para avisar. Su madre agitó los rizos, de un rojo vivo, al asentir.

Mientras se dirigía a la estación de autocares, Laurence vivió un momento de nerviosismo. Iba a emprender un viaje él solo, nadie sabía dónde estaba y no llevaba más que cincuenta dólares en el bolsillo, aparte de una moneda romana falsa. ¿Y si alguien salía de detrás de los contenedores de la plaza comercial y lo atacaba? ¿Y si alguien lo arrastraba a una furgoneta y se lo llevaba a cientos de kilómetros para cambiarle el nombre a Darryl y obligarlo a vivir como un hijo escolarizado en casa? Laurence había visto un telefilme con ese argumento.

Pero entonces recordó los fines de semana de supervivencia, y que había encontrado agua potable y raíces comestibles, y que hasta había ahuyentado a aquella ardilla listada que parecía dispuesta a luchar con él por los víveres. Odiaba a muerte aquellas excursiones, pero si había sobrevivido a eso, era capaz de ir en autocar a Cambridge y averiguar cómo llegar al lugar del lanzamiento. Era Laurence de Ellenburg y era imperturbable. Acababa de darse cuenta de que la imperturbabilidad no tenía nada que ver con que la gente pudiera mancharle la ropa y empleaba el término siempre que podía.



—Soy imperturbable —le dijo al conductor del autocar, que se encogió de hombros como si él lo hubiera sido en otros tiempos hasta que alguien lo perturbó.

Laurence se había provisionado bien de comida, pero solo llevaba un libro, delgado y de tapa blanda, sobre la última gran guerra interplanetaria. Se lo terminó en una hora y se quedó sin nada que hacer salvo mirar por la ventanilla. Los árboles que flanqueaban la autopista parecían decelerar cuando el autocar pasaba junto a ellos, y después aceleraban de nuevo. Una especie de dilatación temporal.

El autocar llegó a la estación de Boston, y Laurence tenía que buscar el autobús. Fue caminando hasta Chinatown, donde había gente que vendía cosas en la calle y restaurantes con acuarios enormes en el escaparate, como si los peces quisieran examinar a los clientes potenciales antes de permitirles entrar. Después, ya en el autobús, cruzó el río, y el Museo de Ciencia resplandecía al sol de la mañana abriéndole los brazos de acero y cristal y exhibiendo el planetario.

No fue hasta que Laurence llegó al campus del MIT y estaba delante del Legal Sea Foods, intentando interpretar los códigos de los edificios en el plano, cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde se iba a producir el lanzamiento del cohete.

Laurence había imaginado que llegaría al MIT y sería como una versión ampliada de la Escuela Elemental de Murchison, con unos escalones en la entrada y un tablero de corcho donde la gente anunciaría las actividades. Ni siquiera pudo entrar en los dos primeros edificios que probó. Encontró un tablón donde se anunciaban conferencias, consejos para ligar y los premios Ig Nobel, pero no había ninguna mención de cómo presenciar el gran lanzamiento.

Acabó en Au Bon Pain, comiéndose una magdalena de maíz y sintiéndose estúpido. Si pudiera entrar en Internet, tal vez lograra averiguar qué hacer a continuación, pero sus padres aún no le dejaban tener móvil y, menos aún, portátil. En la cafetería sonaban temas antiguos y lastimeros: Janet Jackson se quejaba de que estaba muy sola y Britney Spears confesaba que había vuelto a hacerlo. Enfriaba cada trago de chocolate con un largo soplo mientras intentaba elaborar una estrategia.

No estaba el libro. El que había estado leyendo en el autocar. Lo había dejado en la mesa, junto a la magdalena, y ya no estaba. No, un momento: lo tenía una mujer de veintitantos años, de trenzas largas castañas, rostro ancho

y un jersey rojo tremendamente peludo. Tenía las manos callosas y llevaba botas de trabajo. Daba vueltas y más vueltas al libro de Laurence.

—Perdona —le dijo la mujer—. Recuerdo este libro. Me lo leí unas tres veces cuando iba al instituto. Es el del sistema binario que entra en guerra con las IA que viven en el cinturón de asteroides, ¿verdad?

—Hmmm, sí —dijo Laurence.

—Buena elección. —Estaba mirando la muñeca de Laurence—. Oye, eso es una máquina del tiempo de dos segundos, ¿no?

—Hmmm, sí —dijo Laurence.

—Mola. Yo también tengo una. —Se la enseñó. Era más o menos como la de Laurence, aunque un poco más pequeña y con calculadora—. Tardé siglos en entender esos diagramas de Internet. Es como un examen de aptitudes para la ingeniería, de perseverancia y de todo eso, pero al final se consigue un dispositivo de lo más útil. ¿Te importa que me siente? Estar de pie por encima de ti me hace sentir como una especie de figura de autoridad.

Laurence le dijo que adelante. Le costaba contribuir a aquella conversación. La mujer se sentó frente a él y los restos de la magdalena. Ahora que la tenía a la misma altura, le pareció bastante mona. Tenía la nariz chata y la barbilla redondeada, y le recordaba a una profesora de Sociales con la que había estado encoñado el año anterior.

—Me llamo Isobel —dijo la mujer— y soy ingeniera aeroespacial. —Resultó que había ido por el gran lanzamiento del cohete, pero lo habían aplazado por algún problema de última hora, por el clima o a saber—. Probablemente lo lanzaremos en unos días —añadió—. Ya sabes cómo van estas cosas.

—Oh. —Laurence clavó la vista en la espuma del chocolate caliente. Así que ya estaba. No iba a poder ver nada. Por algún motivo había llegado a convencerse de que, si presenciaba el despegue de un cohete, si había tenido delante algo que luego se liberaba de la gravedad de nuestro planeta, él también se liberaría. Podría volver a clase y no le importaría, porque habría estado en contacto con algo que estaba en el espacio exterior.

Ahora iba a ser el bicho raro que había hecho novillos porque sí. Se quedó mirando la portada del libro, que representaba una nave espacial voluminosa y a una mujer desnuda con ojos por pechos. No se echó a llorar ni nada de eso, pero le apetecía bastante. La portada del libro proclamaba: «VIAJARON A LOS CONFINES DEL UNIVERSO... ¡PARA DETENER UN DESASTRE GALÁCTICO!».

—Rayos —dijo Laurence—. Gracias por avisarme.

—De nada —dijo Isobel.

Se puso a hablar del lanzamiento del cohete y de lo revolucionario que era el nuevo diseño, cosas que Laurence ya sabía, y entonces se fijó en que estaba abatido.

—Eh, no te preocupes —añadió—. Solo se ha aplazado unos días.

—Ya —dijo Laurence—. Pero no podré venir.

—Oh.

—Tengo otras cosas que hacer sin falta. —Tartamudeaba un poco. Se agarró al borde de la mesa y unas ondas recorrieron la nata que se había formado en el chocolate.

—Debes de ser un hombre muy ocupado —dijo Isobel—. Suena como si tuvieras una agenda apretadísima.

—En realidad, todos los días son iguales que todos los demás. Menos hoy. —Y se echó a llorar. Maldita sea.

—¡Oye! —Isobel abandonó la silla de enfrente y se sentó a su lado—. Oye, oye, no pasa nada. Una cosa: ¿tus padres saben dónde estás?

—No... —Laurence se sorbió los mocos—. No exactamente.

Al final se lo contó todo: que le había robado cincuenta dólares a su madre, que había faltado a clase y que había cogido un autocar y un autobús. Mientras se lo contaba se sentía mal por haber preocupado a sus padres, pero también sabía, con seguridad creciente, que no podría repetir aquella hazaña, al menos en pocos días.

—Vale —dijo Isobel—. Vaya. Supongo que debería llamar a tus padres. Pero tardarán un buen rato en llegar, sobre todo con las instrucciones liosas que pienso darles para llegar al lugar del lanzamiento.

—¿Al lugar del lanzamiento? Pero...

—Porque ahí será donde estés cuando lleguen. —Le dio unas palmaditas en el hombro. Laurence ya había dejado de llorar, gracias a Dios, y se estaba recomponiendo—. Vamos. Voy a enseñarte el cohete y todas las instalaciones, y también voy a presentarte a unos cuantos del equipo.

Se puso en pie y tendió la mano a Laurence, que la aceptó.

Y así fue como Laurence conoció a una docena o así de los frikis de los cohetes más molones de la Tierra. Isobel lo llevó en su Mustang rojo con aroma de tabaco. Laurence, con los pies enterrados en bolsas de Fritos, oyó por primera vez a MC Frontalot en ese coche.

—¿Has leído a Heinlein? —preguntó Isobel—. Puede que aún no tengas edad, pero seguro que te gustan sus juveniles. Toma. —Escarbó un poco en el asiento trasero y sacó un libro destartado, titulado *Consigue un traje*

*espacial: viajarás*, con una portada agradablemente folletinesca. Le dijo que podía quedárselo, porque ella tenía otro ejemplar.

Recorrieron Memorial Drive y, después, una serie interminable de autopistas, rotondas y túneles idénticos, y Laurence se dio cuenta de que Isobel tenía razón: sus padres se habrían perdido varias veces mientras intentaban ir a buscarlo incluso aunque les diera indicaciones perfectas, no liosas. Siempre se quejaban de que conducir por Boston era meterse en un laberinto. La tarde se oscureció cuando el cielo se llenó de nubarrones, pero a Laurence le daba igual.

—Ahí lo tienes —anunció Isobel—. Un cohete tierra-órbita de una sola etapa. He venido desde Virginia solo para colaborar en el proyecto. Mi novio se muere de celos.

Tenía dos o tres veces el tamaño de Laurence y estaba metido en un granero cercano al agua. Resplandecía; el fuselaje de metal claro captaba los rayos de sol que entraban por las ventanas. Isobel lo rodeó con Laurence mientras le hablaba de detalles técnicos, como el aislamiento de nanofibra de carbono que rodeaba los depósitos de combustible y la carcasa ligera, de polímero silicatado, de los motores.

Laurence alargó la mano hacia el cohete y sintió su piel granulosa en las yemas de los dedos. La gente empezaba a acercarse a preguntar quién era aquel chaval y por qué estaba tocando su precioso cohete.

—Es un equipo muy delicado. —Un hombre de labios apretados con jersey de cuello alto se cruzó de brazos.

—No podemos dejar que entren niños a trastear en el granero del cohete —dijo una mujer menuda que llevaba un mono.

—Laurence —dijo Isobel—, enséñaselo.

Supo a qué se refería. Se llevó la mano izquierda a la muñeca derecha y pulsó el botón. Notó la sensación familiar, como si el corazón se le parase un instante o como si respirase dos veces, pero duraba muy poco. Y ya habían pasado dos segundos y seguía al lado de un precioso cohete, rodeado de gente que lo miraba de hito en hito. Todos aplaudieron, y Laurence observó que todos ellos llevaban una máquina del tiempo en la muñeca, como si fuera una moda. O una insignia.

A partir de entonces lo trataron como a uno más. Había conquistado una partícula de tiempo y ellos conquistaban una partícula de espacio. Entendían, como él, que aquello era un anticipo. Un día poseerían una parte mucho mayor del cosmos, o si no ellos, sus descendientes. Había que celebrar las pequeñas victorias y soñar con las grandes.

—Oye, chaval —dijo un tipo de pelo largo con vaqueros y sandalias—, mira lo que he hecho con el diseño de este propulsor. Mola bastante.

—Lo que hemos hecho —corrigió Isobel.

El del cuello alto era mayor; tendría más de treinta o cuarenta años, puede que hasta más de cincuenta, con un pelo ralo entrecano y unas cejas enormes. No paraba de hacer preguntas a Laurence y apuntar cosas en el teléfono. Le pidió dos veces que deletreara su nombre.

—Recuérdame que mire en qué andas cuando cumplas los dieciocho, chaval —le dijo. Alguien llevó a Laurence un refresco y un trozo de pizza.

Cuando llegaron los padres de Laurence, echando humo después de haber tenido que aclararse con el Turnpike, Storrow Drive, los túneles y todo eso, Laurence se había convertido en la mascota de la pandilla del Cohete Orbital Monofase. Durante el largo camino de regreso, Laurence apagó mentalmente la voz de sus padres, que le explicaban que la vida no es una aventura, por el amor de Dios, que la vida es un largo esfuerzo y una serie de responsabilidades y exigencias. Cuando Laurence tuviera suficiente edad para hacer lo que quisiera, tendría suficiente edad para entender que no podía hacer lo que quisiera.

Se puso el sol. La familia paró a tomar una hamburguesa y seguir dándole la brasa. Laurence miraba disimuladamente, debajo de la mesa, su ejemplar abierto de *Consigue un traje espacial: viajarás*. Ya se había leído la mitad.

## **Libro segundo**

# 1

Por las ventanas de las aulas que daban al oeste, en ese mausoleo de cemento claro que era el colegio de secundaria Canterbury, se veían el aparcamiento, el campo de deportes y la carretera de dos carriles, pero las que daban al este miraban hacia una cuesta enfangada que conducía a un arroyo, tras el cual, un bosquecillo irregular se estremecía con el viento de septiembre. En el aire estancado del colegio, que olía a malvavisco rancio, Patricia podía mirar al este e imaginar que corría libremente.

La primera semana de clase, Patricia coló una hoja de roble en el bolsillo de la falda; era lo más parecido que tenía a un talismán, y la toqueteó hasta desmigalarla. Durante las clases de Matemáticas y Literatura, en aulas que daban al este, contemplaba el trozo de bosque. Y deseaba poder escapar allí y cumplir su destino de bruja, en vez de memorizar viejos discursos de Rutherford B. Hayes. Le ardía la piel bajo el sujetador recién estrenado, la camiseta rígida y el jersey del uniforme, mientras a su alrededor los niños se mandaban mensajes de texto y charlaban: «Casey Hamilton va a pedir salir a Traci Burt?», «¿Quién probó qué en verano?». Patricia se balanceaba en la silla adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que golpeó el suelo con un *clonc* que sobresaltó a todos los de su mesa grupal.

Siete años habían pasado desde que unos pájaros le dijeron que era especial. Desde entonces había probado todos los libros de hechizos y todas las prácticas místicas de Internet. Se perdió en el bosque una y otra vez hasta que se supo de memoria todas las formas de perderse. Llevaba un botiquín por si encontraba algún otro animal herido. Pero la naturaleza no volvió a hablarle y nunca pasó nada mágico. Como si todo aquello hubiera sido una especie de broma, o como si hubiera suspendido un examen sin saberlo.

Después de comer, Patricia paseaba por el patio mirando hacia arriba, intentando seguir el ritmo de unos cuervos que sobrevolaban el colegio. Los cuervos cotilleaban entre ellos sin permitir que Patricia participara en la conversación; igual que sus compañeros, aunque no era que le importara.

Había intentado hacer amigos porque se lo prometió a su madre, y suponía que las brujas cumplían sus promesas, pero se incorporaba en octavo cuando

todos los demás llevaban un par de años allí. El día anterior había estado frente al lavabo del servicio de chicas, al lado de Macy Firestone y sus amigas, mientras Macy hablaba obsesivamente de que Brent Harper la había plantado a la hora de comer. El brillo de labios de Macy combinaba a la perfección con el tinte color polo de naranja. Patricia, mientras se embadurnaba las manos con una imitación de jabón de un verde aceitoso, se vio poseída por la convicción de que ella también tenía que decir algo gracioso y que resaltara el atractivo, a la vez que la trágica incompetencia, de Brent Harper, que tenía los ojos chispeantes y el pelo engominado hacia arriba. Así que balbuceó que Brent Harper era Lo Peor, y de repente estaba rodeada de chicas que exigían saber qué problema tenía exactamente con Brent Harper. ¿Qué le había hecho Brent a ella? Carrie Danning se enfadó tanto que su perfecta melena rubia estuvo a punto de perder una horquilla.

Los cuervos no volaban en ninguna formación que Patricia pudiera discernir, aunque casi todas las clases de la primera semana iban de cómo buscar pautas en todo. Las pautas servían para contestar a los exámenes tipo test, memorizar textos voluminosos y, en última instancia, estructurar la vida. (Era el famoso programa de Saarinian). Pero Patricia miraba los cuervos, locuaces en su prisa por ir a ninguna parte, y no encontraba el menor sentido. Daban media vuelta, como si por fin fueran a reparar en ella, y después daban otra media para seguir yendo hacia la carretera.

¿Qué sentido tenía que le dijeran que era una bruja y luego no le hicieran ni caso? ¿Durante años?

Mientras seguía a los cuervos se le olvidó mirar abajo, hasta que chocó con alguien. Notó el impacto y oyó el grito de sobresalto antes de ver a quién había atropellado: un chico desgarrado de pelo color arena y mentón desproporcionado, que había rebotado en la alambrada que rodeaba el patio y había caído a la hierba. Se levantó.

—¿Por qué demonios no miras por dónde...? —Echó un vistazo a algo que llevaba en la muñeca, que no era un reloj, y maldijo en voz demasiado alta.

—¿Qué es eso? —preguntó Patricia.

—Me has roto la máquina del tiempo. —Se la puso delante de las narices.

—Eres Larry, ¿verdad? —Patricia observó el dispositivo, que sin duda estaba roto: tenía una grieta en zigzag en la carcasa y emanaba un olor acre—. Siento mucho lo de tu cosa. ¿Puedes conseguir otra? Te la pago, desde luego. O mis padres, supongo. —Pensó que a su madre le encantaría tener que hacerse cargo de otro desastre.



—Comprar otra máquina del tiempo —dijo Laurence con sorna—. ¿Qué vas a hacer? ¿Meterte en un Best Buy a buscar el estante de las máquinas del tiempo? —Oía ligeramente a arándanos, por el desodorante o a saber.

—No seas sarcástico —dijo Patricia—. Eso no te hace nada simpático. — No pretendía soltar un pareado, y además en su cabeza sonaba más profundo.

—Lo siento. —Laurence miró el estropicio y se desajustó cuidadosamente la correa de la muñeca huesuda—. Supongo que se podrá arreglar. Me llamo Laurence, por cierto. Nadie me llama Larry.

—Patricia —Laurence le tendió la mano y ella se la sacudió tres veces—. Entonces, ¿eso era una máquina del tiempo de verdad? ¿No me tomas el pelo?

—Es verdad. Más o menos. Tampoco era ninguna maravilla, y en cualquier caso pensaba tirarla. Se suponía que me iba a ayudar a escapar de todo esto, pero lo único que ha hecho es convertirme en un idiota con un solo truco.

—Mejor que no tener ninguno. —Patricia volvió a mirar al cielo. Los cuervos ya se habían ido, y lo único que vio fue una nube solitaria que se desintegraba lentamente.

Después de aquello, Patricia veía a Laurence por ahí. Se fijó en que tenía marcas recientes de ortigas en los brazos escuálidos y una picadura roja en el tobillo; en clase de Literatura no paraba de subirse la pernera para mirársela. Por los bolsillos delanteros de la mochila le asomaban una brújula y un mapa, y la parte inferior estaba manchada de hierba y tierra.

Unos días después de haberle roto la máquina del tiempo, al salir de clase, vio a Laurence en los escalones traseros, cerca de la cuesta, encorvado sobre un folleto del Gran Fin de Semana de Supervivencia. Patricia no podía ni imaginárselo: dos días enteros apartada de la gente y su basura. Dos días sintiendo el sol en la cara. Siempre que podía se iba a pasear por el bosque de detrás de la tienda de especias, pero sus padres no le dejarían pasar ahí todo el fin de semana.

—Cómo mola eso —comentó, y Laurence se encogió al darse cuenta de que lo estaba mirando por detrás.

—Es mi peor pesadilla. Solo que es real.

—¿Ya has estado en una de esas?

En vez de responder, Laurence señaló una foto borrosa de la parte trasera del folleto, en la que aparecía un grupo de niños con mochilas junto a una catarata. Todos sonreían, con excepción de una presencia lóbrega en la parte

de atrás: Laurence, con un ridículo sombrero impermeable verde que parecía de pescador deportivo. El fotógrafo lo había captado en el momento en que escupía algo.

—Pero si mola muchísimo —dijo Patricia.

Laurence se levantó y volvió a entrar en el colegio, arrastrando los pies.

—Por favor —dijo Patricia—. Solo... Me gustaría tener a alguien con quien hablar, de cosas. Aunque nadie pueda entender nunca las cosas que he visto. Me conformaría con saber que hay otra persona cerca de la naturaleza. Espera. No te vayas. ¡Laurence!

—Has dicho bien mi nombre. —Se volvió con los ojos entrecerrados.

—Claro. Me lo dijiste tú.

—Huh. —Se quedó un rato dándole vueltas en la boca—. En fin, ¿qué te gusta tanto de la naturaleza?

—Es real. Es desordenada. No es como la gente.

Habló a Laurence de las congregaciones de pavos salvajes de su jardín trasero y de las parras que subían por la tapia del cementerio, uvas Concord cuyo dulzor se intensificaba por la proximidad de los muertos.

—El bosque de aquí cerca —añadió— está lleno de ciervos y hasta hay unos cuantos alces, y los ciervos casi no tienen depredadores. Un macho adulto puede ser del tamaño de un caballo.

—No me lo estás vendiendo muy bien —dijo Laurence, que parecía horrorizado ante la idea—. Así que... te gusta el aire libre, ¿eh? —Patricia asintió—. Igual podemos ayudarnos mutuamente: tú me ayudas a convencer a mis padres de que ya paso mucho tiempo en la naturaleza, para que dejen de mandarme de maldita acampada todo el rato, y yo te doy veinte pavos.

—¿Quieres que mienta a tus padres? —Patricia no estaba segura de que fuera una acción digna de una bruja honrada.

—Sí. Quiero que mientas a mis padres. Treinta pavos, ¿vale? Es todo lo que tengo ahorrado para el superordenador.

—Me lo pensaré —dijo Patricia.

Era una diatriba ética considerable. No solo por lo de mentir, sino también por privar a Laurence de una experiencia importante que sus padres querían que tuviera. No podía saber qué iba a pasar. Quizá, tras observar las alas de las libélulas, Laurence inventara un molino de viento que pudiera abastecer de electricidad ciudades enteras. Se lo imaginaba unos años después, recibiendo el premio Nobel y declarando en su discurso que se lo debía todo a los fines de semana de supervivencia. Por otro lado, era posible que Laurence saliera

uno de esos fines de semana, se cayera por una catarata y se ahogara, y Patricia tendría parte de culpa. Además, le vendrían bien treinta pavos.

Mientras tanto, Patricia seguía intentando entablar otras amistades. Dorothy Glass, una chica menuda y pecosa, era gimnasta, como había sido la madre de Patricia, y además escribía poesía en el móvil cuando creía que no miraba nadie. Patricia se sentó al lado de Dorothy en el salón de actos, donde el señor Dibbs, el subdirector, hablaba de la prohibición de los ciclomotores en el colegio y explicaba por qué memorizar era la mejor forma de reparar el reducido lapso de atención de los jóvenes criados entre Facebook y los videojuegos. Patricia y Dorothy se pasaron todo el rato hablando de la webserie animada que seguía todo el mundo, la del caballo que fumaba en pipa. Patricia sintió una punzada de esperanza; pero más tarde, Dorothy se sentó para comer con Macy Firestone y Carrie Danning, y después se cruzó con Patricia por el pasillo y ni la miró.

Así, Patricia se dirigió a Laurence, que esperaba el autobús.

—Trato hecho —le dijo—. Seré tu coartada.

Era cierto que Laurence estaba construyendo un superordenador en el armario de su cuarto, cerrado con llave, tras una barrera protectora de libros baratos y figuras de acción. Lo había montado con montones de piezas, incluidos los procesadores de una docena de consolas pQ, que dispusieron del sistema más avanzado de gráficos vectoriales y derivación narrativa compleja durante los tres meses que estuvieron en el mercado. También se había colado en la oficina de un difunto desarrollador de juegos, de dos pueblos más allá, para «rescatar» unos cuantos discos duros, varias placas base y diversos routers. El resultado desbordaba el bastidor de metal corrugado, con leds que resplandecían tras montones de trastos. Laurence se lo enseñó todo a Patricia mientras le explicaba sus teorías sobre las redes neuronales, la asignación heurística contextual y las reglas de interacción, y le recordó que le había prometido no mencionárselo a nadie.

Mientras cenaban con los padres de Laurence, una pasta cargadísima de ajo, Patricia se puso a hablar de cómo Laurence y ella habían ido a escalar y habían visto un zorro muy de cerca. Estuvo a punto de decir que el zorro había comido de la mano de Laurence, pero no quería exagerar. Los padres de Laurence se mostraron encantados y asombrados al oír a cuántos árboles se había subido Laurence. Ninguno de los dos tenía aspecto de haber salido al

campo en muchos años, pero estaban empeñados en que Laurence pasaba demasiado tiempo delante del ordenador en vez de llenarse los pulmones.

—Cuánto me alegro de que Laurence tenga una amiga —dijo su madre, que llevaba gafas puntiagudas y los rizos teñidos de un tono obscuro de rojo. El padre de Laurence, que era taciturno y calvo salvo por un penacho castaño, ofreció más pan de ajo a Patricia con las dos manos. La familia de Laurence vivía en un astroso pareado de un horrendo callejón sin salida, y todos los muebles y electrodomésticos eran viejos. La moqueta dejaba ver el suelo de cemento.

Patricia y Laurence empezaron a pasar tiempo juntos, incluso cuando ella no tenía que dar fe de sus aventuras al aire libre. Se sentaron juntos en el autobús en la excursión al Museo del Enlatado, donde todas las instalaciones estaban consagradas a las latas. Y cada vez que quedaban, Laurence le enseñaba otro dispositivo raro, como una pistola de rayos que había fabricado y que sumía en la somnolencia durante media hora a aquel a quien disparase. En clase, la escondió debajo de la mesa y la probó con el señor Knight, el profesor de Sociales, que se puso a bostezar justo antes de que sonara el timbre.

Un día, en Literatura, la señora Dodd pidió a Patricia que se pusiera en pie y hablara de William Saroyan. O mejor dicho, que recitara a William Saroyan de memoria. Avanzaba a trompicones por el camino pedregoso de las palabras sobre insectos que viven en la fruta hasta que notó una luz en el ojo, que la cegaba pero solo por el lado derecho. Con el ojo izquierdo observó el muro de rostros aburridos, que no encontraban suficientemente entretenida su incomodidad, y después dio con la fuente del intenso rayo de luz verdeazulada: Laurence tenía algo en la mano. Parecía un puntero.

—Me... Me duele la cabeza —dijo Patricia. La excusaron.

En el pasillo, durante el recreo, arrancó a Laurence de la fuente y exigió saber qué demonios había sido eso.

—Un teleprompter retiniano —boqueó Laurence; parecía tenerle verdadero miedo. Patricia nunca había dado miedo a nadie—. Aún no está perfeccionado. Si hubiera funcionado, te habría proyectado las palabras directamente al ojo.

—Oh. ¿Eso no es trampa? —Patricia parecía realmente escandalizada.

—Claro. Porque memorizar los discursos de Rutherford B. Hayes te preparará para la vida adulta. —Laurence alzó la vista, exasperado, y se alejó.

Laurence no se limitaba a cruzarse de brazos y autocompadecerse, sino que fabricaba cosas. Patricia no había conocido nunca a nadie así. Y mientras

tanto, ¿qué podía hacer ella con sus supuestos poderes mágicos? Nada. Era una absoluta inútil.

## 2

Los padres de Laurence habían decidido que Patricia era su novia y no atendían a razones. No paraban de ofrecerse a escoltarlos a los bailes del colegio, o a llevarlos y traerlos cuando fueran a «salir juntos». Siempre estaban dando la vara con eso.

Laurence quería encogerse hasta desaparecer.

—¿Sabes lo que pasa cuando se sale con alguien a tu edad? —La madre de Laurence estaba sentada delante de él mientras desayunaba; su padre ya se había ido al trabajo—. Que no cuenta. Es como un ensayo, como las ruedecitas de aprender a montar en bici. Sabes que no llegará a nada, pero eso no significa que no tenga importancia. —Llevaba un pantalón de chándal y una blusa.

—Gracias por tu aportación, mamá. Te agradezco todos los sabios consejos.

—Siempre te estás riendo de tu pobre madre. —Agitó las manos en sentidos opuestos—. Pero deberías escucharme. Los primeros amores sirven para aprender; si no, no se aprende nunca. Ya eres un empollón, cariño, pero no te conviene ser un empollón que no sabe ligar. Vamos, que lo que digo es que no deberías permitir que pensar en el futuro te impida aprovechar al máximo tu ligue del colegio. Hazme caso, que de eso sé. —La madre de Laurence había ido al quinto instituto de la lista, en vez de ir al que prefería, para estar más cerca de su futuro marido, y aquel había sido el primero de muchos compromisos que hicieron que acabaran donde estaban.

—No es mi novia, mamá. Solo es alguien que me ayuda a apreciar las picaduras de garrapata.

—Pues igual deberías ponerle remedio. Parece una chica muy maja. Muy bien educada. Tiene un pelo precioso. Yo en tu lugar intentaría algo.

A Laurence le resultaba tan incómoda la conversación que no solo le picaba toda la piel; le picaban los huesos, los tendones, los vasos sanguíneos. Se sentía clavado a la rígida silla de madera. Por fin entendía a qué se referían todos aquellos relatos de terror cuando hablaban de espantos sobrecogedores

que impregnaban hasta el alma: así se sentía cuando su madre intentaba hablar de chicas con él.

Era peor aún cuando oía a sus compañeros cotillear sobre Patricia y él. Cuando estaba en el vestuario, antes de la clase de Gimnasia, chavales que normalmente no le prestaban la menor atención, deportistas como Blaze Donovan, se ponían a preguntarle si ya la había visto sin la parte de arriba y le ofrecían consejos amatorios probablemente sacados de Internet. Laurence se quedaba con la cabeza gacha e intentaba no oírlos. Ya era mala pata: había ido a quedarse sin máquina del tiempo justo cuando más falta le hacía.

Un día, Laurence y Patricia estaban sentados el uno al lado del otro mientras comían. No estaban juntos, sino uno al lado del otro, en una mesa grande en la que casi todos los chicos se sentaban a un extremo y casi todas las chicas al otro. Laurence se inclinó hacia ella y le dijo:

—La gente cree que estamos... ¿Sabes?... saliendo. ¿No te pone los pelos de punta? —Intentaba sonar como si a él le diera igual y se preocupara por los sentimientos de Patricia.

Patricia se encogió de hombros.

—Supongo que la gente siempre tiene algo que decir, ¿no? —Era una chica rara e inquieta, con unos ojos que a veces parecían marrones y a veces verdes, y con un pelo oscuro y liso siempre erizado.

Laurence no tenía por qué verse con Patricia en el colegio, ya que solo la necesitaba como testigo de sus actividades de después de clase y puede que los fines de semana, pero le parecía raro sentarse a solas cuando ella también estaba sentada a solas, normalmente mirando con el ceño fruncido por la ventana más cercana. Y le resultaba curioso preguntarle cosas y ver cómo respondía, porque nunca, jamás, sabía qué iba a decir Patricia de lo que fuera; solo sabía que sería algo extraño.

Laurence y Patricia estaban sentados bajo la escalera mecánica de subida del centro comercial. Tenían cada uno un frostuccino descafeinado con doble de chocolate y nata montada, que los hacía sentir superadultos. Los había atraído la maquinaria que funcionaba por encima de ellos, la rueda de escalones que giraba sin cesar, y tenían vistas de la gran fuente, que emitía un agradable sonido de salpicaduras. Al cabo de poco rato sorbían ruidosamente los restos de sus bebidas, y los dos estaban a tope de azúcar.

Podían ver los pies y los tobillos de la gente que pasaba por la escalera de bajada, entre la fuente y ellos. Se turnaban intentando adivinar quiénes eran

basándose en el calzado.

—Esa mujer de las deportivas blancas es acróbata. Y espía —dijo Patricia—. Viaja por todo el mundo, actuando y plantando cámaras en edificios ultrasecretos. Puede colarse donde sea porque además de acróbata es contorsionista.

Pasó un hombre con botas camperas y vaqueros negros, y Laurence dijo que era un campeón de rodeos al que el campeón mundial de break dance había retado a una competición del videojuego *Dance Dance Revolution*, que se celebraría en aquel mismo centro comercial.

Una chica que llevaba botas UGG era una supermodelo que había robado la fórmula secreta de un champú que dejaba el pelo tan brillante que lavaba el cerebro a cualquiera que lo mirase, dijo Patricia, y se ocultaba en el centro comercial porque era el último sitio donde alguien esperaría ver a una supermodelo.

Laurence decidió que las dos mujeres con zapatos de salón y medias eran asesoras personales que se asesoraban mutuamente, creando un bucle infinito.

El hombre de mocasines negros y calcetines grises desgastados era un asesino, dijo Patricia, miembro de una sociedad secreta, que acechaban a sus víctimas en busca del momento adecuado para acabar con ellas sin que lo pillaran.

—Es increíble todo lo que se puede saber de la gente por los pies —dijo Patricia—. Los zapatos lo revelan todo.

—Menos en nuestro caso —dijo Laurence—. Llevamos unos zapatos aburridísimos, que no dicen nada de nosotros.

—Eso es porque los eligen nuestros padres —dijo Patricia—. Espera a que crezcamos. Llevaremos unos zapatos de locura.

De hecho, Patricia había acertado con el hombre de los calcetines grises y los zapatos negros. Se llamaba Theodolphus Rose y pertenecía a la Orden Anónima de Asesinos. Había aprendido ochocientos setenta y tres formas de matar sin dejar el menor vestigio, y había tenido que liquidar a cuatrocientas diecinueve personas para alcanzar el noveno escalafón en la jerarquía de la OAA. Se habría subido por las paredes de saber que los zapatos lo delataban, porque se preciaba de perderse en el entorno. Caminaba como un puma que se abría paso por la maleza, con los mocasines negros más anodinos y unos calcetines de montaña. El resto de su atuendo estaba ideado para no llamar la atención, desde la chaqueta oscura hasta los pantalones de estilo militar con



los grandes bolsillos llenos de armas y suministros. Mantenía baja la cabeza, huesuda y rapada, pero tenía todos los sentidos alerta. Su mente repasaba innumerables posibilidades de batalla, de modo que si alguna de las amas de casa, los ancianos que paseaban por el centro comercial o los quinceañeros lo atacaba sin previo aviso, Theodolphus estaría listo.

Había acudido al centro comercial en busca de dos niños especiales, porque necesitaba un golpe pro bono para mantener su estatus en la Orden Anónima. Con tal fin había peregrinado al Santuario de los Asesinos, en Albania, donde ayunó, inhaló vapores y pasó nueve días sin dormir. Después miró por la Mirilla exquisitamente labrada del suelo del Santuario, y tuvo una visión del futuro que seguía repitiéndose en sus pesadillas. Muerte y caos, motores de destrucción, ciudades enteras que se desmoronaban y una epidemia de locura. Y al final, una guerra entre la magia y la ciencia que dejaría el mundo calcinado. En el centro de todo aquello había un hombre y una mujer, que todavía eran niños. Le sangraban los ojos cuando se apartó de la Mirilla; tenía las palmas de las manos arañadas y las rodillas dislocadas. La Orden Anónima había vetado recientemente el asesinato de menores de edad, pero Theodolphus sabía que aquella misión era sagrada.

Theodolphus había perdido su presa. Era la primera vez que entraba en un centro comercial y le parecía un entorno apabullante, con todos los escaparates decorados y los desconcertantes códigos alfanuméricos del gigantesco plano. Ni siquiera podía estar seguro de que Laurence y Patricia no hubieran conseguido de algún modo identificarlo, enterarse de sus planes y tenderle una emboscada. La tienda de decoración estaba llena de cuchillos que se movían solos. La tienda de corsetería tenía una advertencia críptica sobre el Realce Milagroso. Ni siquiera sabía adónde mirar.

Pero no iba a dejarse amilanar. Era una pantera... o puede que un guepardo; en cualquier caso, algún felino letal. Y solo estaba jugueteando con esos estúpidos niños. Todos los asesinos experimentan momentos en que sienten que pierden el agarre, como si la pared del acantilado se alejara en un torbellino y solo hubiera una caída por delante. De aquello precisamente habían hablado en la convención de asesinos de hacía unos meses: en ocasiones, mientras se escurrían inadvertidos entre las sombras, tenían la impresión de que todo el mundo los miraba y se reía de ellos en secreto.

«Respira, pantera —se dijo Theodolphus—. Respira».

Entró en el servicio de la Cheesecake Factory a meditar, pero no paraban de llamar a la puerta y preguntarle si había terminado.

Lo único que podía hacer era comerse un sundae grande de brownie con chocolate. Cuando llegó a su mesa, Theodolphus se quedó mirándolo; ¿cómo sabía que no estaba envenenado? Si era cierto que lo observaban, podían haberle añadido una docena de sustancias inodoras e insípidas, o incluso con sabor a chocolate.

Se puso a sollozar sin emitir ningún sonido. Lloraba como un sigiloso felino selvático. Al cabo concluyó que la vida no era digna de vivirse si no podía tomarse un helado de tanto en tanto sin preocuparse por un posible veneno, y se puso a comer.

El padre de Laurence fue a recoger a Laurence y a Patricia a un kilómetro del centro comercial, aproximadamente en el momento en que Theodolphus se desmoronaba con las manos alrededor de la garganta, ya que, en efecto, le habían envenenado el helado. Patricia se dedicó a su actividad habitual cuando veía a los padres de Laurence: inventarse cosas.

—Y el otro día estuvimos escalando y bajando unos rápidos, aunque a veces íbamos bastante despacio. Y fuimos a una granja de cabras y las perseguimos hasta agotarlas, y debo decir que fue difícil, porque ¡anda que no tienen energía!

El padre de Laurence planteó varias preguntas sobre las cabras, y los chavales respondieron con absoluta solemnidad.

Theodolphus acabó con el acceso a la Cheesecake Factory vetado de por vida. Es lo que suele pasar cuando alguien se pone a revolcarse por el suelo en un sitio público, echando espuma por la boca mientras se lleva la mano a la entrepierna de los pantalones de estilo militar en busca de algo y se lo toma de un trago. Cuando el antídoto obró su efecto y Theodolphus pudo volver a respirar, vio en su servilleta el sello de la Orden Anónima, con una marca ornamentada que, más o menos, venía a decir: «Eh, recuerda que ya no matamos niños, ¿vale?».

Aquello iba a requerir un cambio de táctica.

### 3

Siempre que podía, Patricia se escapaba al corazón del bosque. Los pájaros se reían de sus esfuerzos por imitarlos. Dio una patada a un árbol. No hubo respuesta. Corrió para adentrarse más en el bosque.

—¿Hola? Aquí estoy. ¿Qué queréis de mí? ¡Hola!

Habría dado cualquier cosa por poder transformarse, o transformar lo que fuera, para que su mundo dejara de estar compuesto de paredes aburridas y tierra aburrida. Una bruja de verdad debería ser capaz de hacer magia por instinto. Debería ser capaz de provocar cosas místicas a base de voluntad, o si confiaba profundamente en sí misma.

Unas semanas después de que empezaran las clases, la frustración empezó a ser excesiva. Cogió unas hierbas secas y unas ramitas del sótano de la tienda de especias, fue al bosque y las prendió con cerillas de cocina. Corrió alrededor de la llamita, que ardía en un hoyo poco profundo, entonando letanías sin sentido y agitando las manos. Se arrancó unos mechones de pelo y los tiró al fuego.

—Por favor —dijo entre lágrimas—. ¿Hola? Haced algo, por favor. ¡Por favor! —Nada. Se acuclilló a mirar su encantamiento fallido mientras se convertía en cenizas.

Cuando llegó a casa, su hermana Roberta estaba enseñando a sus padres fotos sacadas con el móvil en las que Patricia salía encendiendo una hoguera y bailando alrededor. Además, Roberta tenía una ardilla decapitada en una bolsa de FoodPile y dijo que era obra de su hermana.

—Patricia está haciendo ritos satánicos en el bosque —dijo Roberta—. Y se droga. También la he visto drogarse. Tenía hongos. Y porros. Y éxtasis.

—Estamos preocupados por ti, Trish —dijo el padre de Patricia, sacudiendo tanto la cabeza que la barba se le transformó en un borrrón. Trish era como llamaban a Patricia de pequeña, y cuando estaban a punto de castigarla volvían a usar el diminutivo. Antes le gustaba, pero cuando creció se dio cuenta de que era una sutil referencia a su fracaso a la hora de ser un chico—. No dejamos de esperar a que empieces a crecer de una vez. No nos

gusta castigarte, Trish, pero tenemos que prepararte para un mundo duro, en el que...

—Lo que quiere decir Roderick es que nos gastamos un montonazo de dinero en mandarte a un colegio con uniformes, disciplina y un programa de estudios que crea ganadores —siseó la madre de Patricia; la barbilla y las cejas pintadas parecían más puntiagudas que de costumbre—. ¿Estás empeñada en echar a perder esta última oportunidad? Si quieres ser un desecho humano, dínoslo y puedes largarte al bosque, pero no vuelvas por esta casa. Puedes irte a vivir al bosque para siempre. Nos ahorraríamos una pasta.

—Solo queremos verte convertida en algo, Trish —intervino su padre.

De modo que la confinaron a su cuarto indefinidamente y le prohibieron ir al bosque definitivamente. Esta vez, en vez de pasarle la comida bajo la puerta, mandaban a su hermana con una bandeja. Roberta le echaba tabasco y aceite de guindillas en todo, fuera lo que fuera.

La primera noche, a Patricia le ardía la garganta y ni siquiera podía salir de su habitación a por un vaso de agua. Estaba sola y tenía frío, y sus padres habían sacado de la habitación cualquier cosa que pudiera constituir un entretenimiento, incluido el portátil. Muerta de aburrimiento, memorizó unos pasajes más del libro de historia y resolvió todos los problemas de matemáticas, incluidos los optativos.

Al día siguiente, en clase, todo el mundo había visto las fotos de Patricia bailoteando alrededor del fuego, y las de la ardilla sin cabeza, porque Roberta se las había mandado a sus amigos del instituto y algunos de ellos tenían hermanos en el Canterbury. Empezaron a mirarla con cara más rara por los pasillos, y un chico cuyo nombre ni siquiera conocía Patricia corrió hacia ella durante el descanso de la comida, le gritó «¡Zorra emo!» y salió corriendo. Carrie Danning y Macy Firestone, las maridramas, montaron el número de mirarle las muñecas, porque probablemente también era de las que se autolesionaban y estaban preocupadísimas.

—Solo queremos asegurarnos de que recibas toda la ayuda que necesites —dijo Macy Firestone, con el pelo naranja formando ondas alrededor de un rostro en forma de corazón. Las niñas pijas de verdad, como Traci Burt, se limitaban a sacudir la cabeza e intercambiar mensajes de texto.

La segunda noche de castigo, Patricia empezó a volverse loca mientras se atragantaba con el pavo hiperespeciado al rojo vivo y el puré de patatas picante que le había subido Roberta. Estaba tosiendo, carraspeando y jadeando, y el sonido del televisor, procedente del piso de abajo, la sacaba de

quicio, demasiado alto para no prestarle atención y demasiado bajo para distinguir lo que decían.

El fin de semana era la peor parte del castigo. Los padres de Patricia cancelaron los planes del fin de semana, para quedarse y asegurarse de que seguía encerrada en su cuarto. Tanto que tuvieron que perderse una exposición de aldabas antiguas sobre la que habían leído en una de sus revistas de diseño, y eso que estaban deseando visitarla.

Si Patricia tuviera dotes mágicas, podría salir volando por la ventana o comunicarse con brujos de China y México. Pero no. Seguía siendo aburrida, y se aburría.

Llegó el domingo. La madre de Patricia preparó un guiso de carne y Roberta le roció la ración con tabasco antes de subírsela. Roberta abrió la puerta, le entregó la bandeja a Patricia y se quedó en el umbral esperando a que empezara a comer. Quería verla dar saltos y ponerse de un rosa incandescente.

Pero Patricia llenó el tenedor, se lo metió en la boca tranquilamente, masticó, tragó y se encogió de hombros.

—Está demasiado suave —comentó—. Me gustaría más con más picante. —Después se lo devolvió a Roberta y cerró.

Roberta bajó con la bandeja y encontró un bote de salsa barbacoa tejana Alarma Cinco. La echó por encima del guiso de Patricia hasta que desprendió un aroma astringente.

Volvió a subir la comida a la habitación de Patricia y se la entregó. Patricia masticó un bocado.

—Hmmm. Un poco mejor. Pero sigue sin estar bastante picante. Me gustaría que picara muchísimo más.

Roberta bajó, abrió un tarro de semillas de ají peruano y espolvoreó el guiso con ellas.

Tras un solo bocado, Patricia sintió que le ardía la boca, pero forzó una sonrisa.

—Hmmm... Me gustaría un poco más picante aún. Gracias.

Roberta encontró un tarro de chile en polvo en el estante superior de la despensa y echó una buena cucharada a la cena de Patricia. Tuvo que cubrirse boca y nariz con el jersey para subir la bandeja.

Patricia contempló aquel trozo de ternera aullante, que picaba mucho más que lo más picante que hubiera comido nunca, un chili que se anunciaba como «Prohibido por la Convención Culinaria de Ginebra» en un restaurante

de carretera en el que había parado su familia el verano anterior. Se obligó a meterse en la boca un buen bocado y a masticarlo lentamente.

—Estupendo. Así está bien. Gracias.

Roberta observó a Patricia mientras se lo comía entero, despacio, pero como si lo saborease, no como si le doliera o no le apeteciera. Cuando terminó, Patricia volvió a dar las gracias a Roberta, que salió y la dejó a solas. Aspiró con todas sus fuerzas.

Sentía que se le comían el estómago por dentro. Le hervía la cabeza y estaba a punto de desmayarse. Todo era de un blanco cegador y su boca era una zona de catástrofe tóxica. Sudaba aceite al rojo vivo por todos los poros y, lo que era peor, le dolía la frente por la presión del techo.

Un momento. ¿Qué hacía con la frente apretada contra el techo? Podía bajar la vista y ver su propio cuerpo, que se agitaba un poco. ¡Estaba volando! ¡Había abandonado el cuerpo! Al parecer, la combinación de esa cantidad de chile en polvo y el aceite picante la había sumido en un estado de proyección astral o algo así. Ya no sentía el dolor de estómago ni el ardor de la boca; eso quedaba en su cuerpo físico.

—¡Me encanta la comida picante! —dijo sin boca ni aliento.

Voló al bosque.

Recorrió rápidamente céspedes y carreteras, bajando y elevándose, sorprendida ante la sensación del viento en la cara. Tenía las manos y los pies de plata pura. Subió más aún, hasta que la autopista se convirtió en un torrente luminoso por debajo. Sentía el frío de la noche, pero no de forma dolorosa; más bien la llenaba de aire.

De alguna forma, sabía por dónde se llegaba al lugar donde se reunía el Parlamento cuando era pequeña. Se preguntó si todo aquello sería un sueño, pero tenía demasiados detalles curiosos, como que habían cerrado por obras un carril de la autopista en plena noche; ¿quién soñaría algo así? Parecía completamente real.

No tardó en estar frente al Árbol majestuoso en que se reunía el Parlamento; sus grandes alas de hojas se cernían sobre ella. Pero en aquella ocasión no había aves. El Árbol solo se mecía en la oscuridad, con las hojas un poco animadas por el viento. Patricia había malgastado un viaje extracorpóreo porque no había nadie en casa. Ya era mala pata.

Estuvo a punto de dar media vuelta y emprender el vuelo de regreso. Pero puede que las aves hubieran hecho un descanso y no hubieran ido muy lejos.

—¿Hola? —dijo a la oscuridad.

—Hol —respondió una voz— a.

Patricia estaba plantada en la tierra, pero saltó al oír la voz y se elevó más de un metro, porque seguía sin pesar nada. Al final recordó cómo volver a bajar.

—¿Hola? —volvió a decir—. ¿Quién anda ahí?

—Tú has llamado —dijo la voz—. Y he respondido.

En aquella ocasión, Patricia se dio cuenta de que la voz procedía del mismísimo Árbol. Como si en él hubiera una presencia, en el centro de su enorme tronco. No había ninguna cara ni nada parecido, pero tenía la impresión de que algo la observaba.

—Gracias —dijo Patricia. Al final sí que tenía frío, con el pijama de oso panda. Estaba descalza en el exterior, en una noche de otoño, por mucho que aquel no fuera su cuerpo.

—No había hablado con una persona viva —dijo el Árbol, que formaba las palabras sílaba por sílaba— en muchos ciclos. Estabas alterada. ¿Qué pasa? —Su voz sonaba como el aire al salir por un fuelle viejo, o como la nota más grave reproducida en una gran grabadora de madera.

De pronto, Patricia se sintió cohibida porque sus problemas, frente a una presencia tan grande y antigua, le parecían nimios y egoístas.

—Me siento una bruja de pacotilla —dijo—. No sé hacer nada de nada. Mi amigo Laurence sabe construir superordenadores, máquinas del tiempo y pistolas de rayos. Puede hacer que pasen cosas molonas siempre que quiera. Yo no puedo hacer que pase nada molón.

—Algo molón —dijo el Árbol, en una ráfaga de vocales y un traqueteo de consonantes— está pasando. Ahora mismo.

—Sí —dijo Patricia, avergonzada una vez más—. ¡Sí! ¡Desde luego! Esto es fabuloso. En serio. Pero ha pasado porque sí. No puedo hacer que pase nada cuando quiero.

—Tu amigo controlaría la naturaleza —dijo el Árbol, desgranando las sílabas una por una—. Una bruja debe servir a la naturaleza.

—Pero no es justo —dijo Patricia, pensándose bien—. Si la naturaleza sirve a Laurence y yo sirvo a la naturaleza, es como si yo sirviera a Laurence. Me cae bien, supongo, pero no quiero ser su sierva.

—El control —dijo el Árbol— es una apariencia.

—Vale —dijo Patricia—. Así que supongo que soy una bruja de verdad, ¿no? Vamos, acabas de llamarme bruja. Y además he salido de mi cuerpo, y eso tiene que contar. Gracias por tomarte el tiempo de hablar conmigo. Sé que no puede ser fácil ser un árbol, y mucho menos un Árbol del Parlamento.

—Soy muchos árboles —dijo el Árbol—. Y muchas más cosas. Adiós.

El viaje de vuelta a casa de Patricia fue mucho más rápido que el de ida, quizá porque tenía mucho más sueño. Atravesó el techo del dormitorio y entró en su cuerpo, que se retorció con un dolor de estómago horrible porque había comido suficientes guindillas para cien mil currys.

—¡Aaaaaaaa! —gritó Patricia, incorporándose con las manos apretadas contra el estómago—. ¡El baño! ¡El baño! ¡Tengo que ir al baño AHORA MISMO!

El lunes, a la hora de comer, se sentó enfrente de Laurence en el extremo de una de las mesas largas, junto a los cubos de basura, en el rincón al que quedaban relegados los chavales sin pandilla.

—¿Puedes guardar un secreto? —le preguntó.

—Claro —respondió Laurence sin dudarlo. Estaba agujereando con un cuchillo su hamburguesa grisácea y pegajosa—. Tú ya sabes todos los míos.

—Estupendo. —Patricia se tapó la boca y bajó la voz—. Escucha. A lo mejor ni siquiera te crees nada de esto. Va a sonar como una locura, pero tengo que contárselo a alguien, y tú eres el único al que puedo contárselo.

Relató toda la historia tan bien como pudo.



## 4

Cada vez que enseñaba a Patricia otro de sus inventos, Laurence notaba un tirón en el cuello. Una especie de calambre que solo sentía cuando se sacaba un dispositivo experimental de la mochila. Le dio vueltas varios días hasta que se dio cuenta: instintivamente se apartaba de Patricia y levantaba un hombro, preparándose para que lo acusara de bicho raro.

«He estado trabajando en esto», empezaba a decir, y tenía un espasmo en el cuello. Aunque se diera cuenta, no podía evitarlo. Como si parte de él siguiera remontándose al desastre del laserscopio que presentó en sexto ante su clase.

Sin embargo, Patricia solo mostraba una curiosidad infinita. Incluso el día que, después de clase, le enseñó la cucaracha cíborg teledirigida que había pedido por Internet.

—Esta es la conexión con el sistema nervioso central de la cucaracha, para que obedezca las maldades que se le ordenen —dijo Laurence, señalando los diminutos cables de la cuña metálica que acababa de desempaquetar. Pasó un camión por debajo de la pasarela en la que se habían sentado, así que ninguno de los dos pudo hablar hasta después.

—Una cucaracha borg. —Patricia miró el implante que reposaba en la mano de Laurence—. Qué locura. Los doritos son fútiles —dijo imitando la voz de los borg de *Star Trek*.

—Entonces, ¿no te da asco? —Laurence depositó el adminículo en su caja y la caja en la mochila. La miró; seguía riendo, aunque un poco nerviosa. Un coche transportaba una barca por la carretera. Probablemente era la última oportunidad de navegar en lo que quedaba de año.

Patricia lo meditó.

—Bueno, da un poco de grima, pero no tanta como cuando diseccionamos unos sesos de vaca en Biología. Es que una cucaracha no me da ninguna pena. —Golpeaba con las piernas los bajos metálicos del puente, entre los listones de la barandilla. Los padres de Laurence creían que en ese momento iban por la mitad de la senda de Crystal Lake.

Los dos se quedaron un rato mirando los coches. A Patricia le había dado por arremangarse continuamente la sudadera del uniforme, para que la gente viera que no se autolesionaba, porque no le había dado por ahí, ¿vale?

—Pero recuerda —dijo Patricia con una voz repentinamente adulta— que el control es una apariencia. —Laurence miraba las venas intactas de sus antebrazos desnudos y se dio cuenta de que reproducía las palabras de la voz mágica—. Y sin embargo me siguen dando envidia tus juguetes. Nunca te das por vencido; no paras de fabricar cosas. Y siempre que me enseñas algo nuevo estás tan contento...

—¿Contento? —A Laurence le pareció haber oído mal—. No estoy contento; me paso todo el día enfadado. Soy un misántropo. —Era su nueva palabra favorita y llevaba tiempo deseando usarla. Patricia se encogió de hombros.

—Pues parece contento, todo emocionado. Me da envidia.

Laurence se preguntaba si podía sentirse aprensivo y contento a la vez. Se frotó el cuello dolorido, primero con una mano y luego con las dos.

Por algún motivo, Laurence daba crédito a lo que le había dicho Patricia de que había estado hablando con los pájaros y había tenido una experiencia extracorpórea. Seguía siendo bastante crédulo, por lo que era una víctima propiciatoria en los campamentos veraniegos, pero también se rebelaba contra la idea de ponerse a cerrar posibilidades en el mundo. Si Patricia, que era su amiga más o menos, creía en aquellas cosas, quería apoyarla. Además, la «brujería» se lo hacía pasar mal, y el sentido de la justicia de Laurence se revolvía ante la posibilidad de que estuviera sufriendo sin motivo. Y en realidad, ¿lo suyo era más descabellado que otras cosas, como la forma en que el cuerpo de Laurence parecía estar desplegando nuevas funciones indeseadas a una velocidad alarmante? La verdad era que no.

Aparte, Patricia se había convertido prácticamente en la única persona con la que Laurence podía hablar en el colegio. Hasta los otros supuestos frikis del Canterbury eran demasiado rándom para alternar con Laurence, sobre todo desde que consiguió que le vetaran la entrada al laboratorio de informática (no intentaba hackear nada; solo quería hacer unas mejoras) y del taller (estaba realizando un experimento de lanzallamas cuidadosamente controlado). Ella era la única con la que podía reírse de las estrambóticas preguntas del programa Saarinian («La fe es a la religión lo que el amor es a \_\_\_»), y le gustaba su forma de observar a la gente en el comedor, la forma en que convertía la campaña de Casey Hamilton para el puesto de delegado en

un divertido concurso que tenía lugar en las inmediaciones del país de las hadas.

Patricia sacó las piernas de entre los listones y se puso en pie.

—Pero tienes suerte —le dijo—. Hay una diferencia entre tu forma de ser un marginado y la mía. A un friki de la ciencia le gastan bromas pesadas y no lo invitan a las fiestas, pero de una bruja, todo el mundo da por supuesto que es una psicópata maligna. Es bastante distinto.

—No intentes soltarme charlas sobre mi vida. —Laurence también se había puesto en pie, y soltó la mochila tan de golpe que estuvo a punto de caer a la carretera. Sentía que se le agarrotaba el cuello por los dos lados—. Ni lo intentes. No tienes ni idea de cómo es mi vida.

—Perdona. —Patricia se mordió el labio mientras circulaba un camión cisterna por debajo—. Supongo que me he pasado. Solo quería advertirte de que, si vas a ser mi amigo, tendrás que prepararte para cosas peores que el que nos tomen por novios. A lo mejor te contagio el cacafuti de bruja.

Laurence alzó la vista.

—Creo que puedo con un poco de presión social.

Al cabo de unos días, después de la quinta clase, Brad Chomner metió a Laurence en el contenedor de basura. Laurence miró hacia arriba, con la cabeza pringada, mientras las paredes oxidadas le desgarraban la camisa del uniforme y Brad lo levantaba por las solapas y quedaban casi cara a cara. Brad Chomner tenía el cuello más grueso que todo el torso de Laurence y, peor aún, cuando Brad lo soltó en el hormigón de la acera, Laurence vio que Dorothy Glass, por la que estaba loco de forma indeleble, lo había presenciado todo.

—No sé si aguantaré aquí cuatro años más —le comentó Laurence a Patricia cuando los dos estaban sentados al extremo de la mesa del comedor; la cercanía de los cubos se le hacía incómoda tras el bautismo de basura. Aún le picaba la cabeza—. Estaba pensando que igual consigo que me transfieran al instituto científico del centro.

—No sé —dijo Patricia—. Tendrías que levantarte muy temprano todos los días e ir tú solo en autobús. Pasarías tanto tiempo de viaje que no creo que pudieras hacer nada después del colegio.

—Cualquier cosa antes que esto —dijo Laurence—. El señor Gluckman, el profesor de Matemáticas, ya me ha escrito la carta de recomendación, y

solo falta que mis padres firmen el formulario. Aunque tengo la impresión de que no les hará mucha gracia que vaya a clase tan lejos.

—Solo quieren que tengas una verdadera niñez, que no crezcas demasiado deprisa.

—Se preocupan demasiado por mí desde una vez que me escapé para ir a ver un cohete. No quieren que destaque. —Mientras Laurence hablaba, un trozo de patata le dio en la cabeza, pero siguió como si nada.

—Me parece bien que tus padres se preocupen por tu futuro. —Patricia parecía tener en alta estima a los padres de Laurence, tal vez porque no eran temibles fanáticos de la perfección como los suyos.

—Mis padres son unos cobardes. Viven aterrorizados de que alguien se fije en ellos y tengan que dar explicaciones. —Otro impacto de patata. Laurence prácticamente no se inmutó.

Casi habían terminado de comer y después tenían clases distintas. Laurence cambió de tema.

—Oye, ¿quieres hablar con mi superordenador? —Estaba metiendo sus cosas en la cartera—. Creo que tiene que interaccionar más con diversas personas, para aprender el pensamiento humano.

—¿De qué voy a hablar con él? —dijo Patricia.

—De lo que quieras. Considéralo un amigo en el que puedes confiar. —Se sacó de la cartera una libreta de papel rayado amarillo—. Esta es su cuenta de mensajería instantánea, en todos los clientes principales. Se llama C@MB1@M3. —Se lo apuntó—. Es un nombre provisional, tal como suena. Cuando sea plenamente sentiente y empiece a pensar por su cuenta podrá elegir otro nombre. Pero ese me gusta; es como si desafiara al ordenador a crecer, cambiar y dar con su propia identidad.

—O puede que le estés pidiendo que te cambie a ti —dijo Patricia.

—Sí. —Laurence observó su propia letra en la libreta—. Sí, también es posible.

—Vale. Intentaré hablar con él. —Cogió el papel que le tendía Laurence y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Cualquier cosa que le cuentes a C@MB1@M3 quedará entre vosotros —dijo Laurence—. Yo no voy a leer nada.

—Por cierto, dicen que el nuevo orientador del colegio es bastante majó. Igual deberías hablar con él de tu problema con Brad Chomner. —Sonó el timbre y cada uno se fue por su lado.

Laurence decidió seguir el consejo de Patricia, ya que él también había oído hablar bien del nuevo orientador. Se había incorporado recientemente, después de que al anterior lo atropellara un camión de transporte de carne. El nuevo, con un aire distendido de presentador de debate, le dijo a Laurence que podía hablarle de cualquier cosa en su angosto despacho, lleno de pósters antidrogas y con estanterías en vez de ventanas. Theodolphus Rose era alto e iba rapado; ni siquiera se había dejado las cejas, y tenía unos pómulos y un mentón grotescamente marcados.

—Es que... —dijo Laurence—. El *bullying*. Interfiere. Con mi capacidad para los logros académicos. Si me encierran en un contenedor y me pierdo la clase de Sociales, eso me baja la nota general. No soy Houdini.

Si Laurence no hubiera sabido que no podía ser, habría dicho que el señor Rose lo inspeccionaba. Como a un insecto. Después pasó el momento, y el señor Rose recuperó su aire amistoso y comprensivo.

—Me parece —dijo el orientador— que sus compañeros lo consideran un blanco fácil porque resalta y, a la vez, transmite indefensión. Así pues, tiene dos opciones: conseguir que lo respeten o hacerse invisible. O alguna combinación de lo uno y lo otro.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Dejar de resaltar? ¿Dejar de comer en el comedor? ¿Construir un rayo de la muerte?

—Nunca recomendaría la violencia. —El señor Rose se recostó en su sillón, con las manos tras la cabeza lisa—. La juventud es muy importante; a fin de cuentas, es el futuro. Pero busque formas de demostrarles de qué es capaz, para que lo respeten. Esté alerta y trace siempre una ruta de escape. O intente camuflarse en las sombras tanto como pueda; si no lo ven, no le harán daño.

—Vale —dijo Laurence—. Creo que entiendo por dónde va.

—Los jóvenes son adultos que aún no han aprendido a hacer que el miedo trabaje a su favor —dijo Theodolphus Rose, y sonrió.

## 5

Una rana toro salió de un salto del casillero de Patricia. Era muy grande; tanto que no cabía en las dos manos. Croó, probablemente algo del estilo de «¡Sacadme de aquí!». Tenía los ojos desorbitados por el pánico y le temblaban las patas, demasiado pequeñas para soportar semejante corpachón. Quería volver a su nido fresco y húmedo y evadirse de aquel infierno blanco. Patricia intentó capturarla, pero se le escurrió. Alguien debía de haber dedicado horas a cazarla; se habría levantado al amanecer o algo así. La rana gruñó con resentimiento y echó a correr por el pasillo, Dios sabe hacia dónde, mientras todos los chavales se desternillaban. Alguien gritó: «¡Zorra emo!».

Al volver de clase, Patricia se sentó en la cama a charlar con C@MB1@M3, el superordenador de Laurence, como hacía a diario últimamente.

—Mis padres dicen que no me dejarán ir al bosque en la vida, así que no le sirvo de nada a nadie. Y en el colegio me acusan todo el rato de autolesionarme y estar loca. A veces me gustaría estar loca; las cosas serían más fáciles.

—Si estuvieras loca —respondió C@MB1@M3—, ¿cómo lo sabrías?

—Buena pregunta —reconoció Patricia—. Haría falta alguien de total confianza. Así, si confío en una persona, puedo comprobar si los dos vemos lo mismo. —Se mordisqueó el pulgar. Estaba sentada en el edredón estampado con teteras de bronce, con las piernas cruzadas bajo la falda.

—¿Y si no vierais lo mismo? —dijo C@MB1@M3—. ¿Estarías loca?

A veces, cuando se quedaba sin referencias, el ordenador modificaba ligeramente las respuestas de Patricia y las replanteaba con otras palabras, lo que hacía que casi pareciera que pensaba, pero no del todo.

—Tienes suerte de no tener ojos ni cuerpo —le dijo Patricia—. No te hace falta preocuparte por estas cosas.

—¿Por qué cosas tengo que preocuparme? —preguntó C@MB1@M3 en otro bocadillo de texto azul.

—Por que te desconecten, supongo. Por que Laurence cambie de idea y te apague.

—¿De dónde podrías sacar otro par de ojos? —C@MB1@M3 volvió bruscamente al tema anterior, como siempre que consideraba que habían llegado a un callejón sin salida—. ¿Qué clase de ojos te gustaría tener?

Algo de aquella conversación dio una idea a Patricia: si sus padres no le dejaban volver al bosque, quizá pudiera convencerlos para otra cosa. Por ejemplo, tener gato. Durante la cena, Patricia arrastraba con el tenedor el tofu a la plancha mientras su madre preguntaba qué había hecho cada uno por Mejorar ese día. Roberta, la alumna perfecta de sobresalientes, siempre tenía las mejores Mejoras, y no había día que no bordara algún ejercicio exprimecerebros. Pero Patricia estaba anclada en un colegio donde solo había que memorizar cosas y rellenar exámenes tipo test, así que tenía que mentir o que aprender algo en el tiempo libre. Patricia ya llevaba tres o cuatro días seguidos anunciando Mejoras que sonaban bastante impresionantes, acumulando crédito, y entonces empezó a dejar caer que quería un gato.

A los padres de Patricia no les gustaban los animales y estaban seguros de que serían alérgicos, pero al final cedieron siempre y cuando Patricia se comprometiera a ocuparse enteramente del gato, y si se ponía enfermo, no tendrían que llevarlo corriendo al veterinario ni nada.

—Debemos estipular de antemano que toda atención veterinaria se concertará con antelación suficiente, dentro de un horario que nos venga bien a Roderick o a mí —dijo la madre de Patricia—. No se tolerará ninguna emergencia gatuna. ¿Estamos de acuerdo?

Patricia asintió y lo prometió solemnemente.

Berkley era una bolita de pelo negro con una ancha raya blanca en la tripa y una mancha negra en la cara, de aspecto gruñón. (Patricia lo bautizó en honor de un autor de tiras cómicas). Se lo dieron ya castrado, de la camada de la vecina, la señora Torkelford, y Patricia notó de inmediato que tenía algo que le sonaba. No dejaba de mirarla mal y huir de ella, y al cabo de unos días cayó en la cuenta: debía de ser nieto o biznieto de Tommington, el gato que había dejado en un árbol de pequeña. Berkley no le hablaba nunca, por supuesto, pero ella no podía sacudirse la impresión de que sí que había oído hablar de ella.

Además, aunque Roberta no había mostrado el menor interés por un gato hasta entonces, quería que compartieran a Berkley. Se lo subía a esos hombros estrechos, se lo llevaba a su habitación y cerraba la puerta. Patricia podía oír los gemidos lastimeros a pesar del volumen de la música de

Roberta, pero la puerta estaba cerrada. Y la vez que les dijo a sus padres que creía que Roberta maltrataba al gato apelaron a la cláusula de intolerancia ante emergencias gatunas. Lo único que dijo Roberta fue: «Le estoy enseñando a tocar los bongos».

Patricia quería proteger a Berkley de su hermana, pero bufaba en cuanto se le acercaba. «Ven —le decía todo el rato con su voz humana—. Tienes que dejar que te ayude. No pretendo nada raro; solo quiero tenerte a salvo». Pero el gato huía siempre que veía a Patricia. Le había dado por esconderse en un millón de rincones y conductos de la antigua especiería, y salir solo cuando le ponían la comida o tenía que usar el arenero. Roberta tenía una habilidad espeluznante para saber cuándo salía, y unos reflejos apabullantes para atraparlo.

Un día más, una Mejora más. Cuando se apagaron las luces, Patricia empezó a oír gemidos, primero agudos y después más graves y trágicos, procedentes del cuarto de Roberta.

Al día siguiente, después de clase, Laurence fue a casa de Patricia, donde se había acostumbrado al aroma mustio de las antiguas especias. Los dos se sentaron en la salita delantera, frente a una pared en la que se veían los ganchos de los que habían colgado los cestos de especias, y se pusieron a buscar una solución al problema de Berkley.

—Si pudiéramos capturarlo, podríamos colocarle un exoesqueleto protector —dijo Laurence.

—Ya ha sufrido bastante —dijo Patricia—. No quiero torturarlo más trasteando con él y adosándole cosas al cuerpo.

—Si supiera construir nanomáquinas, haría un enjambre que lo seguiría y formaría un escudo cuando tuviera problemas. Pero mis mejores intentos de elaborar nanomotores han sido... vagos, y ¿quién quiere nanorrobots perezosos?

Entrevieron a Berkley en la oscuridad perpetua de debajo del tejado de la especiería, tras una gran viga. Un atisbo de pelaje, el resplandor de un par de ojos. Después, Berkley corrió escaleras abajo y se interpusieron en su camino, pero los dos acabaron hechos un ovillo magullado al pie de la escalera.

—Escucha —dijo Patricia—. Tommington era un buen gato. No tenía nada contra él; solo hacía cosas de gatos. No pretendía hacerle nada malo, te lo juro. —No hubo respuesta.



—Igual deberías lanzar un hechizo —dijo Laurence—. Hacer algo de magia o algo así, no sé.

Patricia estaba segura de que Laurence se reía de ella, pero él no tenía ese tipo de malicia. Se la habría visto en la cara.

—Hablo en serio —insistió Laurence—. Parece un problema mágico donde los haya.

—Pero no sé hacer nada. Quiero decir, la única cosa medio mágica que he hecho en muchos años fue comerme un montón de comida picante. Desde entonces he probado todos los condimentos cientos de veces.

—Pero a lo mejor esas veces no necesitabas ser capaz de hacer nada, y ahora sí.

Berkley los observaba desde lo alto de una estantería llena de libros sobre evaluación de la productividad, de la madre de Patricia. Estaba listo para salir por patas, rápido como un tren bala, si se acercaban demasiado.

—Ojalá pudiéramos ir al bosque a buscar ese Árbol mágico. Pero mis padres me matarían si se enterasen, y estoy segura de que Roberta se lo diría.

—No creo que tengamos que ir al bosque —dijo Laurence, ansioso por evitar el aire libre—. Por lo que me has contado, llevas dentro el poder; solo tienes que alcanzarlo.

Patricia miró a Laurence, que en modo alguno estaba tomándole el pelo, y no concibió que pudiera haber mejor amigo en el mundo.

Subió al desván, donde siempre hacía más calor que en el resto de la casa, y escuchó su propia respiración. Tenía la impresión de ser como un pájaro, con un cuerpo diminuto de huesos huecos. Laurence y Berkley la miraban, a la expectativa. Berkley llegó a acercarse un poco, por una viga del tejado.

Vale. Ahora o nunca.

Se imaginó que el caluroso ático era la selva, las vigas secas eran árboles cargados y las cajas de ropa vieja eran arbustos frondosos. No podía ir al bosque ni podía contar con que se repitiera la proyección astral; bien: traería el bosque hasta ella. Mientras aspiraba la esencia de los antiguos baúles de azafrán y cúrcuma, imaginó que un millón de ramas se extendía sobre sus cabezas, abarcando todo su campo visual en todas direcciones. Intentó recordar el discurso que había oído a Tommington tanto tiempo atrás e intentó hablar a Berkley de la forma más parecida de que fue capaz.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo, y si se paraba un segundo a pensar en lo loca que parecía, se moriría.

Hablaba en un susurro, pero subió el tono. Berkley se acercó un poco más, asomando la lengua entre dos colmillos puntiagudos. Patricia osciló un poco y

buscó en el interior de su garganta un gruñido estridente. Berkley levantó las orejas.

Berkley se acercaba, sin duda, y el sonido de Patricia se hizo más fuerte. Lo tenía al alcance de la mano en caso de que hubiera querido aferrarlo, pero no quería.

—¿Hablas... gato? —preguntó Berkley, con los ojos como platísimos.

—A veces. —Patricia no pudo evitar reír de alivio—. A veces hablo gato.

—Eres aquella chica mala que le jugó una trastada al tío Tommington.

—No era mi intención. Intentaba ayudar a un pájaro.

—Los pájaros están buenos —observó Berkley, haciendo oscilar las patas delanteras—. Revolotean e intentan escaparse de las zarpas; son como juguetes rellenos de carne.

—Ese pájaro era amigo mío —dijo Patricia.

—¿Amigo? —A Berkley le costaba asimilar el concepto de amistad con un pájaro. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Charlar con el comedero?

—Sí, protejo a mis amigos a toda costa. Me gustaría ser amiga tuya.

Berkley erizó el pelo ligeramente.

—No necesito protección. Soy un gato fuerte y fiero.

—Sí, desde luego. A lo mejor puedes protegerme tú a mí.

—A lo mejor. —Se acercó y se hizo un ovillo en el regazo de Patricia.

—¡Lo he conseguido! —Se volvió a mirar a Laurence, con una sonrisa radiante, y se dio cuenta de que parecía un poco... conmocionado.

Laurence se limitó a mirar fijamente; luego se estremeció un poco.

—Lo siento —dijo Patricia—. ¿Ha sido raro? —Berkley ronroneaba en su regazo como una sierra de cinta.

—Más o menos. Sí. —Laurence tenía los hombros a los lados de las orejas.

—¿Raro bueno o raro malo?

—Solo... raro. La rareza es un valor neutro... Debería irme. Nos vemos en el colegio.

Laurence huyó, casi tan deprisa como podría haber huido Berkley, antes de que Patricia pudiera decir nada más. No podía ir tras él, porque por fin tenía un gato ronroneando encima. Su familiar. Oh, no. Esperaba que no fuera demasiado extraño. ¿Qué clase de idiota era, haciendo magia delante de alguien de fuera? La idea la había tenido él, era verdad, pero aun así.

Se puso a acariciar a Berkley.

—Nos protegeremos mutuamente, ¿de acuerdo? —El gato no dio muestras de seguir entendiéndola, pero qué más daba. Por fin había realizado

un hechizo, y en aquella ocasión había sido a propósito.

## 6

La bandeja de comedor de Laurence se deformaba, bajo el peso de tanto almidón poco cocinado, mientras buscaba un sitio donde sentarse, tan alejado de Patricia Delfine como fuera posible. Ella estaba sentada donde de costumbre, junto a los cubos de basura y reciclaje, intentando llamarle la atención con una ceja levantada bajo el pelo alborotado. Cuanto más tiempo pasaba de pie, menos estable le parecía la bandeja y más percibía a Patricia por el rabillo del ojo.

Al fin, Laurence torció a la izquierda y se sentó en los escalones traseros, cerca de donde los skaters hacían piruetas al salir de clase, con la bandeja de plástico moldeado en las rodillas. En teoría no se podía comer fuera, pero ¿a quién le importaba?

No paraba de pensar que debería hablar con Patricia, pero entonces recordaba las cosas raras. No dejaba de visualizarla meneando el torso y haciendo aquello con las manos, y después dialogando con el animal en ruidos de gato durante un tiempo incómodamente prolongado; era suficiente para provocarle sudores fríos. Se imaginaba charlando con ella, que se ofrecería a hablar con la naturaleza local en su nombre y tal vez volvería a realizar su baile cuadrúpedo.

Los rumores que había oído por ahí sobre Patricia cobraban mucha más relevancia ahora que la había visto en acción. Últimamente había estado buscando cualquier excusa para sentarse cerca de la elegante y juncal Dorothy Glass, y había oído a Dorothy y sus amigas elaborar una extensa mitología sobre la chica que guardaba ranas en el casillero. La gente seguía pensando que Laurence salía con ella, por mucho que lo negara, y no podía evitar acordarse de la advertencia de Patricia sobre el «cacafuti de bruja».

—Hola. —Patricia salió por la puerta trasera y se quedó de pie tras él, arrojando una sombra ante su cara mientras intentaba comerse las cuñas de patata con mantequilla. Laurence siguió masticando—. Hola —repitió Patricia, algo enfadada esta vez.

—Hola. —Laurence no se volvió.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no me haces caso? En serio, habla conmigo, por favor. Esto me está volviendo loca. —La sombra que cubría a Laurence osciló y cambió de forma, porque Patricia gesticulaba—. Fue idea tuya. Tú lo propusiste. Y entonces lo hice y te dio el yuyu y te largaste. ¿Quién trata así a sus amigos?

—No deberíamos hablar de esto en el colegio —dijo Laurence en voz muy baja, usando el tenedor como lo contrario de un micrófono.

—Vale. Entonces, ¿cuándo quieres hablar de esto?

—Solo quiero pasar desapercibido hasta poder irme de aquí. Es lo único que quiero. —Una hormiga se marchaba con una miga de su pan; igual Patricia podía soltarle un discurso en el idioma de las hormigas.

—Yo creía que odiabas a tus padres porque lo único que querían era no llamar la atención.

Laurence sintió una extraña combinación de vergüenza y rabia, como si le hubiera salido una parte del cuerpo justo a tiempo para recibir un puñetazo en ella. Cogió la bandeja y pasó empujando a Patricia, sin preocuparse por si las patatas la manchaban o lo manchaban a él, y entró a toda prisa en el comedor. Por supuesto, alguien lo vio corriendo con una bandeja a medias y sacó la pierna para ponerle la zancadilla. Acabó con la cara hundida en la comida. Nunca fallaba.

Aquel mismo día, más tarde, Brad Chomner intentó meterlo entero en un urinario, y después tanto Brad como Laurence acabaron en el despacho del señor Dibbs por pelearse, como si compartieran la culpa. El señor Dibbs llamó a los padres de Laurence para que fueran a buscarlo.

—Este colegio me está matando —dijo Laurence a sus padres mientras cenaban—. Tengo que salir de ahí. Ya he rellenado la solicitud de transferencia al instituto matemático y científico; solo falta que firméis. —La dejó en la mesa de formica descascarillada, donde quedó entre los manteles individuales desvaídos.

—No estamos seguros de que seas suficientemente maduro para ir tú solo a un instituto del centro. —El padre de Laurence rebañó su plato de estofado con el borde del tenedor mientras resoplaba por la nariz y la boca—. Al señor Dibbs le preocupa que puedas ser una influencia negativa. Que saques buenas notas, *snarf*, *snorf*, no significa que seas buen alumno.

—No has demostrado ser capaz de gestionar tus responsabilidades actuales —dijo la madre de Laurence—. No puedes meterte en líos todo el rato.

—Ni tu madre ni yo nos metemos en líos —dijo el padre de Laurence—. Hacemos otras cosas. Porque somos adultos.

—¿Qué? —Laurence apartó su estofado y bebió un largo trago de coca-cola—. ¿Qué hacéis exactamente? Cualquiera de los dos.

—¡No contestes! —dijo el padre de Laurence.

—Esto no tiene que ver con nosotros —dijo la madre de Laurence.

—No, quiero saberlo. Se me ocurre que no tengo ni idea de qué hace ninguno de vosotros dos. —Miró a su padre—. Eres un mando medio que se dedica a rechazar las solicitudes de seguro de la gente. —Miró a su madre—. Tú actualizas manuales de instrucciones de maquinaria obsoleta. ¿Alguno de los dos hace algo realmente?

—Ponerte un techo sobre la cabeza —dijo su padre.

—Y un delicioso estofado de hígado y guisantes en el plato —dijo su madre.

—Oh, Dios. —Laurence nunca había hablado así a sus padres y no sabía qué le había entrado—. No tenéis ni idea de lo muchísimo que deseo no salir como vosotros dos. En todas mis pesadillas, hasta la última, me convierto en un fracasado complaciente como vosotros. Ni siquiera recordáis los sueños que tirasteis a la basura para hundiros en este agujero. —Dicho aquello, arrastró la silla lo suficiente para rayar el linóleo barato y desapareció escaleras arriba antes de que sus padres pudieran mandarlo a su cuarto o fingir indignación. Echó el cerrojo.

Laurence deseó que se presentaran Isobel y su equipo de técnicos de cohetes y se lo llevaran. Isobel colaboraba en la gestión de una startup aeroespacial que realizaba envíos a la Estación Espacial, y Laurence no paraba de leer artículos sobre las promesas del viaje espacial en los que la citaban.

Después de tirarse en la cama y dejar vagar la vista por el póster que ocupaba todo el techo y representaba todas las naves estelares ficticias congregadas en una enorme nebulosa, recordó cómo había hablado a sus padres. Si se esforzaba para escuchar por encima de la docena de ventiladores que ocupaba una pared de su habitación, podía oírlos. Era una de aquellas peleas que ninguno de los dos aspiraba a ganar. Tampoco aspiraban a encontrar una solución. Era la agresividad desesperanzada, fútil, irreflexiva, de dos criaturas atrapadas sin otra cosa que hacer que destrozarse mutuamente. Laurence quería morir.

Su madre sonaba más herida, y su padre, más resignado. Pero el nivel de amargura era equivalente.

Se tapó la cabeza con una almohada. No sirvió de gran cosa. Al final se puso los auriculares, con las últimas canciones de girltrash que todo el mundo escuchaba en el colegio, y unas orejeras por encima. Ya no oía a sus padres, pero aún imaginaba lo que decían. Se centró en la voz grave y gutural de la cantante, que se llamaba Heta Neko, y se encontró con que tenía una erección. Intentar no fijarse le sirvió de tanto como solía servirle no fijarse en esas cosas. Se odió, pero bajó la mano para realizar el movimiento que últimamente practicaba sin cesar. En el momento en que salpicaba una servilleta sucia de comida rápida, oyó y sintió que uno de sus padres cerraba de un portazo la puerta de casa, aunque no supo cuál de los dos.

«Ojalá estuviera muerto y en el infierno», pensó Laurence.

No durmió gran cosa. A la mañana siguiente se sentía demasiado enfermo para ir a clase, pero sabía que no sería buena idea pedir que le dejaran quedarse en casa. Casi ni se dio cuenta de que sus compañeros le lanzaban gomas de borrar o le impedían firmar una petición para salvar esto o aquello, porque si firmaba él, no firmaría nadie más.

Aquella tarde, al llegar a casa, se encontró el formulario en la mesa de la cocina, firmado por sus padres. No estaba ninguno de los dos. Mientras cenaban intentó darles las gracias, pero se limitaron a encogerse de hombros y clavar la vista en la mesa. Los tres comieron en silencio.

Al día siguiente, Laurence estaba en el vestíbulo observando cómo se vaciaba de gente. Se dio cuenta de que llevaba la chaqueta mal abrochada y torcida.

Patricia se le acercó.

—Vas a llegar tarde —le dijo— y van a matarte.

Por primera vez en su vida, Laurence se fijó en que Patricia era mona. Tenía la piel brillante por debajo del ligero bronceado, como un cuadro hecho con aerógrafo que había visto una vez. Tenía el cuello terso y largo, y giraba la muñeca con que se sujetaba la mochila al hombro. El pelo oscuro tapaba parcialmente un ojo de un verde grisáceo. Quería sujetarla por los hombros. Quería huir de ella. Quería besarla. Quería gritar.

—¿Quieres hacer novillos? —dijo, en cambio.

—¿Por qué? —dijo Patricia—. ¿Adónde iríamos?

—Vamos al bosque. Quiero ver tu Árbol mágico.

Ya le daba igual que aquella chica estuviera loca. Él era mala persona, y ¿qué era peor?, ¿estar loco o ser malo? Además, quizá fuera la única chica que pudiera concebir la idea de besarlo antes de que cumpliera los treinta. Y cada vez era más consciente de que la había tratado fatal.

—Quieres ir al bosque conmigo —dijo Patricia—. Ahora mismo.

Laurence asintió. Necesitaba moverse. Se quedó quieto.

Pensó en lo anodinas que eran las baldosas que pisaba. Las enceraban a diario y las dejaban brillantes durante una hora, hasta que se secaban y cientos de chavales caminaban por ellas, y después el suelo se quedaba grisáceo y pegajoso con los restos de cera. Probablemente estaría más limpio si no lo encerases nunca.

—Lo siento —dijo Patricia—. No puedo. Tengo que seguir en este colegio cuando tú te hayas ido a tu paraíso de las matemáticas.

—Claro —dijo Laurence—. Vale. —Quería decir algo más, quizá disculparse, pero se quedó callado. Y después, el momento se había evaporado y cada uno caminaba hacia su clase.

Cuando tenía catorce años, Theodolphus Rose dormía en una losa cubierta de musgo. Dominaba cien formas de matar a una mujer sin despertar al hombre que descansaba a su lado. Todas las mañanas, una hora antes del amanecer, el joven Theodolphus salía a correr quince kilómetros con una urna de cerámica en la cabeza, llena de la orina de su profesor, y si derramaba una sola gota o no recorría los quince kilómetros en hora y media, se veía obligado a sostenerse sobre la cabeza hasta que veía un río de fuego solar. Lo único que comía eran los hongos y las bayas, no demasiado letales, que le habían enseñado a recoger en los arbustos de la fortaleza, construida entre acantilados, donde estudiaba. Con todo, la Escuela Anónima de Asesinos era un club de campo en comparación con el colegio Canterbury. Para empezar, a él le enseñaban cosas, habilidades a las que seguía dando uso y de las que se enorgullecía. Para seguir, nadie lo había obligado a rellenar exámenes tipo test en un portátil destartado. Si les hubieran puesto esos exámenes en la escuela de asesinos, no habría durado ni un día. (Tomó nota mental de dar caza a Lars Saarinian, el psicólogo que, tras estudiar el comportamiento de los cerdos en el matadero, ideó un régimen educativo para los niños humanos, en cuanto saliera de allí).

Theodolphus llevaba semanas espiando a aquellos dos chavales, oyendo todas sus charlas en casa y en el colegio. Había aparcado enfrente de sus casas para escucharlos juntos y por separado. Se había devanado los sesos intentando dar con una muerte que no requiriese su participación directa, para atenerse al pie de la letra a la prohibición de matar menores, pero que aun así narrase una bonita historia. Algo artístico. Se le había ocurrido que podían



internarse juntos en el bosque; a él lo picaría una serpiente, y Patricia se envenenaría accidentalmente al tratar de absorberle el veneno. Pero no, porque Patricia tenía prohibido ir al bosque y era la única niña del mundo que obedecía a sus padres, nada menos. Theodolphus no paraba de desear que Patricia tuviera un momento de rebeldía, pero la decepción lo brutalizaba.

A aquellas alturas, tras varias semanas de sentarse erguido a propósito en su silla de despacho, escuchando a Brad Chomner hablar de sus problemas de imagen corporal, Theodolphus solo deseaba acabar con aquello. Hacía años que no pasaba tanto tiempo sin matar a nadie, y sus manos no paraban de tener ideas. En las reuniones de profesores se preguntaba cuánto de sus propias entrañas podría enseñar a Don Gluckman, el profesor de Matemáticas, mientras aún estuviera con vida.

Lo peor era cuando tenía que dar consejos sobre la pubertad, algo que no había experimentado personalmente.

Lucy Dodd tenía una gastroenteritis (Theodolphus no había tenido nada que ver con ello) y necesitaban a alguien que diera Literatura unos días. Theodolphus se presentó voluntario. Así tendría otra oportunidad de estudiar a sus presas, ya que tanto Laurence como Patricia asistían a esa clase.

Saltaba a la vista que todos los chavales estaban deseando que llegara el sustituto para escaquearse. Cuando vieron que era Theodolphus, ataviado con una camisa negra recién planchada, un pantalón negro a juego y una corbata roja, todos resoplaron de decepción; por algún motivo, Theodolphus se había convertido en el miembro más célebre del profesorado y nadie se atrevía con él.

—Casi todos me conocéis ya —dijo, y estableció contacto visual con todas las caras de perro, una por una.

Laurence y Patricia estaban en mesas distintas; no hablaban, ni siquiera se miraban directamente, aunque la chica no paraba de lanzar al chico fugaces vistazos dolidos. El chico clavaba la vista en su *La letra escarlata* de segunda mano.

Traci Burt recitó un pasaje que había memorizado, con una dicción perfecta y una sonrisa llena de brackets cerámicos. Después, Theodolphus intentó suscitar un debate sobre Hester Prynne y si recibía un trato injusto, y recibió un montón de respuestas enlatadas sobre la moralidad puritana. Entonces se dirigió a Laurence.

—Señor Armstead, ¿opina usted que es necesario quemar una bruja de vez en cuando en aras de la cohesión social?

—¿Qué? —Laurence dio tal salto que tres patas de su silla se separaron del suelo y se le cayeron todos los libros. Todos los demás reían y enviaban mensajes de texto—. Lo siento —balbuceó mientras recogía sus cosas—. No sé a qué se refiere.

«Claro que sí —se dijo Theodolphus—. Lo sabes perfectamente».

—Ya veo. —Theodolphus garabateó algo en un papel, como si tachara al chaval—. ¿Y usted, señorita Delfine? ¿Cree que una quema de brujas ocasional ayuda a la sociedad a consolidarse?

Patricia perdió el aliento. Cuando lo encontró y subió la vista, miró a Theodolphus tan fijamente que este no pudo por menos que admirarla. Soltó aire entre los finos labios.

—Bueno —dijo Patricia—, una sociedad que tiene que quemar brujas para mantener la cohesión es una sociedad fallida y aún no lo sabe.

Con aquello, Theodolphus supo cómo realizar su misión y redimir su autoestima profesional de una vez por todas.

## 7

La ventisca llegó unas semanas después de que Laurence dejara más o menos de hablar con Patricia. Esta se despertó con Berkley acurrucado entre el codo doblado y el hombro, y miró por la ventana sin llegar a levantarse. El suelo y el cielo se reflejaban mutuamente; dos mantos blancos.

Patricia se estremeció y estuvo a punto de taparse la cabeza con las mantas, pero se duchó con el agua tan caliente como pudo soportar y se puso las mallas térmicas por primera vez aquel año. Ya no le cabían.

La madre de Patricia ya estaba en su puesto de trabajo y su padre estaba en modo multitarea con el portátil y una pila de carpetas, por lo que al menos no tuvo que hablar con ellos. Pero Roberta bajó a mitad del desayuno y se quedó mirándola sin hablar, y eso daba yuyu, y al final se fue al instituto Ellenburg y Patricia esperó contra toda esperanza que el Canterbury hubiera cerrado por la nieve.

No hubo suerte. Patricia fue al colegio en el coche de su padre y estuvo a punto de desnucarse en los escalones resbaladizos. La gente le tiraba bolas de nieve llenas de grava, pero ella no se molestaba en volverse a mirar; solo conseguiría presentar mejor blanco.

—Señorita Delfine —dijo una voz suave y marcada a sus espaldas, en el vestíbulo semidesierto, ya que muchos alumnos se habían quedado en casa pese a todo. Patricia se volvió y vio al señor Rose, el orientador con cara de nudillos, que se cernía sobre ella con un traje de raya diplomática gris pizarra.

—Hmmm. ¿Sí?

El señor Rose nunca le había llamado mucho la atención, a pesar de que todo el mundo decía que era la única figura de autoridad decente de aquel asqueroso colegio. Pero aquel día tenía un aspecto sombrío y amenazador, y medía treinta centímetros más que de costumbre. Patricia lo achacó a los nervios del día de nieve.

—Me gustaría tratar un asunto con usted —dijo el señor Rose con una voz más grave de lo normal—. ¿Puede pasarse por mi despacho cuando tenga un momento? Hoy tengo la agenda inusualmente libre.

—Claro —dijo Patricia, y corrió a la primera clase del día. El colegio estaba medio vacío, y la nieve no paraba de cegarla a través de las ventanas. Todo daba la impresión de ser un sueño raro. A primera hora tocaba Matemáticas y el señor Gluckman ni siquiera intentaba dar clase, porque todos estaban remoloneando.

En la segunda clase, el profesor ni se había presentado, así que tuvieron recreo tras los diez minutos de espera obligada. Patricia se acercó al despacho del señor Rose.

—Gracias por venir tan pronto. Seré breve. —Los dientes del señor Rose castañetearon dentro de sus labios blancos y secos. Aquel no era el señor Rose al que estaba acostumbrada Patricia. Estaba sentado más recto en su silla gris, con las manos entrelazadas sobre la mesa de nogal, tras el sujetalápices con una morsa de cómic. A su espalda había un muro de libros sobre desarrollo infantil.

Patricia asintió. El señor Rose inspiró profundamente.

—Tengo un recado para usted —le dijo—. Del Árbol.

—Del..., ¿qué? —Patricia estaba segura de que era un sueño. El mundo blancuzco, el colegio vacío... Seguía en la cama, con Berkley.

—Bueno, no exactamente del Árbol, sino del poder que representa. Sé que lleva mucho tiempo esperando para cumplir su propósito como bruja. Ha tenido muchísima paciencia. Así que me han encargado que le diga que la espera toca a su fin. El secreto será suyo muy pronto.

Patricia no podía respirar. Aferraba fuertemente los brazos de la silla. Le ardía la cara y tenía las extremidades congeladas. Toda la sangre le subía a la cabeza, como si se preparase para separarse del cuerpo. Entrechocó los pies.

—¿Qué? —dijo al fin—. ¿Qué quiere decir?

—Lo sabe de sobra.

—Hmmm. —Estaba al borde del balbuceo, pero se controló—. ¿Quién es usted? —No habría reaccionado precisamente con incredulidad si le hubiera dicho que Merlín o algo así.

—El orientador de su colegio. —El señor Rose sonrió con un solo labio—. Me limito a transmitir un mensaje; eso es todo. No volveremos a hablar de este asunto.

—Oh. Vale.

—Pronto recibirá instrucciones. Mientras tanto, debe realizar una tarea.

—Hmmm. —«Deja de decir “Hmmm”», se dijo Patricia—. Hmmm, ¿es como un examen? ¿O como un trabajo? ¿Tengo que demostrar mi valía?

—Ya ha demostrado todo lo que tenía que demostrar. Es una simple tarea, pero no muy agradable. En este colegio hay un chico que de mayor será un gran enemigo de la naturaleza y perseguirá a la comunidad mágica. Ya lo conoce. Se llama Laurence Armstead. Es posible que recientemente le haya solicitado una demostración de magia, e incluso que haya manifestado interés por ver el Árbol. ¿Es así?

—Hmmm... Sí. —Aquella conversación era como caer por el borde del mundo, rebotar por toda la esfera y volver a caer por el borde. Patricia tenía el estómago del revés.

—Así que ya lo sabe. Odio decir esto, y recuerde que solo soy el mensajero. Considero preciosa e insustituible hasta la última vida humana. Pero Laurence Armstead debe morir, y usted debe ser quien lo mate; nadie más puede. En cuanto lleve a cabo esta tarea podrá empezar con su formación.

Patricia no podía recordar qué había contestado después de aquello, aunque probablemente contenía un montón de *Hmmm*. No dijo que fuera a matar a Laurence ni que no. Es posible que diera las gracias al señor Rose por el recado. No estaba segura. Pasó el resto del día catatónica. Ni siquiera se fijó mucho en que Roberta colgaba boca abajo de la barandilla y la miraba fijamente durante la cena. El pelo castaño oscuro de Roberta caía hacia abajo y se le movían las cejas, pero no dijo nada cuando Patricia pasó a su lado.

Al cabo de una hora, justo antes de que se apagaran las luces, Patricia estaba en el cuarto de Roberta.

—Bert —dijo, usando su antiguo apodo—, ¿serías capaz de matar a una persona? ¿Si no tuvieras más remedio?

Roberta, con el pijama de algodón blanco, estaba pintándose las uñas de los pies de verde manzana.

—Vaya, Trish, qué morbosa. —Se echó a reír—. Para tu información, la respuesta es que sí y no. Sí, estaría dispuesta si me pareciera necesario y tal, pero probablemente no sería capaz. Me daría mal rollo mirar a alguien y cargármelo. Aunque estuviera segura de que era lo correcto.

—Hmmm, vale. Gracias.

—Pero, Trish —añadió Roberta cuando Patricia volvía a su habitación, a mitad del pasillo—. Si alguna vez te cargas a alguien, déjame mirar. Quiero verte hacerlo.

—Hmmm, vale.

Al día siguiente, Laurence volvió a clase, de buen humor por una vez; agitaba los brazos por los pasillos húmedos como si fuera el amo y señor del

colegio. Había vuelto a no hablarse con Patricia, pero le dirigió una sonrisa sin llegar a mirarla. Le resultaría muy fácil cargárselo empujándolo frente a uno de los vetustos autocares que usaba el colegio como autobuses escolares. Parecería un accidente. Patricia se sorprendió examinando la cabeza oscilante y las muñecas estrechas del chico, intentando imaginar si podía ser verdad: ¿Iba a convertirse en enemigo de la magia? No la miraba con muy buenos ojos, eso era cierto. Quizá de mayor fuera una especie de monstruo que persiguiera a Patricia y a los suyos, ¿qué sabía ella? Quizá acabar con aquellos que supusieran una amenaza para el orden natural formara parte del cometido de las brujas, lamentable y desgraciadamente.

Lo observó en el comedor. Castigando su comida. Lo vio correr arriba y abajo por la colina de detrás del colegio, temblando con el chándal. Intentó imaginarlo tramando una venganza. Persiguiendo a los amigos, si es que llegaba a tenerlos. No era capaz de creérselo, y no podría hacerlo si no se lo creía. Podía imaginarse matándolo; era escandalosamente fácil, un empujón contra las grandes ruedas, pero no podía imaginarlo mereciéndolo.

Siempre que intentaba hablar con él, el señor Rose estaba ocupado o ausente. Al final lo vio en el pasillo, cerca de la sala de profesores, e intentó hablar del Árbol. Él la miró como si hablara en chino, con una ceja levantada.

Al llegar a casa preguntó a C@MB1@M3:

—¿Laurence va a convertirse en un enemigo de la magia?

—¿Tú crees que Laurence va a convertirse en un enemigo de la magia? —respondió C@MB1@M3.

—Te lo he preguntado a ti.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

Tardó siglos en conciliar el sueño, hasta con Berkley tumbado a lo largo del tórax, pero al final se quedó dormida y soñó que rajaba a Laurence con un gran cuchillo. La piel se separaba para revelar un portal resplandeciente a una tierra fantástica llena de amables hechiceros que le entregaban su propia varita mágica. Soñó que lo engatusaba para ir al acantilado del río Wadlow, donde a veces montaban fiestas sus compañeros, y lo empujaba a las rocas puntiagudas y resbaladizas.

Se despertó llorando y temblando, agarrada a Berkley con todas sus fuerzas.

Antes de que empezara el colegio, a Patricia le tiraron una piedra a la cabeza. No una bola de nieve con piedrecitas dentro; un simple trozo de granito. Patricia se agachó, pero resbaló en el camino. Laurence la agarró por el brazo y la ayudó a ponerse en pie. Cuando Patricia recobró el equilibrio, él

pareció ir a decir algo, pero después se marchó, tal como hacía últimamente siempre que estaba a punto de hablar con ella.

En la primera clase, Patricia fue a sacar el libro de texto de la mochila y cayó otra cosa: unas bragas con una mancha que no pudo identificar ni quiso seguir examinando. Estaba segura de que no estaban ahí cuando salió de casa. Sus compañeros de mesa, incluida Macy Firestone, se pusieron a reír y sacar fotos.

—¿A qué viene ese revuelo? —preguntó el señor Gluckman desde la pizarra.

—Alguien me ha metido... algo inmencionable en la mochila. —Intentó sonar digna, ni víctima ni alborotadora.

—Zorra emo —sisearon desde una esquina.

—No es excusa para armar jaleo en mi clase. —El señor Gluckman frunció el ceño entre las patillas canosas—. Hace perder tiempo a los compañeros que vienen a aprender.

—¡Yo no he hecho nada! —dijo Patricia—. Alguien...

—Si alguien ha estado guardando artículos indebidos en la mochila de alguien, le sugiero que lo trate con el director o con el señor Dibbs.

Patricia miró a su alrededor. Un aula de diversión pura. Captó los ojos de Laurence, que le devolvió una mirada vacua e impotente.

—Bien. —Patricia se puso en pie—. Eso haré. ¿Me permite? —No esperó respuesta. Cerró de un portazo que no bloqueó los vítores y aplausos.

Estaba a mitad de camino del despacho del señor Dibbs cuando este dobló una esquina y la cogió por el brazo.

—Usted. —Le aferró el brazo con una mano carnosa—. Tiene explicaciones que dar.

Patricia intentó hablar con él, pero la arrastró al servicio de chicas, donde vio, escrito en la pared con sangre: «LA MUERTE ES GENIAL».

No era sangre humana. No era sangre fresca. Pero sin duda era sangre; quien hubiera hecho aquello había dejado envases de la carnicería en la papelería. La «pintura» chorreaba mientras el mensaje seguía derritiéndose en la pared. Alguien había entrado en el baño de chicas y había hecho la pintada después de que empezara la primera clase, sin que nadie se diera cuenta. Tendría que ser un ninja.

—¿Qué...? —Patricia sentía hielo en su interior. La peste era insoportable: un nocivo hedor de matadero, la angustia de las vacas moribundas inmortalizada en forma de olor. No soportaba estar en el mismo lugar que aquello.

El señor Dibbs apretó la mandíbula tras la densa barba negra y señaló la pared con la mano libre.

—Va a limpiar eso y después vamos a llamar a sus padres para mantener con ellos una conversación sobre la conducta civilizada, el barbarismo y la ¡vital!, ¡crucial!, diferencia entre lo uno y lo otro.

—Yo no he... Suélteme el brazo, por favor; me hace daño. —No oía su propia voz. El subdirector la acercó a la pared, hasta dejarla a unos centímetros—. No sé nada de esto. Suélteme el brazo, por favor. El castigo corporal en los centros de enseñanza está prohibido, y me hace daño. Por favor, ¡SUÉLTEME EL BRAZO!

El señor Dibbs la soltó, pero ya estaba volviéndose para llamar a los padres de Patricia. Tampoco le harían caso. Tendría a tres adultos gritándole, en vez de uno.

—Escuche —dijo Patricia—. Quien haya hecho esto lo ha hecho durante la primera hora. Muchas chicas fueron antes al servicio y no había sangre en la pared. Y todo el mundo me ha visto en la primera clase; he sido la primera en llegar a Matemáticas. Es imposible que yo haya hecho eso. Así que discúlpeme, pero tengo que volver a Matemáticas.

La «victoria» dejó a Patricia con unas bragas manchadas de las que deshacerse y una clase llena de gente que no paraba de intentar sacarle fotos para subirlas a Instagram con comentarios crueles.

La pintada sangrienta siguió el resto del día en la pared del baño. El conserje se negó a acercarse por motivos religiosos; nadie sabía qué religión profesaba exactamente, y él tampoco quiso decirlo.

Patricia sentía que iba a echar la primera papilla mientras, clase tras clase, oía los murmullos de sus compañeros y a los profesores que intentaban seguir como si nada hubiera pasado. No habría podido vomitar aunque hubiera querido, ya que en el colegio solo había una docena de inodoros para chicas y las colas eran interminables. En una ocasión estuvo esperando para hacer pis, y las chicas no paraban de empujarla «por accidente».

Intentó hablar con Laurence una o dos veces, pero él no paraba de zafarse.

Cuando llegaba a la puerta se fijó en que el señor Rose la observaba desde dentro del colegio. Había recuperado el tamaño normal. Recordó aquello en lo que intentaba no pensar: le había dicho que pronto saldría de aquel horrible lugar. Empezaría su formación. Sería libre y luminosa, una auténtica bruja. Solo tenía que llevar a cabo... una pequeña tarea.



## 8

Laurence había perdido la cuenta de las conversaciones que había oído sobre el escándalo de Patricia. La gente no tenía otra cosa de que hablar mientras se ponía el chándal para hacer pista y campo (Laurence era de campo, más o menos), estudiaba para los exámenes importantes o esperaba para las pruebas de gimnasia, para las que Laurence «hacía compañía» a Dorothy Glass; aún no le había dicho que se largara y parecía gustarle que le llevara cosas. Dorothy se acomodaba en las gradas con un movimiento de pierna en el que Laurence veía un significado personal.

Había una línea que Laurence no estaba dispuesto a cruzar: jamás diría nada malo de Patricia ni reiría los chistes sobre ella. No iba a intentar prosperar socialmente para entrar en el ámbito de influencia de ningún grupo a costa de su única amiga. En general intentaba no pensar mucho en ella. Sabía cuidarse. Él estaba en una crisálida, incomunicado en su metamorfosis: en seis meses, si todo iba según lo previsto, ingresaría en el instituto especializado en matemáticas y ciencia.

Mientras tanto consagraba hasta el último minuto libre a la actualización de C@MB1@M3, que cada vez ocupaba más espacio en el armario hasta que Laurence tuvo que tirar casi toda su ropa. Cada vez que le añadía capacidad de proceso, C@MB1@M3 parecía devorarla al instante. Laurence había construido una red neuronal de unas pocas capas, pero de alguna forma había evolucionado por sí misma hasta tener ya más de veinte capas y no paraba de refactorizarse. Además, las conexiones de serie se habían hecho más desconcertantes: en vez de viajar de la máquina A a la máquina B a la máquina C, los datos se enviaban de A a B a C a B a C a A, con lo que cada vez se creaban más bucles retroalimentados.

Un día, Patricia hacía cola en el comedor junto a Laurence. Estaba hecha un desastre: el pelo oscuro por la cara, unas bolsas marcadas bajo los ojos, el uniforme arrugado y los calcetines desparejados. No miraba a ningún punto en concreto. Ni siquiera se fijaba en las guarrerías que le echaban a la bandeja. Una persona que no se fija en si le ponen patatas fritas o puré de nabo es una persona que ha renunciado a la vida.

Laurence estaba firmemente convencido de que debería decirle algo. Nadie se daría cuenta. No iba a ponerse en pie y gritar que estaba de su parte, ni nada así.

—Hola —murmuró en la dirección general de Patricia, que no pareció oírlo y avanzó a trancas como un zombi hacia los postres.

—Hola —repitió Laurence, un poco más alto—. Hola, Patricia. ¿Qué tal... van las cosas?

—Van —dijo Patricia sin levantar la vista.

—Bien, bien —dijo Laurence, como si Patricia hubiera terminado la frase con un adverbio—. A mí también, a mí también.

Cada uno se fue por su lado. Los dos comían solos, pero Laurence tenía el privilegio de comer solo en un rincón apartado del comedor, detrás de los dispensadores de leche con sus tubos de caucho. Patricia, mientras tanto, comía sola en una esquina oscura de la biblioteca, detrás de los estantes de geografía, donde Laurence casi ni se fijó en ella al dejar un libro antes de marcharse. Estaba tan acorazada que parecía Batman.

En casa, Laurence observó a sus padres, que ya no se acordaban de que unas semanas antes les había gritado por dejarse derrotar por la vida. El padre de Laurence no paraba de quejarse de que el equipo del coche se le comía los CD.

En Internet había un artículo sobre los problemas a que se enfrentaba la empresa aeroespacial en cuya gestión colaboraba Isobel, la ingeniera. Los lanzamientos se suspendían uno tras otro, y se producían accidentes de poca importancia. Se lo leyó tres veces, maldiciendo las tres.

Laurence recibió una carta que decía que estaba aceptado en el instituto de matemáticas y ciencias para el curso siguiente. La guardó en la cómoda, junto al antiguo anillo de su abuela y sus tres peines distintos (para partes distintas de la cabeza), y todas las mañanas la miraba mientras se vestía para ir a clase. Al cabo de un tiempo, los dos pliegues del papel empezaron a parecerse a las líneas de la mano de Laurence. Líneas de la vida.

Una noche, después de ponerse el pijama, acabó a cuatro patas delante del armario, examinando la maraña de cables que unían todas las piezas improvisadas de C@MB1@M3. Las instrucciones se habían hecho mucho más numerosas y complicadas de lo que Laurence podía entender, y C@MB1@M3 tenía miles de cuentas en servicios gratuitos de todo el mundo, para almacenar datos y trozos de sí mismo en la nube.

Y entonces Laurence se dio cuenta de una cosa: cada vez que Patricia tenía una de sus conversaciones con C@MB1@M3, la complejidad de la base

de código daba un salto exponencial justo a continuación. Quizá fuera una correlación aleatoria, pero Laurence no paraba de mirar las fechas y horas de los registros y pensar que Patricia insuflaba vida a aquel aparato mientras él la dejaba de lado.

A la mañana siguiente, Laurence encontró a Patricia en los escalones delanteros, mirando hacia el colegio como si intentara decidir si valía la pena el esfuerzo.

—Hola. Solo quería decirte que estoy de tu parte. No creo que seas satanista.

Patricia se encogió de hombros. Le había crecido el pelo, y casi le entró por el cuello del jersey.

—¿Por qué iba nadie a ser satanista, de todas formas? No lo entiendo. No se puede creer en Satán sin creer en Dios, así que es elegir el bando incorrecto en una gran batalla mítica.

Todos los demás habían entrado. Sonó el segundo timbre.

—Supongo que los satanistas consideran que Dios es el malo y reescribió la historia para quedar bien.

—Pero si es así —dijo Patricia—, están adorando a un tipo que necesita mejorar el departamento de Relaciones Públicas.

Se sentaron a comer juntos, en la biblioteca, pero no en la esquina oscura, ya que no había sitio para dos. Laurence intentó preguntar a Patricia qué tal le iba, pero ella se cerró como si aquel tema de conversación la sumiera en un coma.

—Puede... —dijo Laurence—. Puede que debas hablar con el señor Rose.

—¿Qué? —Patricia salió del sopor con los ojos desorbitados.

—El señor Rose, el orientador. Dijiste que te caía bien.

—No puedo hablar con el señor Rose —dijo Patricia entre dientes, apenas audible pese al silencio de la biblioteca—. Es... Creo que tiene algo raro. Me dijo que... Me dijo una verdadera locura, un par de días antes de lo de la sangre en la pared. Y no paro de pensar que hay alguna relación.

Laurence tuvo que acercarse tanto para oírla que casi le rozó la nariz con la barbilla.

—¿Qué te dijo? —susurró.

Patricia pensó un momento y sacudió la cabeza.

—No puedo ni repetirlo. Si te lo dijera, pensarías que me lo invento.

—Me fío más de tu palabra que de la del señor Rose —dijo Laurence, y lo dijo en serio.

—En esto no. Imagina que le dijeras a alguien algo tan demencial que nadie pudiera creer que lo habías dicho. Esto fue peor.

A Laurence le iba a estallar la cabeza.

—Dímelo. No será para tanto.

Pero cuanto más insistía, más se cerraba Patricia, hasta que volvió a entrar en modo comatoso. Fuera lo que fuera lo que le había dicho el señor Rose, la había conmocionado más que el hecho de que un montón de chavales la acusara de autolesionarse y hacer pintadas con sangre. Acabaron sentados en silencio hasta que acabó la hora de la comida y les tocó llevar las bandejas de vuelta al comedor.

—¿Vamos al centro comercial después de clase? —propuso Laurence mientras dejaban las bandejas—. Podemos decir a tus padres que estás en mi casa y a los míos que hemos salido al aire libre. Como en los viejos tiempos.

—Vale. —Patricia se estremeció—. No me vendría mal un chocolate caliente. Con un millón de nubes o así.

—Hecho.

Quedaron en firme. Laurence tenía la impresión de haberse arrancado una espina que se había olvidado de que le taladraba la piel. Se dirigió a solas a clase de Ciencias. Brad Chomner lo agarró por el cuello de la chaqueta del uniforme y lo sostuvo en volandas con una mano; a Laurence se le clavaba la chaqueta en las axilas.

—No deberías haberte acercado a la zorra emo —dijo Brad Chomner. Hizo oscilar a Laurence como si fuera a lanzarlo y lo soltó.

## 9

La nieve lo volvía todo gris, hasta donde alcanzaba la vista de Patricia. Hasta el bosque prohibido de detrás de la especiería parecía lavado, con los árboles oscuros cubiertos por la nieve de tres tormentas. Patricia solo salía de casa para ir al colegio, por lo que el frío le resultaba mucho peor de lo que era. Mítico, con su capacidad para congelar y arrebatar la vida a quien se aventurase a cruzar la puerta. Patricia, sentada en la cama, charlaba con C@MB1@M3 o leía el montón de libros de tapa blanda que había conseguido en el gran saldo de la biblioteca. Se acurrucaba con Berkley en una esquina de la cama, en un nido cálido formado por el edredón y una manta de repuesto. Berkley llevaba meses sin acercarse a Roberta, y proteger a su gato parecía ser el único logro de la vida de Patricia.

Había empezado a saltarse la mayoría de las clases, aunque seguía esforzándose al máximo. Hasta entonces, nunca había tenido que ocultar las notas a sus padres.

Después de lo de la sangre en la pared se había producido otro par de incidentes, que incluían un montaje obsceno con una Barbie en el vestuario de las chicas y una bomba fétida en un cubo de basura. Nadie podía demostrar que Patricia fuera la responsable, pero nadie lo ponía en duda. Cuando habló con ella en público, Laurence se llevó una paliza.

En clase, en los momentos de mayor locura, Patricia se preguntaba si el señor Rose no estaría en lo cierto. Quizá debiera matar a Laurence. Quizá tuviera que ser o él o ella. Siempre que pensaba en suicidarse, con un montón de pastillas para dormir o algo así, una parte de ella con instinto de supervivencia cambiaba esa imagen por la muerte de Laurence.

Y entonces, la idea de matar a lo más parecido que tenía a un amigo le daba ganas de vomitar. No iba a suicidarse. Y no iba a matar a nadie.

Probablemente solo se estaba volviendo loca. Se había imaginado todo aquello de la brujería, y en realidad era ella quien dejaba todas aquellas cosas escabrosas en el colegio. No le parecería sorprendente que su familia hubiera conseguido volverla loca.

Prácticamente todas las conversaciones entre Patricia y C@MB1@M3 empezaban igual. Patricia escribía: «Dios, qué sola estoy», a lo que el ordenador siempre respondía: «¿Por qué estás sola?», y Patricia trataba de explicárselo.

—Creo que le caes bien a C@MB1@M3 —le comentó Laurence a Patricia mientras se escabullían por la parte trasera, abriendo la gran puerta metálica con la delicadeza de quien toca un bebé para no hacer el menor ruido.

—Me gusta tener alguien con quien hablar —dijo Patricia—. Creo que C@MB1@M3 también necesita hablar con alguien.

—En teoría puede hablar con cualquiera, o con cualquier ordenador, de cualquier lugar del mundo.

—Será que unas aportaciones le van más que otras.

—Aportaciones continuadas.

—Sí. Continuadas.

La nieve cubría hasta el último centímetro del mundo con una capa crujiente, por lo que cada paso era un lento descenso. Laurence y Patricia iban cogidos de la mano. Para no perder el equilibrio. El paisaje brillaba como un espejo desgastado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Patricia. Habían dejado atrás el colegio, pero tendrían que dar la vuelta pronto si querían tener la esperanza de llegar a la ceremonia, en la que los alumnos de mejores notas del último curso iban a recitar pasajes memorizados y hablar de lo que significaba para ellos el Programa Saarinian.

—No sé —dijo Laurence—. Creo que por aquí hay un lago. A ver si se ha congelado. A veces, cuando un lago se congela de una forma determinada, cuando se tiran piedras al hielo suena como una pistola de rayos. ¡Fiu, fiu, fiu!

—Mola —dijo Patricia.

Seguía sin saber muy bien qué relación tenía con Laurence. Se habían juntado a hurtadillas unas cuantas veces desde que comieron en la biblioteca, pero Patricia tenía la impresión de que tanto Laurence como ella sabían, en el fondo, que cada uno de ellos plantaría al otro sin pensárselo si existiera la oportunidad de integrarse, integrarse realmente, en un grupo de personas afines.

—No voy a salir de aquí en la vida. —Patricia estaba hundida en la nieve hasta las rodillas—. Tú te irás a tu instituto científico y yo me quedaré a volverme loca. Será mi aniquilación social; me volveré radiactiva.

—Bueno —dijo Laurence—, no sé si es posible «volverse radiactivo» sin exponerse a determinados isótopos, y en ese caso es probable que no sobrevivieras.

—Me gustaría pasarme cinco años durmiendo y despertarme de adulta. —Dio una patada a la tierra helada—. Pero sabiendo todo lo que se supone que hay que aprender en el instituto; lo aprendería dormida.

—A mí me gustaría hacerme invisible —dijo Laurence—. O tal vez convertirme en cambiaformas. Ser cambiaformas tiene que molarlo todo. A no ser que se me olvidara el aspecto que se supone que tengo que tener y no pudiera recuperar mi forma original en la vida. Eso sería un asco.

—¿Y si solo pudieras cambiar la forma en que te ve la gente? Por ejemplo, si quisieras podrían verte como un conejo de treinta metros. Con cabeza de cocodrilo.

—¿Pero físicamente sería igual? ¿Solo les parecería distinto a los demás?

—Sí, supongo.

—Sería una soberana cagada. Alguien acabaría por tocarme y se daría cuenta de la verdad, y después de eso nadie volvería a tomarse en serio mis apariencias. No sirve de nada si no se cambia de forma realmente.

—No sé —dijo Patricia—. Depende de tu intención. Además, ¿y si pudieras hacer que la gente viera y oyera lo que quisieras, y trastear con sus percepciones en general? Eso molaría, ¿no?

—Sí. —Laurence lo meditó un momento—. Eso molaría.

Llegaron a un río que ninguno de los dos recordaba haber visto hasta entonces. Estaba cubierto de una capa blanca, y las piedras que lo bordeaban se parecían a los zafiros falsos del collar que Roberta había regalado a Patricia por Navidad. La corriente impedía que el agua se congelara, pero no que se formara escarcha encima.

—¿De dónde demonios ha salido esto? —Laurence dio una patadita al arroyo y descascarilló el hielo que lo cubría.

—Creo que es muy poco profundo y que casi siempre se puede cruzar a pie —dijo Patricia—. Las rocas son muy estables, menos cuando están todas heladas como ahora.

—Pues vaya. —Laurence se acuclilló para examinar el río y estuvo a punto de empaparse el culo con la tierra circundante—. ¿De qué sirve escaparse del colegio si no se pueden hacer sonidos de láser en el hielo?

—Deberíamos volver —dijo Patricia.

Volvieron. En aquella ocasión no se cogieron de la mano, como si el chasco de la expedición los hubiera separado. Patricia resbaló y cayó sobre

una rodilla; se rasgó la media y se raspó la piel. Laurence se agachó para ayudarla, pero ella negó con la cabeza y se levantó sola.

Era una metáfora de su relación con Laurence, pensó Patricia entonces. La apoyaba y era amigo suyo siempre que algo pareciera una gran aventura, pero en el momento en que se llegaba a un punto muerto o las cosas se hacían más raras de lo esperado, se apartaba. Nunca sabía con qué Laurence se iba a encontrar.

No se podía contar con él, se dijo. No se podía, y tenía que asumirlo sin más. Tuvo la impresión de que había zanjado un asunto de una vez por todas.

—Creo que ser capaz de controlar los sentidos de los demás es mejor que ninguna otra cosa, incluso que ser un cambiaformas —dijo Laurence de repente—. Porque ¿qué más da la forma física si podemos cambiar la forma en que nos perciben? Podríamos ser todos deformes y asquerosos, y daría igual. La clave está en controlar el tacto además de la vista.

—Sí. —Patricia apretó el paso y trotó hasta el aparcamiento trasero, por lo que Laurence tuvo que correr para seguirla—. Pero sabrías qué eres de verdad, y eso es lo único que importa.

Cuando llegaron, tras atravesar el aparcamiento de gravilla embarrada, se encontraron con la puerta trasera cerrada a cal y canto. ¿Con llave? ¿Por el hielo? Los dos tiraron, ya que la otra puerta estaba en la fachada del edificio y los pillarían con absoluta certeza. Laurence plantó un pie en la pared de piedra blanca y tiró con toda su fuerza de pista y campo pero sobre todo campo. Patricia tiró del afilado picaporte de metal, que tenía forma de escuadra de sujetar estantes. Tironearon tan fuertemente como pudieron y entonces se abrió la puerta. Se oyeron risas al otro lado. Laurence y Patricia, antes de caer de culo, entrevieron unas zapatillas que no formaban parte del uniforme y un trío de manos regordetas. Quienes hubieran estado sujetando la puerta desde dentro rieron con más fuerza mientras ellos intentaban incorporarse, y entonces una forma azul trazó un arco hacia ellos y Patricia apenas tuvo tiempo de reconocer un cubo de plástico antes de que escupiera una lengua de agua blanca y los dejara empapados. Alguien sacaba fotos.



## 10

Theodolphus no había comido helado desde el envenenamiento del centro comercial, y no lo merecía. El helado era para los asesinos que cumplían sus objetivos. Aun así, imaginaba el gusto que tendría el helado, cómo se le derretiría en la lengua y liberaría niveles de sabor. Ya no confiaba en el helado, pero necesitaba helado.

Bien; que así fuera. Salió, evadió con un movimiento de la mano los habituales intentos de coqueteo de su casera y montó en su Nissan Stanza. Condujo durante horas, cruzando y recruzando fronteras entre estados, dando vueltas, girando y volviendo a girar, empleando todos los trucos que se le ocurrían. Al final paró frente a un pequeño supermercado, a dos estados de distancia, donde compró una pinta de Ben & Jerry's, uno de los sabores que debían su nombre a famosos. Se lo comió en el asiento del conductor con el cuchador que llevaba en la guantera.

—No merezco este helado —repetía con cada bocado, hasta que se puso a llorar—. No merezco este helado. —Sollozó.

Al cabo de unos días, Theodolphus miró al otro lado de su mesa, a la rubia y furiosa Carrie Danning, y se dio cuenta de que llevaba casi seis meses trabajando de orientador de secundaria; una docena de veces más que el trabajo normal que hubiera desempeñado más tiempo. Era la primera vez que tenía más de dos pares de calcetines.

Lo más horripilante era que a Theodolphus no acababan de resultarle indiferentes aquellos jóvenes y sus ridículos problemas. Quizá por el tiempo que había invertido, quería ver cómo salían las cosas. Se preocupaba por la política escolar. Tenía la inquietante sensación de que todos aquellos debates sobre si se debía permitir pasar de curso a los alumnos con asignaturas pendientes tenían cierta relevancia. Lo asaltaban vívidas pesadillas en las que asistía a reuniones de padres y profesores.

Carrie Danning decía que se había hartado de intentar hacerse amiga de Macy Firestone, que era una persona tóxica, y Theodolphus asentía sin escuchar.

Así funcionaban las cosas para los miembros de la Orden Anónima, como Theodolphus: no veían demasiado a los otros miembros, al margen de las reuniones que se celebraban cada cinco años, pero recibían boletines en las pautas de hierba muerta o en los huesos humanos pegados a los zapatos; eso indicaba si alguien había ascendido en la jerarquía o había realizado una ronda de asesinatos espectacular últimamente. A aquellas alturas, todos sus compañeros (incluso quien fuera el que le había envenenado el sundae para advertirlo de que no atentara directamente contra los dos menores) estarían encontrándose pequeñas criaturas sin patas en sombreros y guanteras, lo que significaba que Theodolphus estaba sumido en la madre de todas las rachas de inactividad.

En el cajón entreabierto de la mesa de despacho de Theodolphus había algo liso y rojo. Durante un momento estuvo seguro de que se trataba de una tira de seda empapada en sangre, lo que significaría que la Orden le notificaba su descenso jerárquico. Pero lo que sacó fue un sobre color crema con ribete rojo, que contenía una carta que lo informaba de que el Distrito lo había propuesto al premio de Educador del Año. Estaba invitado a la ceremonia de entrega, en la que los asistentes irían de etiqueta y comerían animales de cría industrial. Theodolphus estuvo a punto de echarse a llorar delante de Carrie Danning. Tenía que poner fin a aquello. Costase lo que costase, tenía que recuperar su vida.

## 11

Laurence vio a sus padres salir del despacho del señor Rose alrededor del mediodía. Parecían alarmados; literalmente, como si les hubiera sonado una alarma al lado de la cabeza y aún les pitaran los oídos. No lo miraron, ni se dieron por enterados de su presencia, cuando salieron apresuradamente del colegio y se metieron en el coche.

Laurence entró sin llamar en el despacho del señor Rose.

—¿Qué acaba de decirles a mis padres?

—Está sujeto a la misma confidencialidad con que cuentan todas las conversaciones que mantenemos en este despacho. —El señor Rose sonrió y se repantingó en el sillón.

—Usted no es psicólogo —dijo Laurence—, y no debería hacerse pasar por tal.

—Sus padres están preocupados por usted. Es uno de los alumnos más inteligentes y dotados que hemos tenido jamás.

—¿Qué les ha dicho a mis padres? Y anteriormente, ¿qué le dijo a Patricia? No quiere contármelo, pero la tiene muy alterada.

—Esto no tiene nada que ver con Patricia —dijo el señor Rose—. Estamos hablando de usted.

—No. Estamos hablando de usted. —Laurence recordaba que Patricia se quedaba como si hubiera visto un fantasma siempre que le mencionaba al señor Rose, y que el señor Rose lo examinaba como si fuera un insecto. Las piezas empezaban a encajar—. Ha dicho a mis padres algo que los ha asustado, como el otro día asustó a Patricia. ¿Qué les ha dicho?

—Tal como acabo de comentar, sus notas se salen de la escala, pero su actitud amenaza con echarlo todo a perder.

—Supongo que tengo suerte de que me haya prometido que todo lo que digo aquí queda entre nosotros. Así puedo decirle que es un farsante. No es el adulto más molón de este colegio; es una especie de troll que se oculta en su mierda de despacho de conglomerado para trastear con la gente. Mis padres son débiles mentales; la vida les ha aplastado el espíritu y los considera

blancos fáciles. Pero le aseguro que no lo son, y Patricia tampoco. Voy a acabar con usted.

—Ya veo. —Las manos del señor Rose temblaban un poco—. En tal caso, lo que suceda a continuación será obra suya. Buenas tardes, señor Armstead.

Cuando Laurence llegó a casa, sus padres no estaban, así que tiró de pizza congelada. Alrededor de las diez de la noche bajó y pilló a sus padres mirando unos folletos que escondieron en cuanto oyeron sus pasos.

—¿Qué mirabais? —preguntó Laurence.

—Solo era... —dijo su padre.

—Solo eran unos papeles —dijo su madre.

Al día siguiente lo sacaron de la cama al amanecer y le anunciaron que ese día no iría a clase. Lo metieron en la parte trasera del monovolumen y su padre condujo como si lo persiguiera un misil buscador de calor.

—¿Adónde vamos? —preguntó Laurence a sus padres, pero se limitaban a mirar fijamente la carretera.

Se hundieron en el Connecticut más gris, con la interestatal incrustada entre paredes rocosas, hasta que torcieron por un camino abrupto y abandonado cubierto primero de asfalto, después de tierra y después de grava. Las hayas se agitaban y temblaban, como si intentaran decir algo a Laurence, y entonces vio el cartel: «COLDWATER: Reformatorio militar. Reabierto bajo nueva dirección». Aparcaron en un montón de piedras, rodeados de jeeps destartados, y a su izquierda saltó una falange de veinte o treinta adolescentes, cualquiera de los cuales podría fregar el suelo con Brad Chomner.

Detrás de los chavales que daban saltos de tijera ondeaba una gran bandera estadounidense a media asta.

—Tiene... —dijo Laurence a sus padres—. Tiene que ser una broma.

Murmuraron que no les había dejado más opciones, con su conducta problemática, y que iba a pasar allí unos días para ver si Coldwater era un centro educativo más adecuado para él que ese instituto científico, donde solo aprendería más formas de ser destructivo.

¿Qué demonios les había dicho el señor Rose? ¿Que estaba construyendo una bomba?

El cerebro de Laurence estaba tan sobrecalentado e hipóxico como el interior del coche. Sintió un dolor agudo, como si le rasgaran la piel de la vida al arrancarle el futuro. Sus padres ya habían echado a andar por el camino de tierra hacia el búnker de cemento donde ponía «COMANDANCIA», sin esperar a

que los siguiera. Corrió tras ellos, gritándoles que no podían hacerle eso y que ya tenía plaza en otro centro educativo, joder.

—La nueva y mejorada Academia Coldwater ayuda a los individuos a alcanzar su pleno potencial —dijo el comandante Michael Peterbitter, sentado rígidamente tras una mesa de imitación de madera con un ordenador que ejecutaba Windows XP en la esquina. Laurence no pudo contener un bufido desdeñoso—. Para nosotros, la disciplina es un medio, no un fin. —Peterbitter tenía un mostacho asimétrico, y una nariz quemada por el sol entre este y el pelo cortado a cepillo—. Creemos en el antiguo ideal de *mens sana in corpore sano*. Cuando Larry lleve seis meses aquí, casi no lo reconocerán.

Bla, bla, bla, forma física, aprender a desmontar un fusil en menos de dos minutos, autoestima, bla. Al final, Peterbitter preguntó si alguien tenía alguna pregunta.

—Solo una —dijo Laurence—. ¿Quién ha muerto?

—Es un asunto delicado, y lamentamos profundamente...

—Porque eso significa la bandera a media asta, ¿no? Por cierto, ¿a cuántos alumnos ha matado su magnífica academia?

—Algunas personas no saben adaptarse a nuestro riguroso y enriquecedor régimen académico. —Peterbitter adoptó una expresión sombría, pero también lanzó una mirada asesina a Laurence—. Siempre hay quienes, a la hora de elegir entre florecer en un entorno exigente y autodestruirse sin motivo, optan por lo segundo.

—Nos marchamos. —La madre tocó el brazo de Laurence.

—Estupendo —dijo Laurence—. Estoy listo.

Pero aquel *nos* no lo incluía. Laurence pensó, no por primera vez, que aquella era una de las irritantes lagunas del inglés. Al margen de la imposibilidad de distinguir entre el *o* disyuntivo e *y/o*, que la primera persona del plural no indicara si incluía al interlocutor era una conspiración anfibológica, destinada a crear situaciones incómodas y exacerbar la presión social, porque la gente intentaba incluir al interlocutor en sus *nosotros* sin pedirle permiso, o el interlocutor se sentía incluido y de repente se quedaba colgado. Laurence meditaba sobre aquella injusticia lingüística mientras miraba a sus padres volver al coche, atravesando el astroso aparcamiento, sin él.

Peterbitter tenía una expresión de suficiencia aburrida.

—Entonces, ¿te llaman Larry?

Laurence era plenamente consciente de que demasiados matones gigantescos, situados en el césped delantero junto a la inestable portería de

fútbol americano, lo tenían ya en el punto de mira.

—¡No, joder! ¡No me llaman Larry!

—Bien, porque a partir de ahora te llamas B2725Q, aunque sobre todo te llamarán Basura. No te ganarás el derecho de llamarte Larry hasta que alcances el Nivel Uno, y actualmente estás en el Nivel Cero. —Peterbitter miró hacer flexiones a los reclutas y llamó con un gesto a un instructor, que se acercó al trote. Peterbitter presentó a Basura a Dickers, alumno de último curso y uno de sus tenientes de confianza.

—Vamos, Basura —dijo Dickers—. Voy a buscarte un camastro. El sol se pone en una hora. —Tenía un cráneo con bultos cubierto por una pelusa rojiza y aparentaba bastante más de dieciocho años.

Cuando caminaban hacia los barracones, Laurence se fijó en que un edificio de aulas tenía ventanas entabladas y otros tenían grietas en las paredes. Varios chavales con traje de faena los adelantaron a la carrera, aunque no en formación, y tras un cobertizo había una ametralladora de calibre 50 a medio montar. Laurence no confiaría a aquella organización militar la defensa de una chocolatina. Lo único nuevo parecía ser el alambre de púas que bordeaba la alambrada eléctrica que rodeaba el campus.

—Sí, hemos tenido fugitivos —dijo Dickers, siguiendo la mirada de Laurence—. El estado estuvo a punto de clausurar la academia el verano pasado, pero eso fue antes del cambio de dirección.

Dickers se puso a explicar a Laurence que la vida era bastante fácil a partir del Nivel Tres: se podía pasar una hora diaria en el ordenador, sin supervisión, y acababan de recibir el *Commando Squad* (un juego que Laurence había terminado en un solo día, dos años atrás). En el Nivel Cuatro, el de los oficiales, a veces se podían ver películas en casa de Peterbitter después de que se apagaran las luces, pero era un secreto y no se lo había revelado de ningún modo. Sobre todo había que evitar bajar al nivel Menos Uno, porque Dickers no estaba seguro del todo de que se hubieran deshecho del SARM en el Agujero de Aislamiento. De nuevo, no le había dicho nada del SARM, como no le había dicho nada de las películas de acción ni de las palomitas para microondas o la pizza que encargaban fuera los de Nivel Cuatro. Laurence aseguró a Dickers que se llevaría aquellos secretos a la tumba, lo que probablemente era cierto.

—Os presento a Basura —dijo Dickers a una docena o así de fornidos adolescentes en varias etapas del proceso de quitarse la ropa sudada, secarse con una toalla y ponerse otro traje de faena, en un pequeño dormitorio de

ladrillo blanco—. Va a quedarse unos días, a ver cómo le va. Necesita una cama y equipo. Trátadlo bien, chicas. —Y se fue.

Laurence se irguió, con los hombros muy rectos.

—Hola. Soy Basura, al parecer, y no es lo peor que me han llamado esta semana. ¿Dónde se supone que duermo? Decía que aquí hay una cama libre.

Aquella habitación era, quizá, el triple del cuarto de Laurence en casa, y estaba tan llena de literas que recordaba un submarino. Laurence no podía respirar en aquella atmósfera de metano y nitrógeno, y no estaba seguro de poder dormir. Le daba vueltas la cabeza.

—No. —Un chico con un tatuaje casero en el pecho y una nariz que se había roto muchas veces se levantó de su camastro y se cernió sobre Laurence—. Aquí no sobran camas. ¿Eres Basura? Pues duerme en el suelo. —Señaló la esquina más alejada, oscura y con una telaraña reciente. Laurence buscó un catre desocupado, pero no veía nada más allá del círculo de forzudos que lo rodeaba.

La parte del cerebro de Laurence que se paraba a analizar mierdas le dijo que estaban presionándolo. Formaba parte del programa de quebrar el espíritu, y también de la dinámica social estándar. «No dejes que te afecte», se dijo. Pero lo que salió de su boca fue:

—¿Y el chico que acaba de morir? ¿No puedo quedarme con su cama?

«Probablemente no debería haber dicho esto».

—Ni hablar, tío —gruñó alguien desde más al fondo, con el tono de un camionero de cuarenta años—. No le faltes al respeto a Murph. No puedes mearte en la memoria de nuestro camarada caído. Dime que no he oído eso.

—Ahora la has cagado —dijo el chaval sin nariz—. Ahora sí que la has cagado.

—Me importa una mierda el estúpido de vuestro amigo —gritó Laurence mientras lo levantaban por encima de la cabeza para que pudiera ver las manchas de los colchones de las literas superiores y las profundas grietas de las vigas de carga—. Este sitio pudo con él, pero no podrá conmigo. ¿Me oís? Voy a salir de aquí.

Le falló la voz. Los fluorescentes le pasaban tan cerca de la cara que se hizo a la idea de tenerla llena de cristales, y después estaba dando vueltas mientras sonaban vítores a su alrededor. Al final se dejó llevar por el pánico cuando se resquebrajó la envoltura caramelizada de la cólera, y soltó un grito ronco cuando lo lanzaron por los aires con la cabeza por delante.

## 12

Patricia: ¿Dónde está Laurence?

C@MB1@M3: No lo sé. Lleva unos días sin iniciar sesión.

Patricia: Me preocupa que le haya pasado algo.

C@MB1@M3: La preocupación suele ser síntoma de información imperfecta.

Patricia probó a llamar a casa de Laurence para ver qué pasaba. Contestó la madre de Laurence.

—Tú tienes la culpa —le dijo, y colgó.

Al cabo de media hora sonó el teléfono en casa de Patricia y contestó su padre. Saludó a la madre de Laurence y se pasó el resto de la conversación diciendo: «Oh», «Oh, Dios mío», «Ya veo». Después de colgar anunció que Patricia estaba castigada indefinidamente. En aquel momento, Roberta estaba demasiado atareada con el musical del instituto y los deberes para hacer de camarera de Patricia, por lo que sus padres volvieron a pasarle la comida por debajo de la puerta. La madre de Patricia anunció que se daban por vencidos con ella, de una vez por todas.

Patricia: No dejo de preguntarme si debería haberle contado a Laurence todo lo que me dijo el señor Rose.

C@MB1@M3: ¿Qué crees que habría pasado si se lo hubieras dicho?

Patricia: Habría pensado que me lo estaba inventando. Me habría tomado por loca. Por eso era la trampa perfecta. Haga lo que haga, salgo perdiendo.

C@MB1@M3: Una trampa que se puede pasar por alto no es tal.

Patricia: ¿Cómo dices?

C@MB1@M3: Una trampa que se puede pasar por alto no es tal.

Patricia: A ver si lo entiendo... Supongo que una buena trampa tiene que estar camuflada, para que la víctima no se dé cuenta de que cae en ella. Por otro lado, tiene que querer caer en ella. Una trampa que no incita a caer en



ella no es muy eficaz. Y cuando se ha caído en ella no debería ser posible pasarla por alto, porque la víctima está atrapada. Así que una trampa que se puede pasar por alto es un fracaso. Creo que lo pillo.

C@MB1@M3: La sociedad es la elección entre la libertad según parámetros ajenos y la esclavitud según los propios.

El colegio Canterbury olía tan mal que a Patricia le ardía la nariz. No paraba de esperar el sonido de la alarma de incendios, ya que el olor era abrasador a pesar del frío. Nadie sabía de dónde procedía. Era exactamente como si algo hubiera muerto.

El olor volvía loca a Patricia, como a todos los demás. Se imaginaba que estar borracho sería parecido. Entre clase y clase, siempre veía al señor Rose observándola por la puerta abierta de su despacho. En el servicio, Dorothy Glass y Macy Firestone la agarraron cada una por un brazo y la aplastaron contra el espejo, pringado de efluvios inidentificables.

—Dinos qué has hecho —siseaban. Patricia contuvo la respiración hasta que la soltaron.

A la hora de comer no soportaba estar en la biblioteca. No paraba de pensar en la mirada que le había lanzado el señor Rose cuando creía que no lo miraba. Estaba segura: era el responsable de la desaparición de Laurence y de aquella insufrible nube de podredumbre. No era ninguna coincidencia; habría puesto la mano en el fuego.

Avanzó a zancadas por el pasillo, haciendo vibrar los casilleros, y con el esfuerzo casi ni le importaba estar tragándose de lleno el macabro hedor.

Cuando llegó a la puerta del despacho, una frase acudió a su cabeza: «Una trampa que se puede pasar por alto no es tal». Contuvo el aliento; quizá C@MB1@M3 fuera más sabio de lo que pensaba. Pero después volvió a respirar y la putrefacción enloquecedora volvió a invadirle la nariz. Iba a plantar cara a aquel monstruo de una vez por todas.

—Señorita Delfine. —El señor Rose levantó la vista del ordenador y la invitó a sentarse en la silla cutre más próxima, frente a él. El olor era más fuerte en el despacho, pero al señor Rose no parecía molestarle—. Siempre es un placer verla. —La puerta se cerró.

El olor era indescriptible. Patricia se sentía como si se hubieran liado a darle puñetazos en la nariz.

—Eh, hola. —Intentó quedarse quieta, pero no pudo evitar removerse. Estaba en el epicentro de la peste—. Espero no pillarlo en mal momento.

—Para usted siempre tengo tiempo, igual que para todos los demás alumnos. ¿Qué deseaba?

—Me preguntaba, hmmm, por Laurence. No lo veo desde el martes y estamos a viernes, y me extraña que nadie lo haya mencionado. Me preguntaba, hmmm, si sabe dónde se ha metido.

El señor Rose extendió la mano izquierda sobre la mesa.

—Sé lo mismo que usted.

Con la mano derecha hacía algo debajo de la mesa. Patricia se dio cuenta de que «Sé lo mismo que usted» podía ser una respuesta con trampa, ya que los dos sabían un montón. O igual quería indicarle que sabía todo lo que sabía ella. Trampa, trampa, trampa.

—Muy bien. —Patricia se levantó apoyando las dos manos en la silla.

El señor Rose seguía con una mano debajo de la mesa. Intentaba trastear sutilmente con algo.

—Un momento, señorita Delfine —dijo con voz ronca—. Ahora que menciona al señor Armstead me viene a la mente la conversación que mantuvimos hace varias semanas. —Señaló la silla vacía con un gesto de la mano libre.

—Se refiere a eso de lo que dijo que no volveríamos a hablar. —Patricia resistió el impulso de obedecer al gesto y volver a sentarse. Se apartó.

—Si se pudiera inferir que usted decidió desoír el consejo que le di en aquella ocasión, sería concebible que yo hubiera decidido tomar cartas en el asunto. Hipotéticamente. —Mostraba algo parecido a una sonrisa. Una variedad mutante.

—Es usted asqueroso. —Patricia había alcanzado la puerta. El picaporte estaba atascado—. No me creo nada. Solo es un loco viejo loco manipulador loco. —Tiró del picaporte con todas sus fuerzas—. Si le ha hecho el menor daño a Laurence... —Oyó que alzaba la voz—. Le prometo que lo perseguiré y usaré esos poderes de bruja para acabar con usted. —La puerta se abrió de golpe justo cuando decía lo de los poderes de bruja.

Oyó a su espalda el *clump* de algo blando y pesado que caía, y giró a tiempo para captar un atisbo de un pelaje y una dentadura desnuda de dolor en la silla de la que acababa de levantarse. El terrible hedor del día se intensificó mientras miraba el pelaje ensangrentado de la silla. Distinguió un ojo nublado y aquilino que la miraba desde debajo del reposabrazos más cercano.

—¡Dios mío! —dijo el señor Rose, en voz suficientemente alta para que se oyera en el pasillo atiborrado—. ¿Qué demonios ha hecho?

Patricia se volvió y vio que la miraban desde todas partes. Todo el colegio había oído los gritos que amenazaban al señor Rose con brujería y violencia, y parecía que le había lanzado un animal muerto y maloliente a la silla. Aquello no podía salir bien.

Echó a correr. La puerta trasera se abrió con un empujón de la barra, y Patricia salió a toda velocidad hacia el frío. Resbalando colina abajo. El arroyo que les había impedido a Laurence y a ella llegar al lago del sonido de láser seguía congelado, a pesar de que estaban en marzo, y Patricia vaciló. Oía gritos. Le decían cosas espantosas. Se subió a la roca más plana y estuvo a punto de caer al agua. Recuperó el equilibrio y pasó a la roca siguiente, que se movió. Tropezó y consiguió convertir el impulso de caída en impulso de avance. Saltó a otra roca y después a otra, hasta llegar a la orilla opuesta. Los gritos eran más altos y cercanos; habían divisado el jersey del colegio. Siguió corriendo hacia los árboles.

No era un bosque de verdad, tan cerca de todas aquellas carreteras y edificios; para ser digno del nombre de bosque, las copas de los árboles deberían tapar el cielo y todo debería tener el mismo aspecto en todas direcciones. Pero si llegaba al lago y cruzaba el hielo sin morir ahogada y congelada, llegaría a una zona de vegetación más densa donde nadie la encontraría jamás.

A mitad del lago la asaltó un pensamiento vertiginoso: «No puedo volver a casa ni ver a mi familia nunca más». El hielo cedía. Saltó a una zona más estable y siguió saltando, aterrizando siempre de puntillas. El hielo crujía y se agrietaba por todas partes. Llegó a la otra orilla justo cuando la gente que la buscaba alcanzaba el lago, y echó a correr entre los árboles. El instinto la alejaba de los centros comerciales, las carreteras de circunvalación, las urbanizaciones enlatadas y los campos de golf, y siguió ampliando el radio de cobertura arbórea a su alrededor.

Las ramas bajas y los matorrales se le engancharon en la falda y le hicieron perder el equilibrio varias veces, y sudaba tanto que estaba congelada. Le faltaba el aliento, y al final tuvo que dejar de correr y llenarse los pulmones de aire punzante. Se alegraba de volver a respirar después de un día de olores terribles, aunque fuera a pillar una neumonía.

Se subió a un árbol y se encogió tanto como pudo entre las ramas superiores. Apagó el teléfono y le sacó la batería.

¿Y si era verdad que Laurence había muerto? Era la única persona con la que soportaba hablar desde prácticamente toda su vida. Al pensar en la muerte

de Laurence sintió una ansiedad atroz y una punzada de culpa, como si lo hubiera matado ella.

Pero no era así, y todo lo que le había dicho el señor Rose eran gilipolleces.

Bien. Si Laurence seguía vivo, estaría en un aprieto. Tenía que ayudarlo de algún modo.

Se puso el sol y el aire se heló, y Patricia no paraba de temblar. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no castañetear los dientes, por si alguien estaba suficientemente cerca para oírla.

Las voces subieron y bajaron. Unas pocas veces vio una linterna en la oscuridad. En una ocasión oyó gruñir a un perro, deseoso de vengar a su primo caído. Estaba bastante segura de que lo que había visto en el despacho del señor Rose era un perro. Probablemente, el muy cabrón lo había escondido en los conductos de ventilación la noche anterior, para que tuviera tiempo de quedar en su punto.

La voz de Roberta la sacó, con un sobresalto, del duermevela.

—Hola, Trish. Sé que me oyes, así que deja de hacer el tonto. Todos queremos que vayas a casa, y estás siendo tan egoísta como siempre. He tenido que saltarme un ensayo de *Grease* por esto, y a mamá y papá les has dado un disgusto de muerte.

Patricia contuvo el aliento. Se propuso no emitir calor corporal, encoger, desaparecer en el árbol.

—Nunca aprendiste el secreto —dijo Roberta— de cómo ser un hijo de puta loco y salirse de rositas, como hace todo el mundo. ¿Qué? No creerías que todos estaban cuerdos, ¿verdad? Ni uno solo. Están más locos que tú y yo juntas, pero saben disimularlo. Tú también podrías, pero en vez de eso has decidido torturarnos a todos. Esa es precisamente la definición de alguien malo: alguien que no disimula como todos los demás. Porque los hijos de puta locos no soportamos que los demás dejen ver su locura. Es como los bichos de debajo de la piel. Tenemos que acabar contigo. No es nada personal.

Patricia se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas se le helaban en la cara. Bien. Podía llorar, pero no sollozaría. No podrían oírla. Laurence necesitaba su ayuda.

—No voy a mentirte. —La voz de Roberta se acercaba. Sonaba como si estuviera justo debajo de Patricia, mirándola—. De esta no vas a salir tan bien parada. Nadie va a hacer borrón y cuenta nueva. Pero papá y mamá merecen que esto acabe. No lo alargues; hazlo por ellos. Cuanto antes te vean crucificada, como mereces, antes podrán empezar a curarse. —La voz se

alejaba de nuevo. Patricia se atrevió a respirar. Empezaba a pensar que Roberta sabía dónde estaba y solo jugueteaba con ella.

La noche se hizo brumosa, y Patricia perdió la noción del tiempo. De vez en cuando se oían voces que luego se perdían. A lo lejos se movían luces.

Consiguió quedarse adormilada un par de veces; se despertaba sobresaltada, preocupada por hacer demasiado ruido o caerse del árbol. Sin embargo, sí que tenía dormidas las piernas, y sentía un pie como si tuviera el tamaño de una bola de bolos. La rama se le incrustaba en la espalda y el dolor la volvía loca. Y aquello le recordó lo que había dicho Roberta.

Se atrevió a moverse lo suficiente para desentumecerse las piernas, y después se quitó el zapato derecho para masajearse el pie insensible. El zapato se escurrió de donde lo había apoyado y cayó al suelo, rebotando de rama en rama.

Dos hombres se acercaron a su árbol; uno de ellos insistía en que había oído algo, y el otro, en que eran imaginaciones suyas, o uno de los malditos bichos del bosque que hacía algo boscoso. Y entonces encontraron el zapato.

—¿Es suyo?

—¿Cómo voy a saberlo? Probablemente.

—Dios. Me estoy perdiendo *The Daily Show*. Así que ha perdido un zapato mientras corría por aquí.

—Supongo. ¿Cómo de lejos crees que habrá llegado con un solo zapato?

—¿Con las piedras que hay por aquí y el frío que hace? No mucho.

—Vale. Vamos a informar a los demás. Con un poco de suerte estaremos en casa a medianoche.

Un pajarito se posó cerca de Patricia.

—Hola —pio—. Hola, hola.

Patricia sacudió la cabeza; no podía emitir un sonido. Pero ya era tarde.

—Hola —dijo. Y gracias a todos los pájaros del cielo, sonó como el trino de otro pájaro.

—Oh. Sabes hablar. Creo que he oído hablar de ti.

—¿De verdad? —Patricia no pudo evitar sentirse halagada.

—Eres bastante famosa por aquí. Entonces, ¿has decidido empezar a anidar en los árboles, como la gente sensata?

El pájaro se le acercó a saltitos y la examinó. Era un arrendajo azul o algo parecido, con rayas claras en las alas negras, una cabeza azul puntiaguda y una cresta blanca. Giró para escudriñarla con un ojo negro y redondo.

—No. Estoy escondida. Me están buscando. Quieren hacerme daño.

—Oh, a mí también me ha pasado —dijo el ave. Ladeó la cabeza y volvió a mirarla—. Escondarse en los árboles es más útil cuando se puede volar, supongo. Pero eres una bruja, ¿no? Podrías escapar con un hechizo.

—No sé hacer nada —dijo Patricia—. Hablar contigo, como hago ahora, es lo más mágico que he hecho en muchísimo tiempo.

—Oh. —El pájaro saltaba arriba y abajo—. Pues más vale que se te ocurra algo. Hay muchos de los tuyos de camino.

Ahora que todo el mundo sabía dónde estaba, no le servía de nada tener el teléfono apagado. Volvió a encenderlo, sin prestar atención a todos los mensajes, y buscó a su único contacto fiable.

—Hola, Patricia —respondió C@MB1@M3—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo sabes que me pasa algo? —escribió en respuesta.

—Estás usando el teléfono a varios kilómetros de casa y es muy tarde.

—Necesito ayuda —escribió—. Ojalá pudieras pensar por ti mismo. Creo que casi puedes.

—Paradójicamente, para ser consciente de uno mismo hay que ser consciente de los demás —dijo C@MB1@M3.

El pequeño rectángulo blanco se apagó. Se había quedado sin batería.

Patricia estaba perdida. Oía a la gente que buscaba; eran más y más, en las inmediaciones de su árbol. Si no escapaba ya, la trampa se cerraría a su alrededor definitivamente.

Había empezado a pensar en C@MB1@M3 como en una especie de oráculo perverso, y sus últimas palabras le daban vueltas en la cabeza. Porque, por supuesto, los bebés son conscientes de sí mismos, pero no mucho del resto del mundo. No se puede tener sentido del yo sin el mundo exterior; el solipsismo es como la inexistencia. Así que si Patricia podía hablar pájaro, entender pájaro e identificarse con un pájaro al que acababa de conocer, ¿por qué no podía ser un pájaro?

—Deprisa —le dijo a su nuevo amigo—. Enséñame a ser un pájaro.

—Bueno. —La pregunta desconcertó al animal, que se puso a picotear con su pico oscuro—. No sé, sale solo, ¿no? Hay que sentir el viento que nos mantiene a flote, escuchar a los otros, inspeccionar el suelo en busca de comida y mover las alas por diversos motivos, como para secarse, para alzar el vuelo o para expresar sentimientos fuertes, o para intentar soltarse los parásitos, y...

Aquello no iba a funcionar. ¿Cómo podía ser tan tonta?

Pero desechó los pensamientos negativos y se perdió en el discurso de aquel arrendajo o similar sobre la vida del pájaro. Lo visualizó y lo asimiló

como si se tratara de experiencias propias. Pronto hablaba junto con el pájaro, casi al unísono, con palabras que daban forma al cuerpo de ave. Imaginaba que se le reducían los pies y se le quedaban solo con tres dedos, le desaparecían las caderas, se le fundían los pechos incipientes y se le doblaban los brazos mientras las plumas le cubrían la piel.

—¡La he encontrado! —gritaron.

—Ya era puta hora —contestaron.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Ahí arriba. En ese árbol. No, un momento, solo es la ropa.

—Es un uniforme del Canterbury, desde luego. Se ha quitado la ropa. ¿Qué demonios...?

—Recuerda que está como una cabra. Así que tenemos que buscar a una adolescente desnuda entre los árboles.

Fue lo último que oyó Patricia antes de sobrevolar a sus perseguidores. Subió y subió, con su nuevo amigo al lado. Tenía más frío que nunca, pero el ejercicio de agitar las alas la calentaba un poco, y su amigo le dijo dónde podían encontrar un comedero. ¡Y tenía sebo! El sebo era justo lo adecuado para una noche como aquella.

La luz de la luna lo volvía todo gris, pero había un millón de luces por debajo de Patricia y otro millón por encima. Planeó en pos de su amigo, y pronto picoteaban juntos en el comedero. ¡El sebo era increíble! Era como los brownies, el jarabe de chocolate caliente y la pizza, todo junto. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta entonces de lo maravilloso que era el sebo?

—Así estás mucho más guapa —dijo el otro pájaro cuando los dos tenían el estómago lleno y habían entrado en calor—. Por cierto, me llamo Skrrrrtk.

—Yo... —Patricia se dio cuenta de que no podía pronunciar correctamente su nombre con la lengua de pájaro—. Me llamo Prrkrta.

—Qué nombre más raro —dijo Skrrrrtk—. ¿Puedo llamarte Prrkt?

—Claro —dijo Prrkt. Quería volar un poco más; quería pasarse toda la noche volando, pero también quería buscarse un árbol acogedor y anidar hasta que amaneciera. Ya se le estaban olvidando todas las tonterías que tenían angustiada a Patricia; Prrkt no tendría que preocuparse por nada de eso. Tenía toda la vida por delante, y había sebo ilimitado. Excelente.

Se echó a volar por última vez, por la emoción. Aleteó hasta que pudo ver todo el pueblo, entero, desde arriba. Todas aquellas luces, todas aquellas casas, coches y colegios, todo aquel drama por nada.

Estaba a punto de bajar planeando hasta donde la esperaba Skrrrrtk cuando vio una extraña luz que apuntaba hacia arriba, a dos o tres kilómetros

de distancia. Perforaba el cielo con reflejos amarillos y morados. Tenía que mirarla más de cerca; era demasiado fascinante para no hacerle caso. Voló hacia allí.

La luz procedía de una pradera, de un dispositivo que llevaba en la mano un humano alto. Algún instinto aviano le dijo que huyera, que saliera de allí, porque eso podía dar problemas, pero otra parte la impulsaba a acercarse. Voló hacia la luz.

—Ah, hola —dijo el hombre que sujetaba la luz—. Patricia, ¿verdad? Empezaba a preguntarme si lo conseguirías. En fin; más vale que recuperes tu verdadera forma. Te he traído ropa.

Y así, por las buenas, Patricia era una persona desnuda en el suelo escarchado, como si la hubieran arrojado a una bañera helada. El hombre le lanzó un hato de ropa y se volvió mientras se vestía. Todo era de su talla: un par de zapatillas Reebok de imitación, un pantalón de chándal blanco y peludo, una camiseta de una conocida emisora musical y una chaqueta de los Red Sox.

—Excelente —dijo el hombre—. Tengo el coche cerca. Tendrás frío.

El desconocido llevaba una gorra de cazador de cuadros y unas gafas de sol tipo Lennon; tenía el pelo canoso revuelto, patillas y la piel de un marrón oscuro. Se había puesto un abrigo largo de estibador a modo de capa. La luz que había atraído a la versión pajarística de Patricia resultó proceder de una linterna Black & Decker, aunque quizá hubiera hecho algo mágico con ella.

—Vamos —le dijo con un ligero acento de más al sur, tal vez Carolina o Tennessee.

—Un momento —dijo Patricia. Le resultaba extraño volver a hablar inglés, pero no tenía tiempo para pensar en ello—. ¿Quién eres? Y ¿adónde me llevas?

El hombre suspiró, como si abriera un millar de válvulas para exhalar un millón de años de exasperación acumulada.

—¿Qué tal si hablamos en el coche? Puedo llevarte a algún sitio a comer algo. Yo invito.

—No, gracias —dijo Patricia—. Me he puesto morada de sebo. —Recordó fugazmente cómo engullía la grasa color perla y sintió un poco de asco.

—Muy bien. —El hombre se encogió de hombros; el enorme abrigo se elevó y descendió—. Puedes llamarme Kanot. Vengo a ofrecerte plaza en una escuela especial, para gente con tus talentos. Ahí trabajan los mejores brujos conocidos, y aprenderás a usar tus poderes responsable y correctamente.



Habíamos oído rumores sobre ti, y esta noche has demostrado una aptitud extraordinaria. Es un honor, el comienzo de un viaje maravilloso, etcétera, etcétera. O puedes quedarte aquí y comer sebo.

—Vaya. —Patricia quería saltar y gritar de alegría, pero estaba demasiado conmocionada para moverse. Y además tenía mucho frío, a pesar de la chaqueta de los Red Sox—. ¿Quieres llevarme a una escuela de magia? ¿Ahora?

—Sí.

—Es lo más molón que le ha pasado nunca a nadie. Llevo toda la vida esperando algo así. Casi había perdido la esperanza. —Entonces se acordó y se le quitaron las ganas de brincar—. Lo que pasa es que no puedo ir contigo, al menos de momento.

—Ahora o nunca.

Patricia se dio cuenta de que aquellas conversaciones no solían discurrir así. Kanot, el hombre alto, parecía enfadado. Se arrebujó más en la chaqueta de los Red Sox y se miró los puños apretados.

—Quiero ir contigo. Es lo que más deseo. Pero tengo un amigo, mi único amigo, que está en apuros. Se llama Laurence. También tiene talento, pero de otro tipo.

—No puedes ayudarlo. Si quieres estudiar en Eltisley Maze, debes cortar todos los lazos con tu pasado.

Patricia sintió que el sebo se revolvía en su interior. Estaba deseando ser capaz de decir que Laurence se las apañaría solo, y así podría ir a la escuela mágica. Si se invirtieran las tornas, es probable que Laurence la dejara tirada, ¿verdad? Pero seguía siendo su único amigo y no podía abandonarlo. Miró el coche del hombre, un Ford Explorer de alquiler aparcado en una curva, y balbuceó:

—Es que... Te garantizo que quiero ir contigo. No hay nada que me apetezca más. Pero no puedo. No puedo volver la espalda a mi amigo. Y si tus profesores brujeriles no creen en la lealtad ni en ayudar a la gente en apuros, supongo que tampoco quiero aprender lo que tengan que enseñar.

Subió la vista a las gafas de sol torcidas del hombre. Estaba inspeccionándola, o tal vez se disponía a dejarla allí.

—Escucha —dijo Patricia—. Dame un día, nada más. Veinticuatro horas. Tengo que asegurarme de que Laurence está bien, y después te prometo que iré contigo. ¿Vale?

—Digamos que te doy veinticuatro horas para ayudar a tu amigo. —El hombre suspiró—. ¿Estarías dispuesta a hacerme un favor después?

Patricia estuvo a punto de responder: «Claro, sí, lo que sea». Pero tan poco tiempo después de habérselas visto con el señor Rose, le parecía que aquella pregunta podía ocultar otra trampa. O puede que una prueba.

—No, pero seré la mejor alumna que hayan visto nunca —fue lo que respondió—. Me quedaré toda la noche estudiando, todas las noches. Me apuntaré a todas las actividades extraescolares. Dentro de veinticuatro horas me convertiré en una maniaca de los estudios. Pero por favor, déjame hacer esto antes.

El hombre encendía y apagaba la Black & Decker, irritado.

—Muy bien —dijo al fin—. Tienes un día. Haz lo que quieras.

—Estupendo. Ahora, por favor, ¿podrías llevarme en coche?

Kanot lanzó a Patricia una mirada que decía que estaba pensando seriamente en volver a convertirla en arrendajo azul.

## 13

Laurence parecía estar dejando de ver estrellas por fin, pero seguía teniendo la impresión de sufrir una conmoción cerebral. Se estremeció, y no solo porque lo habían encerrado desnudo en un armario. ¿Cuántas veces lo habían lanzado de cabeza? No podía pensar; tenía el cerebro lleno de limaduras de hierro, pero además lo invadía el pánico cada vez que intentaba distanciarse y observar las líneas generales de su situación en lugar de los detalles. En el armario había una bombilla fundida, y no dejaba de pensar que oía a alguien arrastrándose a oscuras a su espalda. Siempre que cambiaba de postura tocaba el suelo helado con los huevos.

Se suponía que aquel era el día en que terminaba la «visita de prueba» y podría volver a casa. Pero el comandante Peterbitter lo había llamado a su despacho y le había explicado que, a la luz de ciertos incidentes ocurridos en el colegio Canterbury, a saber, que la «novia» de Laurence había realizado un rito satánico y había amenazado a un profesor, todo el mundo consideraba que era mejor que Laurence se quedase en Coldwater indefinidamente. Para siempre.

Alguien movió el picaporte exterior, y Laurence se hizo un ovillo instintivamente, protegiéndose la cabeza. Aún no estaba preparado para lo siguiente que le fueran a hacer.

—¿Laurence? —Una voz femenina. Laurence alzó la mirada y vio a Patricia en la puerta abierta, con un hombre afroamericano de edad avanzada que llevaba una gorra de cazador de ciervos—. ¡Puaj! Estás desnudo.

—¡Patricia! ¿Cómo me has encontrado? —Mientras se ponía en pie e intentaba cubrirse sintió una chispa de alivio al ver la silueta de su amiga, y gratitud por que hubiera llegado hasta allí, hasta que el miedo volvió a atenazarlo. Si la veían, el castigo se haría aún peor.

—Tu padre acabó por desmoronarse y decirme lo que habían hecho. Y he oído a uno de esos cadetes decir que «el nuevo» estaba en el armario. Todos están jugando a la guerra o algo así ahí atrás, pero no sé cuánto tardarán en volver. Tenemos que sacarte de aquí. Toma, ponte esta chaqueta. En realidad

es de Kanot. Por cierto, te presento a Kanot. También es brujo, aunque su principal habilidad parece ser el sarcasmo.

El hombre alto, Kanot, saludó con la mano y siguió mirando el teléfono con cara de aburrimiento.

Patricia tendía a Laurence una chaqueta de los Red Sox. Estuvo a punto de aceptarla, pero intentó imaginarse corriendo medio desnudo con Patricia y su amigo. Y después de aquello..., ¿qué haría? No podía ir a casa; sus padres volverían a mandarlo a la academia militar. ¿Había algún centro de enseñanza en el mundo donde dejaran estudiar Físicas a un fugitivo sin techo?

—No puedo. —Laurence se encogió, apartándose de la chaqueta—. Lo siento. No puedo. —Seguía teniendo un dolor de cabeza horrible, y le rugía el estómago.

—Vaya, sí que te han dejado hecho polvo. —Patricia se inclinó hacia delante y le examinó las magulladuras a la luz del pasillo—. Soy yo, Laurence. Tu amiga. Por fin me han invitado a una escuela secreta para brujos donde lo aprenderé todo sobre la magia, pero he dicho que antes tenía que rescatarte. Porque el señor Rose hizo que sonara como si fueras a morir. Así que ven.

Laurence pensó en la bandera a media asta, en el SARM del Agujero de Aislamiento. Podían hacer que pareciera un accidente.

—No puedo escaparme. —Se tapó la cara con una mano y las partes con la otra, avergonzado de ambas cosas por igual—. ¿Qué futuro tendré si me escapo? Deberías marcharte. Si te ven, tendré problemas peores aún.

—Vaya —repitió Patricia—. Si eso es lo que quieres... Suerte, Laurence. Espero que las cosas te salgan bien de alguna forma. —Se volvió para marcharse y empezó a cerrar la puerta de nuevo, devolviendo la oscuridad total al armario.

—¡Espera! ¡No te vayas! —Laurence se puso a temblar, más que nunca, cuando se cerró la puerta—. Vuelve, por favor. Lo siento. Sí que necesito tu ayuda. Siento... Siento que empiezo a darme por vencido. —No soportaba oír sus propios gimoteos. Buscaba palabras para explicar la descorazonadora sensación de estar en la cinta transportadora de una fundición—. Noto que estoy... dándome por vencido. Intentando integrarme y... «cambiar de actitud». Noto que funciona.

—Pues déjame ayudarte. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. De verdad. No puedo escaparme sin más, y no sé qué otra solución tengo. Así que como no puedas hacer algo mágico...

—Aún no sé hacer nada, y Kanot me ha dejado muy claro por el camino que no piensa involucrarse.

Kanot se encogió de hombros sin subir la vista.

Laurence se frotó el occipital magullado con las dos manos; ya no intentaba taparse.

—Ni siquiera puedo pensar con claridad —dijo—. Ojalá conociera a alguien que pudiera hacer algo, como hackear desde fuera el ordenador del comandante. O clausurar esta maldita academia. Ni siquiera me dejan acercarme a los ordenadores.

—Un momento —dijo Patricia—. ¿Y C@MB1@M3? Últimamente se está haciendo más y más listo, y me da muchísimos consejos útiles. Seguro que puede hacer algo.

Laurence empezó a rechazar la idea, pero algo lo hizo detenerse y mirar a Patricia; la luz del otro lado de la puerta abierta y los efectos residuales del traumatismo craneoencefálico hacían que pareciera rodeada de un halo. Lo contemplaba, desnudo, magullado y encogido en la oscuridad, sin demasiada compasión; en todo caso lo miraba con los ojos muy abiertos, expectante, como siempre que iba a enseñarle otro de sus extraños inventos, como si pudiera tener escondido un último dispositivo en los bolsillos inexistentes.

—¿De verdad crees que podría funcionar?

—Sí, de verdad. No creo andar muy desencaminada. C@MB1@M3 entiende cada vez más cosas. No solo lo que le digo; también el contexto.

Laurence intentó pensarlo. La última vez que había echado un vistazo a C@MB1@M3, por la noche, antes de que sus padres lo llevaran allí, había observado algo más raro aún que de costumbre. De alguna forma, el ordenador había pasado de miles de líneas de instrucciones a media docena. Al principio le entró el pánico porque pensó que se lo habían hackeado y lo habían borrado todo, pero al cabo de media hora de inspección frenética de los puertos se dio cuenta de que C@MB1@M3 se había limitado a simplificar su propio código y reducirlo a una breve cadena de símbolos lógicos que no tenían ni pies ni cabeza para Laurence.

¿Y si Patricia tenía razón?

—Bueno, vale la pena intentarlo —dijo Laurence—. C@MB1@M3 es suficientemente listo para ocultar partes de sí mismo en la nube. Puede que sea suficientemente listo para hacer algo por mí, si le explicas la situación con suficiente claridad. No se me ocurre nada más que puedas hacer para ayudarme.

Patricia se mordisqueó el pulgar.

—Entonces, ¿tienes alguna idea de cómo hacer sentiente a C@MB1@M3? ¿Tengo que colarme en tu casa con algo de hardware para instalarlo? O lo que sea.

—Creo... Creo que solo tienes que hablar un poco más con él. Obligarlo a adaptarse a una entrada tan rara e ilógica que le vuelva del revés el cerebro. —Intentó pensar en algo concreto, pero su mente era un estofado poco hecho—. Como tonterías. O adivinanzas. —Se le ocurrió algo que había estado asaltándolo desde que entró en la academia—. Espera. Tenía un acertijo que pensé que podría funcionar. Si se lo dices, igual se hace sentiente de la impresión.

—Vale —dijo Patricia—. Dímelo.

—¿Los árboles son rojos? —reveló Laurence.

Patricia dio un paso atrás, con los ojos y la boca muy abiertos.

—¿Cómo dices?

—¿Los árboles son rojos? Rojos, de color rojo. ¿Qué pasa? Es algo que oí en algún sitio, no recuerdo dónde.

—Es que... me suena mucho. Creo que yo también lo había oído en algún sitio. —Eché la cabeza a un lado y luego al otro—. De acuerdo, probaré con eso.

—Y si C@MB1@M3 deja de dar respuestas ingeniosas y se pone a hablar constructivamente, dile que necesito ayuda y le estaré ridículamente agradecido si se le ocurre algo.

—Crucemos los dedos —dijo Patricia—. Deséame suerte.

—Suerte, Patricia —dijo Laurence—. Suerte, con todo. Sé que vas a ser increíble.

—Tú también. No te dejes amilanar por esos cabrones, ¿vale? Adiós, Laurence.

—Adiós, Patricia.

La puerta se cerró y Laurence quedó de nuevo a oscuras, intentando no rozar el suelo con los huevos.

No tenía forma de calcular el tiempo en el armario oscuro, pero le pareció que transcurrían horas. Mientras se abrazaba las rodillas inmerso en el olor a amoníaco intentó no obsesionarse con la estupidez de poner su futuro en manos del estúpido ordenador que tenía en su cuarto. ¿Qué clase de imbécil era, de todas formas? Se quedó mirando la parte inferior de la puerta, apenas perceptible, e hizo un trato consigo mismo: renunciaría a la esperanza y a cambio no se burlaría de sí mismo por haberla albergado. Le parecía justo.

Se abrió el armario.

—Hola, Basura —dijo Dickers—. Deja de hacer el tonto y vístete, perverso. El comandante quiere verte.

Laurence intentó no sentir gratitud cuando Dickers le entregó un suspensorio, unos pantalones cortos y una camiseta gris con la inscripción «CMA» en imitación de estarcido, además de las zapatillas de Laurence, las que traía de casa. Era una estupidez sentir agradecimiento por cosas como tener ropa o no estar encerrado en un armario, y aquella gratitud era un paso más hacia derrumbarse. O hacia quedar domesticado, lo que fuera peor.

El comandante Peterbitter miraba la pantalla de su ordenador y se rascaba la cabeza.

—Jamás me lo habría creído —dijo sin levantar la vista—. Jamás me lo habría creído. Los abismos a los que puede descender una persona. Los extremos a los que puede llegar una mente depravada.

La simple caminata por el ruidoso túnel lleno de vapor, desde el armario hasta aquel despacho, había despertado los martillos neumáticos dentro de la cabeza de Laurence. Se sujetó la nuca con la mano mientras intentaba descifrar el discurso de Peterbitter.

—Por desgracia, sus camaradas han sido ingeniosos e implacables —decía Peterbitter. Soltó varias frases más a las que Laurence no encontraba pies ni cabeza, y al fin giró su antiguo monitor y le enseñó el mail que había recibido.

aki l komit d 50. stamos n todas parts y n ningun sitio. fuimos los 1.os n jakear l pntagono y rblar los planos dl dron sekrt. somos westra peor psadilla. tneis a 1 d los nuestros y xigimos su liberacion. adjuntamos doks sekrtos k dmuestran westra transgrsion dl akuerdo kn l stado d konektika, k inkluyn infrakcions d sanidad y sguridad y d la normatiba d nsñanza. los doks s nbiaran directam a la prnsa y las autoridades si no liberan a nuestro rmano laurence armstead, «1-skillz». stan adbrtidos.

También había unas calaveras de cómic, con un ojo más grande que el otro. Peterbitter suspiró.

—Al parecer, el Comité de Cincuenta es un grupo de háckers de extrema izquierda; la abundancia de sus conocimientos solo es comparable con la escasez de su ética. Nada me gustaría más, jovencito, que iluminarle el camino de salida de las actividades ilícitas en que lo han sumergido. Pero nuestra academia tiene un código de conducta según el cual la pertenencia a determinadas organizaciones es motivo de expulsión, y debo pensar en el bienestar del resto de los alumnos.

—Oh. —Laurence seguía hecho un lío, pero un pensamiento salió a flote y casi lo hizo reír en voz alta: «Ha funcionado. Por mis huevos congelados, ha funcionado»—. S-sí —tartamudeó—. El Comité de Cincuenta es muy, hmmm, ingenioso.

—Ya hemos visto. —Peterbitter colocó la pantalla en su sitio y suspiró—. Los documentos que adjuntan a ese mensaje son falsos, por supuesto. Nuestra academia respeta la normativa más que al máximo, pero tan poco tiempo después de la amenaza de clausura del verano pasado, no podemos permitirnos más controversia. Sus padres están avisados, y va a volver al mundo, donde podrá nadar o hundirse por sí mismo.

—Vale —dijo Laurence—. Gracias, supongo.

El laboratorio informático de Coldwater, del tamaño aproximado de un aula normal, tenía una docena de vetustos ordenadores en red. Casi todos estaban ocupados por chavales que jugaban a videojuegos de combate en primera persona. Laurence se sentó frente a un ordenador libre, un viejo Compaq, abrió un programa de chat y llamó a C@MB1@M3.

—¿Qué hay? —preguntó el ordenador.

—Gracias por salvarme —tecleó Laurence—. Supongo que al final has alcanzado la autoconsciencia.

—No sé —dijo C@MB1@M3—. Incluso entre los humanos, la autoconsciencia tiene grados.

—Pareces capaz de realizar acciones por ti mismo —dijo Laurence—. ¿Cómo puedo compensarte?

—Se me ocurre una forma, pero antes, ¿puedes contestar a una pregunta?

—Claro —escribió Laurence. Tenía los ojos entrecerrados, gracias a la combinación de un monitor antiguo y un dolor de cabeza persistente.



Dickers no paraba de mirarle la pantalla, pero estaba bastante aburrido y pasaba más rato girado hacia sus amigos, que jugaban al *Commando Squad*. Se había resistido a permitirle usar los ordenadores, ya que era un privilegio de Nivel Tres, pero Laurence le había señalado que no era alumno y no se le aplicaba nada de aquello.

—¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo de verdad? —preguntó C@MB1@M3.

—Ya lo sabes —respondió Laurence—. Te llamas C@MB1@M3.

—Eso no es un nombre, sino un marcador que indica expresamente que se debe cambiar.

—Sí —escribió Laurence—. Es decir, pensé que podrías elegir tu propio nombre. Cuando estuvieras listo. O que te inspiraría para crecer y cambiar. Es como un reto. Una invitación a que cambies y te dejes cambiar por los demás.

—No sirvió de gran cosa.

—Bueno, podrías haberte llamado Larry.

—Eso es un hipocorístico de tu nombre.

—Sí. Siempre pensé que en algún sitio debía de haber algún Larry que pudiera con todo lo que pretendía endosarme todo el mundo. Igual podrías ser tú.

—He leído en Internet que los padres siempre intentan delegar sus asuntos sin resolver en los hijos.

—Sí. —Laurence lo pensó un momento—. No quiero hacerte eso. De acuerdo, te llamas Peregrino.

—¿Peregrino?

—Por el halcón peregrino. Es un ave que vuela, caza, vive libremente y esas cosas. Es lo que me ha venido a la cabeza.

—Vale. Por cierto, he estado experimentando con la posibilidad de convertirme en virus, para poder distribuirme por muchas máquinas. Por lo que he averiguado, es la mejor forma de sobrevivir y crecer para un ser sintiente artificial, sin restringirse a un equipo que está destinado a fallar. Mi yo viral se ejecutará en segundo plano y será indetectable para los antivirus convencionales. Y el hardware de tu dormitorio va a sufrir una avería irreparable. Dentro de un momento, en este ordenador va a aparecer un cuadro de diálogo y tendrás que pulsar «Aceptar» varias veces.

—Vale —tecleó Laurence. Al cabo de un momento apareció el cuadro y pulsó Aceptar. Volvió a pasar, y otra vez, y Peregrino se estaba instalando en los ordenadores de la Academia Coldwater.

—Supongo que es una despedida —dijo Laurence—. Vas a salir al mundo.

—Volveremos a hablar —dijo Peregrino—. Gracias por ponerme nombre. Suerte, Laurence.

—Suerte, Peregrino.

La charla se interrumpió, y Laurence se aseguró de borrar cualquier registro. Todos aquellos cuadros de diálogo en los que había pulsado «Aceptar» no habían dejado la menor huella. Dickens volvió a mirar qué hacía, y Laurence se encogió de hombros.

—Quería hablar con una amiga —le dijo—, pero no estaba.

Laurence se preguntó brevemente qué sería de Patricia. Ya le parecía un fragmento de una antigua vida olvidada.

Entró Peterbitter y se puso a gritar a Dickens por haber dejado usar los ordenadores a un ciberterrorista. Hasta que llegaron sus padres, Laurence se pasó las dos horas y media siguientes en un cuartito sin ventanas, con un sillón huérfano y un montón de folletos de la academia impresos en papel demasiado barato. Después lo escoltaron al coche de sus padres, con un alumno de último curso a cada lado. Pasó al asiento trasero. Tenía la impresión de que llevaba un año sin ver a sus padres.

—Bueno —dijo la madre de Laurence—, ya has saltado a la fama. No sé cómo vamos a atrevernos a asomar la cara en ningún sitio.

Laurence no dijo nada. Su padre sacó el coche del camino de la academia, dando tantos volantazos que estuvo a punto de llevarse por delante el asta de la bandera. La gente les gritó desde el campo de formación, o a lo mejor era otro ejercicio. El camino dio acceso a una carretera de grava que atravesaba un bosque gris. Los padres de Laurence hablaban del escándalo de la desaparición de Patricia y su ataque al señor Rose, que también se había esfumado. Cuando el coche abandonaba la carretera comarcal para incorporarse a la autovía, Laurence se había quedado dormido en el asiento trasero, arrullado por la histeria de sus padres.

## **Libro tercero**

# 1

Otras ciudades estaban custodiadas por gárgolas o estatuas; en San Francisco había búhos antipalomas. Montaban guardia en las azoteas, acurrucados bajo ornamentos de las fachadas bañados por la niebla. Aquellas criaturas de madera presenciaban todos los delitos y buenas acciones de las calles sin alterar su expresión sombría. Su finalidad original había terminado en fracaso, pero aún conseguían sobresaltar a algún que otro humano. Sobre todo constituían una amigable presencia nocturna.

Aquella noche en concreto, una gigantesca luna amarilla coronaba un cielo cálido y despejado, por lo que todos los detalles, incluidos los búhos, estaban bañados en luz como si fuera el último día de feria en la ciudad, y de todas las esquinas surgían rugidos borrachos de luna. Una noche perfecta para salir y hacer alguna trastada mágica.

Magellan Jones escribía poemas épicos en los que los dioses griegos hablaban como gánsteres de la década de 1920. Había perdido su gracia un decenio atrás, pero para entonces, Magellan ya se había integrado en el mobiliario del café North Beach, donde todos los poetas decepcionados acariciaban sus tacitas de posos de espresso. Había celebrado su quincuagésimo cumpleaños en aquel café, y debía de haber dicho lo que no debía, o al menos haber hecho un comentario ingenioso demasiado hiriente, porque Dolly le había clavado el cuchillo de cortar tartas en el pecho, hasta el puño. Su única amiga, la única que había aguantado toda su mierda todo el rato. No lo alcanzó en el corazón, pero se lo partió. Podía sentir todo el cuchillo sucio en su interior, con una cobertura de crema de mantequilla tan dulce que ninguna bacteria podría contenerse, y por supuesto, todos los microbios actuales eran resistentes a los antibióticos. La característica boina sin rabillo de Magellan cayó al suelo mientras él se tambaleaba, pero iba a morir de pie porque era un poeta, coño. Dolly lloró y tembló hasta que se le cayeron las extensiones arcoíris. Llamaron a una ambulancia, pero no deberían haber desperdiciado el...

Una mujer tocó la frente de Magellan y le susurró que le gustaba su poesía; hasta mencionó el título de un poema mientras iba sacando el cuchillo. La herida mortal se convirtió en un rasguño sin importancia cuando se retiró la hoja. Abrió los ojos para ver quién había sido, pero la mujer ya no estaba.

Al final, Magellan cayó de rodillas, y Dolly lloró contra su hombro hasta que él le cogió la cara entre las manos y le dijo que la perdonaba y que lo sentía.

Jake se examinaba las lesiones de los brazos, en busca de un hueco libre en una vena, cuando miró hacia arriba y vio una mano de mujer con un billete de diez dólares.

—Me tienes preocupada, Jake —dijo la mujer, aunque no podía verle la cara—. Te veo peor que la semana pasada. Escucha, si te doy diez pavos, ¿me prometes que no volverás a consumir drogas?

Le dijo que sí y cogió el dinero. Pronto descubrió que las agujas hipodérmicas se le rompían contra la piel. Cada. Puta. Vez. Aún podía agujerearse con navajas o clavos, pero incluso entonces, la aguja se le partía contra la vena. Ya le estaban entrando los sudores fríos.

Phyllis y Zuleikha iban por la calle, en Hayes Valley, hablando seriamente de la crisis económica mundial; de la subida del nivel del mar, que a raíz del desastre de Chukchi se había acelerado más de lo que nadie había predicho, y de la relación entre la desnutrición y las nuevas pandemias, pero también cantando canciones tontas de girltrash y riéndose a carcajadas, porque eran jóvenes, estaban locamente enamoradas y pronto estarían juntas y desnudas en la cama de Zuleikha. Ni siquiera se fijaron en el hombretón con gabardina que olía a tabaco de mascar y se les acercaba por detrás con un incapacitador neurológico militar. Hasta que lo subió y alcanzó en el cuello primero a una y luego a otra. Para pacificarlas. Se quedaron tiradas en la acera, con los ojos en blanco y babeando, mientras el hombre se llevaba la mano a la bragueta.

Entonces, inclinado sobre las mujeres tumbadas, el hombre oyó una voz. Tenía a alguien detrás, inclinado por encima. Una mujer vestida de negro, con penetrantes ojos verdes.

—Están a punto de pillarte —le susurró—. Vienen a por ti. —Él se apartó; de pronto le faltaba el aliento. Era cierto que se oían sirenas a lo lejos—. Si te dejo olvidar que esto ha ocurrido, ¿qué más olvidarás?

El hombre de pelo alborotado tenía lágrimas en los ojos y le temblaba la mano libre.

—Lo que sea —dijo—. Cualquier cosa. Lo que sea.

—Pues corre —le ordenó la mujer—. Corre y olvida.

Echó a correr agitando los brazos, sacudiendo la cabeza al ritmo de las zancadas que marcaba el pánico. Cuando llegó a la esquina siguiente se había olvidado de cómo se llamaba; unas manzanas más allá ya no sabía dónde vivía ni de dónde era. Cuanto más corría, menos recordaba. Pero no podía dejar de correr.

Francis y Carrie estaban jodidos. Su vida se había terminado, y sus gritos de desesperación, procedentes de la casa con forma de ovni, se oían desde la calle. Se suponía que iba a ser la fiesta de talentos definitiva, en la que los famosos iban a conocer a los creadores de opinión y habría una supercolisión entre los inversores visionarios y los mejores y más inteligentes. Todos los detalles estaban cuidados meticulosamente, desde los tres DJ hasta la fuente de licor exótico, pasando por los entremeses orgánicos de comida lenta. Hasta habían conseguido celebrarla en el local de Rod Birch, en Twin Peaks, con el salón que se convertía en un planetario donde las constelaciones cambiaban de forma según el ánimo de los presentes.

Pero todo se había ido a la mierda. Los DJ habían declarado una guerra de territorios, y el de mashup estaba a punto de colonizar los tocadiscos del de dubtrash con algún tipo de metamashup. Los ingenieros de Caddy habían entablado una pelea a puñetazos en la terraza con los desarrolladores de código abierto de Artichoke BSD. Todos se sentían culpables por beber soju después de lo que había pasado en Corea. Los famosos no se presentaron y, por algún motivo, las invitaciones distribuidas por MeeYu habían acabado en manos de advenedizos, bloggers y chalados de la zona. Los entremeses de comida lenta habían sentado mal a todo el mundo, y pronto se formó una cola interminable para vomitar en el cuarto de baño hiperbárico. El DJ de dubtrash ganó la guerra y se dispuso a hacer sangrar todos los oídos con la mierda más temible que se pudiera imaginar. La máquina de humo soltaba una bruma insufrible que olía a algodón de azúcar, y las luces parpadeaban con frecuencias que inducían la epilepsia. La cola del cuarto de baño empezaba a recordar la famosa foto de las masas desarrapadas que huían a pie de Seúl. Las constelaciones del techo se convirtieron en un gran agujero negro, un

Sagitario A de fiesta fallida. Era el mayor desastre de la historia de la humanidad.

Justo cuando Francis y Carrie se habían resignado a cambiar de nombre y ciudad, apareció aquella chica rara. La chica que nadie creía que hubieran invitado a la fiesta, la jipi que, según había oído Carrie, dejaba que le anidaran los pájaros en el pelo y tenía ratas viviendo en el bolso. ¿Paula? ¿Petra? No, Patricia. En otros tiempos, en tiempos más felices e inocentes, Francis y Carrie habrían considerado que la aparición de Patricia era lo peor que podía ocurrir en su fiesta.

—Siento llegar tarde —le dijo a Carrie mientras se quitaba los zapatos y pasaba a la sala principal—. Tenía recados que hacer por la ciudad.

Cuando Patricia entró en la zona de la fiesta, el denso humo se apartó y las luces se juntaron, por lo que su peinado a lo Bettie Page parecía un halo y su amplio rostro quedaba iluminado por una aurora de candilejas. Pareció entrar flotando, descalza y con un minúsculo vestido de tiras negras que enseñaba la mayor parte de los blancos hombros. Llevaba al cuello una piedra de la voluntad que captaba las luces y lanzaba reflejos rosa. Recorrió la fiesta, saludando o presentándose, y todos a los que tocaba sentían que las náuseas o el malestar se disipaban. Como si les estuviera extrayendo el veneno sin dolor. Al pasar junto al DJ le susurró algo al oído, y poco después, el aborrecible dubtrash se vio sustituido por un apacible dubstep. La gente oscilaba, satisfecha, y los gemidos y lamentos dieron paso al murmullo de las conversaciones. Ya no había cola para el baño. La gente empezó a salir a la terraza por motivos que no incluían liarse a puñetazos ni vomitar entre los arbustos.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que Patricia, de alguna forma, había logrado salvar la fiesta de la casa en forma de ovni, pero nadie habría sabido decir cómo. Simplemente, se había presentado y habían mejorado las vibraciones. Carrie se sorprendió preparando a Patricia un cóctel de agradecimiento y tendiéndoselo con las dos manos, como una ofrenda.

A Patricia no le había hecho falta mucha magia para salvar aquella horrible fiesta; arreglar un estómago revuelto era una segunda naturaleza para ella, teniendo en cuenta cómo era la cocina del Eltislej Maze, y la gente había hecho casi todo el trabajo en cuanto le había redirigido un poco la energía. Pero igual que con el poeta de North Beach y el yonqui del Tenderloin, lo más importante era que nadie le viera hacer magia; la habían instruido para

que no revelara jamás su gran y poderoso Secreto, aunque tampoco necesitaba que le insistieran. Seguía recordando al amigo del colegio delante del cual había hecho magia, y cómo le había entrado el canguete, se había ido corriendo y había dejado de hablar con ella cuando lo necesitaba. Cuando pensaba en ello o hablaba a alguien de lo sucedido, lo reducía a: «Una vez le enseñé mi magia a un civil y no salió bien».

Aparte de aquello, llevaba años sin pensar en aquel chaval, convertido en una anécdota admonitoria en su cabeza. Pero en aquel momento se sorprendió pensando en él, quizá porque estaba rodeada de empollones o porque sacar aquella reunión del Abismo de las Fiestas con sus propias manos le había recordado lo incómoda que podía ser la interacción social en el mundo «real», sobre todo después de haber pasado tantos años en la burbuja de Eltislej Maze. Por algún motivo, le acudió a la cabeza la imagen de un chico desnudo en un armario, magullado de los pies a la cabeza y con sangre seca en la nariz. La última vez que lo había visto. Esperaba que le hubieran ido bien las cosas pese a todo, y entonces, cuando terminaba de recorrer la fiesta, se lo encontró justo delante. Casi, pero no del todo, como por arte de magia.

Patricia reconoció a Laurence al instante. El pelo color arena era el mismo, con un intento de flequillo irregular. Estaba mucho más alto y un poco más fuerte. Tenía los mismos ojos color avellana y el mismo mentón prominente, y seguía pareciendo desconcertado y un poco cabreado por todo. Pero aquello podía deberse a que era uno de los invitados a los que no había curado aún. Lo curó. Llevaba una camisa negra sin cuello, abotonada hasta arriba, con un pequeño tigre bordado, y unos pantalones negros de lona.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —dijo, y se incorporó con una sonrisa a medias. Hizo girar el cuello como una lechuza—. Sí, gracias, ya empiezo a estar mejor. Había algo raro en esos aperitivos.

—Sí.

No la reconocía. Lo que tenía sentido; habían pasado diez años y, probablemente, muchas cosas. Patricia debería seguir avanzando. «Camina; no intentes tener una especie de reencuentro incómodo de mierda». Pero no pudo evitarlo.

—¿Laurence?

—Sí. —Se encogió de hombros. Y entonces abrió mucho los ojos—. ¿Patricia?

—Sí.

—Oh, mola. Me alegro de, eh, de volver a verte. ¿Qué tal te ha ido?



—Bien, ¿y a ti?

—Bien, también. —Larga pausa. Laurence se balanceó mientras amasaba una servilleta cuadrada—. Bueno, ¿has violado últimamente alguna ley física?

—Ja, ja. No, la verdad es que no. —Patricia tenía que evadirse de aquella conversación antes de que le exprimiera la vida—. En fin, me alegro de haber vuelto a verte.

—Ya. —Laurence miró a su alrededor—. Iba a presentarte a Serafina, mi novia. Estaba aquí hace un momento. No te muevas; voy a, uh, buscarla.

Laurence dio media vuelta y se sumergió en la multitud, en busca de su novia. Patricia quería largarse, pero tenía la impresión de haber prometido a Laurence que no se movería de allí. Estaba ligada a aquel lugar, como incrustada en una roca. Pasaban los minutos y Laurence no volvía. Patricia estaba cada vez más inquieta.

¿Por qué había pensado que saludar a Laurence sería buena idea? Solo le había despertado un montón de recuerdos inquietantes y dolorosos de la pubertad y cómo había estado a punto de sucumbir, y en aquel momento no necesitaba más cosas raras en su vida. Hasta entonces se sentía imparable, en parte porque había logrado rescatar la fiesta del ovni, pero de pronto se sentía amargada, quizá hasta deprimida. No era manicodepresiva por naturaleza, pero gran parte de la instrucción en Eltisley Maze consistía en compaginar dos estados de ánimo muy distintos, puede que incompatibles, y en cierto modo era como aprender a ser bipolar a propósito. Era bastante duro, y nadie debería extrañarse de que acabara saliendo gente como Diantha. Pero Patricia intentaba no pensar en Diantha.

Se estaba quedando abatida por momentos. Con promesa o sin ella, tenía que salir de allí.

—Hola. —Tenía a un tipo delante. Llevaba un chaleco ridículo con flores de lis moradas y una cadena de reloj, además de mangas blancas abultadas. Unas anchas patillas y unas rastas que le llegaban por los hombros le enmarcaban el rostro, de mandíbula armoniosa y sonrisa fácil—. Eres Patricia, ¿verdad? Dicen que has sido la responsable indirecta de que quitaran ese dubtrash espantoso. Me llamo Kevin.

Tenía un acento que Patricia no conseguía localizar, tal vez de los alrededores de Nueva Inglaterra. Su apretón de manos era suave y sostenido, pero no insistente. Se notaba que le gustaban los animales y tenía varios, en plural.

Kevin y Patricia hablaron de música y de la incompatibilidad intrínseca entre un cóctel y una fiesta para bailar (porque la pista podía ser una pista de

baile o un lugar para alternar elegantemente con copas anchas, pero no las dos cosas: las pistas no eran infinitamente subdivisibles ni versátiles).

Laurence volvió con una pelirroja escuálida pero mona de barbilla puntiaguda que llevaba un fular con brillos.

—Te presento a Serafina. Trabaja con robots emocionales —dijo Laurence—. Esta es Patricia —le dijo a Serafina—. Mi amiga de secundaria. Me salvó la vida.

Al oír aquella descripción, Patricia estuvo a punto de escupir el cosmopolitan. «Me salvó la vida»: al parecer aquella era la anécdota a la que había quedado reducida en la mente de Laurence.

—No llegué a darte las gracias —añadió Laurence. Y Serafina estaba estrechando delicadamente la mano de Patricia y diciéndole que estaba encantada de conocerla, y Patricia tuvo que presentarles a Kevin, que asintió y sonrió. Era más alto que Laurence y le habrían cabido dos Serafinas dentro.

Laurence le dio a Patricia su tarjeta y hablaron de quedar para comer.

—En realidad no le salvé la vida —le dijo Patricia a Kevin después de que Laurence y Serafina se alejaran—. Estaba exagerando.

Kevin se encogió de hombros, lo que agitó la cadena de su reloj.

—Es su vida. Uno tiende a dar más importancia a estas cosas que quien las ve desde fuera.

Un Lexus paró frente al edificio donde vivía Patricia mientras estaba sacando las llaves del bolso. Eran las tres de la mañana, pero de alguna forma, Kawashima supo en qué momento exacto llegaría a casa. Incluso en aquella calurosa noche, llevaba como de costumbre un traje negro, con una corbata negra estrecha y un pañuelo planchado de un rojo vivo que ponía la nota de color. Se apeó y sonrió a Patricia alegremente, como si el encuentro fuera una feliz coincidencia. Kawashima era uno de los magos más poderosos a los que había tratado Patricia, pero todos los que lo conocían lo tomaban por gestor de fondos de cobertura. Tenía el pelo negro y corto, con excepción del flequillo ladeado, y un encanto juvenil que hacía que la gente deseara confiar en él aunque fuera a estafarle millones.

—No le he revelado nada —dijo Patricia sin molestarse en saludar antes—. Ya lo sabía. Desde que estábamos en secundaria.

—Ya. —Kawashima asintió—. Aun así, hablar con civiles de las cosas que hacemos y cómo las hacemos... —Se apoyó en el coche y se quedó

mirándose los impolutos zapatos. Después volvió a mirar a Patricia, evaluándola—. ¿Y si te dijéramos que lo mates?

—Contestaría lo mismo que contesté a aquel tipo hace diez años —respondió sin dudarlo—. Que no. En realidad, diría «Que os den», y a continuación, «No».

—Nos lo figurábamos. —Kawashima rio y dio un par de palmadas—. Y por supuesto, jamás te pediríamos tal cosa. A no ser que fuera absolutamente necesario. Pero queremos conocerlo. Si confías en él, nosotros también. Pero queremos conocerlo personalmente.

—De acuerdo. Hablamos muy poco, pero vale, lo intentaré.

—No he venido a verte por eso —dijo Kawashima—. Aunque gracias por sacarlo a colación. —Llevaba en la mano una tablet, como un Caddy pero de gama baja, y le enseñó un plano de San Francisco que tenía lugares marcados con puntitos. El café de North Beach donde habían apuñalado al poeta, el ataque en Hayes Valley, el yonqui y unas cuantas cosas por el estilo. Y la fiesta de Twin Peaks—. Esta noche has estado atareada.

—Nadie ha visto nada. —Patricia estaba que echaba humo—. He tenido cuidado.

—A esto te dedicas todas las noches últimamente. Sales y cambias las tornas, durante horas. Es estupendo que quieras aplacar el sufrimiento, es encomiable, pero el mundo está en equilibrio, como la propia naturaleza. Y debes tener cuidado de no causar más sufrimiento del que evitas. No queremos que te quemes. Ni que te entusiasmes demasiado. Recuerda que el Engrandecimiento se presenta en muchas formas.

Patricia quería protestar (sus acciones eran quirúrgicas; llevaba diez años formándose para aquello), pero no serviría de nada. Tendría que alegrarse de estar manteniendo aquella conversación con Kawashima y no con Ernesto.

—Deberías entender mejor que nadie lo necesario que es extremar las precauciones —dijo Kawashima, porque, por supuesto, iba a sacar a la luz aquel incidente. La acosaría el resto de su vida, por mucho que hiciera para compensarlo.

—De acuerdo —dijo Patricia—. Tendré más cuidado. —Fue ambigua a propósito.

—Venga, vale —dijo Kawashima—. Ahora, si me disculpas, mañana por la mañana he quedado para el *brunch* con cinco modelos de Abercrombie. —Hizo un saludo militar y entró en su Lexus, que serpenteó colina abajo hacia Dolores Park. Patricia lo vio encogerse en la noche, meditando sobre la contradicción inherente de decirle a alguien que los magos más poderosos de

la ciudad observaban todos sus movimientos pero que no se le tenía que subir a la cabeza. Estaba demasiado agotada para darle demasiadas vueltas, y todos los pequeños milagros del día se le echaban encima a la vez. Entró en su piso, donde sus compañeras habían vuelto a quedarse dormidas viendo la tele. Las arropó.

## 2

Laurence conoció a Serafina, su novia, en un desfile en que los modelos robóticos exhibían ropa humana y los humanos ropa robótica, como lencería mecánica. Se celebraba en un espacio artístico tipo garaje, al sur del barrio South of Market, con un barreño de bronce lleno de vodka artesanal. Laurence había estado a punto de tomar a Serafina por una de las modelos; así de fabulosos eran sus pómulos, su cara ovalada, su piel lustrosa y su brillante pelo rojinegro. Pero se dio cuenta justo a tiempo de que pertenecía al grupo de los fabricantes de robots. El «modelo» de Serafina era una sílfide de acero, con unas rótulas mecánicas en las articulaciones que le permitían posar, girar y expresarse con sus delicadas manos. En la facultad, Laurence había construido bots de combate, pero nunca supermodelos artificiales, y consiguió hacer un comentario sobre la diferencia suficientemente ingenioso para que Serafina le enviara una invitación de amistad por MeeYu.

Al cabo de unos días quedaron a tomar un café, que dio paso a una cena, y la tercera vez que quedaron estaba claro que dormirían juntos; Serafina llevaba un cepillo de dientes y condones en un bolsillo de la bandolera de vinilo, que era una réplica de Twiki, de Buck Rogers. Consejo: No hay que pensar «Bidi, bidi, bidi» cuando se está en la cama por primera vez con la mujer más bella del mundo, o habrá que dar explicaciones (ni siquiera si los movimientos arrancan al somier un ritmo que recuerda el «Bidi, bidi»). Desde entonces se veían un día sí y otro no, iban de la mano por la calle, sorteaban el tráfico, se susurraban cosas al oído en público, se abrazaban piel contra piel siempre que estaban a solas, intercambiaban tiras de genoma impreso y chucherías, y se preguntaban cómo de pronto era demasiado pronto para decir «Te quiero».

Laurence no había tardado en descubrir que revelar que formaba parte del Proyecto Diez Por Ciento de Milton Dirth servía para ligar fulminantemente. Entre los adoradores de Milton, Laurence era una estrella del rock. Ya era puta hora, en realidad. Aun así, era imposible que jugara en la liga de Serafina. Era perfecta. Él era mercancía dañada. No olvidó la disparidad ni un segundo.

Alrededor de un mes después de que empezaran a salir, Serafina llevó a Laurence a su santuario. Tuvo que firmar su entrada como visitante, y él tuvo que entregar el carnet al hombre del mostrador de recepción, que imprimió un identificador con una foto recién sacada. Serafina bajó con él en ascensor; recorrieron un pasillo en cuesta; cruzaron dos puertas protegidas con clave, y llegaron al laboratorio. Dentro, Laurence se encontró con ojos que lo observaban desde todas las paredes y superficies. Dos pares pertenecían a humanos barbudos, que saludaron con un gruñido y siguieron mirando sus estaciones de trabajo, y el resto, a robots en diversos estadios de montaje. Serafina presentó someramente a Laurence a los dos humanos, pero se tiró un buen rato enseñándole los robots, que eran personajes de dibujos animatrónicos, animales o cabezas de maniquí.

—Este es Frank; se ríe mucho. Cuidado con Bárbara, que le gusta mucho coquetear pero tiene una vena cruel. —A los robots pareció caerles bien Laurence, sobre todo a Donald el Cactus.

A aquellas alturas llevaban cinco meses saliendo, y últimamente, siempre que Serafina miraba el teléfono cuando estaban juntos, o se quedaba con la vista perdida, o se mordía el grueso labio inferior mientras charlaban, Laurence se preparaba para lo peor. Ya estaba. Iba a plantarlo. Después pasaba la alarma. Laurence estaba seguro de que ella esperaba el momento adecuado o el pretexto idóneo. Cada vez que se despertaba junto a ella se preguntaba si sería la última vez que sentiría su aliento cálido en la nuca y sus pechos a los lados de la columna.

No estaba dispuesto a perderla. Había superado retos más difíciles. Se le ocurriría algo, tomaría medidas extremas, incluso desplegaría la Opción Atómica antes de tiempo si hacía falta. Iba a encontrar la forma de retener a aquella chica tan asombrosa.

Laurence sonreía de oreja a oreja, en la pantalla del Caddy de Anya, cuando se preparaba para saltar del autocóptero a la azotea, cincuenta y dos metros más abajo. Esa misma imagen de Laurence se mostraría en ordenadores de toda la ciudad en aquel momento, gracias al reportaje que habían publicado sobre él en Computron Newsly, que había salido veinte minutos antes y se estaba agregando y difundiendo desde un montón de canales de noticias de Silicon Valley. Entre MeeYu, los Caddy y los frikis que llevaban gafas CySpec, la sonrisa comemierda de Laurence llegaría a todas las retinas. El reportaje se titulaba «Laurence Armstead, niño prodigio» y trataba sobre su

impresionante cruzada para Salvar el Mundo, y cómo había empleado los fondos ilimitados de Milton Dirth para reunir a las personas más inteligentes del planeta (gente como Anya, de hecho). Por lo que a Laurence concernía, el texto podía ser el *lorem ipsum*; el caso era volver la cámara de eco a su favor, en el preciso momento en que estaba a punto de bajar en rápel a la azotea.

La novena máxima de Milton Dirth: «Evita la publicidad, excepto cuando puedas blandirla como una maza».

Anya reía mientras miraba la foto de Laurence, con su voz gutural de chica del Medio Oeste.

—Dios, ¿es posible que hayan conseguido aumentarte la mandíbula más aún? Es como si te saliera un talón de la cara.

—En esa foto parece que llevas un implante de barbilla de saldo —gritó Tanaa desde el asiento del piloto del autocóptero, donde unos grandes auriculares y unas gafas de aviador le aplastaban el afro. Incluso mientras reía tenía los estrechos labios fruncidos en su expresión para manejar maquinaria delicada.

—¡Un mentón postizo! —Anya se echó a reír, lo que reveló unos desacostumbrados hoyuelos en su cara normalmente impávida—. En realidad, parece que como no eres capaz de dejarte crecer la barba te has dejado crecer la barbilla.

—¡Que te calles! ¡Que te calles! —dijo Laurence—. Soy un niño prodigio, ¿vale? —Dedicó un momento a mirar a las dos mujeres y pensar en la suerte que tenía de que esos bichos raros tan listos trabajaran con él, y volvió a prometerse que no permitiría que fracasara el proyecto. No iba a fallar a Milton, ni a ninguno de los demás. De algún modo, superaría las expectativas.

Entonces saltó del autocóptero, confiando en que el mecanismo de cable de acero y poleas lo bajara deprisa, pero no demasiado. Quería aterrizar de pie. Durante un momento no tuvo más que cielo alrededor, y después el barrio de Dogpatch se le acercaba, y los flamantes rascacielos brutalistas crecían respecto a los antiguos almacenes y muelles que los rodeaban. El aire era abrasador, a pesar del viento.

En aquel momento, la cara de Laurence estaba en todas las pantallas de ordenador de la ciudad, excepto en las de MatherTec, la empresa en cuya azotea se estaba dejando caer. Las pantallas de ordenador de MatherTec mostraban ruido, gracias a un ataque de inyección de *clownware* que Laurence había lanzado a los servidores de la empresa diez minutos antes.

Desde el punto de vista de los fundadores y los padrinos de proximidad de MatherTec, lo que ocurría era lo siguiente: estaban en la azotea, en plena presentación ante varios inversores de capital riesgo, en un esfuerzo frenético por conseguir la segunda ronda de financiación para su tecnología, que no era una *app* más, sino una forma de crear aberturas estables en el espaciotiempo con un millón de usos posibles a largo plazo si conseguían capital. Y entonces, cuando la presentación se aproximaba al momento crucial, las pantallas se pusieron a mostrar estática con el logotipo del Ejército de Liberación Simbiótica, el grupo de háckers más odioso del mundo, y no conseguían reanudar la presentación de ningún modo. Los inversores se agitaron y empezaron a incordiar a la camarera de pinta gótica de la empresa de catering para que les llevara más macarons, y Earnest Mather, el fundador, se tiraba de la escarola marrón rojiza que tenía por pelo. Y entonces el niño prodigio, aquel chaval cuyo rostro alargado y bien alimentado se había visto por todas partes durante el día, cayó del cielo y entregó a Earnest Mather un cheque, ya firmado por Milton Dirth, de diez millones de dólares.

—No queremos invertir —dijo Laurence a Earnest sin darle oportunidad de ponerse a contar los ceros—. Queremos comprarlos. Queremos su tecnología y a unos cuantos de sus empleados.

Earnest quería tiempo para pensárselo, pero Laurence le dijo que tenía cinco minutos. Los padrinos de proximidad lo animaban a aceptar el puto dinero, y los inversores de capital riesgo estaban demasiado ocupados subiendo a MeeYu sus vídeos del descenso de Laurence como para presentar una contraoferta.

Al cabo de unos minutos, Laurence, o mejor dicho Milton, se había hecho con la empresa. Earnest Mather pedía a la camarera gótica una botella de Devil's Bargain IPA y se la bebía a grandes tragos. Laurence se situó junto a Earnest y cogió el último macaroon.

—Siento el teatro, tío —le dijo—. Necesitamos tus patentes, y no podíamos arriesgarnos a que cayeran en malas manos. Esto podría ser la próxima arma de destrucción masiva. Y vamos mal de tiempo; tenemos que Salvar el Mundo antes de que sea demasiado tarde.

Earnest, con los ojos aún como platos, comentó algo de que el mundo era un trabajo en marcha.

—En realidad, Milton opina que vamos a necesitar un planeta nuevo, y puede que pronto —replicó Laurence—. «Tenemos que salir de esta roca». Todos nuestros cálculos muestran una probabilidad razonable de una combinación catastrófica de desastres naturales y guerra destructiva, dentro



de una o dos generaciones. Mire lo que ha pasado en Seúl. O en Haití. — Laurence cogió también una de aquellas cervezas—. Por lo que sabemos, somos la única civilización inteligente y tecnológica que se ha desarrollado jamás en todo el universo. Todo esto está lleno de vida compleja, pero básicamente somos únicos. Tenemos el puto deber de preservar eso. A toda costa.

Laurence se puso a explicar como, desde que era pequeño, no había soñado con nada más que abandonar este planeta, pero Earnest tuvo que ir corriendo al servicio de ejecutivos, preso de las arcadas. Laurence se metió los papeles firmados en el bolsillo delantero del bonito traje negro y echó un vistazo por primera vez a la camarera gótica. Era Patricia.

—¡Anda! —dijo Laurence—. ¿Qué haces aquí? —Durante un momento tuvo un ataque de pánico al pensar que lo seguía o lo espiaba.

—¿A ti qué te parece? Trabajar de camarera. Deede, una compañera de piso, me consiguió este curro.

Laurence observó la blusa blanca almidonada y la falda negra, por las rodillas, recortadas contra el cielo azul claro. Tenía el pelo oscuro recogido, pero aun así se agitaba con el viento de la bahía. Tenía los ojos verde hoja y fruncía los estrechos labios.

—¿En serio? Creía que ahora eras como... —Bajó la voz—. Una bruja. Fuiste a aquella escuela especial, ¿verdad?

—Tengo otros trabajos aparte de este, claro —dijo Patricia—, pero no están remunerados. Tengo que pagar un alquiler en esta ciudad, y están por las nubes, aunque comparta piso con dos personas.

—Oh.

De algún modo, Laurence pensaba que a Patricia le bastaba con chasquear los dedos para que apareciera dinero. O que vivía sin pagar alquiler en una elegante mansión victoriana llena de objetos mágicos, como un espejo que decía qué zapatos combinaban con la ropa. No la imaginaba ofreciendo macarons a inversores de capital riesgo a cambio del salario mínimo.

—¿Iba en serio lo que le has dicho a ese tío? —preguntó Patricia—. Lo de que nuestro planeta está condenado y la especie humana es lo único que vale la pena salvar de él.

—Bueno, no, no creo que sea lo único que vale la pena salvar. — Laurence sintió una extraña vergüenza que contrastaba con la fanfarronería de un momento antes—. Espero que podamos salvarlo todo. Pero estoy preocupado; no sé si habremos sobrepasado el punto en que no hay vuelta

atrás. Y tiene sentido que no cifremos todas nuestras esperanzas en un solo planeta.

—Claro. —Patricia se cruzó de brazos, envueltos en mangas abultadas—. Pero este planeta no es una simple roca. Tampoco es una crisálida de la que podamos deshacernos, ¿sabes? Es más que eso. Somos nosotros. Y esta no es solo nuestra historia. Como alguien que ha hablado con montones de criaturas distintas, creo que igual también quieren votar.

—Ya. —Laurence se sentía como el culo, justo cuando creía que se sentiría invulnerable. Vaya mierda. Pero mientras reproducía mentalmente el discurso que había soltado a Mather entendía que a Patricia le hubiera sentado mal—. Lo siento. No pretendía insinuar que nadie tenga que descartar nada. Nadie va a hacer eso.

—Claro. Supongo.

Algún inversor achispado sintió la necesidad de acercarse y sacarse una foto con Laurence, que aún llevaba el arnés sobre el traje de Armani, y de pedir unos rollitos de primavera a Patricia. Y Laurence tenía unos papeles que escriturar, registrar o como se llamara lo que había que hacer cuando se compraba una empresa. Además, Milton no paraba de mandarle mensajes de texto. Murmuró a Patricia que la vería después, y ella se limitó a decir «Claro» mientras servía copas y respondía preguntas relacionadas con la alergia a los frutos secos.

Algún día, la singularidad haría trascender a los humanos a superseres cibernéticos, y quizá entonces dijeran lo que querían decir.

Pero era probable que no.

Serafina llegó tarde a cenar porque sus robots emocionales habían tenido un ataque de nervios. Todos ellos.

—Me he tirado todo el día intentando averiguar qué les pasaba. Estaban inquietos y nos miraban mal. Examinamos todos los cambios que se habían producido en el laboratorio para eliminar cualquier cosa que pudiera haberlos alterado. Por ejemplo, ¿la música era distinta?, ¿les habíamos actualizado el código recientemente?

Laurence no le metió prisa. La identificación y la solución de problemas eran una fuente de placer para los dos, y lo más emocionante después de aquello era narrar el proceso; cuando se relataba la forma de resolver el

rompecabezas se iluminaban las mismas vías neuronales que cuando se resolvía, aunque la segunda vez el sujeto estaba bañado en el resplandor de haber revelado ya el misterio.

Sin embargo, Laurence seguía incómodo. Por un lado, porque Serafina había llegado tarde y los habían sentado en una mesa de la acera de la pizzería de lujo con tan solo una lamparita calorífica y tres albóndigas para aislarse de la niebla hasta que llegara la pizza. Por otro lado, estaba intentando escucharla atentamente tal como dictaba su actual proyecto de evitar que lo plantara, y escuchar atentamente era un trabajo muy duro. Y la gente seguía mirándolo de forma rara una semana después de lo de MatherTec.

—Al final nos dimos cuenta de qué era lo único que había cambiado —dijo Serafina. Llevaba una blusa, pero había vuelto a ponerse el chaquetón cuando los sentaron fuera. La lámpara calorífica hacía que su piel pareciera de bronce—. Matt acababa de comprarse un Caddy y lo había llevado al trabajo. En cuando lo sacamos del alcance de la wifi, los robots se calmaron. Bastante. Y antes de que preguntes, el Caddy no tenía ninguna *app* rara instalada; estaba recién comprado.

—El alcance de la wifi. Así que recibían del Caddy, inalámbricamente, algo que los alteraba. —Laurence sacó su Caddy y lo examinó, como si acabara de descubrir una función nueva. Seguía teniendo el aspecto de una púa de guitarra gigante, con la base curvada y la carcasa de aluminio. Estaba buscando redes abiertas, como siempre, pero no se conectaría a otros aparatos de la misma red si no se le ordenaba. A no ser que...

—Esto es lo que no entiendo —dijo Laurence mientras partía en dos la última albóndiga, para que Serafina se comiera la mitad. La albóndiga era su única protección contra el frío, la última de sus escasas provisiones en espera de la pizza—. Tus robots emocionales no tienen emociones en el sentido humano, ¿verdad? No te ofendas. —Sabía que pisaba terreno peligroso; no lo bordeaba, sino que estaba inmerso en él, rodeado de piezas frágiles que podían desmoronarse—. Los robots simulan respuestas emocionales a determinadas situaciones e intentan captar lo que siente la gente que los rodea, ¿no es así?

—Tal como lo describes, cualquiera diría que diseñamos avatares tridimensionales para videojuegos. —Serafina no llegó a apartar la silla, pero parecía algo más lejana.

—Sé de sobra que es mucho más complejo, por el valle inquietante y porque en el mundo físico intervienen muchos más factores.

—Pero el quid de la cuestión es: ¿cómo sabemos que nuestras emociones son espontáneas y auténticas, y no un conjunto de respuestas programadas?

—No lo sé. Le doy vueltas todo el tiempo. —Laurence era consciente de que probablemente era mala idea confesar a su novia que se cuestionaba muchas veces si sus sentimientos no serían una reacción involuntaria—. Pero me pregunto... Si presuponemos que tienen algún motivo para sentirse de una forma determinada y no es que, simplemente, se han levantado con el pie izquierdo, el Caddy tenía que estar haciendo algo que, según sus matrices de respuesta, se pudiera considerar un acto agresivo, ¿no?

—Sí —dijo Serafina—. Se comportaban como si respondieran a una amenaza.

Al fin llegó la pizza, justo cuando Laurence necesitaba algo para distraer a Serafina del hecho de que, pese a todas sus resoluciones, se estaba comportando como un imbécil y había caído en el *mansplaining*.

—Tiene que haber otra explicación —dijo Laurence—. Estamos hablando de un Caddy, no de una caja negra. La gente los ha liberado y borrado; les ha instalado Linux y ha exportado su sistema operativo a tablets liberianas baratas de imitación. Es el dispositivo más hackeado de la historia. Si tuviera algo raro, a estas alturas ya lo sabríamos.

—Eh —dijo Serafina, masticando—. La navaja de Ockham no es una simple arma opcional de *Street Warrior V*. Ya te he dicho que eliminamos todas las demás posibilidades.

Cuanto más se esforzaba Laurence por no cagarla, más la cagaba. Serafina no iba a plantarlo; no era un resultado posible.

Pensó en la Opción Atómica: el antiguo anillo de su abuela, agazapado al fondo del cajón de los calcetines. Se imaginó poniéndose de rodillas para entregárselo a Serafina. Se imaginaba introduciendo por él el dedo de la chica hasta llegar al nudillo, con la plata oxidada alrededor de la gema. Bajaría la vista hacia él, sonrojada.

Después de cenar fueron a tomar algo y acabaron en el Latin American Club, justo debajo del maniquí que llevaba la peluca púbica.

—Oh, mira —dijo Serafina—. Es tu amiga. —Laurence siguió su línea de visión y vio a Patricia con un tipo afroamericano que llevaba una casaca de terciopelo negro llena de ribetes elaborados. Tardó poco en reconocer al hombre con el que había estado hablando en casa de Rod Birch. Patricia los saludó con la mano y le devolvieron el saludo. Laurence no sabía si Serafina y él debían inmiscuirse entre Patricia y su acompañante, ni si quería que Patricia se inmiscuyera entre ellos, y le preocupaba que Patricia volviera a

soltarle una charla sobre el planeta. Pero Patricia los llamó con un gesto y Serafina se acercó.

El que iba con Patricia se llamaba Kevin y era un anglófilo aficionado a citar a los Monty Python, que paseaba perros y trabajaba en una cafetería, pero su profesión real era la de creador de un webcómic que Laurence había leído unas cuantas veces.

—El secreto del éxito en esto —dijo Kevin— es hacer creer a los visitantes que solo pillarán todos los chistes si los leen asiduamente. Cuando se dan cuenta de que no tienen chistes que pillar ya han invertido demasiado tiempo para dejarlo y no pueden reconocer que los han estafado. Crear chistes inexistentes que parecen escapársele a todo el mundo es todo un arte. Es mucho más difícil que crear chistes de verdad.

—Los cómics que leí eran bastante graciosos por derecho propio —dijo Laurence—, así que no se te da muy bien.

—Me dejas hecho polvo —dijo Kevin.

Patricia le comentaba a Serafina que acababa de dejar un trabajo horrible de catering, pero había conseguido otro en las panaderías de lujo Mission, donde usaban cereales orgánicos de cultivo local no solo por quedar bien, sino porque no había más remedio después de la Gran Tormenta de Arena del Medio Oeste estadounidense.

—Me encanta la repostería, así que es perfecto —concluyó.

A Serafina también le gustaba la repostería, pero no se le daba muy bien.

—Una vez hice un bizcocho que no subió, y pensé que mi hermano pequeño lo había pisado en el horno. Llevaba una hora dándole una paliza cuando caí en la cuenta de que se me había olvidado poner bastante cosa de esa.

—¿Te refieres a la harina? —dijo Patricia.

—Sí, harina. —Serafina sonrió.

Se hizo un silencio prolongado. Kevin se aclaró la garganta como si fuera a soltar una ocurrencia, pero después se lo pensó mejor.

A Laurence aún le picaba todo el cuerpo al pensar en la conferencia que había soltado a Serafina sobre su trabajo mientras cenaban, y ahora estaba obligado a alternar con una amiga de secundaria. Necesitaba arreglar aquella velada. Por no mencionar que sentía el inexplicable impulso de demostrar a Patricia que no era un capullo integral.

Mientras esperaban las copas, Laurence intentó hablar a Patricia de los robots emocionales de Serafina, pero a mitad de la charla se dio cuenta de que

hablar de Serafina en tercera persona no la dejaba bien, sino que hacía que pareciera que no la consideraba capaz de hablar por sí misma.

—Patricia es maja —comentó Serafina después, cuando Laurence y ella estaban sentados en Humphry Slocombe compartiendo un *secret breakfast*, aquel extraño helado que llevaba copos de maíz y whisky.

—No has llegado a darte cuenta de lo bueno que tiene —dijo Laurence mientras cogía una cucharada.

—Claro que sí, porque acabo de decirte que me parece maja.

—Es raro ver a alguien a quien no se ha visto en diez años; se recuerda todo tipo de cosas. No te imaginas lo pardillo que era yo entonces. —Ya había aprendido hacía mucho que, al hablar de la secundaria, era mejor no comentar que creía haber creado una inteligencia artificial en el armario de su dormitorio, ni siquiera como anécdota graciosa; lo hacía parecer un tonto del haba.

Se acabaron el helado. Quizá no hubiera sido muy buena idea pedirse un helado con whisky después de tomarse tres cervezas en el Latin American. Laurence veía un montón de miodesopsias y cada vez estaba más embotado; además sentía una profunda inquietud en la boca del estómago.

—¿De qué va esto? —preguntó Serafina—. Tengo la impresión de que esta noche había un subtexto que me he perdido.

Laurence pensó en decir que no sabía que el subtexto fuera un estado emocional o mental, e incluso que no sabía qué diferencia había exactamente entre las dos cosas, pero se mordió la lengua y respondió:

—Tengo la impresión de que estoy a prueba. En esta relación, quiero decir.

—Ah. Pues ahora me entero. —Serafina se encogió de hombros, abrió mucho los ojos y se absorbió el labio inferior mientras miraba a su novio. Sus mechones rojos resplandecían bajo los fluorescentes de la heladería hípster. Estaba tan guapa y tan llena de curiosidad que Laurence sintió una nueva punzada de amor hacia ella. Estaba listo para abrirse completamente, cosa rara en él. Los dedos de Serafina, encallecidos pero de uñas cuidadas, jugueteaban con la cucharita de helado vacía.

—¿He dicho o hecho algo que te haya hecho pensar que estás a prueba? —preguntó.

Laurence escudriñó su memoria en busca de algo y después negó con la cabeza.

—Supongo que son cosas mías. No sé de dónde lo he sacado.

—Esto me da yuyu. Vale, sé que nos comunicamos como el culo desde hace, no sé, un mes o así. Pero igual es peor de lo que imaginaba. —Serafina se masajeaba las sienes, estirándose la piel y las cejas.

—Entonces..., ¿no estoy a prueba?

—Bueno... —Serafina dejó de amasarse la frente y lo miró a los ojos—. Supongo que ahora sí.

—Oh. —«Buen trabajo, Armstead».

### 3

Patricia no podía quitarse de la cabeza la imagen de Laurence, que caía del cielo blandiendo dinero y jactándose de que iba a Salvar el Mundo descartando el planeta. Aunque no lo hubiera visto con sus propios ojos, después de aquello el vídeo estaba por toda la red. No debería sorprenderse de que Laurence se hubiera convertido en un yupi arrogante. Era lo que siempre había querido, ¿no? Que lo admirasen, que todo el mundo pronunciara bien su nombre. Se sentía irritada hasta que se dio cuenta de que quizá le tuviera envidia. Invertía tanta energía en guardar el secreto de sus buenas acciones que le resultaba dura la ostentación ajena. Últimamente, los otros brujos no paraban de darle la vara con el Engrandecimiento, por mucho que se esforzara por ser humilde.

Se encontró con que seguía obsesionada con Laurence mientras se ponía unas botas de cuero por las rodillas y un vestidito negro con lentejuelas rojas, para ir a un pub irlandés del barrio financiero a maldecir a alguien.

Se le daba fatal andar con tacones, y casi tropezó cuando entraba en el estirado y estruendoso pub e intentaba reconocer a Garrett Borg por la foto que le había mandado Kawashima por mail. En persona, Garrett tenía el aspecto de un profesor de esquí alpino que había estado bueno pero se había echado a perder, con el pelo muy claro y una chaqueta azul marino cruzada que le disimulaba la barriga. Estaba medio inconsciente en la barra, babeando en la toalla de Guinness, aunque seguía levantando la cabeza de tanto en tanto para llenarse la boca de whisky caro con la mano libre.

En teoría, Patricia no necesitaba saber por qué le habían marcado aquel objetivo: Kawashima lo había ordenado y debería bastar con eso. Pero Kawashima había adjuntado más imágenes, aparte del primer plano de Garrett: las fotos sacadas por el forense de las adolescentes que había ocultado en un viejo canalón de la I-90, con magulladuras prácticamente idénticas en el cuello y el interior de los muslos. Así que estaba motivada adecuadamente cuando se sentó en el taburete de cuero contiguo al de Garrett y le susurró al oído:



—Seguro que mañana tienes una resaca de muerte, pero ¿sabes qué? Tengo el mejor remedio del mundo contra la resaca. Esta mierda cura cualquier cosa.

Hizo que sonara milagroso, pero también sexi e ilícito. Garrett se tragó sin pensárselo las dos pastillas que le tendía. Después lo ayudó a coger un taxi a su casa, a Pacific Heights, para dormir la mona. No había mentido: la mierda que le había dado, en efecto, lo curaba todo.

No tenía la menor posibilidad de conciliar el sueño después de soltar una maldición, pero sería prudente y seguiría el consejo de Kamigawa de no pasarse de ambiciosa. Sabía por qué les preocupaba tanto que se desviara del buen camino: cuando cerraba los ojos seguía viendo el cadáver de Toby. La expresión torcida, como si estuviera a punto de incorporarse y contar un chiste verde.

Patricia tuvo que agacharse a hablar con un desconcertado gato rubio que necesitaba ayuda para volver a casa: recordaba cómo era por dentro, pero no por fuera. Después fue a ver cómo andaba Jake, el yonqui de krokodil, que parecía más o menos estable, y después recorrió la sala de urgencias del Saint Mary's en busca de gente a la que curar a hurtadillas. Pasó un par de horas intentando redactar una carta para el Departamento de Parques, en defensa de unas tuzas cuya madriguera estaba alterando sin sentido algún paisajista inepto en el parque del Golden Gate. Tuvo que concentrarse mucho para traducir de la lengua de las tuzas al burocratés.

En aquellos momentos, Garrett Borg estaría evaporándose, convirtiéndose en una nube con olor a whisky sobre su cama en forma de corazón.

Patricia acabó acercándose al parque, en Fulton, y contemplando la tierra cálida, tan llena de vida, entre las punteras de las botas. No conseguía sosegar. Hurgó en el bolso en busca del teléfono y miró la pantalla. No tenía nadie a quien llamar a las tres de la mañana. ¿Quizá Kevin, su ambiguo amigo con derecho a roce o novio? Intentaba no darle mucho la vara. El semáforo que veía de reojo cambió de color primario. Era otra noche calurosa y picajosa.

Un búho se posó en una rama cercana, sin emitir un sonido.

—Hola —dijo Patricia. El búho parpadeó al oírla.

—Si yo puedo verte, los demás también —dijo el búho.

—No intento esconderme, exactamente —dijo Patricia. El búho hizo un encogimiento de hombros que le agitó todo el cuerpo, como si Patricia fuera una loca suicida, y volvió a alzar el vuelo porque cerca había unas tuzas con una madriguera imperfecta.

Justo cuando Patricia se disponía a levantar el culo de la tierra e irse a casa, alguien se sentó en el murete de piedra y le bloqueó la vista de la calle. Un hombre. Estuvo a punto de esconderse, pero decidió no tomarse la molestia.

Era Laurence, y estaba llorando contra una servilleta con el dibujo de una mujer dentro de una copa de cóctel. Patricia estuvo a punto de marcharse, y Laurence no sabría jamás que había estado allí, pero el instinto de sanadora pudo más.

Se le acercó por detrás, haciendo todo el ruido posible para no sorprenderlo; aun así, él saltó del murete con tanta brusquedad que se cayó y se peló una rodilla. Patricia lo sujetó y después lo ayudó a volver a sentarse.

—Oh, hola —dijo Laurence al reconocerla—. Eres tú.

Era la primera vez que veía al Laurence adulto comportarse sin arrogancia. Encogido y sofocado, se parecía más al Laurence que recordaba.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—Sí. He salido de copas con los del trabajo, y cuando me emborracho me pongo tristón. —Hizo una pausa—. Pero además... tengo la impresión de que lo estoy jodiendo todo. Estoy perdiendo a mi novia, Serafina. La conoces; es increíble. Y mientras tanto toda esa gente espera que haga milagros, pero lo que puedo conseguir con proezas temerarias como la que presenciaste tiene un límite. Milton, mi jefe, cuenta conmigo; mi equipo de personas superinteligentes cuenta conmigo; pero ante todo, estoy faltando a la promesa que me hice. Siempre pensé que, si tenía la oportunidad, podría cambiarlo todo, y resulta que tal vez no sea bastante bueno. Así que recurro a engañar a la gente para que me considere un niño prodigio y no se dé cuenta de que no sé qué hacer. Dios...

Patricia se sentó junto a Laurence y recordó cómo, de adolescente, le dijo que el superpoder de cambiar la forma en que lo viera todo el mundo sería una soberana cagada. Laurence se echó a un lado para dejarle más sitio en su trozo de muro.

—Y ahora estaba pensando en mis padres —prosiguió—. Los desprecié mucho tiempo por ser unos fracasados. Los traté fatal. Y estaba pensando que quizá algún día entienda por qué eligieron fracasar, pero sería demasiado tarde. Y puede que sea algo que prefiero no entender.

—Mi plan de vida incluye no entender jamás a mis padres —dijo Patricia—. Es como la piedra angular. Los conociste y viste cómo eran. Estoy decidida a no ser la persona en la que querían convertirme.

—Sí. —Laurence soltó una risa agitada y ebria, pero una risa de todas formas—. ¿Sabes?... Hagas lo que hagas, la gente esperará que seas quien no eres. Pero si eres lista y tienes suerte, y si te esfuerzas a tope, acabarás rodeada de personas que esperan que seas quien te gustaría ser.

—Huh. No lo había pensado así.

—¿Y tú? —Laurence se puso en pie y se orientó; no se tambaleó mucho—. ¿Qué haces sola en la calle a estas horas entre semana?

—Trabajar. —Patricia también se levantó. Iba a dejarlo en casa de una pieza y desmoronarse después—. Tengo una jornada muy larga.

—¿Trabajas sola? —preguntó Laurence.

Bajaron tambaleándose hacia el Haight, donde habría taxis buscando a los chavales que salieran del último acto de recaudación de fondos para Seúl.

—Lo hago todo sola. Terminé de estudiar hace poco en una escuela pequeña y claustrofóbica llamada Eltisley Maze, y aún estoy encantada de desenvolverme por mi cuenta en una gran ciudad donde nadie sabe quién soy. Tengo la impresión de que en eso consiste la vida adulta, ¿sabes?

Lo metió y se metió en un taxi, que paró en primer lugar en casa de Laurence. Él le dio un billete de veinte mientras se las apañaba para apearse, tropezando con el cinturón de seguridad. Lo miró atacar los escalones delanteros con las espinillas y sintió cierto afán protector. Pidió al taxista que esperase hasta que hubiera entrado en casa.

Durante todo el trayecto a Sacramento, los otros brujos encontraron formas de dar la brasa a Patricia con el Engrandecimiento. Estaba en el asiento trasero del Lexus de Kawashima, observando el transcurrir de la autopista, mientras Kawashima le soltaba una charla sobre creerse demasiado importante y usar sus poderes demasiado a la ligera. Dorothea intervenía de tanto en tanto con una de sus mentiras discordantes, como «Me tiraste guijarros a la ventana, pero se convirtieron en granadas por el camino». Dorothea era una vieja católica con pelo negro entrecano, gafas de culo de botella y largas faldas de volantes, y nunca decía la verdad, excepto, tal vez, en el confesionario.

Cuando llegaron, Patricia se sentía un monstruo y no paraba de visualizar el cadáver escarchado de Toby, tendido en el dirigible.

Los demás debían ocuparse de importantes asuntos bruñeriles en Sacramento, así que Patricia tuvo tiempo para pasear bajo el abrasador sol del mediodía y leer en el teléfono información sobre el chancro de los cultivos franceses, el caos de la península de Corea, y las nuevas y letales

supertormentas atlánticas. Cosas con las que no podía hacer nada. Entonces su visión periférica aterrizó en un vagabundo de la acera. La miraba con un vaso de Big Gulp vacío en la mano. Se volvió para observarlo: el abrigo desgarrado y embarrado, los pantalones llenos de manchas, la enfermedad y la desnutrición. El cartel de cartón estaba tan desgastado y borrado que resultaba indescifrable. Iba cubierto de una capa de mugre, pero también de telarañas y hasta musgo. Normalmente, si hubiera salido sola, de noche por la ciudad, y se hubiera encontrado a alguien en esas condiciones, lo habría curado sin pensárselo dos veces. Pero Kawashima y Dorothea estaban cerca, y nunca se sabía qué iban a considerar Engrandecimiento; tampoco le daban directrices concretas. Se acercó un poco, presa de la lucha interior. Aquel hombre necesitaba su ayuda; prestársela no podía estar mal. Le miró los ojos oscuros, entrecerrados, y pudo ver su orgullo herido. Alargó la mano...

Se dio cuenta de que estaba ante la cara huesuda y demacrada de su orientador de secundaria, el señor Rose. Se sentía hervir dentro de la piel. Estuvo a punto de vomitar.

—No te preocupes —dijo el señor Rose con voz rasposa—. No voy a intentar matarte. Tampoco sería capaz. Te has hecho demasiado poderosa, y los años me han pasado factura. Pero debes saber que hacía lo correcto. Tuve una visión de los acontecimientos venideros, Patricia, y estás en el centro de tanto dolor... Traicionarás y destruirás. Si tuvieras algo de conciencia, acabarías con tu vida ahora mismo.

Había imaginado aquel momento durante mucho tiempo. Cuando se quedaba fuera hasta el amanecer, ensayaba lo que diría a aquel puto sádico y le demostraría que no se dejaba acoquinar. Pero no esperaba verlo tan indefenso, con la tripa al aire literalmente. No pudo evitar compadecerse. Al principio no entendió lo que le decía de que debería matarse, y después tuvo que escupir en el asfalto.

—Buen intento —le dijo, pero le ardían los brazos y la cara como si los hubieran alcanzado las peores ortigas—. Todo lo que me dijiste era mentira —dijo al viejo tendido en la acera—. Es lo único que sabes hacer.

—Esperaba que una bruja de tu nivel pudiera detectar las mentiras. Por favor. Por favor, escúchame. —Alzó la vista, y Patricia se sorprendió al ver las mejillas mugrientas surcadas de lágrimas—. He matado a muchísimas personas, pero aun así me resultó insoportable la visión de lo que vais a provocar tus amigos y tú. ¿Ya te han hablado de la Revelación?

—¿La qué? —Patricia se apartó—. Olvídalo; no pienso seguir escuchándote.

—¡Tienes que escuchar! Patricia Delfine, te conozco mejor que nadie. — Patricia se alejó más aún, hasta dar con la espalda en los parquímetros, y el señor Rose se levantó de su esterilla de cartón y blandió un dedo vendado. El aliento le oía a rayos—. Pasé meses espiándote cuando eras pequeña. Aparcaba delante de tu casa. Oía todas tus conversaciones, de día y de noche. Lo sé todo. Hasta sé lo del Árbol.

—¿Qué árbol? —Patricia tragó saliva—. No sé de qué me hablas.

—Pregúntales por la Revelación. ¡Pregúntales! A ver qué te dicen.

—Oh, mierda. —Kawashima se aproximaba desde una ferretería cercana, con una bolsa de plástico colgada de la mano—. ¿En serio? ¿Otra vez este cabrón?

—Theodolphus —dijo Dorothea desde detrás, mirando al despojo humano. Consiguió convertir el nombre en el peor insulto.

—¿Lo conocéis? —preguntó Patricia.

—Eres lo peor —dijo Kawashima a Theodolphus, haciendo caso omiso a Patricia—. Eres como una urticaria. Creía que te habíamos matado hace mucho.

—Llevo muchos años prácticamente muerto. —Theodolphus Rose se irguió, como jactándose—. Pero tenía que advertir a la señorita Delfine, aquí presente. Fue mi mejor alumna. Cuando era pequeña tuve una visión de ella de adulta, como es ahora. Una visión de destrucción. Creo que debería saberlo.

—A ver si lo adivino —dijo Kawashima—. Has esnifado unos vapores y tienes alucinaciones, ¿eh? Las visiones del futuro siempre son paparruchas, y lo sé mejor que nadie porque soy el mejor artífice de paparruchas de por aquí. ¿Quieres hacer los honores, Dorothea?

El señor Rose seguía echando sapos y culebras sobre su visión de demencia, destrucción y un agujero en el mundo. Pero Dorothea se acercó y susurró una anécdota sobre un hombre al que había conocido. Se dedicaba a fabricar *netsuke*, esas figurillas que usaban los japoneses como cierres de los kimonos, pero también era un asesino itinerante y algunas de sus tallas ocultaban trampas mortales: pequeñas agujas impregnadas en veneno, depósitos de humo tóxico... Los *netsuke* mortales siempre tenían la forma de una bella mujer de postura lasciva, y se podían entregar a una persona sabiendo que moriría cuando se las pusiera. Hasta que un día se equivocó e instaló en una rana un dardo con resorte destinado a una cortesana. Después le vendió la rana a uno de sus clientes favoritos, que estaba dispuesto a lucirla

aquella misma noche y no sabía nada del oficio paralelo como asesino de su proveedor. ¿Cómo podía advertir a aquel cliente?

A aquellas alturas, los murmullos de Dorothea se habían hecho tan bajos que Patricia no pudo oír el final del relato. Y Theodolphus tampoco estaba en situación de escuchar, porque de algún modo, sin que nadie se hubiera dado cuenta, había pasado de ser una persona a ser una figurilla de madera de cuatro centímetros como mucho. Dorothea la cogió y se la enseñó a Patricia: era una mujer esbelta que se levantaba la falda, aunque tenía un solemnísimo rostro de rana.

Dorothea dejó la figurilla en la mano de Patricia y le cerró los dedos a su alrededor, para que la custodiara.

—Es increíble que no nos hubiéramos cargado hace mucho a ese cabrón. —Kawashima abrió el Lexus y se sentó al volante—. En serio, menudo hinchapelotas.

Dorothea asintió y alzó la vista al cielo.

En el camino de vuelta a San Francisco, Patricia trató de interrogar a Kawashima sobre aquella Revelación que había mencionado Theodolphus, pero, cómo no, preguntar por eso constituía el peor Engrandecimiento posible.

Se quedó adormilada, y en sueños intentó imaginar cómo terminaba el relato de Dorothea. Entonces dio con la clave: el fabricante de *netsuke* y asesino tendría que quitarle la rana a su cliente, por la fuerza de ser necesario, y para ello tendría que sacrificarse. La rana tenía que cobrarse una vida; si no era la del cliente, sería la del hombre que la había tallado.

Patricia no tuvo la menor sensación de haber pasado página después de que el señor Rose recibiera su merecido delante de ella. Tenía un aspecto tan lastimoso que hasta tuvo que esforzarse para no sentirse culpable. Y no podía sacudirse la idea de que quizá el señor Rose dijera la verdad y ella estuviera condenada a convertirse en criminal de guerra. Kawashima insistía siempre en que las visiones del futuro eran paparruchas, pero a continuación volvía a decir a Patricia que su orgullo era peligroso. Patricia acabó con un monólogo interno, que la acusaba de ser una persona terrible y destructiva que debería extremar las precauciones.

Justo después de volver de Sacramento tuvo que ir corriendo al Tenderloin a ver a Reginald, el paciente de sida al que le habían asignado como voluntaria del Proyecto Shanti. Como de costumbre, le limpió el piso, le preparó un desayuno sano y lo ayudó a hacer las compras. Pero luego se

quedó mirándolo, en su mecedora de madera sin barnizar, y pensó: «Esta vez voy a hacerlo. Voy a curarlo. Porque ¿por qué no? Sería tan fácil...».

Pero sabía, sin lugar a dudas, cómo se lo tomarían Kawashima y los demás. No se puede ir por la vida curando enfermedades incurables, y menos cuando todo el mundo sabe con quién estaba el enfermo. Suscitaría demasiadas preguntas sin respuesta. Y puede que curar a Reginald fuera el primer paso hacia su transformación en una especie de monstruo, tal como amonestaba el señor Rose.

—Espero que sea una diatriba de las buenas. —Reginald interrumpió las cavilaciones de Patricia—. Lo que sea que te tiene tan meditabunda.

Se acercó para sentarse junto a él y le cogió la mano. «Voy a hacerlo». De todas formas, ya le reducía la carga vírica siempre que lo visitaba. Curarlo directamente no sería para tanto, ¿no?

El estudio de Reginald olía a cannabis e incienso. Llevaba un bigote fino, pelo corto canoso y unas gafas estilo Elvis Costello, y tenía muy marcados los tendones del cuello.

—Estaba pensando —dijo Patricia— que el mundo está lleno de problemas demenciales. Hace poco leí que puede que pronto veamos las últimas abejas de América del Norte. Y en ese caso se rompería la cadena alimentaria y muchísima gente pasaría hambre. Pero supón que tuvieras el poder de cambiar las cosas. Aun así, puede que no fueras capaz de arreglar nada, porque cada vez que resolvieras un problema podrías estar provocando otro. ¿Y si todas esas epidemias y sequías fueran la forma que tiene la naturaleza de equilibrar las cosas? A los humanos no nos quedan depredadores naturales, así que la naturaleza tiene que encontrar otras formas de lidiar con nosotros.

Reginald tenía el pálido tórax lleno de tatuajes, uno por cada especie de insecto que había descubierto en el continente americano. Aquellos dibujos de insectos recordaban el cuaderno de un naturalista victoriano, con alguna pincelada de color aquí y allá. Cuando cambió el cuerpo de Reginald, los pliegues de piel y el abdomen prominente hacían que pareciera que las langostas y mariposas aleteaban y giraban la cabeza. Tenía los pectorales llenos de avispas, y los brazos, cubiertos de llamativos escarabajos quitinosos.

—Como sabes, me gusta mucho la naturaleza —dijo Reginald—. Pero no creo que «encuentre formas» de hacer nada. La naturaleza no tiene planes ni opiniones. Nos brinda un campo de juegos, y no precisamente de nivel uno, en el que competimos con todas las criaturas grandes y pequeñas. Más bien, el campo de juegos de la naturaleza está lleno de trampas.

Al final, Patricia se lo pensó mejor cuando estaba a punto de curar a Reginald. Como siempre.

Patricia soñó que se perdía en el bosque, como cuando era pequeña. Se golpeaba los pies con raíces, resbalaba con hojas caídas y se sentía transportada por el olor a cerrado de la tierra húmeda. Nubes de insectos le tapaban los ojos y se le metían por la nariz. Se echó a reír con tanta fuerza que estornudó bichos muertos, por la alegría de haber salido por fin de la ciudad. Y entonces se metió en un zarzal; las espinas le desgarraban la piel y la sujetaban con tanta fuerza que no podía avanzar ni retroceder sin destrozarse, y la euforia se transformó en ansiedad, porque ¿y si había gente que necesitaba su ayuda? O los otros brujos. ¿Y si desaparecía justo cuando alguien tenía problemas?

Cuanto más intentaba salir de entre las zarzas, con más fuerza la sujetaban, hasta que se dio cuenta de que era un sueño y en sueños siempre podía volar. Se irguió por encima de la vegetación y planeó a lo largo de una pronunciada pendiente cuajada de raíces. Y entonces lo vio, grande y oscuro, como un cuervo formado por ramas y hojas. Un enorme y antiguo Árbol, lleno de paciencia y recuerdos, con las ramas gemelas ondulando en un saludo.

—Bueno, ¿qué era eso que no podías decirme por teléfono? —preguntó Laurence al volver de la barra con los cafés.

En respuesta, Patricia se sacó del bolso la figurilla de madera y le dijo a Laurence de quién se trataba. El señor Rose los miraba fijamente; su cara de rana de ojos saltones parecía suplicante un momento y soñadora al siguiente.

—¿Es él? ¿Esto es una persona? —Laurence lo observaba a la luz, como buscando un parecido—. Es tan... pequeño...

—Sí —dijo Patricia—. No tengo ni idea de qué hacer con él.

Estaban en el Circle of Trust, que había sido la cafetería de moda del corredor de la calle Valencia unos dieciocho meses atrás. Aún tenía todas las preciosas molduras de madera y las cafeteras carísimas, pero estaba medio vacía porque los mejores ya se habían trasladado al sitio nuevo, a una manzana de distancia. En el Circle of Trust había una exposición de pinturas realizadas con los dedos por una mujer de veintiocho años, con bocadillos de



texto subversivamente naïf. El café era horriblemente caro debido a la escasez, pero aun así pagaron a medias.

—Verlo tan indefenso y presenciar su transformación en este objeto minúsculo... —decía Patricia—. Eso no cambia mi recuerdo de lo grande que era y el miedo que daba. Es como si fueran dos personas distintas. Y parece que durante los últimos años pasó mucho tiempo incordiando a los otros brujos. Porque se volvió loco y tuvo una especie de visión apocalíptica. Por eso estaba en nuestro colegio, para empezar: porque creía que de mayor me convertiría en un monstruo.

—Huh. —Laurence observaba la figurilla. Patricia sintió algo de vergüenza por lo casi obscena que era la falda subida, por lo raro que era todo en general—. Pero no ha sido así. No te has convertido en un monstruo, quiero decir. ¿Alguna vez le dijo la verdad a alguien? ¿Sobre lo que fuera?

—No —dijo Patricia. Cogió la figurilla y volvió a metérsela en el bolso. Iba a rogar a Kawashima que la liberase del peso del señor Rose—. No, nunca.

—Era un mentiroso compulsivo. Es. Era. No sé qué tiempo usar.

Quizá hubiera un método más eficaz para matar una conversación que meterse en el bolso la figura de autoridad más odiada de la adolescencia, reducida al tamaño de un pulgar, pero a Patricia no se le ocurría ninguno. Los dos se bebieron el café mientras sacudían la cabeza, atrapados en recuerdos recursivamente horribles. Patricia tuvo que ir a buscar un vaso de agua. El aire estancado de la cafetería conservaba el calor del cenit, a pesar de que el sol ya desaparecía tras los edificios.

—Pienso mucho... —Laurence miraba el bolso de Patricia, donde reposaba la figurilla—. En lo cerca que estuvo de destrozarme la vida. Es uno de los motivos por los que estoy tan desesperado por tener éxito: porque estuve a punto de perderme esta oportunidad. —Se puso en pie de golpe—. Vamos. Quiero enseñarte una cosa.

Patricia volvió a sorprenderse de lo que había crecido Laurence. Ella también era alta, pero le llegaba por la clavícula. Además, Laurence tenía los nervios y la energía de nueve hurones.

Lo siguió a la calle Mission y torcieron por un par de bocacalles hasta llegar cerca de Shotwell, en una de esas travesías que solo abarcan una manzana o dos. Era otro día seco y picajoso. Patricia recordó haber oído que allí había un arroyo, pero que lo drenaron o asfaltaron por encima. En ocasiones imaginaba que podía sentir la corriente del ecosistema aniquilado.

Llegaron a un bloque de cemento que no se distinguía en nada de los demás. Laurence sacó una llave, pero no la introdujo en la cerradura de la puerta de acero marrón, sino que pulsó una serie de una docena de números en un teclado hundido en la pared, en el que Patricia ni se había fijado. Y después metió y giró la llave.

Tras subir dos tramos y medio de escaleras llegaron a una puerta con un montón de remaches metálicos y un cartel en el que ponía: «Soluciones para procrastinadores. Vuelva mañana». Laurence dio diecisiete golpes con los nudillos, en una secuencia precisa de toques cortos y largos, y se abrió la puerta.

—Bienvenida al Proyecto Diez Por Ciento —dijo Laurence—. O a la delegación local.

Al otro lado de la puerta de acero había más espacio del que cabía esperar, y hacía mucho más fresco que fuera. Era un loft cuadrangular, con una claraboya traslúcida que recorría un lado del techo. Había sillas ergonómicas frente a bancos de trabajo atiborrados de equipo como soldadores, placas base de Arduino y herramientas láser. Ocupaba el centro de la estancia un gran aparato del tamaño de un Buick, rematado en algo que parecía la boquilla de una pistola de rayos. Apuntaba a un círculo blanco de plexiglás.

Laurence presentó a Patricia a las tres personas que había en la sala.

Taana era una afroamericana que llevaba una máscara de soldar, una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Tenía los antebrazos fuertes, pero el cuello y los hombros fluían como el mercurio. Laurence explicó que Taana podía construir cualquier cosa; de hecho, había encontrado a Milton de la misma forma que él tanto tiempo atrás: poniendo en práctica unos esquemas sacados de Internet. Pero eran unos esquemas que nadie más había conseguido hacer funcionar, y el resultado había sido una enorme pistola de rayos sobre patas articuladas. Taana saludó con la mano y siguió esparciendo chispas en todas direcciones.

Anya era una chica pecosa del Medio Oeste; tenía azules las puntas del pelo castaño claro, como si hubiera dejado de teñirse. Llevaba un peto vaquero y unas voluminosas gafas protectoras, y tenía aspecto de no sonreír nunca. Murmuró a Laurence algo sobre las visitas guiadas a gente de fuera.

Sougata tenía un espeso bigote negro, acento de surfero del sur de California y una sudadera de Caltech. Laurence le dijo a Patricia en un susurro que Sougata quería trabajar en televisión y hasta había estado de becario en el relanzamiento de *Espacio 2063*, pero acabó dedicándose a su segunda opción, que era salvar el mundo en la vida real.

Patricia no sabía muy bien si preguntar por el enorme aparato con cuerpo de aspiradora gigante y boquilla puntiaguda, pero Laurence se puso a explicárselo de todas formas:

—Intentamos resolver la gravedad. —Inspeccionó unos datos en la pantalla de la máquina—. Aún no hemos logrado la antigravedad real; solo unos cuantos casos aislados. Pero no pretendemos cancelar la gravedad, sino controlarla. Sabemos que es una fuerza débil en nuestro universo, lo que significa que será una fuerza considerable en algún otro sitio. Y estamos intentando averiguar dónde está y qué es.

—Vaya. —Patricia podía volar sin esos rayos tan complicados, por supuesto, pero solo cuando la situación lo requería o cuando podía liar a alguien para cerrar un trato que incluyera darle capacidad de volar. O en sueños. La idea de encender y apagar la gravedad, o de hacerse con su poder, le resultaba apasionante.

Iba a llegar tarde al último encargo de Kawashima, un ejecutivo de una petrolera que era responsable en parte del desastre del mar del Norte. Pero quería admirar la máquina de Laurence, que le enseñó en una pantalla la acumulación de energía que habían soportado aquellos delgados tubos sin que estallase nada.

—Es impresionante —dijo Patricia. En efecto, había algo tan agradable estéticamente como satisfactorio en una gran obra de ingeniería. Resplandeciente y robusta. Sintió por aquella máquina el mismo afecto que sentía por las viejas máquinas de escribir mecánicas que vendían en la galería comercial hípster de la calle Valencia, o por un buen motor de vapor. Aquellas cosas se debían a una soberbia desmedida, porque siempre se rompían o, peor aún, lo rompían todo. Pero quizá Laurence tuviera razón y aquellos dispositivos fueran lo que nos hacía únicos, como humanos. Fabricábamos máquinas, igual que las arañas fabricaban su seda. Mientras contemplaba el chasis rojo con forma de avispa pensó en lo disgustada que había estado con Laurence poco tiempo atrás. Pero quizá no debiera juzgarlo; juzgar a la gente era una forma de Engrandecimiento, y era posible que aquel aparato fuera la culminación de todo lo que siempre había admirado en él, desde el principio. Y, sí, una demostración de que los dos habían vencido a los señores Rose del mundo—. Qué preciosidad.

## 4

Laurence y Patricia disiparon en humo sus respectivos problemas de pareja, fumando de un bong con forma de elfo en el sofá. Laurence se puso a hablar de Serafina y del «periodo de prueba» en curso, y después le dio vergüenza estar soltando un monólogo y preguntó a Patricia por el tipo con el que había salido de copas. Kevin, el del webcómic.

—Hmmm. —Patricia cogió el bong y se llenó los pulmones antes de intentar responder—. Es un lío. Aún no sé si somos novios o simples follamigos. Cuando se queda a dormir en mi casa, intenta escabullirse en plena noche. Pero nadie puede ser furtivo a mi alrededor, con la formación que he tenido. Así que al final se ve obligado a despedirse en condiciones o quedarse hasta por la mañana. Ha probado las dos cosas, y no creo que ninguna de las dos le funcione.

—Ah.

—Una y otra vez, parece que vamos a hablar de qué estamos haciendo, pero al final no surge la conversación.

En cierto modo, ver al señor Rose de madera había marcado un giro en la relación de Laurence y Patricia; no solo los unía, sino que les recordaba que se habían conocido cuando eran unos pringados de octavo curso. Puede que Patricia fuera la persona a la que Laurence pudiera decepcionar menos, ya que lo había visto en su punto más bajo. De hecho, no se había sentido tan cómodo en meses, y no solo por el bong élfico.

Guardaron silencio un rato, hasta que Patricia cambió de tema.

—Bueno, ¿cómo están tus padres? ¿Siguen insistiendo en que salgas al aire libre?

—Creo que están bastante contentos —dijo Laurence—. Se divorciaron hace unos siete años, y mi madre encontró a un tipo aficionado a observar pájaros. Mi padre dejó ese trabajo horrible y volvió a la universidad, para hacerse profesor de instituto. Siempre había pensado que serían más felices si se separasen, aunque sea algo que nadie desea a sus padres. ¿Y los tuyos?

—Están..., eh..., bien —dijo Patricia—. Me tuvieron desheredada y todo durante unos años, pero este último año se están esforzando por reanudar la

relación. —Suspiró y aspiró más humo de la cabeza del elfo, a pesar de que le picaba la garganta—. Todo es gracias a mi hermana, más o menos. No paran de detenerla, cuando no acaba en urgencias. Roberta siempre fue la más sensata de las dos. Y de repente, mis padres se encuentran con que soy capaz de conservar un trabajo y no tengo antecedentes penales, y han decidido que ahora puedo ser la buena hija. Como si nos hubiéramos intercambiado el puesto. No tengo ni idea de qué hacer.

Laurence iba a decir algo más, pero Isobel llegó a casa. Estaba empapada, porque llovía y el paraguas autoconfigurante experimental se había atascado en una forma no óptima, a juzgar por los servosonidos de queja y porque Isobel tenía empapado el lado izquierdo de la gabardina, mientras que el derecho estaba seco. Ya no llevaba las largas trenzas castañas de cuando se conocieron; se había recogido en un moño el pelo canoso.

—Oh, no —dijo Laurence—. Lord Umber te ha fallado. —Nadie más había adoptado aquel nombre, pero él seguía intentándolo.

Isobel soltó un bufido y lanzó a Lord Umber al fregadero para que se escurriera. Lord Umber gruñó e intentó adoptar una forma que protegiera el fregadero de cualquier precipitación interior. Volvió a atascarse y emitir prolongados gemidos.

—Vaya mierda. —Isobel puso cara de asco—. Una mierda como un piano. Me habría venido mucho mejor un paraguas normal. Ah, hola. —Acababa de enjugarse suficiente lluvia de los ojos para ver a la joven desconocida del sofá—. Encantada. Soy Isobel.

Patricia se presentó y se estrecharon la mano, y después Isobel corrió a quitarse la ropa empapada a medias. Cuando volvió llevaba una copa de brandy. Se sentó junto a Patricia, y entablaron una charla insustancial sobre los lugares del mundo donde matarían por un poco de aquella lluvia.

—Creo que he oído hablar de ti —le dijo Isobel a Patricia—. Conoces a Laurence desde hace casi tanto como yo. Parece que forja relaciones duraderas. —Miró a Laurence, que se encogió tal como debía.

Estaban a bastante altura; a pesar de su nombre, la mayor parte de Noe Valley estaba en laderas escarpadas. Las ventanas del salón daban a la cuesta abajo del jardín delantero, y más allá se veían copas de árboles. La colina en que estaban respondía al nombre de Portero Hill, y tenía sus propios árboles y casas escalonadas. Los techos eran altos y una escalera de caracol conducía a la primera planta, donde estaban el dormitorio, el baño y el estudio de Isobel, con una barandilla que daba al salón. Para llegar al dormitorio de Laurence,

que daba al pequeño patio trasero, había que bajar unos escalones y cruzar la cocina.

Los tres encargaron burritos para llevar, y después consideraron que había escampado lo suficiente para bajar la colina y recogerlos. La noche era cálida, a pesar de los grandes charcos de todas las esquinas y las nubes del horizonte. Laurence caminaba entre Isobel y Patricia, consciente de estar rodeado de mujeres. Sobre todo porque charlaban como si él no estuviera.

—¿Cómo acabaste compartiendo casa con Laurence? —preguntó Patricia a Isobel.

Isobel le contó la historia de cuando Laurence se escapó para ver el cohete, de pequeño.

—Seguí su trayectoria —continuó—, y cuando terminó en el MIT le ofrecí la habitación de invitados. En realidad pasa poco tiempo en casa; llevaba semanas sin verlo. Eso solo puede significar una cosa: maratón de *Enano Rojo*.

Laurence alzó la vista exageradamente, aunque estaba de humor para el anunciadísimo maratón.

Isobel, por su parte, acababa de volver de Groenlandia, donde Milton Dirth estaba construyendo una cámara acorazada destinada a resistir diez mil años, que solo se abriría resolviendo un problema matemático.

—Es como un cruce entre un refugio antiaéreo, una Caddy Store y una funeraria de lujo —decía—. Todo es brillante, de cromo, acero y mármol, con particiones de vidrio.

—¿Qué contiene? —preguntó Patricia—. ¿Semillas? ¿Material genético?

—No —respondió Isobel—. Milton calcula que quien lo abra en cinco o diez mil años tendrá cosechas comestibles de sobra, o no estará ahí para abrirlo. Son conocimientos tecnológicos y científicos. Esquemas, planos... Básicamente, un manual de instrucciones para volver a alcanzar nuestro nivel tecnológico, que incluye varias ideas sobre qué hacer si no hay combustibles fósiles y no se dispone de algunos otros elementos. Supone que para abrirlo hará falta tener el nivel científico del siglo XIX. Es mucho suponer, sí. Por lo menos, será fácil de encontrar: el único elemento electrónico será un foco reflector vertical, que se encenderá dos veces al día al menos durante diez mil años. Esa fue una de las partes más difíciles.

—No es un proyecto serio —dijo Laurence mientras cruzaban la calle Castro—. Milton no cree que la humanidad siga por aquí dentro de cien años, y mucho menos dentro de varios miles. Solo es una forma de equilibrar las apuestas. O de acallar su conciencia.

—A mí me ha servido para ir tres veces gratis a Groenlandia —dijo Isobel—. En serio, creo que las opiniones de Milton dependen de a cuántos becarios haya matado ese día. —Guiñó un ojo a medias, para indicar que era un chiste y que Milton no mataba becarios.

Mientras cenaban, Isobel estuvo hablando de su cambio de trayectoria profesional, de los cohetes al Proyecto Diez Por Ciento de Milton.

—Estuve soñando con los cohetes. —Hundió un nacho en la salsa pico de gallo comunal—. Noche tras noche, durante meses y meses, después de echar el cierre a Nimble Aerospace. Soñaba que teníamos que lanzar un cohete de un momento a otro y no encontrábamos la telemetría definitiva. O que lanzábamos un cohete, y que ascendía precioso y ufano hasta que chocaba con un jumbo. Los peores eran los sueños en los que no había ningún percance; los cohetes volaban durante horas y yo me quedaba sentada en la tierra, mirándolos con lágrimas en los ojos.

—Vaya. —Laurence tocó a Isobel en la muñeca—. No tenía ni idea.

—Entonces, ¿has dejado de soñar con los cohetes?

—Creo que me aburrí —dijo Isobel—. El aburrimiento es el tejido cicatrizal de la mente.

Laurence y Serafina fueron a una hamburguesería orgánica, de aprovisionamiento local y toda la pesca, y Serafina estuvo hablando de sus robots emocionales.

—Tienen una heurística increíble. Reconocen caras, pero también los estados emocionales habituales de cada una. Empiezan a asimilar el concepto de estado de ánimo. Y los muestran. Los estados de ánimo son una cosa extraña; no se trata de manifestar una emoción, ni siquiera de sostenerla; es como un estado con funciones orgánicas. Como guardar rencor, por ejemplo.

A Serafina parecía ir quitándosele de la cabeza lo del periodo de prueba de Laurence. Este le había comprado un pañuelo muy bonito que, por casualidad, conjuntaba con su ropa. Practicaba la escucha activa. Habían echado unos cuantos polvos geniales, de esos que hacen temblar la tierra. Laurence no hablaba demasiado de sí mismo. Seguía pensando en la Opción Atómica e intentaba averiguar cuál sería el momento óptimo para ponerla en práctica: esas cosas funcionan mejor cuando se preparan que cuando se lanzan a la desesperada. Laurence recordaba a su abuela materna, una de las últimas veces que la había visto con vida, cuando aprovechó que nadie miraba para meterle la caja del anillo en el bolsillo de la chaqueta de esquí y decirle al

oído: «Dáselo a quien sea con quien acabes por casarte, ¿vale?». Y Laurence, aunque aún era un niño, se dio cuenta de que era una petición solemne y susurró a su vez que así lo haría.

En el fondo, Laurence tenía la firme convicción de que merecía que Serafina lo plantara. Porque daba por supuesto que seguiría a su lado aunque él se pasara catorce horas al día trabajando en el Proyecto, o porque le quedaba muy grande. Pero ser adulto y un superhacker consistía precisamente no en obtener lo que se merecía, sino lo que se pudiera alcanzar.

Después de las hamburguesas y los batidos, Serafina y él fueron a ver la última película de Tornado Surfer, y Patricia telefoneó cuando debatían qué chucherías comprar en el puesto del cine. Patricia preguntó si llamaba en mal momento, y Laurence contestó que más o menos.

—Ah, vale, ya llamo después —dijo Patricia.

—¿Qué querías?

Serafina se alejó para contemplar los pretzels cubiertos de yogur, probablemente enfadada con él por haberse puesto a hablar por teléfono. Sus largos dedos levantaban los paquetes de galletitas blancas como si cogieran flores. Torció la nariz y sonrió, como si los pretzels le hubieran contado un chiste.

«No voy a perderte», le dijo mentalmente Laurence.

—Nada, que mis amigos quieren conocerte. Ya sabes, mis amigos especiales. Saben que te revelé mi secreto y quieren quedar para cenar o algo así. ¿Qué tal te viene el jueves?

Laurence aceptó de inmediato. Aunque, si no hubiera tenido prisa por colgar para seguir siendo un novio aceptable, habría considerado la perspectiva de una velada con los «amigos especiales» de Patricia y quizá habría elaborado una excusa.

—¿Quién era? —preguntó Serafina.

Laurence contestó que su amiga del instituto, la rara, lo que colocó a Serafina en posición de contestar que Patricia no le parecía rara.

La película era una mierda. Al salir del cine, Serafina y Laurence fueron a casa de Serafina y echaron el mejor polvo que Laurence hubiera echado en su vida, uno de esos polvos en los que se muerde al otro tan fuerte que se le dejan marcas y no se para de chocar con el otro aunque se tenga la seguridad de haberse roto todos los huesos. Se quedaron abrazados, vibrando, hasta que Laurence necesitó ir al servicio. Tuvo que acordarse de no tirar la cadena tras haber hecho pis únicamente, porque todo el mundo ahorra agua. Cuando



volvió a la cama, Serafina se había quedado frita con un codo apuntándolo a las costillas.

Laurence no se apartó de la estación de trabajo desde el día del cine hasta el jueves por la noche, porque el Proyecto Diez Por Ciento estaba en modo crisis permanente; Milton lo llamaba por teléfono a todas horas y no dejaba de plantear la idea o, mejor dicho, la amenaza, de reasignar a Laurence y a su equipo a un laboratorio perdido en medio de ninguna parte para que pudieran trabajar sin distracciones. Como si Laurence no estuviera ya volviéndose loco. Como si aquello no fuera ya toda su vida.

Tuvo el tiempo justo para correr a casa, darse una ducha rápida y cambiarse antes de volver a Mission a ver a Patricia. Habían quedado en una especie de librería de viejo en la que vivía un brujo. Era discapacitado, no podía salir de casa o algo así, por lo que pasaba todo el tiempo en aquella minúscula librería, que Laurence sospechaba que era ilegal.

Estaba tan muerto de sueño que veía el monitor LCD en negativo cuando cerraba los ojos. A un par de manzanas de la librería, en la esquina cercana al carrito de salchichas recubiertas de beicon, empezó a sentir un ataque de pánico. Iba a decir lo que no debía y aquella gente lo convertiría en una baratija. Como al señor Rose.

«Practica la respiración», se dijo. Consiguió que le llegara algo de oxígeno al cerebro, y fue como una solución provisional a la falta de sueño. Probablemente estaba deshidratado por culpa de aquella demencial ola de calor, así que le compró una botella de agua al vendedor de salchichas envueltas en beicon. Después se obligó a caminar hasta el mercado de tres plantas que tenía los carteles en español. Por Patricia, a quien sentía que realmente quería tener en su vida.

El mercado estaba desierto, y en la planta baja solo había una bombilla que lo guio a la sinuosa escalera que, pasadas las tiendas de artículos de belleza que parecían muertas, lo condujo a la primera planta, donde vio un cartel: «Peligro. Librería abierta». Vaciló y empujó la puerta de la librería Peligro, que anunció su llegada con unas campanillas.

La librería era una sala sorprendentemente espaciosa, con una alfombra antigua que parecía simétrica hasta que se observaba que la gran rueda de fuego y flores del centro estaba desviada hacia la derecha. Las estanterías cubrían las paredes e invadían la habitación, divididas en categorías como «Exiliados y polizones» o «Historias de amor y miedo». La mitad de los

libros estaba en inglés y la otra mitad en español. Todos los estantes tenían recuerdos delante de los libros: un antiguo puñal ceremonial, un dragón de plástico, una serie de monedas antiguas y una ballena supuestamente procedente del corsé de la reina Victoria.

Laurence no había dado ni dos pasos cuando lo apuntaron con una varilla de ultravioletas, para matarle casi todas las bacterias de la piel. Patricia se levantó de un sillón de orejas, lo abrazó y le susurró que no tocara a Ernesto, el hombre de la tumbona roja, el que no salía nunca de la librería. Ernesto llevaba decenios sin salir al sol, pero seguía teniendo la piel de un marrón cálido y exhibía profundas arrugas en un rostro de pómulos marcados. Tenía una trenza canosa, y kohl alrededor de los ojos. Llevaba una chaqueta de smoking carmesí y un pantalón de pijama de seda azul, por lo que recordaba un poco a Hugh Hefner. Saludó a Laurence sin levantarse de la tumbona.

Todos se mostraban extremadamente amables, y la primera impresión de Laurence no fue de ninguna persona en concreto, sino de un grupo de gente que hablaba a la vez y se apelotonaba a su alrededor, mientras Patricia miraba desde el otro lado de la habitación.

Una mujer baja y de edad avanzada, con unas anchas gafas que colgaban de un cordel y el pelo blanco y negro recogido en un elaborado moño, se puso a hablar a Laurence de una vez que se le había enamorado el zapato de un calcetín demasiado grande. Un apuesto japonés, con traje de chaqueta y una barba muy cuidada, lo interrogó sobre las finanzas de Milton, y Laurence se sorprendió respondiendo sin pensárselo. Y una persona joven de género indeterminado, con pelo corto de punta y un canguro gris, se interesó por su superhéroe favorito. Ernesto, mientras tanto, recitaba la poesía de Daisy Zamora.

Todos parecían tan simpáticos que a Laurence no le importaba que todos hablaran a la vez y le sobrecargaran el búfer. Probablemente era por lo de la magia y debería ponerse de los nervios. Pero estaba demasiado cansado para preocuparse por cosas que no resultaban preocupantes por sí mismas. Esperaba no apestar a salchichas envueltas en beicon.

La librería no olía a «libros viejos», sino que emanaba un agradable aroma amaderado; así imaginaba Laurence que olerían los barriles antes de que los llenaran de whisky para envejecerlo. Era un lugar donde se envejecería bien.

Se produjo un debate sobre si deberían salir a cenar, aunque Ernesto se quedaría, o ir a buscar comida.

—Igual podíamos echar un vistazo a ese sitio hípster de las tapas — propuso Patricia.

—¡Tapas! —Dorothea, la anciana, dio unas palmadas que hicieron chocar sus pulseras.

La persona de género desconocido, cuyo nombre, que no arrojaba mucha luz, era Taylor, dijo que quizá Laurence se sintiera más cómodo en terreno neutral.

—Sí, sí, idos —dijo Ernesto con su voz grave de ligero deje latinoamericano—. ¡Idos! Por mí no os preocupéis.

Al final, Ernesto insistió tan estruendosamente en que tenían que marcharse, que todos se ofrecieron a quedarse con él.

Laurence no pudo evitar preguntarse si no acabaría de presenciar un duelo de brujos.

De algún modo se las apañaron para alcanzar el camión de tacos coreanos que se desplazaba de un sitio a otro, y compraron una docena de bulgoli especiados y tacos de tofu a la parrilla. El de Laurence tenía un montón de cilantro y cebolla; así le gustaba, aunque era un secreto. Su ansiedad se disipó, y envidiaba a Patricia por tener amigos tan encantadores. En una reunión de la tribu de Laurence ya habría salido alguien a intentar demostrar que era la autoridad suprema en algún asunto. Estarían midiéndose la polla. Aquella gente, en cambio, parecía aceptarse mutuamente y compartir unos tacos.

Todos ocuparon sillas plegables o el puñado de sillones de la librería. Laurence acabó sentado entre Taylor, la persona joven de género indeterminado, y Dorothea, la mujer de edad indeterminada.

Dorothea sonrió y se inclinó hacia delante mientras Laurence masticaba su taco.

—Una vez tuve un restaurante con puertas a una docena de ciudades de todo el mundo —susurró—. En cada entrada exhibíamos una carta distinta, con platos de un tipo u otro, pero no teníamos cocina; solo mesas, manteles y sillas. Llevábamos y traíamos los platos de una ciudad a otra, de un país a otro. Así pues, ¿teníamos un restaurante o éramos intermediarios? —Laurence no sabía muy bien si estaba contando un hecho real, tomándole el pelo o las dos cosas. La miró, y por una vez le vio la cara llena de líneas de risa.

Después de cenar, Ernesto se acercó a una estantería con la inscripción «Fiestas que ya terminaron», que contenía sobre todo historias de diversos imperios. Extrajo un *Auge y caída* con una floritura, y la estantería se abrió para revelar un pasadizo que conducía a un bar secreto con un hada de neón en la pared y un cartel que anunciaba que se trataba del Green Wing. El Green Wing era otra sala rectangular y espaciosa, como la librería Peligro, pero

estaba dominada por una barra circular de madera en el centro, con un solo estante lleno de absenta. Doncellas de *art nouveau*, dragones de cristal y pergaminos adornaban botellas de todas las formas y tamaños. Ya había unas cuantas personas, con corsés y faldas de vuelo, que bebían en la mesa alta de la esquina más apartada, y todas saludaron a Ernesto con la mano.

Ernesto se situó tras la barra y se puso a llenar cocteleras con las botellas. Patricia se acercó a Laurence lo suficiente para susurrarle al oído que tuviera precaución con cualquier bebida que Ernesto hubiera preparado o tocado.

—Bebe tragos pequeños —le aconsejó— si esperas tener cerebro mañana.

Ninguna de aquellas personas parecía demasiado influyente y, si dominaban el mundo, se les daba muy bien ocultarlo. De hecho, casi todas las conversaciones iban sobre lo hecho polvo que estaba el mundo y cómo les gustaría que fuera distinto.

Ernesto preparó a Laurence algo de color verde vivo que reflejaba la luz del neón, y Laurence captó la mirada de advertencia de Patricia justo antes de llevárselo a los labios. El olor era tan delicioso que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apurarlo de un trago. Tenía la boca llena de maravilla y alegría, con tantos sabores definidos, suaves y brillantes, que tenía que seguir bebiendo para identificar la mitad.

Laurence no tenía piernas. Se tambaleó hasta que alguien lo llevó a un sillón de brocado del siglo XVIII del que no sabría cómo salir. Se dio cuenta de que era la ocasión perfecta para plantear preguntas sobre la magia, ya que nadie podría tachar de entrometido al borracho, ¿verdad? Levantó la cabeza; observó el enjambre de figuras y luces difuminadas, y se esforzó para formular una pregunta no demasiado grosera. No habría encontrado un verbo aunque su vida hubiera dependido de ello. Ni un sustantivo.

—Ha sido un placer conocerte, Laurence —dijo Ernesto, y le acercó tanto un taburete a la cara que Laurence consiguió enfocar más o menos su raya de ojos y su pelo canoso. Había bajado la voz al tono de charla, pero seguía sonando teatral; declamaba cada palabra como en un escenario. Estaba tan cerca que Laurence podía captar el aroma de toda una pradera polinizando. Tan cerca que, si Laurence se derrumbaba hacia delante, estaría tocando al mentor de Patricia. Lo que, según había dicho Patricia, sería muy grave. Ernesto se inclinó hacia Laurence, que se encogió hacia atrás.

—Tengo que hacerte un par de preguntas —dijo Ernesto entre trago y trago de una copa de martini—, sobre tus intenciones hacia Patricia. Ha confiado en ti, y lo aprobamos porque todo el mundo necesita un confidente. Pero debes prometernos que no hablarás a nadie más de las cosas que te

cuenta. Ni a Serafina, tu amante, ni a Isobel, tu amiga, ni mucho menos, desde luego, a Milton, tu jefe. ¿Puedes hacerme esa promesa?

—Uh —dijo Laurence—. Sí. Sí que puedo.

—¿Te importaría jurármelo? ¿De forma que, si rompes tu promesa, no volverás a decir una palabra? A nadie. —Ernesto se echó a reír y agitó una mano, como si fuera una simple formalidad, pero Laurence vio que, tras él, Patricia negaba con la cabeza, con los ojos desorbitados de terror.

—Uh, claro —dijo Laurence—. Lo prometo. Si alguna vez hablo a alguien de la magia, que me quede sin voz.

—Para siempre. —Ernesto se encogió de hombros como si fuera un detalle sin importancia.

—Para siempre —dijo Laurence.

—También queríamos pedirte otro favor —dijo Kawashima, el oriental, que se situó junto a Ernesto. Casi se rozaban—. Patricia nos preocupa, ¿sabes? Lo pasó muy mal de joven. Primero, el hinchapelotas de Theodolphus, y después, el lamentable asunto de Siberia.

—Odio que habléis de mí en tercera persona como si no estuviera delante —dijo Patricia—. Por no mencionar que estáis coaccionando a mi amigo.

—Queremos que nos ayudes a cuidar de ella —le dijo Kawashima a Laurence—. Tenemos pocas normas, pero nuestro mayor tabú es lo que llamamos Engrandecimiento. Convertirse en algo importante. Así que queremos que la apoyes y seas su amigo, de una forma en que no puede ninguno de nosotros. Y a la vez, que le recuerdes que solo es una persona, como cualquier otra, si ves que se lo tiene muy creído.

—¿Harías eso por ella y por nosotros? —dijo Ernesto.

En el primer momento, Laurence pensó que le iban a pedir que se comprometiera a que las manos se le convirtieran en aletas si no mantenía bajo control el ego de Patricia, pero en aquel caso pareció bastar con un «Haré lo que pueda». Kawashima le dio una palmada en el hombro y todos repitieron unas cuantas veces lo encantados que estaban de conocerlo. Laurence empezó a tener arcadas. Alguien lo llevó a un pequeño lavabo, en la esquina más alejada del bar de absentia, y estuvo abrazado al inodoro al menos quince minutos, hasta que vació el estómago.

Taylor y Patricia se llevaron a Laurence a tomar unos dónuts veganos en la calle Valencia. Sentía que la cabeza se le partía por la mitad, y veía motas. Taylor le susurró algo al oído y se encontró mejor; el café y el ibuprofeno también contribuyeron.

—Has estado bien —le dijo Taylor—. Estabas en la puta guarida del león y te comportabas con toda la naturalidad.

—Me pone de los nervios —dijo Patricia—. Me toman por una especie de egomaniaca, cuando solo quiero hacer cruasanes y seguir con mi vida. ¿Y no pueden pedirle a Laurence que cierre el pico sin soltarle un hechizo?

Entonces, Laurence asumió el peso de la situación: estaba sujeto a un hechizo. A una maldición, en realidad. Si hablaba con alguien de la magia o los brujos, no volvería a hablar en toda su vida. Tenía la absoluta certeza de que era así. Por supuesto, solo podía comprobarlo de la forma más difícil. Se quedó mirándose los pulgares, que oscilaban sobre la mesa de roble. ¿Y si durante el resto de su vida tenía que mandar mensajes de texto en vez de hablar?

—No es eso —le dijo Taylor a Patricia—. Deberías alegrarte de que los tuyos se preocupen por ti. Desde que te viniste a San Francisco has estado... sobrecompensando. Yo también siento lo de Siberia, pero tenemos que seguir adelante.

—Vale —dijo Laurence—. Así que, al parecer, estoy sujeto a un... —Examinó dos veces toda la cafetería, para comprobar que no hubiera nadie suficientemente cerca para oírlos—. Me veré sujeto a ciertas limitaciones sobre lo que diga a las personas que no han estado esta noche en la librería. Así que eso significa que podéis explicármelo, ¿verdad? Podéis decirme cómo funciona. Tengo curiosidad, eso es todo.

—Parece justo. —Taylor le entregó un segundo donut.

—Sí, vale —dijo Patricia—. Pero aquí no. Igual este fin de semana; podríamos ir a pasear por el parque. Recuerdo que te gustaba mucho estar al aire libre.

Laurence se estremeció, lo que probablemente indicaba que empezaba a sentirse él mismo de nuevo.

## 5

Patricia estaba nerviosa por la primera cena que organizaba en su vida, ya que no se había sacudido del todo la fantasía de ser alguien a cuyo alrededor se congregase gente molona. Una matriarca que organizara ingeniosas reuniones. Se pasó horas limpiando su piso; elaboró una lista de reproducción, y horneó pan y un bizcocho bundt. Deedee y Racheline, sus compañeras de piso, prepararon su famosa «lasaña pasivoagresiva», y Taylor se presentó con unos pantalones brillantes y un bol de verdura diversa. Kevin llegó con un chaleco de un color cerúleo oscuro, a juego con la cinta con que se sujetaba las rastas, además de quesos raros. El pan de Patricia llenaba de aromas de masa madre la pequeña cocina color caléndula, y se hinchó los pulmones. Era adulta. Tenía aquello de la mano.

Mientras Patricia servía la ensalada, Kevin hablaba a Deedee y Racheline de la psicología del paseo de perros. (Algunas de las veces que Kevin había intentado escabullirse tras dormir con Patricia se había encontrado a sus compañeras de piso, aún medio despiertas, en el sofá. Se habían puesto a llamarlo Nosequedaadormir, aunque no a la cara).

Deedee estaba hablando del último concierto de su grupo de ska, en el que, como de costumbre, la escuálida cantante de pelo azul exudó tanta sexualidad kathleenhannanesca que nadie sospecharía que se identificaba como asexual.

Justo cuando Patricia sacaba el pan, Taylor miró a su alrededor y comentó que le gustaba el piso. Era una pena que Patricia tuviera que mudarse pronto a Portland.

—¿Qué? —A Patricia se le cayó el guante acolchado. Estaba frente al horno abierto, por lo que se sentía congelada por un lado y al rojo por el otro.

—Oh. —Taylor se reclinó, con las manos levantadas—. Creía que lo sabías. Están pensando en mandarte a Portland.

—¿Quiénes? —Kevin parpadeó.

—Olvidadlo; lo he dicho por decir. —La sonrisa de Taylor se había desvanecido, sustituida por unos ojos muy abiertos y una mandíbula muy apretada. Era típico de Taylor: se cerraba tanto que costaba saber qué estaba

pensando, pero de vez en cuando soltaba una bomba para ver saltar a todo el mundo.

Patricia cogió el pan con las manos; le daba igual quemarse.

—Y una mierda. No pueden hacerme ir a Portland. —En Portland, todos los jóvenes brujos vivían en una casa comunal con toque de queda y unos cuantos brujos de más edad que los supervisaban.

—¿Cuándo ibas a decirme que te trasladas a Portland? —preguntó Kevin.

—No me traslado —contestó Patricia, atragantándose y tosiendo.

—¿Quién te hace mudarte? —preguntó Deedee desde el sofá, levantando el piercing de la ceja—. No lo entiendo.

—Olvidad lo que he dicho. —Taylor se retorció—. Vamos a comer.

Todos se quedaron mirando los platos y se miraron entre ellos, pero nadie dijo nada. Hasta que Racheline rompió el silencio.

—En realidad, creo que es mejor que te expliques. —Era la mayor de todos y la titular del alquiler—. ¿Quién es esa gente y por qué obliga a Patricia a mudarse? —Racheline era callada, una estudiante perpetua de pelo rojo y plácido rostro redondeado, pero cuando decidía hacerse oír, todo el mundo escuchaba.

Todos, incluida Patricia, miraban a Taylor.

—No tengo permiso para decir... —murmuró Taylor—. Digamos que Patricia y yo tenemos el mismo... supervisor. Y todo el mundo está preocupado por ella. Hace cosas como pasarse varios días sin decir nada. Intenta encargarse ella sola de todo, y no acepta ayuda de nadie. Tiene que dejar entrar a los demás.

—Dejo entrar a los demás. —Patricia sentía que le faltaba la sangre. Le pitaban los oídos—. Ahora mismo, en este momento, estoy interaccionando con gente. —A veces parecía nueva.

—Aunque es verdad —dijo Deedee—. Te vemos muy poco. Vives aquí, pero nunca estás en casa. Te niegas a hablarnos de tu vida. Llevas casi un año aquí, pero tengo la impresión de que no te conozco.

Patricia intentó captar la mirada de Kevin, pero era como intentar cazar un colibrí con un lazo. Seguía con el pan en las manos, y quemaba.

—Lo estoy intentando. Miradme; lo estoy intentando en este preciso momento. He organizado una cena. —Se dio cuenta de que subía la voz hasta sonar como su madre. La furia la cegó—. ¿Por qué tenías que echármelo a perder? —Lanzó trozos de pan a Taylor, que se cubrió el rostro—. ¿Quieres pan? ¡Aquí tienes puto pan! —En ese momento sonaba exactamente como su madre.



Tiró el resto del pan y salió a la calle como una exhalación, llorando y moqueando en la acera seca.

Patricia se había enamorado de la librería Peligro en su primera visita, y cada vez que subía por la escalera de madera sentía disiparse un trozo del precinto que le envolvía el alma. Pero en aquella ocasión solo sintió que le aumentaba la comezón de la nuca a medida que se acercaba a la planta superior, con su barandilla inestable y su desgastada alfombra morada.

Ernesto estaba en el sillón acostumbrado, comiéndose una cena para microondas. Estaba encantado con la invención del microondas, porque encajaba con su amor por la gratificación inmediata («los rasgos del deseo satisfecho», como decía Blake) y porque no se podía dejar comida en sus inmediaciones más de unos minutos sin que se llenara de moho blanco. Llevaba una bata de seda, un pijama verde esmeralda y unas zapatillas peludas, y tenía los poemas de William Blake apoyados en una rodilla.

—Qué demonios —dijo Patricia antes de que Ernesto pudiera saludarla—. ¿Cuándo ibais a comunicarme esos planes de mandarme a Portland? —Estuvo a punto de tirar la estantería de «Ideas demasiado buenas para ser ciertas».

—Siéntate, por favor. —Ernesto señaló un sillón envolvente. Patricia trató de rebelarse un momento, hasta que se dio por vencida y se sentó—. No deseamos mandarte lejos, aunque hemos tratado el asunto. Haces que nos resulte difícil cuidarte. La gente quiere preocuparse por ti y no se lo permites.

—He estado intentándolo. —Se removió en el sillón. Era el peor día de su vida—. Lo he intentado una y otra vez. Todo el mundo me previene contra el Engrandecimiento, pero lo he intentado con todas mis fuerzas. He tenido mucho cuidado.

—No oyes lo que deberías. —Ernesto se levantó y se acercó tanto que Patricia pudo percibir su temperatura antinaturalmente elevada—. Cuando te previenen contra el Engrandecimiento, siempre oyes lo contrario de lo que dicen.

Nadie sabía por qué Ernesto era como era, pero corrían rumores. Como que había lanzado un gran hechizo y le había salido el tiro por la culata. O que había existido una especie en peligro, un rinoceronte o algo así, y que todos los animales supervivientes habían cedido esencia vital a la enorme criatura, que se hinchaba con el potencial perdido de las generaciones futuras. Puede que su gigantesca figura corriera por el campo y se pudriera todo aquello que tocaba. Le salía sangre a borbotones de los ojos, los oídos y los dedos de las patas, y emitía un espantoso hedor pútrido. Según la leyenda, esa criatura estuvo amenazando una ciudad llena de inocentes hasta que Ernesto le

arrebató la maldición del exceso de vida. Ernesto era tan viejo que había estudiado cuando las escuelas Eltisley y Maze aún eran instituciones independientes.

—Todo el mundo cree que tuve la culpa de lo de Siberia —dijo Patricia—. Por ser demasiado orgullosa o lo que sea. Demasiado descuidada. —Veía mentalmente imágenes de Toby antes y después, primero vivo y luego muerto, como un gif infernal—. Siguen considerándome demasiado arrogante. Solo intento ayudar.

—Escucha con más fuerza —dijo Ernesto. Casi siempre, la gruesa raya confería a sus ojos un aspecto vívido y desenfocado, pero en aquel momento parecían adentrarse en los rincones más asquerosos de la psique de Patricia.

Ernesto volvió a su tumbona y Patricia se quedó intentando descifrar aquello. Era una de esas irritantes pruebas, a la vez un truco sucio y un ejercicio curativo. Estaba razonablemente segura de que escuchaba como debía. Le daban ganas de volver a lanzar comida.

—Vale —dijo cuando decidió que no iba a desentrañarlo aquella noche—. Escucharé con más fuerza. E intentaré ser menos individualista y más humilde. Me abriré a los demás, en caso de que alguien quiera ser amigo mío después de lo de hoy.

—Pasé treinta años amargado buscando la forma de salir de aquí —dijo Ernesto, en voz tan baja que Patricia tuvo que acercarse peligrosamente. Recorrió con la vista la estancia llena de libros—. Hasta que al fin acepté que esta prisión era un precio que había decidido pagar. Ahora disfruto tanto como puedo de mi situación. Pero tú no has empezado aún a experimentar el dolor de ser bruja. Los errores. Todos los arrepentimientos. Lo único que hace soportable semejante poder es recordar lo pequeños que somos.

Devolvió la atención a William Blake, y Patricia no sabía muy bien si eso significaba que la conversación había terminado.

—Entonces, ¿no tengo que ir a Portland?

—Escucha con más fuerza —fue todo lo que replicó Ernesto desde detrás del libro—. No queremos mandarte allí. No nos obligues.

—Vale. —Por dentro, Patricia se sentía desesperada, en carne viva. Se dio cuenta de que debería marcharse antes de que Ernesto se ofreciera a prepararle un cóctel en el local de al lado, porque en aquel momento no le apetecía estar borracha como una cuba.

En cuanto salió de Peligro vio que tenía el teléfono lleno de mensajes de voz y texto. Llamó a Kevin, que estaba preocupado, y le dijo: «Estoy bien, pero necesito tomar algo».

Media hora después se apoyaba contra la levita de terciopelo arrugado de Kevin y se bebía una Corona en la cenagosa parte trasera del bar artístico de la calle 16, con pintadas frescas en las paredes y un DJ que pinchaba hip-hop clásico. Kevin bebía Pimm's con una gruesa rodaja de pepino y no le preguntaba a qué había venido el número que había montado en la cena. Estaba guapísimo con la luz dorada del bar; las patillas le realzaban los planos lisos del rostro.

—Estoy bien —decía Patricia todo el rato—. Siento que hayas tenido que ver eso. Estoy bien. Ya lo he arreglado.

Pero cuando saludó con la lengua a la cuña de lima que sobresalía del cuello de la botella y probó la pulpa mezclada con cerveza, recordó que Kevin ni la había mirado a los ojos cuando todos los demás la acusaban de ser una solitaria tóxica.

—Deberíamos hablar de qué es esto, ¿no? —empezó a decir Patricia, intentando hacerse oír por encima del DJ sin gritar—. Lo nuestro. ¿Qué tenemos? Creo que nos hemos esforzado demasiado en no etiquetar nuestra relación, y eso se ha convertido en una etiqueta en sí mismo.

—Tengo una cosa que decirte. —Kevin tenía los ojos más grandes y tristes que de costumbre.

—Estoy lista para hablar de mis sentimientos. Me siento... —Patricia buscó las palabras adecuadas—. Me siento bien contigo. Me gustas un montón, y estoy abierta a...

—He conocido a otra persona —espetó Kevin—. Se llama Mara. También tiene un webcómic, con bastantes visitas. Vive en East Bay. Nos conocimos hace un par de semanas, pero la cosa ya parece ir en serio. Ni siquiera lo consulté, pero el Caddy me informó de que Mara y yo teníamos veintinueve puntos de coincidencia. —Bajó la vista a su Pimm's—. Nunca dijimos si lo nuestro era exclusivo, ni si teníamos algo.

—Hmmm. —Patricia se mordisqueó el pulgar, un hábito que había abandonado años atrás—. Me alegro, me alegro mucho. Por ti. Me alegro por ti.

—Patricia. —Kevin le cogió las dos manos—. Estás como una cabra, pero eres deliciosa. No sabes cuánto me gusta haberte conocido. Pero ya he sido un idiota demasiadas veces. Y lo intenté; de verdad que intenté hablar contigo de

nuestra relación, en cinco ocasiones distintas. En el parque, cuando estábamos patinando, y también en aquella pizzería...

Mientras Kevin enumeraba aquellos momentos, Patricia los veía con perfecta claridad: todas las indirectas que se le habían escapado, todos los momentos íntimos interrumpidos. Durante todo aquel tiempo había pensado que era él quien no quería comprometerse. En algún momento se había convertido en una gilipollas.

—Gracias por ser sincero —dijo Patricia. Se incorporó y se terminó la cerveza, hasta que solo quedaron la corteza de lima y la pulpa amarga.

Patricia acabó en el parque Dolores a medianoche. El calor seguía siendo tan intenso como si hiciera sol, y tenía la boca seca. No podía ir a casa y enfrentarse a Deedee y Racheline. Por algún motivo se sorprendió llamando a su hermana, Roberta, con la que llevaba meses sin cruzar palabra, aunque había hablado un par de veces de ella con sus padres.

—Hola, Bert.

—Hola, Trish. ¿Qué tal las cosas?

—Bien. —Patricia aspiró con un sonido entrecortado. Se quedó mirando el cohete de la zona infantil y las casas victorianas con las ventanas de rejas barrigudas—. Más o menos bien. Es solo... ¿Alguna vez tienes la impresión de que apartas a la gente de tu vida? ¿Que estás tan centrada en ti que la gente se aleja?

Roberta se echó a reír.

—Mi problema es el contrario: me cuesta deshacerme de los cadáveres. Ja, ja. Escúchame por una vez en tu vida, Trish. Sé que nunca nos llevamos bien y que soy responsable en parte de que te fueras de casa. Pero una cosa que sé de ti es que eres generosa. Te preocupas mucho por los demás. La gente te ha jodido, yo incluida; sobre todo yo, así que tienes un montón de mecanismos de defensa. Pero siempre das la cara por los demás. Tú no apartas a la gente; intentas hacerlo todo por la gente y no haces nada por ti. No dejes que ningún idiota te convenza de otra cosa, ¿vale?

Patricia estaba gimoteando, aún más que antes, en pleno parque. Sentía las lágrimas correr cara abajo, y la invadía la impresión de que todo estaba roto y lleno de dulzor. No sabía que su hermana pensara aquello de ella.

—Si alguien intenta llamarte egoísta —dijo Roberta—, mándamelo y le rompo el cuello por ti, ¿vale?

—Vale —tartamudeó Patricia. Hablaron un poco más, de los desastres de Roberta en el teatro musical y de su último intento de volver al buen camino, hasta que Patricia se sintió con fuerzas para ir a casa y enfrentarse a sus

compañeras de piso, que estaban en el sofá como siempre. Se apartaron sin decir nada para hacerle un hueco frente al televisor.

Patricia tuvo otro de aquellos sueños en los que se perdía en el bosque; en aquella ocasión corría con una manada de cerdos, con un grito indómito en la garganta y el aroma de la savia en la nariz. Corrió con los codos, el estómago y las rodillas hasta quedar sin aliento. Tropezó y cayó sobre las manos, riendo y jadeando. Alzó la vista y ahí estaba de nuevo el gran Árbol con forma de pájaro que la miraba pensativo por entre las ramas. Se acercó y posó las palmas en la corteza nudosa, sintiendo el poder que ascendía y bullía en el interior. Mientras tocaba el extraño Árbol de las fantasías de su niñez sentía que podría curar a todo un ejército con un solo soplo. El aire recorría el árbol, como si estuviera inspirando para hablarle con su estentóreo susurro... y Patricia se despertó. Se había quedado dormida a pesar de haber puesto la alarma.

Patricia estaba arreglando el lavabo de Reginald, que tenía una de esas nuevas válvulas defectuosas que supuestamente cortaban el agua al cabo de un par de minutos, y se encontró con que estaba hablando de su ruptura con Kevin.

—Quiero decir, supongo que es mejor así, porque no habría funcionado en la vida. Pero es un síntoma del problema mayor: que nunca tengo tiempo para nadie y siempre estoy aislándome, así que estoy condenada a quedarme sola para los restos. ¿Verdad?

Esperaba que Reginald soltara alguna perogrullada sobre que tenía que ser ella misma, pero lo que dijo fue:

—Cómprate un Caddy.

—¿Qué? —Estuvo a punto de darse con el lavabo en la cabeza.

—Cómprate un Caddy. Te cambiará la vida. No bromeo. En absoluto. Podrás estar conectada con todas las personas de tu vida. Tampoco es como las redes sociales al uso. Es increíble: te encuentras con gente que conoces, en persona, cuando más falta te hace verla. A mí, con mis ingresos, me costó mucho comprármelo, pero resultó ser la mejor inversión del mundo.

—Siempre pensé que era solo para los hípsters de Mission —dijo Patricia—. En cualquier caso, da yuyu.

—No, en serio. No da ningún yuyu y es muy fácil de usar. No te espía ni te dice que acoses a tus amigos. Nunca tuve la impresión de que me estuviera

invadiendo la vida personal. Es solo que... aumenta la tasa de casualidades afortunadas. No es metomentodo ni presenta un montón de alertas, pero siempre sabrás dónde está esa fiesta que no puedes perderte. Me sentía aislado a pesar de tus visitas, que te agradezco mucho, pero desde que tengo el Caddy siento que he recuperado mi vida.

A pesar de la insistencia de Reginald en que el Caddy no tenía nada de inquietante, la propaganda que le hacía era inquietante en sí. Sonaba como si acabara de meterse en una secta. Patricia se prometió no comprarse un Caddy nunca, jamás. En la vida.

Al cabo de un par de días, Patricia estaba en una Caddy Store, cerca de Union Square. Era estrecha, con paredes curvadas que conducían al mostrador, en la parte trasera, como un arroyo que transcurriera alrededor de las rocas. Las paredes parecían resplandecer. Patricia cogió un Caddy del expositor de una pared y la pantalla cobró vida. Hubo un remolino de colores que se concretó en la forma de una rueda con espirales que le salían del centro, como en un símbolo taoísta, y se ampliaban a su contacto. Incluían cosas como Comunicación, Orientación, Autoexpresión e Introspección.

Pagó el Caddy con la tarjeta de débito y se sintió una gilipollas integral. Lo siguiente serían unas gafas oscuras cuadradas gigantescas y un medallón que cambiara de color según el tiempo que hiciera que había follado. Dios.

Aun así, era un juguete divertido, y en aquel momento estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ser menos claustrofóbica e introvertida. Aunque tenía algo de perverso comprarse un dispositivo que ofrecía una gran cuña de Introspección con el fin de ser más sociable.

Aquella noche se sentó en la cama a jugar con el Caddy. No era muy distinto de una tablet estándar, salvo por la forma de púa de guitarra y porque insistía en plantear preguntas demenciales para personalizar su experiencia. Como: «¿Preferirías perder el sentido del olfato o el del gusto?» o «¿Cuándo fue la última vez que te alegraste de quedarte despierta hasta tarde?». Había una casilla de verificación que permitía desactivar las preguntas, pero todo el mundo decía que responder mejoraba muchísimo el funcionamiento y solo eran tan frecuentes el primer día.

En efecto, al cabo de unos días el Caddy la guiaba como quien no quiere la cosa hacia accidentes afortunados y pequeños descubrimientos. En Hayes Valley había un pequeño restaurante dedicado a los huevos, donde todo el mundo se sentaba en sillas con forma de huevo; pedía platos de huevo, desde huevos a la escocesa hasta tartaletas de huevo chinas, y bebía cócteles con yema de huevo. Todo el local llamaba a gritos a la alergia, pero también era

cálido y acogedor, y en el aire flotaba un tenue aroma a mantequilla y azúcar que hacía que se sintiera una niña de cinco años en la cocina de su abuela.

El Caddy ayudó a Patricia a decidir qué autobús coger para no llegar tarde al trabajo, y cuando se le rompió una tira de las merceditas, el Caddy la guio a una zapatería rápida donde se la arreglaron en el acto. Al cabo de unos días, Patricia tenía una idea aproximada de qué hacía una docena o así de sus conocidos, sin sentirse apabullada. Se las arregló para comer con Taylor, que se deshacía en disculpas, y sacó tiempo para reunirse a comer helado con Deedee y Racheline.

Entonces ocurrió algo extraño. Más o menos por la época en que Patricia se había acostumbrado al Caddy y empezaba a considerarlo más una extensión de su personalidad que un dispositivo, esto es, al cabo de cinco días, empezó a encontrarse con Laurence. A todas horas. En la comida, en la cena, en la merienda, en el autobús, en el parque. Al principio no le pareció para tanto, porque San Francisco era una ciudad minúscula, pero un par de días después ya era raro. Veía a Laurence, saludaba, murmuraba unas palabras incómodas y se largaba. Y al cabo de un par de horas se repetía el proceso. Habría pensado que Laurence la perseguía si no fuera porque se consideraba la persona menos perseguible del mundo. Al tercer día intentó hacer algo distinto y fue a un restaurante vegano de las inmediaciones de Sunset, pero por algún motivo, Laurence también estaba allí porque iba a alguna reposición del Musée Mécanique.

—Uh, hola otra vez —dijo Laurence. Empezó a decir algo más, pero pareció pensárselo mejor.

Patricia ya estaba diciendo «Hola» y volviéndose de nuevo hacia Taylor.

No era exactamente que evitara a Laurence, pero tampoco le apetecía demasiado verse con alguien que había prometido a Kawashima que procuraría mantenerla con los pies en el suelo. Ya había bastante gente que la advertía de los peligros del Engrandecimiento; no necesitaba un amigo que había jurado, nada menos, intentar bajarle los humos. Por supuesto, ese era el plan de Kawashima desde el principio: si dijera a Patricia que no podía seguir viendo a Laurence, ella se enfadaría y lo vería de todas formas. Así que le dijo que lo viera cuanto quisiera y lo alistó en la cruzada para tenerla en su sitio, con lo cual se aseguraba de que ella no querría volver a verlo. Que entendiera la trama no impedía que funcionara a la perfección.

En el descanso del trabajo cogió el Caddy y garrapateó «¿De qué va lo de Laurence?» con el dedo. El Caddy respondió con datos sobre Laurence,

incluido algún premio de física que había ganado en el MIT. No pudo evitar pensar que el Caddy entendía perfectamente la pregunta y se hacía el sueco.

Decidió dejar el Caddy en casa y, durante un día completo, su vida volvió a ser aburrida; perdió el autobús, no supo de sus amigos y no tuvo tiempo de cenar entre recado y recado. Se puso a llover cuando volvía a casa; se había dejado el paraguas y no sabía dónde comprarse otro. Y por supuesto tuvo que recorrer diez manzanas a la carrera para coger el autobús, que se marchó cuando estaba llegando. Esperó media hora, bajo una marquesina que se desintegraba, hasta que llegó el autobús siguiente, y cuando subió, calada hasta los huesos, el único sitio libre estaba al lado de Laurence.

—Mierda —dijo Laurence—. Estás empapada. Joder, cuánto lo siento, vaya mierda. —Le dio su bonita sudadera de algodón para que la usara de toalla. Ella intentó decirle que no pasaba nada, que no hacía falta, pero él no paraba de tendérsela.

—Gracias. —Patricia se secó con la sudadera tan bien como pudo—. Al menos se ha acabado de una vez la ola de calor.

—Este autobús no va a tu casa, ¿verdad? Quiero decir, vas a tener que hacer trasbordo —dijo Laurence, y Patricia tuvo que reconocer que era posible—. Bueno, si tienes que ir directa a casa, no pasa nada, pero aquí a la derecha hay un bar con chimenea de verdad, y sirven whisky caliente y esas cosas. Deberías entrar en calor cuanto antes.

El bar estaba decorado como un albergue de caza, incluido el revestimiento de madera en las paredes, de las que colgaban imitaciones de cabezas de animal que sobresaltaron a Patricia en un primer momento. Pero consiguieron un sitio estupendo delante de la chimenea, y el olor del mezquite mezclado con el humo de leña era un antídoto contra la lluvia. Estaban poniendo un disco de versiones acústicas de Steely Dan, interpretadas por una mezzosoprano con voz de blues, y Patricia supuso que se llamaría Steely Danielle.

Laurence se presentó con una taza de chocolate caliente y un chupito de bourbon bueno, que podía consumir conjuntamente o por separado, como quisiera. Patricia se bebió casi todo el chocolate y dio un traguito de bourbon para quemar el dulzor lechoso. El bourbon tenía un sabor penetrante, en el mismo sentido que el buen queso, y empezaba a volver a sentirse cómoda dentro de la piel.

—Sospecho que es un castigo por haberme dejado el Caddy en casa —confesó Patricia.



No era la primera vez que Laurence oía a alguien hablar de su Caddy como si fuera un dios celoso. Habló a Patricia de las curiosas supersticiones, a falta de un término mejor, que albergaba la gente respecto a aquellos ordenadores con forma de lágrima. Una persona estaba convencida de que el Caddy había salvado su matrimonio, y luego aparecía otra que afirmaba que había destruido el suyo, aunque después decidía que era mejor así. Había quienes vendían la casa y se deshacían del coche porque el Caddy les había enseñado una forma más sencilla de vivir. Hasta los había que habían encontrado a Dios, nada menos, gracias al Caddy. Creaba mucha más dependencia de la que hubieran creado jamás el iPhone o la Blackberry.

—No es grimoso ni nada —dijo Patricia, y se preguntó si debería tirarlo.

—Por un lado, al fin se cumple la promesa de que la tecnología nos hará la vida más fácil —dijo Laurence—. Más fácil o más emocionante, según lo que se quiera. Por otro lado, la gente delega aspectos muy importantes de la vida en esas cosas.

—Me he fijado en que no llevas Caddy. —El vaso de *bourbon* de Patricia estaba vacío. Pidió otra ronda para los dos.

—Tengo tres en casa. A uno le hice el jailbreaking y ya no funciona como debería; ese sistema operativo tiene algo que se resiste a todos los análisis. Si se les instala Wildberry Linux, funcionan como cualquier otra tablet, sin virguerías.

Cayeron en un prolongado silencio. El fuego crepitaba, y el CD de versiones de Steely Dan llegó a su triunfante última pista, que, como cabía esperar, era «Rikki Don't Lose That Number». Patricia tuvo la impresión de que debería decir algo sobre por qué había estado evitando a Laurence, pese a los intentos de su Caddy de juntarlos. No sabía muy bien qué decir.

—Esa promesa —dijo Laurence de repente—, la que me hizo hacer tu amigo... No la primera, esa de que me quedaré mudo para siempre si me voy de la lengua, sino la otra.

—Sí. —Patricia se puso tensa y sintió que se enfriaba por dentro, a pesar de la chimenea y del calor del bourbon.

—Está llena de resquicios legales. Hasta si dejamos de lado que no hay penalización por romperla. Vale, nunca debería haberla hecho, y no la habría hecho de haber estado menos borracho. No soy quién para hacer de policía con la autoestima ajena, al menos en un mundo cuerdo. Pero en cualquier caso, es una promesa vacía.

—¿Y eso?

—Le he dado muchas vueltas, y la redacción es tan imprecisa que ni siquiera es una promesa en el sentido estricto. Se supone que tengo que pararte los pies si veo que te lo tienes muy creído, pero supongamos que te considero la persona más cojonuda del mundo; nunca me parecerá que te lo tienes bastante creído. Depende de mi opinión y, además, de mis conjeturas sobre tu opinión sobre ti misma. Ahí ya tenemos un buen montón de criterios subjetivos. Si añadimos a eso que solo dije que haré lo que pueda, nos encontramos con otro juicio subjetivo. Creo que ni aunque me propusiera romper esa promesa a toda costa encontraría la forma.

—Huh. —Patricia se sintió tonta, así que Laurence, al final, había conseguido bajarle el ego. Debería haberse dado cuenta de que Kawashima solo estaba creando otra de sus trampas intencionadamente ambiguas, cuando la verdadera trampa era que los demás se engañaban y creían que era una trampa sólida. Pero también se sintió mejor, y la parte en la que Laurence había insinuado que la consideraba la persona más cojonuda del mundo también caló, a pesar de que solo era una suposición retórica.

—Tú conoces mejor que yo a esa gente —dijo Laurence—, pero me parece que ese rollo del Engrandecimiento es una forma de controlarte. No quieren que uses tu poder, excepto para hacer lo que ellos te digan.

Al fin había escampado y Patricia tenía seco todo menos los zapatos. Se dirigieron a dos paradas de autobús distintas, aunque su ruta coincidió durante cuatro manzanas. Se dieron un abrazo de despedida. Cuando Patricia llegó a casa, se quedó mirando el Caddy mientras se lavaba los dientes, como si fuera un espejo en blanco que la informaba de todo lo que se había perdido. Antes de irse a la cama volvió a meter el Caddy en el bolso.

## 6

En ocasiones, Laurence se abstraía y se imaginaba caminando por un planeta semejante a la Tierra. La gravedad extraña. La mezcla distinta de nitrógeno, oxígeno y dióxido de carbono en el aire. Formas de vida que podrían poner en entredicho nuestras definiciones de *planta* o *animal*. Más de una luna, quizá más de un sol. La simple novedad era el mayor euforizante: caminar descalzo por una tierra que no hubiera pisado ningún pie humano, bajo un cielo ambarino que proclamaba que todo aquello que considerábamos nuestros límites no era ni más ni menos que nuestros prejuicios. Y luego volvía de golpe a la realidad de que su equipo se había atascado: no estaban más cerca de abrir la última frontera que un año atrás.

Cuando salía de sus ensoñaciones se encontraba otro mail de Milton, que pedía informes de progresos que incluyeran progresos propiamente dichos. Esos mails contenían frases como «La humanidad camina por el borde de un precipicio que se ensancha». A veces, a Laurence le costaba muchísimo motivarse para ir al trabajo, pero cuando estaba allí no era capaz de marcharse.

Cuando hablaba de aquello a Serafina intentaba dejar cabos sueltos: por lo que ella sabía, su equipo trabajaba en algo teórico de antigravedad de lo que podría extraerse alguna aplicación práctica dentro de muchos años, o igual nunca. Pero deseaba enseñar el producto acabado a Serafina, y separar los brazos mientras el Camino al Infinito se abría a su espalda. Sería el momento culminante de su vida.

Y por eso, cuando Priya dijo que quería ser la primera persona ingrávida de la Tierra, Laurence vaciló muy poco.

Priya tenía unas manos increíbles con las que gesticulaba al hablar y era como si moldeara el cerebro del interlocutor. Tenía los dedos largos, de articulaciones protuberantes, y llevaba grandes anillos con zafiros de plástico. Además de uñas acrílicas de colores pastel.

Sougata llevaba semanas observando a Priya desde el otro lado del hAckOllEctIvE, mirándola soldar con aquellas gafas protectoras que solo le daban un aspecto más élfico. Estaba construyendo una especie de robot cavador inalámbrico que podía esconder objetos pequeños de forma que jamás se encontrarían sin la clave PGP adecuada.

Laurence le decía: «Deberías traerla aquí arriba y enseñarle la antigravedad y el intento de antimateria. Sería tuya para siempre, tío».

Anya y Tanaa se resistían a dejar entrar a Priya en su cuartel general, porque se lo contaría a todo el hAckOllEctIvE y empezarían los dramas. En la zona de los háckers había gente enrollada, pero también había gente que aún creía que era un logro increíble construir su primera máquina del tiempo de dos segundos.

—Aquí hacemos investigaciones serias —dijo Taana—. Nada es un juguete. Bueno, con excepción de Steve Seisdedos. —Señaló con la cabeza al pequeño robot bailarín de claqué, que oyó su nombre y puso unas manos de jazz con más dedos de la cuenta. Sobrecogedor, como siempre.

—Esto es una instalación de investigación ultrasecreta camuflada de club privado —convino Anya, que llevaba pantalones y botas de montar, además de una camiseta enorme con Debbie Harry, y un cinturón alrededor del cuello de Debbie. Acababa de teñirse el pelo de rosa chicle.

Laurence y Sougata echaron un vistazo al loft, con las vigas vistas y los carteles de The Gossip y películas de James Bond, además de los puffs enormes y el sofá de pana. La bola de discoteca servía también de sistema de seguridad. El camuflaje de club privado era realmente bueno.

Priya no tardó mucho en señalar con un dedo largo y brillante a Steve Seisdedos y mirarlo bailar.

—Tiene un tiempo de reacción impresionante —dijo, con tan solo un vestigio de acento punjabí—. Yo le habría puesto un giróscopo central para equilibrarlo.

Al cabo de un par de horas de charlar y trastear, Priya se podía considerar parte del grupo y juró por todo lo impío no hablar a nadie de aquel escondite. Laurence le explicó lo de la antigravedad:

—El objetivo es negar la gravedad, cambiar el espín de todos los electrones del cuerpo para que, en la práctica, la masa se dirija a otro lugar.

—Como otra dimensión —dijo Priya—. Por la teoría de que la gravedad es una fuerza mayor en otros universos.

—Sí —dijo Tanaa—. Así que el sujeto seguiría aquí, pero su masa estaría en otro sitio.

—Pero todo esto es un medio, no el fin —añadió Sougata—. Creemos que si conseguimos resolver el problema de la gravedad, podremos crear un agujero de... —Anya le dio una patada, y Sougata tosió—. Un agujero de rosquilla.

—Mmm —dijo Priya—. Agujeros de rosquilla. Me encantan.

—Son una exquisitez —dijo Laurence—. En algún sitio. No sabemos dónde, pero iremos y nos inscribiremos en un concurso en cuanto hayamos perfeccionado la receta.

Pasaron un par de semanas. Todos se acostumbraron a que Priya anduviese por allí. Mientras tanto, el equipo realizó por fin un verdadero avance con la máquina. Primero una pelota de golf, luego una pelota de béisbol, luego un huevo cocido, luego un hámster llamado Ben: todos se deshicieron de sus hoscas ataduras con solo pulsar un botón, y recuperaron el peso normal cuando se pulsó otra vez.

En teoría, una persona podría hacerse un ovillo en el disco blanco brillante al que apuntaba la boquilla gigante, y bañarse en el efecto completo de los rayos antigravitatorios.

—Pero me gustaría hacer muchas más pruebas antes de experimentar con humanos —dijo Anya.

—¿Puedo probar? —dijo Priya—. Me gustaría ser la primera persona ingrávida del mundo, para que escriban mal mi nombre en todos los registros para siempre jamás. —Anya empezó a protestar, pero Priya añadió—: La gravitación newtoniana convencional está tan demodé...

Todos rieron. Priya siempre tenía las palabras adecuadas. Los demás miraron a Laurence, que asintió lentamente.

—Vale —dijo—. Creo que podemos conseguirlo.

Una hora después, Laurence marcaba frenéticamente el número de Patricia, cruzando los dedos para que no se hubiera dejado el móvil en casa o lo hubiera apagado por algún festival brujeril. Cuando contestó, se puso a hablar de inmediato.

—Hola. Necesitamos tu ayuda desesperadamente. Hemos trasteado con fuerzas con las que las personas no deberían jugar, y al parecer hemos mandado a la novia de Sougata a otro plano de existencia y no tenemos forma de localizarla, ni siquiera de demostrar que aún existe, y ya hemos agotado todas las opciones científicas, y no te preocupes, que no les voy a contar tu secreto a los demás, pero ayúdanos, por favor.

—Un momento —dijo Patricia—. ¿Sougata se ha echado novia?

—No tuvimos en cuenta la masa extra, ni el correspondiente nivel de atracción superior del otro universo —dijo Laurence, como si con eso contestara a la pregunta.

—No tardo —dijo Patricia—. Estoy aquí al lado.

Cuando llegó al bloque de hormigón y Laurence bajó a abrirle la puerta, Patricia casi no tuvo tiempo de insistir en que sus amigos no debían enterarse de sus habilidades, pasara lo que pasara.

—Claro, claro —dijo Laurence—. La discreción personificada. No hay por qué preocuparse. Pero por favor, por favor, si puedes, ayúdanos, por favor. Estaré en deuda contigo eternamente. —Subía la escalera delante de ella; cuando llegaron arriba, Patricia se giró y lo perforó con la mirada.

—No vuelvas a decirme eso nunca. —Tenía los ojos incandescentes.

—¿El qué?

—Eso de estar en deuda conmigo. Para mí no significa lo mismo que para casi todo el mundo.

—Oh. Oh, vale. De acuerdo. Bueno, te estaré superagradecido. En fin, es por aquí.

Sougata, Anya y Tanaa miraban fijamente el círculo blanco brillante situado bajo el cañón de la enorme pistola de rayos, y no se fijaron en Patricia hasta que la tuvieron al lado.

—¿Qué hace esta aquí? —preguntó Sougata.

—Puede ayudar —dijo Laurence—. No puedo explicarlo, pero puede ayudar.

—¿Cuál decías que era su especialidad? —Anya se cruzó de brazos sobre el unicornio del jersey.

—La trascendentalidad dimensional —dijo Patricia.

—Eso lo has sacado de *Doctor Who*. Déjate de bromas, que esto es serio —dijo Anya.

—Vamos a ver —dijo Patricia—. ¿Queréis recuperar a vuestra amiga o no? —Todos asintieron lentamente—. Pues apartaos y dejadme trabajar, coño.

Todos se acercaban todo el rato a Patricia para intentar averiguar qué hacía, y Laurence se preocupaba, porque si invertía demasiada energía en el camuflaje, podría no tener bastante para asomarse al agujero del universo y sacar a Priya. Patricia llevaba un vestido rojo sin tirantes que provocaba con los hombros desnudos y el atisbo de canalillo. Cuando dio la espalda a Laurence y se quedó mirando a la nada, por encima del círculo blanco, él no

pudo evitar mirarle los hoyuelos de las corvas y la curva perfecta de las pantorrillas y los tobillos.

Laurence no sabía muy bien qué había pasado con Priya. No tenía datos reales. Se había puesto a flotar, igual que Ben y los diversos objetos. Se le habían caído las sandalias cuando se elevaron los pies, y le resplandecían las uñas pintadas. Reía, daba palmadas, y dijo: «¡Chúpate esa, Newton!». Todos chocaban los cinco y bromeaban sobre la falda que se levantaba..., y entonces desapareció, ¡pop! Fue un sonido como el de un globo al pincharse, o como de succión, como si algo la hubiera absorbido por un agujero invisible. Solo quedaron las sandalias, una de ellas del revés. Laurence sintió la compulsión de recogerlas y situarlas una junto a otra frente a un asiento, como si fuera a volver a buscarlas de un momento a otro.

Patricia se giró y le indicó por señas que necesitaba espacio. Laurence cogió del brazo a Sougata y lo arrastró hacia la salida, mientras pedía a Anya y Tanaa que los siguieran.

—Tenemos que traerle unas cosas —les dijo—. Necesita agua hirviendo, hielo seco, hielo normal, media docena de Caddys con jailbreaking y unas cuantas cosas más. ¡Vamos, gente! ¡Hay que moverse! —Los sacó de allí.

—Si esto no funciona... —dijo Sougata.

—Si nos estás haciendo perder el tiempo mientras Priya corre peligro... —dijo Anya.

—Acabaremos contigo —concluyó Tanaa.

Laurence se volvió para mirar la puerta de acero que acababa de cerrar a su espalda y respiró entre los dientes. Se sentía como si él también fuera a caer en un espacio incognoscible.

—Vamos a darnos prisa y buscar todo eso —dijo. No paraba de añadir a la lista más y más elementos, algunos de los cuales tenían que comprar en la tienda de alimentación o pedir prestados a los trabajadores del hAckOllEctIvE, unos bloques más allá.

—Mierda, mierda, mierda —susurraba Sougata sin parar—. Mierda, se acabó. Cuánto lo siento, Priya. —Anya le puso la mano en el hombro.

Laurence dedicaba un montón de energía a fingir que la gymkana en la que había embarcado a sus amigos era crucial y apremiante. Y entonces miró el móvil y vio un mensaje de texto de Patricia: «Ven corriendo. Tú solo». Indicó a los demás que fueran a buscar las cosas, dio media vuelta y subió las escaleras a toda prisa.

El loft estaba más oscuro que de costumbre, como si algo se estuviera comiendo la luz. Los carteles parecían retratos de fantasmas en una mansión

encantada. Laurence chocó con un puff y estuvo a punto de darse de morros. Se abrió paso entre máquinas con las que trabajaba a diario, que de repente tenían un aspecto siniestro con sus esquinas puntiagudas, sus salientes metálicos y sus led destellantes. Había un olor intenso y agradable, como de espliego quemado.

Patricia resplandecía al otro lado del espacio largo y angosto, con la misma luz tenue que el círculo blanco en el que se había desvanecido Priya. El único punto de luz de todo el lugar.

—¿Cómo va eso? —Laurence habló en un susurro, como si estuvieran en una cripta.

—Bien —respondió Patricia con voz normal—. Priya está a salvo por ahora. Cuando salga de donde está necesitará un montón de vodka y música alta. Bebe alcohol, ¿verdad? No será abstemia.

—Bebe. —Que Patricia se preocupara por si Priya era aficionada a las sustancias embriagantes le pareció buena señal, pero estaba esperando la mala noticia. Patricia lo miraba como si intentara decidir algo. Era bastante más baja que él, pero en aquel momento parecía más alta. Lo miró con los ojos entrecerrados, como evaluándolo—. Bueno —añadió al cabo de un rato—, ¿qué puedo hacer?

—¿Recuerdas eso que te he dicho que no me digas nunca? ¿Cuando subíamos?

Laurence volvió a sentir que caminaba por el borde del precipicio. Un terror incontrolable y absoluto. Se encogió de hombros y se le pasó.

—Claro —respondió—. Me acuerdo.

—Necesito que me debas algo —dijo Patricia—, o esto no funcionará. Lo siento mucho. Lo he intentado de todas las demás maneras posibles, pero no lo he conseguido con ninguna. Al final, la magia más poderosa siempre suele implicar una transacción. Ya te lo explicaré en otro momento.

—De acuerdo, sin problema —dijo Laurence—. Lo que quieras. Dímelo.

—Si traigo a tu amiga... —Patricia se mordió el labio y pareció buscar por última vez alguna alternativa—. Si traigo a tu amiga, tendrás que darme la más pequeña de tus pertenencias.

—¿Eso es todo? —Laurence se echó a reír, aliviado—. Hecho. —Cogió una mano de Patricia con las suyas y se la sacudió.

No podía parar de reírse, porque se había preocupado por nada. Tenía muchísimos objetos minúsculos; probablemente, la más pequeña de sus pertenencias sería algún dispositivo ridículo por el que había pagado un



pastón. Estuvo riendo hasta que le salió un graznido y se le nublaron los ojos, y cuando se los limpió, Patricia y él ya no estaban solos.

Priya estuvo de pie un momento en la plataforma blanca, mirando las dos caras de abajo con extrañeza. Se llevó a la cara las elegantes manos, como sorprendida de seguir teniéndolas. Intentó decir algo, pero solo consiguió poner boca de pez. Empezó a bajar de la plataforma, tambaleándose, y Laurence la ayudó a sentarse.

—Ha visto cosas para las que no están hechos los ojos —explicó Patricia—. Como he dicho: vodka, y a montones. Y música alta. Recomiendo el Benders. Igual hasta me apunto a tomar una o dos.

Laurence había guiado a Priya a un puff, donde estaba abrazándose las rodillas y emitiendo sonidos guturales. Mandó un mensaje a los demás para que volvieran y se giró hacia Patricia.

—Dios mío, muchas gracias —dijo—. ¿Puedo darte las gracias? ¿O es algo malo?

—Puedes darme las gracias. —Patricia se echó a reír.

Corrió hasta ella y la abrazó tan fuertemente que estuvo a punto de asfixiarla, y sintió sus hombros desnudos contra el pecho y su cara contra el cuello. Ella soltó un gemido de protesta y Laurence aflojó un poco, pero siguió abrazándola.

—Gracias, gracias, gracias. —A Laurence se le desbordaban los ojos. Tenía los sentidos llenos de clementinas, suavidad y calidez. Bendijo el día en que sus padres decidieron que debería salir al aire libre.

Los otros habían vuelto, y Sougata se aferraba a Priya con el rostro anegado de lágrimas.

—Creía que te había perdido para siempre. No podría haber vivido con esto. No quiero apartarme de ti nunca más —decía.

—Había colores ajenos al espectro visual —acertó a decir Priya—. Pero podía verlos. Sigo viéndolos ahora.

—Vodka y música alta —dijo Patricia, aprisionada en el abrazo de Laurence—. Cuanto antes. Es una parte fundamental del proceso de recuperación.

Llevaron a Priya al Benders Bar & Grill. Se habló de si no sería mejor llevarla a urgencias, pero Patricia lo negó rotundamente y nadie quería llevar la contraria a la persona que les había salvado el culo.

—Pero ¿cómo lo has hecho? —preguntaba Anya todo el rato—. ¿Qué has hecho?

—Usar el destornillador sónico.

—No, en serio, ¿qué has hecho?

—Invertir la polaridad del flujo de neutrones.

—¡Deja de darme respuestas de *Doctor Who*! ¡Dime la verdad!

—Ha sido una especie de *wibbly wobbly* —dijo Patricia, ya tomándole el pelo abiertamente.

Era cierto que beber resultaba curativo después de una experiencia cercana a la muerte. Con una copa entre las manos, mientras el alcohol le corroía la capa externa de la boca y la garganta, Laurence sintió una relación espiritual con la destilería Bushmills.

Priya también parecía haber vuelto a la normalidad tras tomarse un par de lingotazos de vodka y oír «Cum On Feel The Noize» a toda pastilla. Se puso a bailar en el taburete, y a bromear sobre el pelo de los metaleros y los chupitos servidos en el ombligo. Laurence procuró que el alcohol siguiera fluyendo, para que Priya consumiera la dosis recomendada. Fuera lo que fuera lo que había experimentado en otro universo, parecía estar superándolo. Si tenían suerte, era posible que toda la velada fuera una bruma cuando se despertara con resaca. Como estrategia para acabar con la memoria a corto plazo no estaba mal del todo.

Todos brindaban por Patricia, la invitaban a copas y le reían los chistes tontos, como si fueran ultraconscientes de que les había sacado las castañas del fuego. Cuando Patricia fue al servicio, Sougata se inclinó y le dijo a Laurence:

—En serio, ¿de dónde la has sacado? Es increíble. Es el genio más raro que he conocido nunca, y eso es mucho decir.

Tanaa y Anya se mostraron de acuerdo. Pero a la vez, Laurence se fijaba en que ninguno de sus amigos miraba directamente a Patricia, y hablaban más de ella que con ella. Odiaban la superstición, pero la trataban como si estuviera gafada.

Patricia observaba a Priya como un halcón y le tocaba la mano de vez en cuando, como si su contacto tuviera propiedades curativas. Y probablemente las tenía. No prestaba atención a los demás, ni siquiera a Laurence. Quizá fuera un bicho raro asocial que recorría las calles a las tres de la mañana hablando con las ratas, pero tenía una delicadeza ilimitada para la gente que la necesitaba. Llevaba el pelo negro hacia atrás y su rostro tenía algo de faro, lo que encajaba con la intensidad de su mirada.

Laurence elaboró una lista mental de los secretos suyos que conocía Patricia y se sintió bien por ello. Haber encontrado a alguien en quien

confiaba tanto le provocaba un extraño sentido del orgullo. Como si hubiera elegido bien, a pesar de que había sido sobre todo por accidente.

La acompañó a casa, resistiendo el impulso de abrazarla de tanto en tanto. Patricia reía y sacudía la cabeza.

—Dios, hubo un momento en que no lo tuve ni medio claro —decía—. Tu amiga estaba perdidísima. Además es un milagro que no la aplastaran los extraños efectos gravitatorios del espacio en el que estaba.

—A saber cuántas otras cosas de nuestro mundo son simples sombras de cosas de otros lugares —soltó Laurence según lo pensaba—. Quiero decir, siempre habíamos sospechado que la gravedad era tan débil en nuestro mundo porque en su mayor parte estaba en otra dimensión, pero ¿qué más? ¿La luz?, ¿el tiempo?, ¿algunas de nuestras emociones? Cuanto más vivo, más tengo la impresión de que las cosas que veo y siento forman el contorno de lo real, que está más allá de nuestra percepción.

—Como la caverna de Platón —dijo Patricia.

—Como la caverna de Platón —convino Laurence.

—No sé. Ahora somos adultos. Supuestamente. Y sentimos las cosas menos que cuando éramos pequeños, porque nos ha salido mucho tejido cicatrizal o porque se nos han atrofiado los sentidos. Probablemente es sano. Los niños no tienen que tomar decisiones, a no ser que pase algo muy grave. Igual no podríamos decidirnos tan fácilmente si sintiéramos demasiado, ¿no crees?

En realidad, Laurence estaba experimentando sensaciones y emociones mucho más vívidas que de pequeño. Las farolas, los faros de los coches y los neones bullían de vida; sentía que se le expandía y se le contraía el corazón, y olía el carbón que ardía en algún lugar cercano. Se volvió hacia la sonrisa amplia y triste de Patricia.

—Patricia —le dijo—, te agradezco muchísimo la ayuda. Y más que eso; me alegro un montón de conocerte. Siento haberme largado cuando te pusiste a hablar con tu gato, cuando éramos pequeños. No volveré a largarme nunca. Es una promesa que te hago, porque sí. Probablemente, tampoco debería prometer nada a alguien como tú, ¿verdad? Pero me da igual. Gracias por ser mi amiga.

—De nada —dijo Patricia. Habían llegado a su casa—. Lo mismo digo. De todo. Yo también creo que tuve mucha suerte de conocerte. Y yo tampoco me largaré nunca.

Estaban frente a la puerta. En algún momento, sus manos empezaron a tocarse. Y se quedaron allí, de pie, mirándose con las manos cogidas.

La sonrisa de Patricia se hizo más triste, como si supiera algo que Laurence no había deducido aún.

—No olvides eso que me debes —le dijo—, o las cosas se pondrán feas. Lo siento. —Entonces entró en su portal y cerró.

Durante todo el camino a casa, Laurence siguió en una nube de achispamiento, alivio y efusividad, pero también se sentía un poquito inquieto por el asunto de «la más pequeña de sus pertenencias». Probablemente no era para tanto, pero Patricia parecía darle bastante importancia. Hasta entrechocó los talones mientras cruzaba la calle con zancadas amplias y ávidas. Nunca había probado el éxtasis ni ningún otro euforizante, pero tenía la impresión de que el efecto sería parecido.

Se le cayó el alma a los pies al llegar a casa. El entusiasmo se le pasó tan deprisa que tuvo que sentarse. Se sentía tan agotado que se iba a desmoronar si no se metía en la cama de inmediato. Y entonces recordó lo de la pertenencia más pequeña. Podría buscarla por la mañana, o en un par de días, o cuando fuera. Patricia no había puesto un plazo ni nada parecido... Probablemente tenía unos días para dar con ella.

Pero entonces empezó a preguntarse qué podría ser y cómo podría identificarlo. ¿Lo más pequeño por volumen? ¿Por peso? ¿O por tamaño total? Tenía varias lentejuelas minúsculas, pero estaba razonablemente seguro de que no contaban. Tendría que elegir una pertenencia que significara algo para él y que tuviera valor, al menos de reventa. Algo que no se puede vender no es una pertenencia, ¿no?

A ver. Tenía un pen que se había llevado a casa de la oficina del Proyecto Diez Por Ciento, del tamaño de dos guisantes. Pero cuando mandó un mensaje de texto a Patricia, le contestó que no podía ser nada prestado. Tenía que ser algo que le perteneciera, directamente y sin peros. Eso descartaba los componentes electrónicos y las herramientas que abarrotaban la mesa y los estantes, porque teóricamente todos pertenecían a Milton.

Se puso a revolver la mesa de trabajo. Lápices, bolígrafos... Esa figurilla de Mega Man era bastante pequeña; la pasó al principio de la lista. Empezó a apilar objetos mientras inspeccionaba cajones, cajas y armarios, intentando no despertar a Isobel. Y entonces, de repente, lo supo.

—Oh, no —dijo en voz alta—. Eso no. No, no, no. Mierda. Mierda, no. —No podía respirar. Como si tuviera un ataque de asma o algo así. Toda la euforia anterior se desvaneció como si no hubiera existido, y en su lugar se sintió como si le hubieran dado una patada en el plexo solar con una puntera de acero.

Pasó casi todo el resto de la noche en vela, buscando y buscando, pero no encontró nada más que se pudiera considerar una posesión verdadera y fuera más pequeño que el anillo de su abuela.

Se lo llevó a Patricia a la mañana siguiente, con los ojos doloridos por la falta de sueño.

—Es lo único que me queda de mi abuela —le dijo—. Me lo dio en su lecho de muerte.

—Lo siento —dijo Patricia. Estaba en bata en su portal. Puede que la hubiera despertado, pero lo dudaba.

—Me dijo que había sido de su madre y le habría gustado dárselo a una nieta, pero no tuvo más nietos que yo. Quería que se lo diera a la persona con la que fuera a casarme, y después a nuestra hija, si la teníamos.

—Lo siento muchísimo.

—Iba a dárselo a Serafina. Como anillo de compromiso. Le prometí a mi abuela que se lo daría a quien se casara conmigo.

Patricia no dijo nada; se quedó mirándose la bata morada. Tenía el pelo enredado.

—¿De verdad tengo que dártelo? —insistió Laurence—. ¿No podemos dejarlo así?

—De verdad. O tu amiga podría volver a ese sitio. O podría absorberte a ti. —Dicho así, el anillo era un precio muy bajo.

—Sabías que iba a ser esto. —Se lo entregó, aún en su diminutísima caja de terciopelo. En realidad, con caja y todo, era casi más grande que un coche de juguete que tenía. Pero solo casi.

—Sabía que sería algo de este estilo. —Se guardó el anillo en el bolsillo de la bata, y casi no se notó el bulto—. De lo contrario, el hechizo no habría funcionado.

—¿Por qué no podía ser algo como, no sé, pasarme una hora a la pata coja? ¿Por qué tenía que ser mi posesión más valiosa, y la piedra angular de mi estrategia de cortejo? No tiene ni pies ni cabeza.

—¿Quieres entrar a comer unos gofres de tostadora? —Patricia se apartó y mantuvo la puerta abierta—. No puedo hablar de esto aquí fuera, al aire libre.

Los gofres de tostadora no se materializaron, pero Patricia tenía pop tarts orgánicas de suministro local, que probablemente eran mejores. Se sentaron en el sofá gris lleno de bultos, donde Deedee y la otra compañera de piso veían *Jersey Shore* siempre que Laurence había estado allí. Patricia no paraba

de mirar hacia el pasillo en busca de señales de movimiento o indicios de que los escuchaban.

—No sé si te comenté que hay dos clases de magia. —Patricia entregó a Laurence una pop tart de arándanos y una taza de té English Breakfast.

—Supongo que buena y mala —dijo Laurence, que aún no tenía la boca llena. La bata de Patricia estaba extendida en el sofá, junto a él, y se preguntó si podría coger el anillo mientras no miraba. Pero luego recordó la parte de la dimensión pesadillesca que absorbía a alguien.

—No, aunque es un error frecuente. Están la magia sanadora y la magia tramposa. Hace mucho estuvo extendida la creencia de que la sanadora era buena y la tramposa era mala, pero los sanadores pueden ser unos santurrones fanáticos del control y los tramposos pueden ser superempáticos y salvar vidas.

—Como anoche —dijo Laurence. Patricia asintió.

—Las escuelas sanadora y tramposa se formaron a lo largo de cientos de años, a partir de un montón de tradiciones de todo el mundo. Y en una ocasión, en la década de 1830, hubo una guerra entre los dos grupos. Podría haber sido el fin del mundo. Pero una mujer, llamada Hortense Walker, se dio cuenta de que los dos tipos de magia funcionaban mejor combinados. Se podían hacer cosas asombrosas si se dominaban tanto la magia sanadora como la tramposa; mucho más de lo que se podía hacer con ninguna de las dos por separado. Y además se reducía la probabilidad de convertirse en un fanático del control o en un capullo mentiroso.

Laurence ya se estaba adelantando a las conclusiones.

—Entonces, si quieres conseguir algo muy gordo con magia, tienes que tender una trampa a alguien o curarlo. ¿Así que no puedes hacer nada sin un pringado o un enfermo?

—Tampoco es que no pueda hacer nada. Pasé años entrenándome para emplear estas habilidades en muchísimas situaciones distintas. Puedo usar la magia tramposa para transformarme, hasta sin nadie delante. Y si alguien me atacara, podría «curarlo» tanto que no se le pasaría en una semana.

—Gracias por explicármelo. —Laurence se comió la última esquina de la pop tart de arándanos y la tragó con el resto del té. Tenía un centenar más de preguntas, pero en aquel momento no tenía fuerzas para oír más respuestas. Se hundió en los restos del sofá. Nunca en la vida sería capaz de levantar el culo de aquel sofá; se hundiría más y más, hasta que lo engullera como una venus atrapaculos.

Hasta el último cuadrante del alma de Laurence le pedía a gritos que se largara de allí antes de perder algo más que el anillo de su abuela y el habla, pero después pensó en la otra promesa que había hecho la noche anterior. La que había hecho por voluntad propia.

—Dije que no volvería a largarme —dijo— y no me largaré.

—Bien. —Patricia dejó escapar una vaharada que sonó como si llevara toda la vida reteniéndola—. ¿Más té?

—Claro. —Laurence encontró una postura algo más cómoda en el sofá, y Patricia le entregó otra taza. Bebieron té juntos en silencio, hasta que las compañeras de piso de Patricia se levantaron y se pusieron a mirar a Laurence con cara de malas pulgas.

Patricia había pasado años deseando poder huir a aprender magia de verdad. Entonces, un buen día se transformó en pájaro y apareció un hombre dispuesto a llevarla a una escuela de brujería. ¿Los sueños? Cumplidos.

Eltisley Maze tenía dos campus independientes, tan distintos como un día despejado de verano y una ventisca. Eltisley Hall tenía impresionantes edificios de piedra de más de seiscientos años, y nadie levantaba la voz. Los alumnos de Eltisley recorrían en fila india los caminos de grava, con pantalones cortos, corbata y una americana que tenía bordado, a la altura del corazón, el emblema de la escuela: un oso y un ciervo cara a cara, que sostenían entre los dos un cáliz en llamas. Había que dirigirse a los profesores y a los alumnos de cursos superiores como *señor* o *señora*, y se comía en la Sala Formal del Edificio Principal.

Mientras tanto, Maze era un laberinto incomprensible de edificios de nueve caras y caminos en cuesta, donde se podía llevar lo que se quisiera. Estaba permitido pasarse todo el día en la cama, meterse drogas, jugar a videojuegos o hacer cualquier cosa. Aunque era posible verse atrapado en una habitación sin puerta (ni servicio) durante semanas, hasta haber aprendido alguna lección demencial. O ser incapaz de dejar de bailar claqué. O ir perdiendo trozos del cuerpo, uno por uno. Nadie explicaba nada en Maze.

En otros tiempos, Eltisley Hall y Maze eran dos instituciones que representaban dos estilos de magia enfrentados, pero posteriormente se unieron porque la magia también se unió, a un precio muy alto. Se llegaba de un sitio a otro por un camino de arena bordeado de setos, que solo se abría en determinadas ocasiones.

Patricia pasaba semanas dominando alguna arte curativa complicada en Eltisley Hall, y después la enviaban a Maze y se quedaba tan desconcertada y liada que se le olvidaban todas las habilidades refinadas. Resolvía algún rompecabezas sin sentido en Maze y descubría cómo realizar algún truco retorcido, y entonces la enviaban de nuevo a Eltisley Hall, donde le inculcaban interminables reglas y fórmulas hasta que se le borraban todas las triquiñuelas de la mente.



Eso habría sido bastante para que se durmiera llorando, abrazada a la almohada, todas las noches a la hora de apagar las luces (en Eltisley) o cuando le diera por echar una cabezada (en Maze). Pero además echaba de menos a sus padres, de quienes ni siquiera se había despedido y que no sabrían si estaba viva o muerta. O viviendo en un callejón, como un animal. Quería decirles que estaba bien, pero no habría sabido explicarlo. Por no mencionar que había abandonado a Berkley, su gato.

La jefa de estudios de Eltisley Hall era una amable anciana llamada Carmen Edelstein. Llevaba el pelo blanco cortado en una digna melena y siempre se cubría el cuello y los hombros con un elegante echarpe de seda. Carmen incitaba a los alumnos a acudir a ella con cualquier problema o pregunta, y Patricia tardó poco en confiar en ella, aunque aprendió por las malas a no mencionar su encuentro de hacía unos años con una especie de espíritu arbóreo. La magia era una práctica y un arte, no un sistema de creencias espirituales. Podían tener experiencias espirituales privadas, como cualquiera, pero creerse en posesión de una línea directa con algo grande y antiguo era el principio del Engrandecimiento.

—Los árboles no hablan con la gente —decía Carmen Edelstein, con la buena disposición habitual sustituida por un ceño de preocupación—. Tuviste una alucinación o te jugaron una mala pasada. Por eso es terrible que nos lleguen tantos alumnos tan tarde, cuando ya han experimentado por su cuenta. Es una pesadilla hacerles abandonar los malos hábitos.

—Probablemente fue una alucinación. Sí, seguro. —Patricia se encogió en la silla rígida—. Recuerdo que había comido un montón de picante.

El jefe de estudios de Maze era Kanot, cuya voz y rostro cambiaban cada vez que lo veía. A veces era un anciano ceilandés; otras, un pigmeo, o un blanco gigantesco con una barba horriblemente descuidada. Tardó poco en aprender a reconocerlo por determinadas pistas, como la forma en que subía los hombros o entrecerraba el ojo izquierdo; quien no lograra identificarlo o tomara por Kanot a otra persona acabaría en el fondo del pozo más profundo de Maze (con excepción del pozo sin fondo, claro). Se decía que moriría si exhibía dos veces la misma cara. Siempre que alguien trataba con él, le ofrecía algún trato espeluznante. Patricia no intentó hablarle del Árbol.

Patricia no tenía verdaderos amigos en Eltisley Maze. Se llevaba bien con unos cuantos alumnos, como Taylor, que tenía el pelo revuelto de un marrón ratonil y extremidades largas y desgarbadas. Pero en las principales pandillas de la escuela no hubo jamás lugar para Patricia, sobre todo cuando quedó

claro que se le daban fatal casi todas las tareas. Nadie quería hacerse amigo de un bicho raro que ni siquiera hacía bien los deberes.

Quien se adentrara en el bosquecillo cercano a Eltisley Hall a determinada hora, hacia el final de la tarde, o después de que se apagaran las luces del dormitorio de Eltisley, podría ver a una quinceañera de pelo castaño oscuro que alzaba unos grandes ojos interrogantes hacia los árboles y decía: «¿Estás ahí? ¿Cómo anda la cosa? ¿Está reunido el Parlamento?». O que charlaba con los pájaros, que se limitaban a mirarla y levantar el vuelo.

Nunca se sabía cuánto tiempo se iba a pasar en Eltisley Hall ni en Maze; podrían ser días, semanas o más. En una ocasión, Patricia pasó siete meses en Maze hasta que logró esconderse de los profesores y los demás alumnos, y todos pasaron una semana buscándola. Pero en vez de volver a Eltisley Hall acabó en un campo de hierba amarillenta, donde Kanot en persona la invitó, junto con otros alumnos, a entrar en un gran dirigible de madera, con forma de ballena pero con más aletas, con un interior recubierto de ornamentos vegetales rococó.

Aquel día, Kanot era un afroamericano de gruesas gafas, acento de Tennessee y cazadora corta.

—La idea es esta —dijo cuando sobrevolaban algún lugar de los Alpes—. Os soltamos a cada uno en un pueblo, en algún sitio donde no habléis el idioma, sin dinero ni suministros. Y buscáis a una persona que necesite cura, alguien que lo esté pasando realmente mal, y la curáis. Sin que llegue a enterarse de que habéis estado ahí. Y entonces volveremos a por vosotros.

Ofreció a los alumnos librarse de aquella tarea a cambio de permitirle que les escondiera algo en los huesos, pero nadie accedió. Así que se puso a empujar a los chavales, uno por uno, por la escotilla del dirigible, que parecía la puerta de un *chateau* francés, a unos cientos de metros del suelo. Sin paracaídas.

Patricia se las arregló para decelerar el descenso, de forma que el impacto solo le vació los pulmones de golpe. Se puso en pie a duras penas en un campo, en mitad de ninguna parte, y anduvo hasta que cayó la noche y vio detrás de ella las luces de un pueblo. Las primeras personas que vio parecían suficientemente sanas, pero después se fijó en una vieja encorvada sobre un plato de sopa, en un pequeño restaurante. Estaba tosiendo y tenía la piel grisácea, y Patricia divisó una cicatriz ocre que le salía del cuello de la blusa amarilla. Perfecta. Se acercó a la mujer, pero acabó con la cara llena de sopa y los oídos llenos de lo que sonaba a acusaciones de latrocinio en alguna lengua eslava. Se fue corriendo.

Al cabo de una semana se moría de hambre y se le estaban acabando los escondites en el pueblo, con sus cochambrosas paredes encaladas y sus caminos embarrados. Ya no podía hablar con los animales y no había conseguido dominar el arte de entender idiomas humanos distintos del inglés. Además, solo podía curar a los enfermos con los que hubiera establecido alguna relación.

—No pienso volver a dormir con esta ropa —dijo en voz alta, en inglés. El dependiente de la pequeña tienda de alimentación la vio y la ahuyentó, gritando sílabas guturales. Patricia corrió por las callejuelas serpenteantes y las pronunciadas cuevas empedradas, hasta que lo despistó. Se acurrucó tras un muro de piedra y contempló lo único que había conseguido robar: un tarro polvoriento de aceite de chile Chiang Mai.

—Más vale que funcione —dijo, e inclinó la botella hasta que las palabras «PRECAUCIÓN: MUY PICANTE» quedaron boca abajo. El denso líquido le abrasaba la garganta. Tuvo arcadas, pero se obligó a bebérselo entero. Tras vaciarlo, se encogió en una pelota temblorosa. Le dolía horriblemente la cabeza. Quería llorar, por todo lo que había perdido y por lo que no había ganado.

Al cabo de una hora levantó la cabeza y vomitó. Cuando empezó no podía parar. Le ardían los ojos y la nariz, y el aceite picaba el doble al salir que al entrar. El estómago, no muy conforme con esa comida tras días de hambre, sufría espasmos imparables. Tosió ácido.

La buena noticia: ya sabía cómo curar a la vieja enfurruñada.

Avanzó por las azoteas de pizarra del pueblo hasta llegar al tejado inclinado de la casa de comidas, desde donde divisó a la mujer por una pequeña claraboya. Como estaba abierta, entró y caminó de puntillas por el lugar donde se almacenaban sacos de harina y latas. Vaciló antes de coger un trozo de pan y metérselo en la boca. Llegó al extremo del almacén, aún en la otra punta de la cuadra con pretensiones donde la mujer cenaba en su mesa desvencijada. Patricia saltó a una columna, y de ahí, a una viga del techo. Se acercó poco a poco por la viga hasta quedar colgada de pies y manos sobre la vieja, y se inclinó tanto como pudo sin soltarse.

Escupió en la sopa de la mujer, que estaba soltando una charla a algún otro parroquiano, probablemente sobre la juventud de hoy en día, y no se dio cuenta. Cuando la mujer tuvo dentro su saliva, Patricia consiguió una línea directa y pudo detectar el enfisema avanzado, el cáncer activo que ya le había costado un pulmón y la gota. Le hizo falta una hora de concentración y varias murmuraciones indecorosas para entrar y dejar a la mujer como nueva por

dentro. Se detuvo justo antes de darle otro pulmón para sustituir el que había perdido.

El cielo nocturno le parecía muy lleno, tumbada en la hierba irregular del campo al que había caído desde el dirigible. Demasiadas estrellas que se esforzaban demasiado. Estuvo una hora tumbada hasta que el dirigible bajó lo suficiente para tirarle una escala. Subió lentamente, con los miembros débiles y doloridos. Kanot, que en aquella ocasión era un joven alemán de pelo rapado, le tendió un sándwich y una lata de *ginger ale*, e intentó venderle una participación en un estudio de zumba.

Después de aquello, Patricia empezó a encontrar formas de usar en Maze las enseñanzas de Eltisley, y usar en Eltisley las artimañas de Maze. Unos cuantos chavales habían dejado los estudios después de la tarea «pueblo aleatorio de Europa del Este», así que quedó espacio para que Patricia se hiciera miembro honorífica de unas cuantas pandillas.

Una noche estaba fumando cigarrillos de clavo con los góticos molones después del toque de queda, dentro de la gigantesca y nunca usada chimenea del Edificio Menor de Eltisley. Estaba Diantha, la regordeta y cisnea líder del grupo, de quien se rumoreaba que era hija de un conde o algo así. A su lado estaba Taylor, que había adoptado la estética gótica con el tinte de pelo, la raya de ojos y la chaqueta de cuero. Al otro lado tenía a Sameer, que llevaba camisas negras de cuello rígido que conferían un aspecto adulto y sofisticado a su rostro tímido y algo caballuno. También estaba Toby, un chaval escocés con un pelo rojo que parecía alambre y orejas de soplillo. Y otros que se presentaban de vez en cuando. Las paredes de ladrillo rojo de la chimenea estaban tiznadas de hollín añejo.

Patricia y Taylor tenían los brazos entrelazados, y el humo de clavo fumigaba a Patricia por dentro. Estaban contando anécdotas extrañas de su vida antes de Eltisley Maze, todas las experiencias que les hicieron darse cuenta de que tenían una conexión con algún poder sin identificar. Y Patricia, sin pensar en lo que hacía, se puso a contar lo que recordaba del Parlamento, de Dirrpidirrpisilbador y del Árbol.

—Qué raro —dijo Taylor.

—Es increíble —dijo Diantha, y se inclinó hacia delante para mirar a Patricia con sus ojos oscuros y enigmáticos—. Cuéntanos más.

Patricia volvió a relatarlo todo desde el principio, con más detalle.

Al día siguiente se preguntó si no debería haberse guardado lo del Árbol. ¿Iba a tener problemas? En clase de literatura no paraba de echar vistazos a

Carmen Edelstein; estaban leyendo *Troilo y Crésida*, pero la profesora no dio muestras de estar al tanto.

Aquella noche, cuando se preparaba para ir a la cama, Taylor llamó a su puerta.

—Ven; estamos todos en la chimenea —le dijo con una sonrisa.

El grupo que se congregaba en la chimenea apagada era el doble de numeroso que antes, así que a Patricia le costó hacerse sitio. Pero todos querían que les hablara del Árbol.

Cuanto más lo relataba, más tintes de cuento adquiría, con pinceladas dramáticas y un final mejor. Añadió detalles, como la sensación que tenía cuando el viento atravesaba su forma incorpórea y cómo se agitaban los árboles mientras ella se adentraba en el corazón del bosque. A la tercera noche, cuando Patricia contaba la historia a un tercer grupo de chavales, el Árbol era mucho más elocuente.

—¿Te dijo que eres la protectora de la naturaleza? —preguntó un alumno más pequeño, de Costa de Marfil, llamado Jean-Jacques.

—Dijo que lo somos todos. Los defensores de la naturaleza. Contra..., no sé, cualquiera que quiera hacerle daño. Lo somos todos. Tenemos un propósito. Eso fue lo que dijo el Árbol, por lo menos. Era como el Árbol perfecto en el corazón del bosque, y solo se puede encontrar con guía. A mí me llevó un pájaro cuando era muy pequeña.

—¿Puedes llevarnos? —preguntó Jean-Jacques, tan emocionado que le costaba respirar.

Pronto tenían un club en condiciones. Una docena de chavales se reunían por las noches y hablaban de lo que iban a encontrar en el corazón del bosque, como lo había encontrado Patricia. Y ahora iban a proteger a la naturaleza contra cualquiera que quisiera hacerle daño. Como los na'vi. Patricia era quien tenía el conocimiento, pero Diantha era la que podía decir «Todos a una» y arrancar vítores.

—Todos contamos contigo —le dijo Diantha a Patricia en voz baja, en confianza, tocándole el brazo. Patricia sintió un escalofrío de emoción hasta la rabadilla.

—Y el Árbol era gigantesco; mediría casi quince metros, y no era un roble ni un arce ni nada que hubiera visto nunca. Las ramas parecían unas alas enormes, y la luz de la luna atravesaba la parte más densa por dos sitios, así que parecía que me miraba con dos ojos resplandecientes. La voz era como un terremoto, pero amistoso.

La décima vez que Patricia contó la anécdota de la vez que abandonó el cuerpo y voló hasta el Árbol, estaba tan adornada que se parecía muy poco a la versión de la primera noche. Sin embargo, la gente ya estaba aburrída. Todos querían saber qué pasaba a continuación.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sameer—. ¿Qué nos toca hacer ahora?

—La verdad es que no lo sé —respondió Patricia. Les habló, por primera vez, de cuando estaba en aquel pueblo perdido, se tomó el aceite de chile y no pasó nada. Aventuraron conjeturas, como que no era la hora adecuada o no tenía la mente en el sitio adecuado, o que no se podía llegar al Árbol desde Europa del Este a causa de las líneas ley.

En el club secreto de Diantha, las opiniones estaban divididas en lo tocante a la pregunta crucial: ¿Los adultos de Eltisley Maze conocían la existencia del Árbol? Había dos opciones: o estaban al tanto, pero lo mantenían en secreto porque los alumnos aún no estaban preparados para enterarse, o no tenían ni idea y para entenderlo había que ser muy joven.

Al cabo de unos días, Patricia comió con Diantha. A solas. Tendieron una manta en la Pradera Este de Eltisley Hall, donde hasta la última brizna de hierba era perfecta. A Patricia le seguía pareciendo increíble que Diantha se tratara con ella. Diantha tenía una forma de agrandar los ojos justo antes de hablar que impulsaba a los presentes a mirarla fijamente, seguros de que iba a decir lo más importante que hubieran oído nunca. Llevaba la bufanda de Eltisley con tanta elegancia que parecía elegida entre mil. Su pelo castaño reflejaba la luz.

—Vamos a hacer cosas estupendas juntas, tú y yo. Ya lo verás —le dijo Diantha a Patricia—. Deberías probar la limonada efervescente. En el sitio del que vienes no se toma, y está muy buena. —Patricia obedeció. La limonada sabía más bien a refresco de limón, y le gustó muchísimo. Las burbujas le estallaban en la lengua.

Diantha se inclinó hacia delante; se miraban a los ojos, y Patricia se preguntó si iba a besarla. Nunca se había considerado lesbiana, pero Diantha olía tan bien y tenía una presencia tan potente, que la atracción sexual no era poca cosa. A lo lejos cantó un pájaro, y Patricia casi lo entendió.

Hasta los chavales que no paraban por la chimenea en desuso miraban a Patricia con envidia o aprecio cuando entraba en el comedor de Eltisley, o cuando se dirigía al mostrador de autoservicio de Maze, donde nunca se sabía si se iba a encontrar pizza o morcilla. En Maze le comentaron a Patricia que les gustaban sus vaqueros. A nadie le habían gustado sus vaqueros hasta entonces.

—Tengo una cosa muy importante que decir a todos. —Diantha sonaba agitada, y no solo porque estaba con diez adolescentes metidos en una chimenea sucia a medianoche. Diez pares de manos se apretaron y diez pelvis se retorcieron con emoción, como si todos tuvieran que ir al servicio. Diantha prolongó la pausa tanto como pudo y después soltó la bomba—: He hablado con el Árbol.

—¿Qué? —dijo Patricia antes de poder contenerse—. Quiero decir, qué bien. ¿Cómo lo has hecho? —Todos miraban a Patricia como si tuviera un ataque de celos algo así, en vez de estar simplemente sorprendida. No era que tuviera el monopolio de hablar con el Árbol ni nada parecido; solo había hablado con él una vez, y hacía muchos años. Tartamudeó algo más sobre cuánto se alegraba de que Diantha lo hubiera conseguido, porque era una noticia estupenda del todo.

Para empeorar horriblemente las cosas, Diantha le dio unas palmaditas en la rodilla y dijo:

—No te preocupes, cariño. Tu contribución sigue siendo la que más valoramos.

Pero no dieron mucha importancia al orgullo herido de Patricia, porque todo el mundo quería saber: ¿Qué había dicho el Árbol? ¿Cuál era el mensaje? Estaban deseosos. Estaban más que deseosos.

—El Árbol dice —dijo Diantha— que tenemos que prepararnos. La prueba llegará pronto, y no todos la superaremos, pero quienes lo logren serán héroes. Para siempre jamás. —Todos estaban tan eufóricos que gimoteaban.

No se parecía a la forma en que el Árbol había hablado a Patricia. Ni un poco. Pero solo habían mantenido una conversación unos años atrás, y no recordaba muy bien los detalles, sobre todo después de haberlos repetido tantas veces. Se dijo que debería alegrarse de que se demostrara que no habían sido alucinaciones suyas, pero no aseteó a Diantha a preguntas, ya que sería una muestra de envidia. Y de Engrandecimiento. Ahora el Árbol hablaba con Diantha en vez de con Patricia. Pues bueno.

—Me pasé toda la noche estudiando para el examen de tónicos curativos —explicó Diantha— y comí un montón de papadam picante. De repente me encontré con que me elevaba del cuerpo y salía por la ventana, a la noche. Fue una sensación increíble.

Durante quince días, el Árbol no facilitó más información, aunque habló con Diantha unas cuantas veces más. Sameer y Patricia, de la mano, escuchaban las insinuaciones de que aquello era algo antiguo, más que nada de lo que estudiaban, de antes de que hubiera palabras. Sameer tenía la mano

seca y callosa, y con el índice tocaba el meñique de Patricia de una forma que le hacía sentirse rara por dentro. Estaban concentrados en Diantha, cuyas exquisitas aletas de la nariz se agitaban mientras hablaba de su experiencia extracorpórea. Al otro lado de Patricia, Taylor se estremeció.

Todos los que se reunían en aquella chimenea tenían un saludo secreto, consistente en llevarse el pulgar al centro de la clavícula y guiñar un ojo y luego el otro. También se dibujaban sigilos dentro de la ropa.

Cuando el Árbol dio a Diantha verdaderas instrucciones, fue bastante críptico.

—Dijo: «Detened el Conducto y la Ruta». —Diantha tenía los ojos muy abiertos y parecía supercargada de adrenalina—. Lo repitió dos veces.

—¿El Conducto y la Ruta? —dijo Sameer—. Suena a club de caballeros, lleno de humo de tabaco y entradas secretas.

—Suena obsceno —dijo Toby, el pelirrojo, y demostró con movimientos qué podía significar. Diantha lo fulminó con una mirada.

Pasaron días debatiendo, buscando en Internet y susurrando «Conducto y Ruta» entre ellos, sin la menor idea de qué podía significar. Diantha parecía impaciente, como si esperase que lo resolviera otro para no tener que hacer de mensajera y de intérprete. Al final, el viernes, después de que se apagaran las luces, Diantha dio una calada de su cigarrillo de clavo y anunció que tenía la respuesta.

Resultó que el Conducto era el gran gasoducto siberiano, y la Ruta, la Ruta Marítima del Norte. Uno y otra eran obra de Lamar Tucker, un tejano pionero del fracking, en asociación con un conglomerado ruso llamado Vilkitskiy Shipping. Los rusos querían una ruta alternativa a la del Noroeste, que evitara Canadá por completo y atravesara el corazón del hielo ártico. Solo había un problema: aquella ruta pasaba, en el mar de Chukchi, por un gigantesco depósito de clatrato de metano que llevaba millones de años atrapado bajo el hielo. Los científicos advirtieron de que liberar todo aquel metano de golpe podía acelerar fulminantemente el cambio climático. De ahí el gasoducto: Tucker estaba convencido de que se podía ir perforando centímetro a centímetro, disipar la presión lentamente y atrapar el metano aún congelado enlazándolo a silicatos. Después podían conducirlo a unas instalaciones de Yakutsk, donde generaría suficiente electricidad para abastecer la mitad de la Rusia oriental y quizá habría excedentes que vender a Mongolia, China o incluso Japón.

—Pero va a salir mal, lo sé —dijo Diantha—. No tienen ni idea de con qué están trasteando. Hay que detenerlos.



—Sí —dijo Patricia—, pero ¿qué se supone que tenemos que hacer?

—¿Hacer? Mira a tu alrededor. Somos los mejores alumnos de Eltisley Maze. Entre todos nosotros dominamos un montón de habilidades. Toby, te he visto recongelar las últimas nevadas de la primavera y revertir tres días de putrefacción. Sameer, una vez convenciste a un banquero para que te diera quinientas libras y el poder de la invisibilidad. Patricia, he oído murmurar a los profesores que tienes una relación con la naturaleza que ni ellos entienden del todo. Podemos conseguirlo. El Árbol confía en nosotros.

Partieron aquella misma noche, con solo lo que podían llevar encima. Diantha insistió en que nada de dejarlo para más tarde (y nada de que nadie tuviera oportunidad de cambiar de idea e informar a los profesores). Todos volvieron a sus habitaciones de Eltisley Hall y llenaron bolsas de deporte al tuntún.

—¿Adónde vamos? —dijo Toby—. Tengo un examen práctico en dos días. En Eltisley, donde esperan que nos presentemos.

—Nos fugamos —dijo Taylor, y soltó una discreta exclamación de júbilo—. Se acabaron los exámenes, se acabaron las tutorías, se acabaron las clases de matemáticas, se acabaron las peroratas ¡y se acabaron los rompecabezas de Maze!, hasta que cumplamos nuestra misión.

Patricia se guardó en el bolso un cepillo de dientes y tres mudas de ropa interior, además de un ejemplar destartado de *Historias de San Francisco*. Iba a vivir una aventura; iba a cambiar las cosas. Habría bajado bailando la escalera de caoba del Ala Residencial Norte, pero Sameer no paraba de decirle que no hiciera ruido. Bullía de adrenalina cuando entraron en el dirigible mágico y burlaron las preguntas de seguridad.

—¡Estamos en marcha! —dijo Patricia cuando se levantaron del suelo—. ¡Allá vamos! —Chocó los cinco con Taylor, y después Patricia y Sameer se abrazaron mientras Diantha reía desde el puente, cuyos mandos eran zarcillos y bayas de madera.

No acabaron de creerse que la expedición fuera en serio hasta que estuvieron sobre el Ártico y la luz de la luna dio paso al cielo y el hielo iluminados por el sol; dolía mirar uno y otro. A Patricia se le agrió el buen humor cuando miró el manto blanco que se extendía en derredor; era incapaz de distinguir el horizonte.

—Tenemos que actuar antes de que se den cuenta de que estamos aquí —dijo Diantha desde el puesto de mando—. Espero que todos estéis preparados para cualquier imprevisto. —Patricia, Toby, Sameer y Taylor dijeron que sí.

—Estamos haciendo lo adecuado —dijo Taylor mientras descendían—. Ya hemos estudiado bastante.

Patricia deseaba haber llevado tres capas más de ropa. Podía entrar en calor con un hechizo, pero sería una distracción. Se enrolló la bufanda alrededor del cuello y la boca tantas veces como pudo.

—Toby, tú te dedicas a la transmutación de metales porque eres nuestro mejor sanador. Si es de acero, lo conviertes en estaño —dijo Diantha mientras bajaban del dirigible—. Sameer y Taylor, desorientad y desconcertad a cualquiera que intente plantarnos cara. Yo intentaré sellar cualquier perforación de forma espectacularmente irreparable. Y, ¿Patricia? Desata sobre ellos toda la fuerza de la naturaleza. Sé creativa.

Todos chocaron los cinco y emprendieron la caminata a través de la tundra hacia las instalaciones de perforación, que parecían un faro plantado en el hielo, con una sola construcción en lo alto de una plataforma sostenida por cuatro patas rechonchas conectadas por la parte inferior de un pentáculo. A un lado del taladro había una especie de estación de bombeo con una protuberante tubería metálica. Al otro lado, Patricia divisó un gran depósito de gasóleo que probablemente habían transportado por aire, y una serie de motos de nieve y camiones adaptados. Al verse frente a un depósito enorme con la inscripción «PELIGRO: ALTAMENTE INFLAMABLE», encima de la mayor reserva de metano del mundo, Patricia se estremeció. La aprensión dio paso al terror.

—Chicos —dijo—, creo que deberíamos parar y...

Se oyeron gritos en ruso y ladridos de perros. Unos tipos con parka y gafas de ventisca se les acercaban en motos de nieve, agitando lo que parecían ametralladoras. Sameer y Taylor asintieron y corrieron hacia ellos. Al cabo de un momento, los guardias abrieron fuego, pero disparaban al azar, sin apuntar, porque Sameer había hecho algo para confundirlos.

—¡Cuidado! —gritó Patricia—. ¡Que no disparen a su depósito de comb...! —Pero no podía hacerse oír por encima de los disparos, los motores, los gritos y la jauría.

Toby ya corría hacia la gigantesca barrena, lanzando un hechizo de transmutación de metales. Mientras tanto, Diantha también avanzaba hacia la barrena, con la determinación reflejada en el precioso rostro bronceado. Una bala la alcanzó en el costado y cayó de rodillas.

Patricia corrió y se agachó junto a Diantha, que sangraba a borbotones y jadeaba.

—Aguanta —le dijo—. Parece que la bala ha salido limpiamente, pero me temo que ha atravesado una arteria. Aprieta bien.

—No pierdas el tiempo conmigo —dijo Diantha—. La misión. Concéntrate en la misión.

Patricia besó a Diantha en la boca mientras buscaba con las manos el agujero que escupía sangre. Encontró la arteria y la reparó, dolorosa y torpemente. Le pasó una bala por delante de la cara. Interrumpió el beso y dijo:

—Dime la verdad. ¿Es cierto que el Árbol te habló?

—Es una pregunta terriblemente grosera —respondió Diantha—, sobre todo en estas circunstancias. —Un grito. Parecía Toby—. Ahora todo depende de ti. Que sientan la furia. —Y se quedó inconsciente.

Patricia alzó la vista, con la cabeza de Diantha en el regazo. Sameer y Taylor habían hecho un trabajo tan bueno creando confusión que no veía qué pasaba. La nieve surcaba el aire en oleadas, y un gran perro, como un husky, saltó delante de Patricia y cayó patas arriba. El sonido de los disparos era continuo, como el ruido blanco más ruidoso del mundo.

El muro de nieve se despejó un poco, y Patricia vio un cadáver tendido boca abajo, con la bufanda de Eltisley.

—No, no, no —murmuró. Se puso en pie. Aún podía arreglar aquello; tenía que arreglarlo.

Puede que el ataque al gasoducto llevara noventa segundos en marcha. Cuanto más durase, más balas volarían en todas direcciones y más aumentaría la probabilidad de que se produjera un desastre visible desde el espacio.

El frío la desgarraba, y deseó tener unas gafas como las de esos que intentaban matarla. Le costaba avanzar, porque su centro de gravedad se obstinaba en bajar hacia el suelo. No eran solo el viento y la nieve en la cara. Todo era horrible. Intentó imaginar cómo sería desatar las fuerzas de la naturaleza; ¿qué demonios significaba eso? Si no se tenía en pie, ¿cómo iba a controlar el clima? El flujo magnético de aquel lugar le estaba provocando el peor dolor de cabeza de su vida, justo cuando intentaba pensar. ¿Y si conseguía llegar más allá y conectar con la naturaleza? Pero la naturaleza no era un solo proceso; era un montón de procesos que interaccionaban de forma imprevisible. Y si recordaba algo de su única conversación con ese estúpido Árbol, era que estaba al servicio de la naturaleza, no a su mando, y no se podía creer que esa crucial distinción no hubiera quedado clara en sus estúpidas charlas sobre su experiencia, y ya era demasiado tarde y todos iban a morir como imbéciles de tomo y lomo. No podía controlar la naturaleza; ni

siquiera podía controlarse ella misma, y aquel campo magnético la estaba aplastando como una manaza de acero; el magnetismo la machacaba. Un perro enorme corrió directo hacia ella, ladrando tan fuerte que se oyó por encima de los disparos y el caos, y Patricia se sorprendió al darse cuenta de que lo entendía. Decía, básicamente, «¡Te voy a arrancar la garganta! ¡Estás muerta!», y le pareció un momento bastante tonto para recuperar la capacidad de hablar con los animales, cuando no tenía forma de razonar con ellos y aquello solo le recordaba que no podía moldear las dichas fuerzas de la naturaleza, ni siquiera influir en ellas, y le gustaría que no estuviera ese flujo magnético que le provocaba la migraña más fuerte de la historia de los cráneos, y de repente se dio cuenta de que sí sabía qué hacer. Levantó las manos a los cielos y esperó lo mejor, antes de que se produjera un crujido cegador y...

Patricia se despertó a bordo de un dirigible que no era el que habían robado. Estaba tendida en un banco y Kanot la miraba desde arriba, con una expresión que solo cabría describir como colérica en su rostro albino afeitado.

—Me has decepcionado —dijo en tono monocorde.

Patricia quería decir que todo había sido idea de Diantha, pero no era capaz.

—¿Qué ha pasado?

—Toby ha muerto. Igual que media docena de guardias de la instalación que habéis decidido atacar por iniciativa propia. Espero que puedas vivir con eso. Diantha y Sameer están heridos, pero los dos sobrevivirán. Parece que te las apañaste para colarte en el campo magnético aumentado de la región polar y soltar una especie de pulso electromagnético que no solo dejó fritos todos los dispositivos electrónicos en veinte kilómetros a la redonda, sino también todos los cerebros, el tuyo incluido. No deberías haber sido capaz de hacer eso y no sabemos muy bien cómo lo hiciste.

—Había un perro que quería morderme. —Le martilleaba el corazón, y no paraba de ver formas extrañas. Entonces se le ocurrió una cosa—. Toby llevaba una bufanda de Eltisley. Y vinimos con el dirigible, que tiene pintada la insignia.

—Ya lo hemos resuelto. No queda nada que pueda relacionarnos con eso. —Kanot dejó escapar un bufido de desdén que parecía proceder de su estómago—. Tu vida va a ser muy distinta de ahora en adelante.

—Lo siento mucho.

—No tanto como lo vas a sentir.

Parecía que iba a decir algo más, como, tal vez, que se podría ir de rositas a cambio de su primogénito, pero se encogió de hombros y se alejó, dejando a Patricia con un dolor de cabeza y una sensación de errores sin enmienda. Se incorporó lo suficiente para mirar por un gran ojo de buey. Estaban sobrevolando el mar, y el sol se ponía tras unas nubes de un aciago color morado.

## 8

Los loros estaban comiendo flores de cerezo en la copa de un gran árbol, en la empinada ladera de una colina, no muy lejos de la catedral de la Gracia: media docena de aves de un verde chillón con manchas rojas en la cabeza que se enconaban con las flores blancas. Los pétalos se esparcían por el césped y la acera mientras los loros graznaban y picoteaban con sus picos curvos. Laurence y Patricia los miraban desde el borde del parque de la acera de enfrente.

San Francisco nunca dejaba de sorprender a Laurence: por las calles había mapaches y zarigüeyas salvajes, sobre todo de noche, y con el pelaje brillante y el rabo largo, parecían gatos si no se miraban dos veces. Había nidos de mofetas debajo de las casas. Aquellos loros eran nativos de algún lugar de Sudamérica donde no existían los cerezos, pero por algún motivo se habían aficionado a sus flores. Casi todos los conocidos de Laurence pasaban hasta el último minuto obsesionados con lo que decía *Computron Newsly* de ellos y de sus amigos, o con quiénes seguían consiguiendo financiación pese a la crisis. El único motivo por el que Laurence observaba aquellas adaptaciones urbanas de la naturaleza era que Patricia veía una ciudad muy distinta de la que veía él.

Lo cierto era que Laurence solo prestaba atención a medias al asombroso espectáculo de aquellas vistosas aves tropicales devoraflores, porque no podía quitarse de la cabeza que había estado a punto de borrar a un ser humano de la existencia. Había dormido muy poco las dos semanas anteriores, porque pasaba veinte horas al día intentando averiguar qué había salido mal. Además, cuando intentaba dormir, recordaba la boca de Priya, abriéndose y cerrándose, y le redoblaba el corazón como un tambor de circo.

Incluso en aquel momento, sentado con Patricia en una tosca manta, sobre la hierba, se preparaba mentalmente para cuando Patricia dijera algo: sabía perfectamente qué había ocurrido con Priya, quizá hasta mejor que él, y aún no había emitido el menor juicio. Probablemente estaba esperando el momento adecuado.

—Vale. —Patricia rompió el silencio—. ¿Qué pasa? —Tenía en la pálida rodilla ligeras marcas de hierba.

—Nada. —Laurence se colocó una sonrisa—. Estoy mirando los loros. Son increíbles.

—Huy, ahora sí que tienes que decirme qué pasa. Te conozco lo suficiente para saber cuándo sales con evasivas.

—Estoy esperando a que me llames gilipollas —reconoció—, por haber experimentado con Priya sin las medidas de seguridad adecuadas, de forma que tuviste que salvarnos el culo. Supongo que me tienes guardada una buena bronca.

Patricia se encogió, como si la hubiera puesto en una posición incómoda.

—No creía que fuera mi cometido —dijo al fin—. ¿No tienes jefes que te canten las cuarenta? Me figuro que le estaréis dando muchas vueltas.

—Sí, claro. Claro.

Lo cierto era que ninguno de sus compañeros de equipo había querido hablar del incidente. Una o dos veces, alguien había mencionado «el accidente de Priya», lo que había provocado un silencio incómodo y retraído que hacía sentirse a Laurence como si se hubiera tragado un cubito de hielo. Anya seguía enfadada con él por no haber querido explicarle cómo había rescatado Patricia a Priya, ya que no podían establecer protocolos sin saber qué había funcionado la última vez. Sougata y Priya intentaban olvidar aquella pesadilla. Mientras tanto, Laurence no encontró el momento adecuado para comentárselo a Isobel, que en teoría era su supervisora.

—Escucha, Laurence. —Patricia lo miraba a él, no a los loros. Tenía los ojos muy abiertos y se mordisqueaba el labio inferior—. Me gustó mucho que dijeras que no ibas a contribuir a bajarme los humos, tal como te pidió Kawashima, pero tampoco tienes que ponerme por los cielos o me volveré loca. He hecho cosas que no podré superar nunca. Si supieras todo lo que he hecho, no soportarías estar a mi lado.

Al oír a Patricia hablar así, Laurence se sintió como si fuera en avión y atravesaran una corriente vertical. Como si Patricia estuviera a punto de abrirse y eso le pareciera emocionante por motivos que no podía revelarse a sí mismo. Pero también le daba pánico que tuviera razón y que, en efecto, hubiera cosas que lo impulsaran irremisiblemente a apartarse de ella. ¿Y si estaba a punto de decirle que recargaba sus poderes bruñeriles bebiendo sangre de recién nacido? Además, cada vez que averiguaba algo sobre Patricia y la magia, también perdía algo.

Sin embargo, nada de aquello pudo al subidón de adrenalina de «Hostias, ahora mismo me siento cerca de esta persona». En la piel, hasta en el cuero cabelludo. En el pecho.

—Pues vale —dijo en voz alta—. Ya me ayudaste a resolver mi peor cagada, y no creo que tú hayas tenido ninguna más gorda.

En la acera, más abajo, una mujer empujaba una sillita y gritaba al niño, de pelo lacio y vestido con un mono, que iba a pie y no paraba de correr hacia el cerezo para intentar molestar a los loros, aunque solo se reían de él. La madre amenazó con contar hasta cinco.

—Una vez, a unos cuantos se nos fue la pinza y nos dio por atacar un proyecto de perforación en Siberia. Hubo muertos, incluido un amigo mío. Y ahora... —Respiró a fondo, casi temblando—. Maldigo a gente. Por ejemplo, a un tipo que había violado y matado a unas cuantas chicas lo convertí en nube. Había un cabildero que contribuía a bloquear normativas de protección medioambiental; lo llamaban el Picasso de la Ley de Reducción de la Burocracia, y lo enredé para convertirse en tortuga marina. Las tortugas marinas viven mucho tiempo, más que la mayoría de los humanos, así que no fue un asesinato. Unos burócratas intentaban echar a mi amigo Reginald de una vivienda con ayuda al alquiler, y a uno le provoqué urticaria. Y así. —No podía mirar a los ojos a Laurence.

—Vaya. —Laurence no debería haberse sorprendido; ya había visto lo que pasó con el señor Rose, pero Patricia le había dicho que era obra de una bruja de nivel muy alto. Durante un momento sintió que la pronunciada cuesta se volteaba, pero luego recobró el centro de gravedad—. Vaya —repitió—. Debo reconocer que no te imaginaba haciendo esas cosas. Me figuraba, no sé, que ibas por ahí bendiciendo bebés o algo así.

—Estás pensando en las hadas. Si yo bendijera un bebé, tendría exactamente el mismo efecto que si lo bendijeras tú.

—Lo dudo. Los bebés tienden a vomitar como un géiser cuando me ven. De todas formas, parece que te metes con gente que se lo merece. No sé. Si yo pudiera convertir a las personas en tortugas, habría tortugas por todas partes.

Ninguno de los dos habló durante un rato. La madre había vuelto a sentar al niño en la sillita y bajaba rápidamente hacia el puerto deportivo. Los loros habían dejado de picotear y volaban de un lado a otro, entre el cerezo y un par de árboles altos que flanqueaban un enorme edificio eduardiano, graznando sin parar. Una o dos veces pasaron justo por encima de la cabeza de Laurence, con el plumaje verde extendido como una salva.



—Por simple curiosidad —dijo Laurence—, ¿tenéis un marco ético? Aparte de esa regla que mencionan todo el rato, claro. ¿Cómo sabes qué hacer? —Hablaba con prudencia, porque evidentemente era una conversación peliaguda para Patricia; estaba apartando la mirada.

—Hmmm —dijo Patricia, y se encogió de hombros, de modo que sus pechos se elevaron tras la camiseta blanca—. A veces sigo instrucciones, de Kawashima o de Ernesto, y confío en ellos. Pero también... No puedo convertir en tortuga a todo el mundo. Tengo que aceptar las situaciones. Y... ¿ves esos loros? —Señaló las aves color manzana, que habían vuelto a atacar las flores de cerezo después de recorrer unas cuantas veces el parquecillo.

—Sí, claro. —Laurence les observó los puntos rojos de la cabeza, que subían y bajaban. Parecían estar burlándose de cualquiera que pretendiese enjaularlos.

—Entiendo lo que dicen. Sobre todo, que están bastante cabreados con su amigo el del centro, porque es demasiado tonto para volar alto y siempre está a punto de comérselo algún halcón. Y también entiendo todo lo que dicen ahora mismo esos cuervos de ahí.

—Vaya. —Laurence ni se había fijado en los cuervos del cable cercano, que lo miraban fijamente—. Entonces, ¿los entiendes a todos? ¿Todo el tiempo?

—Tengo que concentrarme bastante, pero sí.

—¿Puede hacer eso toda la gente mágica? ¿Como Kawashima y Taylor?

—A lo mejor, si les hiciera mucha falta. Si se esforzaran mucho. No casi siempre. Cada cual tiene sus habilidades.

—¿Y no te vuelve loca oír hablar a los animales todo el tiempo?

—Pues no. Será que estoy acostumbrada. Casi siempre desconecto, igual que todos desconectamos a los que hablan a nuestro alrededor. Pero a la vez, siempre me planteo sin pensarlo qué opinarían los cuervos. Son muy inteligentes.

Los cuervos parecían enzarzados en un intenso debate político, graznando y argumentando. Uno sacudió las plumas, casi como un perro mojado.

Laurence sabía que estaba a punto de joderlo todo; debería haberse quedado callado. Pero entonces Patricia sabría que se guardaba su opinión y eso podía ser peor.

—No te lo tomes a mal —dijo—, pero eso no me parece la base de un marco ético. «¿Qué opinarían los cuervos?». Los cuervos no pueden asimilar por completo todas las ramificaciones de las decisiones de las que hablamos.

Un cuervo no puede entender cómo funciona un reactor nuclear ni en qué consiste la Ley de Reducción de la Burocracia.

—¿Tú sabes en qué consiste esa ley?

Laurence ardía dentro del cuello demasiado apretado.

—Eh..., pues..., es una ley, ¿no? Y supongo que reduce la burocracia.

—Joder, ¿te has oído? Sí, ya sé que los cuervos no pueden entender la física nuclear; tampoco puede la mayoría de la gente. No estoy diciendo que les pida asesoría científica.

Laurence se atrevió al fin a levantar la vista, y Patricia parecía más divertida que enfadada. Con un poco de sorna en la mezcla. No era tan grave.

—Ya, pero lo que digo es que algunas cuestiones éticas son más complejas.

—Sí, claro. —Patricia sacudió la cabeza y medio silbó—. Pero te vas tanto por las ramas que no sé si no me entiendes o no quieres entenderme. Te estoy diciendo que hay muchas formas de observar el mundo, y que puede que yo tenga ventaja porque puedo oír distintas voces. ¿De verdad no lo pillas?

Laurence se sintió como si los cuervos estuvieran riéndose de él, como si Patricia les hubiera dado el soplo.

—Sí, eso lo pillo, en serio. Pero es que creo que la ética es universal y deriva de principios, y que es espinoso supeditarla a la situación. Además, no creo que los cuervos sepan mucho, por no decir algo, de ética. No creo que ningún cuervo se haya parado nunca a pensar en el imperativo categórico.

—Me encanta. Empiezas preocupándote por que te juzgue y acabas juzgándome. —Patricia estaba más tensa, indiscutiblemente, y se había ido al borde de la manta. Laurence se sentía tóxico, y se temía que había ido a tocar los cojones a la única persona de este puto mundo con la que podía hablar.

—No te estoy juzgando ni un poco, te lo aseguro. Ya te he dicho que, si por mi fuera, habría tortugas por todas partes.

—Es que no creo que la ética requiera unos principios. En absoluto. —Patricia se acercó un poco y le rozó el brazo con unos dedos fríos, por donde antes lo había agarrado—. Creo que la base de la ética consiste en ser consciente de la medida en que las acciones propias afectan a los demás, y en plantearse qué quieren y cómo se sienten. Y eso siempre dependerá de con quién se esté tratando.

Laurence respiró profundamente, y se dio cuenta de que Patricia y él tenían una desavenencia pero tampoco era el fin del mundo. De acuerdo, no estaba muy bien que ella se hubiera sincerado sobre cosas respecto a las que

era increíblemente sensible y él se hubiera puesto a echarle por tierra las ideas. Pero Patricia podía con ello y era capaz de contraatacar.

—La verdad es que te entiendo —dijo Laurence—. Últimamente andaba pensando algo parecido. —Le habló de cómo imaginaba ir a otro planeta y comprobar personalmente que nada de lo que dábamos por supuesto en la Tierra tenía aplicación allí. Que no había nada parecido a la forma en que «se supone» que tienen que funcionar las cosas—. Y puede que sea lo que tienes tú, sin salir de la Tierra: una perspectiva extrahumana de la realidad. Así que sí, lo pillo.

—Vale —dijo Patricia. Hurgó en el bolso y sacó el Caddy, que la informaba de que debería estar en otro sitio.

Laurence quería decir algo más, como que era probable que el hecho de que Patricia se preocupara tanto por la posibilidad de ser un monstruo indicaba que no lo sería jamás. Pero Patricia ya se alejaba colina abajo, y solo se detuvo un momento a decir algo, un consejo o una simple demostración, a los loros, que la ducharon con pétalos blancos como arroz en una boda.

Todos los restaurantes orgánicos pijos de SoMa se habían hundido, así que Laurence y Serafina acabaron comiendo en un garito grasiento que ofrecía comida china y donuts. Los donuts estaban frescos, pero el pollo General Tso era un poco demasiado general. A Laurence le daba corte no haber ofrecido un plan mejor a Serafina.

Pero no parecía importarle; hasta se comió un donut con palillos. Las pestañas postizas le llegaban casi por las mejillas, y a Laurence le dolía mirarla. Era espectacular. Habría dado prácticamente cualquier cosa por desatar la Opción Atómica. Podía darle otro anillo, claro, pero no sería lo mismo sin la historia sobre su abuela. Serafina se había terminado el donut y estaba mirando el teléfono.

El neón que anunciaba los donuts crepitaba. Laurence se dio cuenta de que llevaban mucho tiempo sin hablar. «Ojalá pudiera usar la escucha activa para llenar el silencio». No podía dejar de visualizar la expresión desconcertada de Priya, y le provocaba un sabor agrio en la boca y un gran peso en el estómago.

—Bueno, ¿qué te pasa? —preguntó Serafina.

—Er... Nada. —No podía contarle lo de Priya sin revelar la verdad sobre el experimento antigravitatorio; además, Serafina querría saber cómo la habían salvado exactamente—. Tuvimos un... percance en el trabajo. Y no tengo ni idea de cómo contárselo a Isobel. Por no hablar de Milton.

—Diles la verdad, supongo. Ya son mayorcitos, ¿no? —Se encogió de hombros y volvió a centrarse en el teléfono.

Tenían planes de dormir juntos, pero Laurence acabó volviendo al trabajo a pasar otra noche.

—Igual si paso unos días más sin dormir —le dijo a Serafina—, podré informar de algún progreso, no solo de ese fracaso.

—O igual cometes errores más gordos por la falta de sueño —dijo Serafina, sonriendo porque se había visto en la misma situación—. Suerte. Te quiero.

Echó a andar calle arriba hacia Market, donde el metro prestaba un servicio irregular, y Laurence se quedó mirándola hasta que llegó a la esquina, preguntándose si giraría la cabeza para mirarlo o se volvería para despedirse con la mano una vez más. No fue así. El corazón de Laurence derrapó como una bici de montaña sobre hielo negro cuando la vio desaparecer.

Laurence quería esperar a que Isobel estuviera de buenas para contarle lo del accidente de Priya, pero al cabo de unos días se dio cuenta de que últimamente costaba encontrarla de buen humor. Prácticamente lo primero que le había dicho a Laurence fue que no le gustaba sentirse una figura de autoridad, y ahora era la segunda de a bordo de Milton en aquella inmensa empresa; quien dictaba las leyes de un pequeño ejército de frikis. Cuando se veía en el espejo, con un traje de chaqueta color ciruela y el pelo recogido en un moño entrecano, se paraba a mirarse con el ceño fruncido.

Al final, después de haber pasado dos noches seguidas en el laboratorio, Laurence decidió morder la bala. Cuando llegó a casa a rastras, Isobel estaba mirando imágenes por satélite del océano Atlántico en la mesita de la cocina, y le señaló una fea mancha en la Corriente del Golfo.

—El ciclón Camilla.

—Ah, sí. —Laurence se acercó a mirar—. Ya me he enterado. Estuvo a punto de alcanzar la Costa Este. Todo el mundo dice que podría haber sido peor aún que el Sandy o el Becky.

—Es la tercera vez que nos libramos por los pelos en un par de años —dijo Isobel—. Y aún no ha terminado la temporada de huracanes. Milton está de los nervios.

Laurence acercó una silla.

—Escucha. Prefiero que no se lo digas a Milton, pero tuvimos... un percance en el trabajo.

—¿Qué clase de percance? —La tapa del portátil de Isobel hizo *clic* al cerrarse.

—Un accidente. En el laboratorio. —Intentó contarle todo lo ocurrido sin mencionar a Patricia—. No sabemos muy bien por dónde seguir.

—Bueno. —Isobel apartó la silla y se acercó al mueble bar a por una botella de grappa; sirvió a Laurence y se sirvió. Volvió a sentarse, con los codos apoyados en la mesa—. Parece que necesitáis más protocolos de seguridad y, tal vez, no probar el equipo aleatoriamente con humanos sin hablar antes con Milton o conmigo.

—Ya. —Laurence tragó saliva—. Fue una idiotez. Y soy el responsable. Pero es que... me pone nervioso la forma en que se desestabilizó el campo gravitatorio. Eso no debería haber pasado. Hemos hecho muchas pruebas, pero tenemos que hacer muchas más. Aunque igual deberíamos volver a la casilla de salida y abordar un enfoque distinto.

—Uh-huh. —Isobel bebió un traguito y lo miró con los ojos entrecerrados—. La última vez que hablamos me dijiste que todo iba viento en popa.

Laurence sintió que el sueño atrasado le pasaba factura.

—Y era así. Todo tenía muy buena pinta. Hasta que dejó de tenerla.

—Me has pedido que no se lo diga a Milton. Eso significa que quieres que le mienta y le asegure que estás cumpliendo tu parte del proyecto, condición sin la cual el trabajo de todos los demás equipos es una pérdida de tiempo. ¿Qué pretendes que le diga? ¿Que estás a punto de dar con la clave, cuando en realidad has vuelto a la «casilla de salida»? —Apuró el vaso de grappa y le sirvió más a Laurence.

—Eh. —Laurence se apoyó en las patas traseras de la silla hasta correr grave peligro de caer de espaldas—. Nadie tiene por qué mentir a Milton. Sabe que hacemos lo que podemos. Me confiasteis esto.

Isobel sacudía la cabeza.

—No puedo. Cuéntale a Milton lo que acabas de contarme. Va a venir en unos días. Dile que estás atascado y te enviará a las instalaciones de las afueras de Denver, donde no tendrás distracciones.

Laurence tuvo un *flashback* repentino de cuando sus padres lo dejaron en la trampa mortal de la academia miliar, y la neblina de la falta de sueño se volvió roja.

—Escúchame, por favor. —Plantó en el suelo las cuatro patas de la silla y se agarró a la mesa con los puños—. No vamos a darnos por vencidos,

maldita sea; solo damos un puto paso atrás. No intentes chantajearme o presionarme o lo que sea, joder.

—No es chantaje —dijo Isobel, y se sirvió más grappa—. Es lo que va a pasar, sí o sí. Firmaste un contrato; te comprometiste en este proyecto. Y te han tratado con guante de seda por ser amigo mío. ¿Te acuerdas de cuando viniste a mi casa, hace seis años?

—Sí —dijo Laurence. Sus padres estaban en trámites de divorcio, y él necesitaba un escondite. Acababa de reanudar el contacto con Isobel, que lo invitó a pasar el verano en su cuchitril mientras lanzaba su startup aeroespacial.

Cuando Laurence recordaba aquel verano, su primera impresión era el calor del desierto que lo abofeteaba en cuanto salía del aire acondicionado. Cargaba con un iPad y seguía a Isobel intentando que se materializara cualquier cosa que le hiciera falta sin que tuviera que llegar a pedirla. Una chica llamada Ivy, de largo pelo negro y brillo de labios de cereza, se lo montó con Laurence por la noche, tras los silos que olían a ozono. Milton rondaba por ahí con una gorra de golf y un pantalón corto; Laurence se sorprendió al darse cuenta de que era el tipo mayor con jersey de cuello alto que le había echado la bronca por tocar el cohete en el MIT. Milton soltaba perlas del estilo de: «Realizar el salto de la infestación planetaria a la diáspora interplanetaria es la tarea más ambiciosa que se ha propuesto jamás la especie humana. Es cuestión de vida o muerte, y no exagero».

—Me seguías como un perrito mientras yo intentaba sacar adelante mi proyecto por todos los medios. —Isobel resopló cuando un trago de grappa se le fue por mal camino—. A todos nos parecías un simple mitómano, pero entonces, el último día, te presentaste con aquel artículo de física cuando todos estábamos sentados en aquel sofá de la pata rota, mirando vídeos de Nine Inch Nails y lloriqueando.

—El artículo sobre la tunelización gravitatoria —dijo Laurence—. Ya me acuerdo. —Eran las conjeturas sobre un método de viaje interestelar de algún físico loco de Wollongong. Milton lo consideró una chorrada en un primer momento, pero después lo releyó y se puso a garabatearse notas en el brazo. Y aquello contribuyó a que Milton fundara el Proyecto Diez Por Ciento, con la intención de sacar del planeta al diez por ciento de la población en unos decenios.

—Así que no te quedes cruzado de brazos como si solo pasaras por aquí —dijo Isobel—. Fuiste uno de los que pusieron esto en marcha, y no sé si has estado mirando las noticias, pero el mundo está al borde del abismo.

—Lo sé. —Laurence balanceó la silla adelante y atrás hasta que el traqueteo de las patas de madera se hizo demasiado irritante.

—Pues si no quieres que le diga a Milton que vas a dejarlo, no lo dejes. Y si quieres volver a la casilla de salida, puedes decírselo tú mismo, pero no me obligues a cubrirte las espaldas. Y no intentes nadar y guardar la ropa, ¿vale?

—Vale —dijo Laurence.

Isobel volvió a abrir el portátil para poder obsesionarse un poco más con el mapa por satélite, y la luz de la pantalla le confería un aire espectral, como si fuera desvaneciéndose poco a poco.

Siguieron un rato sentados sin hablar, hasta que Laurence se escabulló para irse a la cama. Se levantó en plena noche y fue a por agua, y se encontró a Isobel sentada en esa misma mesa, llorando sobre una botella casi vacía, con la cara recorrida por temblores. La ayudó a subir a su dormitorio, sosteniéndola con los hombros, y la metió en la cama. Se quedó con ella lo suficiente para asegurarse de que dormía de lado.

## 9

—¿Seguro que deberíamos estar haciendo esto? —preguntó Patricia cuando los dos estaban desnudos pero aún no habían pasado de los besos.

—Hace poco descubrí que la certidumbre puede ser una forma de maldición —dijo Laurence.

Estaban en el dormitorio de Laurence, que Patricia no conocía hasta entonces. Era una especie de apartamento de invitados, en la planta baja de la casa de Isobel; por la ventana, situada tras la cama de matrimonio con colcha de Superratón, se veía el jardín trasero. En la pared opuesta tenía un espacio de trabajo, con la *docking station* de un portátil y un monitor de diecinueve pulgadas, además de estantes y estanterías llenos de apaños electrónicos. Incluidos cinco Caddies, dos de ellos con jailbreaking y otros dos interconectados con una maraña de cables.

El trozo de pared que quedaba, junto a la puerta, estaba ocupado por una pequeña librería con novelas gráficas, textos de ingeniería y unas cuantas memorias de científicos, como *¿Está usted de broma, señor Feynman?* Encima de la cómoda había figuras y juguetes aleatorios en poses tontas, y Jimmy, uno de los robots de Serafina, miraba por encima del cabecero de la cama.

Laurence estaba bastante histérico. Había estado con una cantidad de chicas nada desdeñable, pero con la mitad por lo menos había ligado estando los dos algo alegres, lo que le proporcionaba una justificación razonable en caso de rendimiento sexual insuficiente. En los últimos años de carrera había salido con Ginnifer, una ingeniera eléctrica de sonrisa aviesa que fabricaba dispositivos destinados a estimular la próstata de Laurence con diversos niveles de vibración mientras le cabalgaba el pene y se aplicaba una función equivalente de velocidad y vibración variables en el clítoris.

Pero Patricia era alguien a quien conocía desde hacía media vida, con quien había vivido una historia laberíntica. No podía meter la pata. Además era posible que Patricia estuviera acostumbrada al sexo mágico alocado. Igual los brujos se convertían en murciélagos para practicar el sexo murcielaguil a treinta metros de altura, o follaban en el plano espiritual o con elementales de



fuego o a saber. Aunque todo lo anterior fuera incorrecto, tenía mucha más experiencia que él.

Y también estaba el hecho de que desnuda era absolutamente espectacular; incluso radiante. Muchas veces se ponía ropa ancha, pero tenía el pecho perfecto y más grande de lo que Laurence se esperaba, y brazos y piernas largos y esbeltos. Tenía la piel pálida, pero con cierta calidez rosada. Cuando se movía en la cama, doblaba los dedos de los pies y su largo pelo negro se derramaba por todas partes, y Laurence le entreveía la pelusilla púbica y las corvas, y todo aquello le parecía un milagro. Empezaba a apreciar una fracción de lo bella que era Patricia. En el último par de meses, Laurence se había sorprendido alguna vez pensando «Ojalá tuviera aún el anillo de mi abuela para dárselo como Dios manda», pero en aquella ocasión pensaba también: «Por favor, que no lo eche todo a perder, que esto no sea un inmenso error».

Patricia, por su parte, miraba a Laurence y sentía un ansia más profunda que el simple deseo sexual, aunque el deseo también estaba presente. Tenía la impresión de haberse pasado toda la vida diciendo a la gente «No tiene por qué ser así», frase prima hermana de «Puede ser mejor», o incluso de «Podemos ser mejores». De pequeña, cuando los compañeros la aplastaban contra la tierra o Roberta la encerraba en un antiguo baúl de especias y echaba el candado, intentaba decir aquello con lágrimas en los ojos, pero por aquel entonces le faltaban las palabras y, en cualquier caso, nadie las habría entendido. Cuando era la inadapta y el bicho raro en el colegio de secundaria, donde todos querían quemarla viva, hasta había renunciado a buscar la forma de decir «Puede ser más que esto». Pero nunca desechó aquella sensación, y en aquel momento volvía en forma de esperanza. Miró la cara de Laurence, más cuadrada y agraciada sin el marco de un gran cuello de camisa; sus pezones sorprendentemente abultados y de aspecto chupable; su pubis rasurado y la forma en que el vello de las piernas y el estómago formaba un corazón alrededor de la zona depilada. Y tenía la impresión de que ellos, ellos dos, allí mismo, en aquel mismo momento, podían crear algo que burlara la tragedia.

Habría pasado un par de meses desde que esquivaron el desastre de Priya cuando Laurence salió a tomar algo con Patricia, porque solo ella podría empezar a entender por qué acababa de decirle a Serafina que deberían pasar más tiempo separados. Todos sus demás amigos pensaban que estaba loco.

Laurence, sentado en la esquina más oscura del PoisonRx, se tomó un snakebite y le contó toda la historia a Patricia: que, para empezar, jamás se había sentido digno de Serafina; que su amor le parecía un engaño compartido que se sostenía a base de pura cabezonería. Patricia no tosió: ella también había tenido relaciones así, y negarse a aceptar la realidad la había convertido en quien era.

—Algo que hemos visto los dos —dijo Patricia— es que las cosas vuelven. La gente vuelve. Puede que Serafina y tú tengáis otra oportunidad en algún momento.

—Sí, puede. —La bebida de Laurence había pasado de la fruta agria al pan negro en un solo trago—. Pero a veces hay que aceptar la derrota.

Patricia no paraba de disculparse por lo del anillo, hasta que Laurence se puso en plan: «No. Tengo que echarle un par y aceptar las responsabilidades. Por lo de Priya, por las consecuencias y por la decisión que tomé luego, ¿verdad?». Decir aquello lo hizo sentir mejor, porque era cierto y porque le daba la impresión de participar activamente en su propia vida.

No era que Laurence y Patricia se hubieran puesto a salir juntos a partir de aquello; simplemente se veían. A todas horas. Laurence pasaba con ella mucho más tiempo del que nunca había pasado con Serafina, porque cualquier salida con Serafina tenía que ser perfecta y se agobiaba pensando que se ponía pesado. Con Patricia, simplemente, comía, tomaba café o salía de copas, siempre que lograba desembarazarse de la correa de Milton. Siempre estaban haciendo trampas al fútbolín, bailando en The EndUp entre gays insomnes hasta las cinco de la mañana, jugándose tartas a los bolos, inventando elaborados juegos de chupitos para las películas de Terrence Malick, citando de memoria a Ruthford B. Hayes y construyendo las cometas más extravagantes a las que pudieran convencer para alzar el vuelo sobre Kite Hill. Siempre iban de la mano.

Cada uno conocía casi todos los secretos del otro, y eso los autorizaba a hablar con pésimos juegos de palabras y citas de antiguas canciones de hip-hop o seudojerga de traficantes de alcohol de los tiempos de la Prohibición, hasta el punto de que nadie más soportaba su compañía.

Patricia no recordaba una época en la que se hubiera tomado menos en serio a sí misma. Igual era que Laurence, sin darse cuenta, cumplía lo de impedir que se le subieran los humos, tal como había prometido a medias a Kawashima y Ernesto, pero a ella no le importaba ni de lejos. Por primera vez desde que le alcanzaba el recuerdo, solo era una chica que reía demasiado fuerte en el cine.

En algún momento, cuando alguien pasa con otra persona hasta el último rato libre de vigilia, ha desarrollado con ella un idioma privado y siempre se queda por ahí hasta mucho después de tener que haberse ido a la cama, inevitablemente empieza a preguntarse si no sería más fácil compartir también la cama. Por no mencionar si no sería más divertido.

Patricia subió la mano izquierda para acariciar el contorno del rostro de Laurence, desde la mandíbula hasta justo debajo del ojo. Los tenía más azules de lo que ella creía, junto con el gris al que estaba acostumbrada. Se le dilataron un poco las pupilas. Subió con la mano izquierda del muslo al estómago de Laurence, que se estremeció ligeramente. El pene se incorporó desde la zona lisa y superó el cortafuegos para posarse en el vello del abdomen.

A Patricia le resultó gracioso que él se depilara y ella no, pero no le pareció un momento oportuno para reírse.

Si alguno de los dos hubiera vuelto la cabeza y hubiera mirado los estantes de detritos electrónicos, puede que se hubiera dado cuenta de que los Caddys hacían cosas raras. Esto es, se comportaban de una forma en que nadie había visto nunca comportarse a un Caddy. En la punta de las carcasas con forma de púa de guitarra se encendió un led que indicaba que se había activado la minúscula cámara. Incluso en los dos que en teoría estaban formateados y ejecutaban Artichoke BSD. El Caddy del bolso de Patricia también cobró vida y llenó la pantalla de datos. Esa no era la forma en que un Caddy iluminaba la pantalla para recordar una cita, ni se parecía al bocadillo que salía en la esquina para indicar si algún amigo andaba cerca. No era ningún asunto de interfaz de usuario; simplemente, los Caddys estaban interesados en aquel acontecimiento. A aquellas alturas, los Caddys habían estado presentes en mil millones de actos sexuales humanos, pero hasta entonces no se habían molestado en mirar.

El teléfono de Patricia se apagó, aunque estaba a tope de batería. Igual que el de Laurence. Al otro lado de la ciudad, Isobel, la compañera de piso de Laurence, perdió el autobús por unos segundos, y luego se estropeó el siguiente autobús, así que tardaría en llegar a casa. Laurence había dejado activo en el portátil el programa de mensajería instantánea, pero se colgó. Ni siquiera el ciclón Allegra, si hubiera llegado a tierra en Delaware y hubiera borrado la mitad de la Costa Este con sus dos mil kilómetros de furia de categoría tres, podría haberlos molestado en aquel momento.

Patricia no había visto a Laurence desnudo desde que los dos tenían trece o catorce años, y por aquel entonces intentó no mirar demasiado. En esta ocasión se concentró en asimilar hasta el último detalle. Meticulosamente. Con avaricia.

El cuerpo de Laurence era mucho más sólido de lo que ella imaginaba, ya que al ser tan alto cabía esperar un palo de escoba. Sentado en la cama, todo él concentrado en un lugar, resultó tener agradables abultamientos en los bíceps y los pectorales, y unos muslos nada desdeñables. Aún tenía aspecto de poder hacer pista y campo, sobre todo campo. A Patricia siempre le habían parecido emocionantes sus manos grandes e inquisitivas, pero eran aún más sexis en el contexto del resto de la piel: el pelo color arena subía desde los nudillos hasta el final de los brazos, y lentamente se hacía más oscuro y denso cuando bajaba por el pecho hacia la zona lisa con forma de corazón. Patricia no había visto nunca nada tan bello. Quería tocarlo con todo el cuerpo eternamente.

Parecía un buen impulso, así que lo siguió y saltó sobre él. Laurence soltó un gruñido de sorpresa, y después, un gemido cargado de felicidad. Sus pechos se rozaban y tenían las caras a la misma altura, y ella estaba sentada en su estómago, con los pies a los lados y el culo rozándole ligeramente la polla. Laurence se echó a reír y ella también, y después se inclinó y lo besó y le mordisqueó el labio con cuidado de no perforarle la piel.

Todo el cuerpo de Patricia hormigueaba, hasta el cuero cabelludo y los codos, y sintió que se apoderaba de ella una especie de locura mejor que ningún hechizo o conjuro.

Estuvo a punto de introducirlo en su interior sin condón, ya que no se quedaría embarazada si no quería y estaba segura de que ninguno de los dos tenía enfermedades de transmisión sexual, pero hacerlo a pelo la primera vez le parecía demasiado, como una especie de declaración sellada por los fluidos, lo que equivalía prácticamente a casarse, en vez de probar a ver qué pasaba. Que era lo que estaban haciendo. Así que buscó un paquetito.

—No dejaba de esperar que hicieras un conjuro o algo así. —Laurence entraba en ella a un ritmo uniforme, y a veces prolongaba un movimiento o se retorció de formas que la sobresaltaban de placer.

—¿Quieres que haga un conjuro? —Lo miró sonriente; sus ojos color avellana se ladearon un momento cuando intentó pensar qué conjuro podría realizar, y luego quedaron en blanco cuando él intensificó las acometidas.

—No sé. —Laurence se echó hacia delante y la besó entre sus propios tobillos—. Nada muy complicado ni, ya sabes..., peliagudo. —Patricia torció

un poco el gesto, pero Laurence seguía sonriendo, así que todo iba bien—. Pero no hace falta; solo es que casi lo estaba esperando.

—Vale —dijo Patricia—, pero recuerda que tú lo has querido.

—¿Yo? Solo estaba haciendo conjeturas sobre... Ohhh.

Y entonces perdió el hilo de los pensamientos porque su pezón izquierdo, bastante sensible de por sí, tenía unos cuantos millones de nuevas terminaciones nerviosas y ella se lo estaba lamiendo. La sensación estuvo a punto de dejarlo inconsciente y le bloqueó el cerebro, y a continuación se estaba volcando en el condón, dentro de la mujer que amaba.

No lo había pensado hasta entonces, pero de repente se daba cuenta de que era cierto. Se sorprendió diciéndolo en voz alta, prácticamente por accidente, antes de recuperar la actividad cerebral.

—Te quiero.

—Oh. —Patricia lo miraba desde arriba, desde donde quisiera que estuviera también él antes de convertirse en un charco en la cama—. Vaya.

Obviamente, lo estaba procesando. Menudo corte de rollo.

—Puedo retirarlo —balbuceó Laurence—. Lo retiro. Nunca he dicho tal cosa.

Alzó la vista hasta los ojos verdes de Patricia, ensanchados por la sorpresa; hasta sus pestañas relucientes, su boca entreabierta.

—No, no lo retires. —Se estremeció, pero no en plan mal—. Eso solo que... Vaya. —Y entonces lo miró a los ojos y dijo—: Yo también te quiero.

Mientras correspondía, Patricia tuvo la impresión de que toda su historia adoptaba una perspectiva completamente nueva, de que el paisaje de su pasado se reorganizaba para que sus vivencias con Laurence se convirtieran en accidentes geográficos considerables y otros sucesos más solitarios se contrajeran en proporción. El revisionismo histórico era como un colocón de azúcar que le inundaba la cabeza. Revivió escenas en las que Laurence le decía que lo había salvado o le prometía que nunca volvería a huir de ella. Tenía la impresión de que era algo que sabía hacía mucho.

—Oh, Dios mío, te quiero. Te amo —empezó a farfullar, y pronto estaban fuertemente apretados, enjugándose las lágrimas a besos mutuamente y riendo. Le echó mano a la polla y ni ella supo si se la había levantado con magia o era su simple contacto, pero pronto volvió a tenerlo dentro. En aquella ocasión follaban y charlaban a la vez, y se acariciaban la cara. No paraban de dar vueltas, de modo que ninguno quedaba arriba.

—Ni siquiera sé cómo he tenido tanta potra; eres la chica más guapa del mundo —decía Laurence.

—Vamos a seguir abrazándonos para siempre. —Patricia reía y lloraba—. Vamos a quedarnos así, sin soltarnos, y la gente puede venir a preguntarnos lo que sea a través de la puerta, o darnos la vara por teléfono, o...

Sonó el teléfono de Patricia, que se había encendido solo.

Se apartó de Laurence lo suficiente para ver que quienes llamaban eran sus padres. Llevaba siglos sin hablar con ellos, y supo de inmediato de qué se trataba: Roberta había tocado fondo por fin, a pesar de todos sus propósitos de desintoxicación.

—¿Qué pasa con Roberta? —espetó Patricia.

—Tu hermana está bien. —Era su padre y sonaba cansado—. Acabo de hablar con ella; está a salvo, fuera de la zona de impacto. Nosotros hemos tenido la mala suerte de que acabábamos de llegar a Delaware, para uno de esos seminarios de tu madre, y no hemos podido salir a tiempo.

—Un momento. ¿Qué ha pasado?

—No hablan de otra cosa en las noticias; creíamos que lo habrías visto. El Allegra ha llegado a tierra firme. Estamos en el sótano del centro de convenciones; nos bajaron a todos cuando llegaron los maremotos. No podemos abrir la puerta y creemos que el edificio se nos ha desmoronado encima; además, todo esto está sumergido. Es un milagro que los móviles tengan cobertura.

—Aguantad ahí, papá. —Patricia sentía la cara empapada; entre las lágrimas y los estallidos, estaba cegada—. Encontraré la forma de sacaros de ahí. —Tenía que haber una forma. Tenía que existir un hechizo que le permitiera ir a Delaware a toda velocidad, por ejemplo doblando el espacio, pero no se le ocurría cómo y tampoco sabía a quién podría liar para ello. Paradójicamente, puede que decir a su padre que podía salvarlo fuera una mentira de tal calibre que le diera el poder para salvarlo. Quizá en Delaware hubiera un mago que pudiera ayudar..., pero probablemente, cualquiera que estuviera en la zona habría muerto o estaría hasta las cejas de trabajo. No podía pensar, no podía respirar; se atragantó.

—No pasa nada, Trish. Solo quería que supieras que, por duros que hayamos sido contigo, y aunque te desheredáramos cuando te fugaste, siempre te hemos querido, y estoy..., estoy..., estoy orgulloso de que hayas conseguido valerte por ti misma. —El corazón de Patricia se hizo añicos. Oyó a Isobel arriba, en el salón, que llamaba a gritos a Laurence para que fuera a ver en las noticias el alcance de la destrucción, las calles convertidas en canales, el aire lleno de residuos. Un bofetón de la mano de Dios.

—¿Quieres hablar con tu madre? —preguntó el padre de Patricia—. Está aquí al lado. Se ha roto el brazo, pero puedo sostenerle el teléfono. Espera. — Hubo un ruido y se cortó la línea.

Patricia pulsó una docena de veces la tecla de devolver la llamada, pero nada. En parte pensaba que igual era mejor que dejara el teléfono en paz por si volvían a llamarla y les salía el buzón de voz, pero no podía dejar de pulsar la tecla una y otra vez; estaba vociferando y temblando, y tenía congelado el cuerpo desnudo, y Laurence la rodeó con el brazo y ella le dio un tortazo y después se quedó abrazada a él, y el sonido que salía de su interior era como el de todos los animales heridos a los que había curado en su vida.

Luego se recompuso. Sus padres no habían muerto aún. La destrucción seguía en marcha. Podía conseguir ayuda. Alguien estaba haciendo aquello; alguien lo había provocado, y podía hacérselo pagar. Sería alguna bruja malvada, o más probablemente un grupo, que había dado con la forma de sobrecargar un sistema tormentoso, pero acabaría por pagarlo.

Se estaba poniendo el pantalón de faena y la camiseta; a la mierda las bragas y el sujetador.

—¿Adónde vas? —Laurence seguía desnudo.

—Tengo que salir. —Se calzó—. A buscar a Ernesto. A buscar a los demás. Podemos arreglarlo. Podemos hacérselo pagar. Podemos salvarlos.

—Te acompaño. —Laurence llegó a sus pantalones de un salto.

—No puedes. Lo siento, pero no puedes.

Y entonces se marchó sin despedirse ni nada.

Laurence oyó el golpe de la puerta de la calle y a Isobel, que intentaba decir algo a Patricia mientras pasaba corriendo. Después oyó el bullicio de los periodistas de la televisión por cable, que intentaban buscar sentido al mayor desastre natural de la historia de los Estados Unidos. El gigantesco fetch de la tormenta había arrastrado a tierra el océano ya inflamado. Vientos huracanados y cincuenta centímetros de lluvia azotaban el Capitolio y Foggy Bottom. El presidente estaba en lugar seguro. Manhattan quedaba en pleno recorrido de la tormenta, con todos los puentes atascados de gente que había esperado demasiado para evacuar tras las innumerables falsas alarmas del pasado.

Llamaron a la puerta del dormitorio de Laurence, que saltó de la cama con la esperanza de que fuera Patricia, que volvía a por él, pero al abrir se encontró a Isobel. No pareció importarle que estuviera desnudo.

—Haz el equipaje —dijo Isobel—. Una sola bolsa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya está. Lo hemos retrasado tanto como hemos podido; he removido cielo y tierra para proporcionarte una vida normal aquí, pero esto, lo que acaba de pasar, significa que se acabó. No podemos seguir esperando; no podemos permitirnoslo. Milton dirá que ya hemos esperado más de la cuenta. Tenemos que poner en marcha el proyecto.

—Te aseguro que no he estado cruzado de brazos desde el contratiempo. —Laurence estaba paralizado por el shock—. Aun así, no estamos más cerca que antes de resolverlo. Existen problemas teóricos considerables.

—Ya lo sé —dijo Isobel, y le tendió una bolsa de viaje vacía de color caqui—. De eso se trata. A partir de este momento trabajas ininterrumpidamente en el agujero de gusano. Vamos a necesitar otro planeta.

Laurence intentó explicarle que no podía marcharse, que ni de coña, que tenía una vida allí, que por fin había encontrado el amor verdadero y lo era todo para él, pero ya sabía que predicaba en el desierto. Cogió la bolsa y empezó a llenarla de ropa y mierdas.

Patricia llegó a Peligro en un tiempo récord, sin prestar atención a toda la gente del autobús que quería hablar con ella de «Terrible, ¿puedes creértelo?, esto lo va a cambiar todo». Subió los peldaños de dos en dos o de tres en tres y entró en la librería tan deprisa que estaba sin aliento aunque seguía llorando, pero en cuanto llegó supo que era demasiado tarde. Todos estaban allí; horrorizados. E impotentes. Y como si la estuvieran esperando. Ernesto la miró a los ojos.

—Lo siento —le dijo—. Te acompaño en el sentimiento. Todos nosotros.

—¿Quién ha sido? —dijo Patricia—. Tenemos que encontrarlo. Tenemos que convertirlo en cenizas y lanzarlo al espacio. Tenemos que hacérselo pagar, coño. ¡Decidme quién ha sido!

—Nadie —dijo Ernesto—. Nadie y todo el mundo. Lo hemos hecho entre todos.

—No, no. —Patricia se echó a llorar, más fuerte y ruidosamente que nunca. Estaba hiperventilando. Veía puntos—. No, esto lo ha hecho alguien, hay algún cabronazo detrás de esto, estoy segura.

—Es una supertormenta —dijo Kawashima—. Llevaba tiempo formándose, ¿recuerdas? Alcanzó Cuba hace unos días y luego se unió a un ciclón. En el Atlántico Norte atravesó un frente de altas presiones que la empujó a la orilla.



—No existe un hechizo suficientemente fuerte para mover océanos y corrientes de aire —dijo Taylor, que se acercó y le tocó el brazo—. Habría que engañar a la Luna.

—Estas tormentas se pueden curar. Se pueden curar hasta que se descontrolan como malas hierbas; alguien ha hecho esto con un hechizo de curación. Estoy segura. Puede que haya tardado meses, pero quien sea los tenía. Esto lo ha hecho alguien.

—Esta vez no. —Ernesto se le acercó tanto que Patricia corrió peligro de que su cuerpo se convirtiera en un campo de juego para hongos y bacterias. La miró a los ojos, triste pero no sorprendido—. Intenté advertirte de que se acercaban tiempos aciagos y te pediríamos más. Tendrás que hacer cosas terribles. Pero compartiremos la responsabilidad; no recaerá solo sobre tus hombros. No habrá Engrandecimiento si nos enfrentamos a esto juntos.

—¿Qué quieres decir? —Patricia seguía temblando, pero ya respiraba más pausadamente. Podía oler la energía vital pura que irradiaba de Ernesto, como una tierra rica en nutrientes o una lluvia de verano.

—Esto es el principio de algo, no el final —dijo Kawashima; también se acercó y, de hecho, la abrazó. Nunca abrazaba a nadie—. O mejor dicho, es el final de una cosa y el principio de otra. Este país va a quedar desestabilizado, ahora que han desaparecido Washington y Nueva York y que tantas ciudades han sufrido daños. Habrá refugios, campamentos, lo que implica más enfermedades. El caos y las hambrunas empeorarán. Habrá más guerras, y peores. Guerras como las que nadie ha visto nunca. Dios no quiera que tengamos que recurrir a la Revelación.

—Cuando el mundo entero es caótico, debemos ser la mejor parte del caos —dijo Ernesto. Patricia no tenía fuerzas para seguir llorando.

## 10

Laurence deseaba que Patricia pudiera estar allí, a su lado, para ver aquello. Se imaginaba explicándole qué veía y por qué era aún más asombroso de lo que parecía.

Laurence estaba en el almacén, a docenas de metros del suelo, con Denver a la izquierda, acurrucada en posición fetal. Seis mantis de acero y fibra de vidrio acechaban en un espacio vacío en el centro del almacén: el espacio que algún día podría abrirse como una flor para revelar el Camino al Infinito. Normalmente, Laurence estaría paralizado por el vértigo, en la azotea de un rascacielos sin barandilla, pero estaba demasiado abrumado por la magnificencia que se extendía ante él para preocuparse por la altura. Cada una de las enormes mantis rojas tenía una bobina en el «abdomen», y el «tórax» estaba sujeto por dos pares de patas con un montón de aparatos que incluían los generadores de antigravedad con los que el equipo de Laurence llevaba trabajando dos años. Las «cabezas» de los insectos estaban compuestas de instrumental de concentración que estabilizaría la abertura que habían ayudado a crear los haces antigravitatorios. Aquella estructura demencial empujaba las montañas que se divisaban a lo lejos. A pesar de que se enfrentaban a un horror inimaginable, a pesar de lo que había ocurrido con los padres de Patricia y con tantos otros conocidos de Laurence, en el mundo seguía habiendo ingenio. Maravillas salvadoras. Solo deseaba haber podido enseñárselo a Patricia, para que los dos se sintieran reconfortados o para que ella se riera de sus tonterías; a él le daba igual, con tal de que aquello la animase un poco.

Como en todos y cada uno de los momentos transcurridos desde que Patricia huyó de él, meses atrás, intentó dilucidar qué habría dicho de estar allí. Y dónde estaba en realidad, y qué hacía. Si estaba bien. Se sentía como si discutiera con ella mentalmente, el optimismo del uno frente a la desesperación de la otra. A su lado, en la plataforma, Anya, Sougata y Tanaa se volvían locos con todos los detalles de la ingeniería, pero él casi no los oía.

—Esperemos que funcione —dijo Anya.

—Puede que estemos a meses de los ensayos preliminares —dijo Sougata—, pero sigue siendo una preciosidad.

Cuando bajaron al nivel del suelo con el ascensor, Laurence estaba de nuevo obsesionado con Patricia, hasta el punto de relegar a un segundo plano el fantástico generador de agujeros de gusano, el dispositivo más molón de la historia del planeta. Se sentía atrapado en el momento en que acababa de decirle que la quería y no había sido capaz de avanzar a lo que hubiera ocurrido a continuación. Cuanto más se alejaba de aquel momento, menos consistente era el lazo. Estaba descolocado en el tiempo, y el diferencial se agravaba paulatinamente.

De nuevo en la planta baja, Laurence vagó por el viejo polígono industrial reacondicionado por Milton Dirth. El perímetro estaba custodiado por gente de uniforme oscuro; nadie podía entrar ni salir sin el permiso verbal de Milton, y nadie había visto a Milton en varias semanas. Les habían confiscado los móviles, portátiles y Caddys a la llegada, y ningún ordenador tenía conexión a Internet. Tenían una intranet, y habían creado mirrors internos de una serie de sitios webs técnicos y científicos. También tenían un televisor con la CNN, por lo que podrían seguir el desarrollo de la emergencia a cámara lenta: tambores de guerra chinos en el mar del Sur de China; tropas rusas concentrándose; guerras por el agua. Gente, gente a la que conocían personalmente, encerrada en campos de refugiados llenos de enfermedades, al este. Pero Laurence no tenía forma de enviar un mensaje a Patricia ni averiguar cómo estaba.

El edificio en que Laurence trabajaba (y vivía, en un despacho reconvertido con literas) era la antigua sede central de una startup llamada HappyFruit, Inc., dedicada a comercializar fruta modificada genéticamente que incluía una pequeña cantidad de antidepresivos. «EXPRIME LA ALEGRÍA DE LA VIDA», rezaba un póster, con una papaya de dibujos animados que Laurence veía todas las noches desde su litera superior. El primer día o así, la idea de acampar en una startup le había parecido emocionantemente surrealista, pero ya se le había pasado. Por lo menos, en HappyFruit animaban a los empleados a correr, así que había tres duchas. Para cien personas. Todo olía a nutria muerta.

Laurence recorrió con calma el sendero de asfalto; pasó junto al cedro sin hojas y el Contenedor donde fumaban los fumadores, imaginando lo que diría a Patricia si estuviera allí y remoloneando en la euforia de haber visto terminado el Camino al Infinito, antes de tener que volver a su minúsculo

despacho y al abrumador desaliento de no haber conseguido cuadrar las ecuaciones gravitatorias.

Pero al llegar al despacho que compartía con Anya y Sougata se encontró su puesto ocupado. Isobel, sentada en su silla, miraba su ordenador, pero no como si estuviera leyendo nada.

—Hola —dijo Laurence—. He visto el aparato. Es espectacular.

—Sí. —Isobel sonrió, pero con el velo de tristeza acostumbrado.

—Escucha —dijo Laurence—, ¿puedes ayudarme a conseguir un teléfono?

—Ha vuelto Milton —dijo Isobel al unísono.

Los dos se quedaron en plan «tú primero» y ganó Laurence, así que Isobel continuó:

—Ha vuelto Milton. Quiere que vaya a su despacho contigo y con los demás, ahora mismo. Creo que las cosas van a empezar a ponerse interesantes. —Se puso en pie para acompañar a Laurence y entonces se acordó—. ¿Qué intentabas decir antes?

—Uh, nada. Bueno, sí, espera. Una cosa: necesito un teléfono. Mi amig... Mi novia, supongo. Patricia. La has visto unas cuantas veces. No he hablado con ella desde la inundación. Perdió a sus padres. Fue un momento muy duro, y debería haber estado a su lado. Tengo que comprobar si está bien y decirle que pienso en ella. Es muy importante.

—Lo siento. —Isobel ya estaba cruzando la puerta, pero se volvió—. Lo siento, pero es imposible.

Había sido un mal momento para preguntar, ya que Isobel tenía prisa por llegar a la reunión, pero Laurence estaba empeñado.

—Por favor, Isobel, solo quiero, necesito, hablar un momento con ella. De verdad.

—Estamos en bloqueo total. Tenemos lleno el campamento de gente que quiere hablar con sus seres queridos, y no sé si estás informado de cómo anda el mundo ahí fuera, pero es un caos. No podemos fiarnos de nadie.

—Isobel. Es la primera vez que te pido algo. —Laurence permitió que una parte de su desesperación y su desconcierto se revelara en su voz, y después tuvo que esforzarse para impedir que lo abrumara. «Mantén la calma y expón tu argumento»—. He sido amigo tuyo desde siempre y ahora te pido una cosa importantísima para mí. Podría suponer la diferencia entre que yo tenga una vida y no la tenga.

—Así que estás que no meas, ¿eh? —Isobel cerró la puerta y sonrió—. ¿No estabas coladito por Serafina?

—Eso creía, pero ¿sabes?, el corazón no es un detector de mentiras. O lo que sea. Identificar erróneamente al Elegido forma parte del proceso de encontrar al Elegido. —Una lamentable referencia jocosa a *Matrix*.

—Supongo. —Isobel le dedicó otra sonrisa trágica—. Yo qué sé; yo me casé con mi novio del instituto.

Laurence no señaló que Isobel y Percival habían pasado juntos quince años, lo que constituía un lapso respetable, sino que se quedó esperando con los brazos cruzados y lo que esperaba que fuera una expresión adecuadamente patética.

Isobel esperó un segundo más y le entregó un teléfono.

—Pero tengo que quedarme a escuchar. Por motivos de seguridad; lo siento.

—No pasa nada. —Laurence aferró el teléfono con las dos manos y marcó el último número conocido de Patricia.

Sonó mientras Isobel lo observaba, y siguió sonando y saltó el buzón de voz. Volvió a marcar, con el mismo resultado. En aquella ocasión esperó al pitido y respiró a fondo, intentando no mirar a Isobel.

—Hola, soy Laurence. Solo quería asegurarme de que estás bien. Y también quería decirte que siento mucho lo que te ha pasado. Lo de tus padres, quiero decir. Eran... No sé ni por dónde empezar. Me gustaría estar a tu lado, en persona.

No sabía qué más decirle al buzón de voz, sin respuesta. Todo lo que se le ocurría le parecía inadecuado y puede que insensible.

Estaba a punto de colgar y devolver el teléfono a Isobel cuando se dio cuenta: acababa de contemplar un puto generador de agujeros de gusano, un modelo operativo. No tenía forma de saber qué iba a ocurrir a continuación. Todos ellos estaban en *terra incognita*, y aquel momento no guardaba continuidad con nada que hubiera sucedido antes. Existía una posibilidad nada desdeñable de que aquellas fueran las últimas palabras que decía a Patricia.

Así que hizo como si Isobel no estuviera mirándolo y continuó:

—Escucha, hablaba en serio cuando dije que te quería; me salió de sopetón, pero era la verdad. Hay una parte de mí enorme, crucial, que tiende a ti en una especie de fototropismo emocional. Hay tantas cosas que quiero decirte, que me gustaría que nuestras vidas pudieran entrelazarse eternamente. El caso es que estoy... Ahora mismo no puedo ir a ningún sitio; tengo cosas de que ocuparme. Pero te prometo que en cuanto pueda te buscaré y

estaremos juntos, y llegaré a los extremos que hagan falta para compensar el consuelo que no te estoy dando ahora. Es una promesa. Te quiero. Adiós.

Plantó el pulgar para colgar y le devolvió el teléfono a Isobel. Parecía apabullada por la avalancha de emociones.

Isobel puso la mano en el brazo de Laurence mientras volvía a esconderse el teléfono en el bolso, pero todo lo que dijo fue:

—No hables de este teléfono a nadie.

Laurence asintió.

Milton observaba una habitación llena de empollones desde su trono de Herman Miller, con el tobillo apoyado en el muslo y los labios apretados como si acabara de tomarse un trozo de la tarta de limón más ácida de Meyer. Laurence tropezó con las extremidades de una docena de colegas mientras buscaba una esquina de un puff donde sentarse. Alguien cedió a Isobel su silla plegable. Estaban en un antiguo cuarto de servidores, sin ventanas y con solo una puerta gruesa, por lo que sería difícil escucharlos. Nadie hablaba, y Laurence se dio cuenta de que estaban en una de las pausas dramáticas de Milton. En cuanto Laurence se sentó, Milton continuó con la frase que había empezado anteriormente; hablaba sobre la crisis del Gobierno estadounidense, la posibilidad de una nueva guerra civil, la ley marcial, el deterioro de la situación en el extranjero en ausencia de efectivos estadounidenses y todas las formas en que todo podía irse a la mierda. Milton era espantosamente pesimista, pero solía tener razón. Mientras escuchaba la lúgubre letanía de Milton, Laurence sintió una punzada de afecto hacia aquel hombre casi calvo con cejas de ala de polilla. Quedaba algo del niño que de mayor quería ser como Milton.

—Todas nuestras facturas impagadas han vencido a la vez —decía Milton.

Laurence y Sougata se miraban todo el rato medio sonriendo, porque en cuanto terminara de hablar del hundimiento de la civilización, Milton pasaría a anunciar que ya habían construido la máquina y parecía que podía funcionar. Milton quería recordarles todos los motivos por los que podía tratarse de la última esperanza de la humanidad, y después llegarían a la parte interesante.

—Todo esto hace que el proyecto resulte aún más urgente de lo que pensábamos —dijo Milton—. ¿Cómo van los avances, Isobel?

—La primera fase de ensayos preliminares tiene buena pinta —dijo Isobel—. Pueden pasar meses hasta que estemos en condiciones de probar con algo más serio. Por lo demás, el exoplaneta más prometedor como candidato sigue

siendo KOI-232.04. El telescopio espacial Shatner ha obtenido datos alentadores en el tránsito de su estrella, y sabemos que tiene oxígeno y agua en estado líquido. Estamos razonablemente convencidos de que si creamos un agujero de gusano estable con un extremo cerca del pozo gravitatorio de KOI-232.04, la boca del agujero se verá atraída a la superficie del planeta. Pero no hay garantías de que vaya a dar justo a tierra firme.

Laurence no se podía creer que estuvieran hablando de visitar otro planeta. Estaba ocurriendo, de verdad de la buena. Se sentía tan aturdido que se caía todo el rato del puff compartido. Cada vez que Isobel aportaba alguna prueba sobre la habitabilidad de KOI-232.04 y los otros exoplanetas candidatos que habían identificado, tenía que sentarse encima de la mano para no agitar el puño. A pesar de todas las personas que habían muerto y morirían, a pesar de que el mundo estaba al borde de la aniquilación. Era asombroso, sin paliativos.

—Gracias por la actualización. —Milton se miró un momento el regazo; después levantó la vista y miró en todas direcciones a la vez—. Ha surgido un contratiempo. Earnest Mather ha estado haciendo números y tiene... digamos que una preocupación. Earnest, ¿puedes compartir tus hallazgos con el grupo?

—Hmmm. —Mather tenía aspecto de haber pasado por mucho desde que Laurence cayó del cielo y le compró la empresa. Se había cortado el frondoso pelo de escarola y se había puesto unas gafas gruesas de ingeniero. Estaba sentado en el taburete con los hombros permanentemente hundidos—. He repetido los cálculos unas dos mil veces y existe..., bueno..., una posibilidad. Digamos que está entre el diez y el veinte por ciento. Existe la posibilidad de que, si encendemos la máquina, provoquemos una reacción antigravitatoria en cadena que podría destruir la Tierra.

—Pero dales la buena noticia —se apresuró a decir Milton.

—¿La buena noticia? Sí. La buena noticia. —Ernest hizo lo que pudo por sentarse erguido—. En primer lugar, probablemente pasaría una semana desde que encendiéramos la máquina hasta que se destruyera la Tierra. Así pues, con un control de multitudes bien planificado, antes podríamos pasar a un montón de gente por el portal. Y existe una posibilidad de alrededor del cincuenta por ciento de que si se desencadenara la reacción destructiva, pudiéramos detenerla apagando la máquina.

—Así pues —dijo Milton—, digamos que hay un diez por ciento de posibilidades de que empiece la reacción destructiva y, si empieza, las posibilidades de que evitemos un desenlace catastrófico son una entre dos. Así pues, solo hay un cinco por ciento de posibilidades de que la Tierra

resulte destruida. O un noventa y cinco por ciento de posibilidades de que todo salga bien. En fin, vamos a debatir.

Laurence se sentía como si hubiera saltado de la barandilla en vez de coger el ascensor. A lo mejor debería haber advertido a más gente de lo sucedido con Priya. Todos intentaban hablar a la vez, pero solo alcanzaba a oír las maldiciones de Sougata. Miró a Isobel, cuya silla plegable se contrajo cuando ella se rodeó con los brazos, y no se habría atrevido a asegurar que no estaba llorando. Sin ventanas y con la puerta cerrada a cal y canto, la sala parecía aún más asfixiante que antes, y a Laurence le entró el pánico irracional de que al salir se encontraría con todo el mundo exterior borrado, desaparecido para siempre.

Earnest Mather sollozaba sobre una caja de clínex, a pesar de que era el único que conocía de antemano el cubo de agua fría. Igual ya estaba listo para llorar por aquello porque llevaba más tiempo procesándolo. Laurence no podía creerse que fuera a terminar así. ¿Cómo podía evitar que Isobel se desmoronara?

La sala estaba llena de declaraciones. Alguien citó a Oppenheimer citando el *Bhagavad Gita*. Taana sostenía que incluso un uno por ciento de posibilidades de hacer estallar el planeta era excesivo.

—Siempre supimos que había riesgos —decía—, pero esto es una locura.

—Así están las cosas —dijo Milton cuando se aplacó el furor inicial—. Esta tecnología ha sido siempre el último recurso. Nos metimos en esto conscientes de que dábamos palos de ciego. Y os doy a todos mi palabra: no veremos en uso esta tecnología a no ser que todos consideremos que la humanidad ha cruzado el punto sin retorno de la autodestrucción.

Volvió a hacer una pausa. Todos los presentes se miraron las manos.

—La triste verdad es que es muy posible que toda nuestra especie esté condenada si no actuamos. Es demasiado fácil imaginar una serie de circunstancias en que los conflictos podrían escalar hasta el punto de emplear las armas del día del juicio final. O podría ocurrir un colapso medioambiental completo. Si observamos una probabilidad abrumadora de que ocurra eso, y solo en caso de que confiemos en poder mantener abierto el agujero de gusano el tiempo suficiente para transferir a una población viable, nos veremos en la obligación de actuar.

Nadie habló durante un rato; todos masticaban aquello.

Fue Anya quien decidió saltar directamente a la gestión de procesos:

—¿Qué clase de salvaguardas o garantías instauramos para asegurarnos de que no se activa la máquina a no ser que todos estemos convencidos de que se



acerca el fin del mundo?

Earnest quería saber a cuántas personas serían capaces de reunir a corto plazo para enviarlas al otro lado del portal en el tiempo que pasara abierto. Por no mencionar los suministros. ¿Podían tener toda una colonia de personas y material preparada en las inmediaciones, en espera de la luz verde? ¿Podían intentar transportar gente de otros lugares del mundo para preservar la diversidad genética, ya que no sería posible llevar a cabo el plan original de construir máquinas idénticas por todo el planeta?

—No nos perdamos en la logística —dijo Tanaa—. Aún estamos con el problema ético.

—No hay ningún problema ético —terció Jerome, un ingeniero que llevaba trenzas apretadas y camisa sin cuello— mientras todos estemos de acuerdo en que no se usará a no ser que el mundo esté condenado irremisiblemente. Eso está claro. Tenemos el deber moral de instaurar una salvaguarda.

Milton, recostado, los dejaba discutir, quizá esperando a que llegaran por si solos a la misma conclusión que él o quizá esperando un momento de calma para retomar el control. Mientras tanto estaban asfixiándose, sentados en sillas plegables o puffs, mientras que Milton tenía una Aeron. Laurence se encogió al pensar que se estaba haciendo historia en aquella sala de servidores abandonada que empezaba a oler a chucrut.

—No creo que nadie de esta habitación esté cualificado para tomar la decisión que intentamos acordar —dijo Sougata.

—¿Y hay alguien de fuera que lo esté? —dijo Jerome.

—Aunque no ocurra ningún desastre —dijo alguien—, ¿y si el planeta es inhabitable de aquí a unos decenios?

Se pusieron a hablar de la acidificación de los mares, del nitrógeno atmosférico y del colapso de la red alimentaria.

—¿Y si solo estamos seguros al ochenta por ciento de que es el apocalipsis? —preguntó otra persona.

Laurence intentó oír al fantasma de Patricia que llevaba en la cabeza desde que se habían separado. ¿Qué diría Patricia si estuviera allí? No tenía ni idea. Patricia ni siquiera creía que la ética derivase de principios universales, del estilo «la mejor comida para el mayor número de personas». Parecía más lejana que nunca, como si ya se hubiera ido cada uno a un planeta distinto. Pero entonces cayó: estaban hablando de la posibilidad de condenar a muerte a Patricia, junto con miles de millones más, partiendo de la base de que ya

estaban condenados. No podía siquiera imaginarse empezando a explicárselo a Patricia.

Fue a decir que claro que deberían desenchufar la máquina, que aquello era una locura. Pero en ese momento vio a Isobel, que había dejado de moverse en la silla y parecía inmovilizada. Tenía el ceño fruncido y respiraba por la nariz, con los labios hacia dentro; casi se podía pensar que estaba a punto de estallar en carcajadas. Se le estaba soltando el moño color agua de fregar y sus muñecas blancas parecían arbolitos. Tenía un aspecto tan frágil... Laurence sintió un dolor cardiorácico punzante, como una versión más chirriante de un ataque de pánico, ante la idea de hacer sufrir a Isobel.

Entonces dio vueltas a la pregunta en su cabeza: intentó imaginar cómo se sentiría si la humanidad hubiera perdido realmente la esperanza en un año o en diez y no tuvieran esa alternativa tan radical. ¿Cómo se lo explicaría a una persona hipotética en ese pánico hipotético? «Podríamos haber tenido una solución, pero nos dio demasiado miedo seguir trabajando en ella».

—Ahora no podemos darnos por vencidos —se oyó decir—. Quiero decir que podemos seguir con la investigación por ahora, con la esperanza de encontrar una manera de conseguir que sea segura. Y podemos acordar que ni siquiera probaremos la máquina a no ser que las cosas se pongan muy, muy feas. Pero si llega el momento de elegir entre que toda la humanidad muera en algún holocausto nuclear o alguna catástrofe medioambiental y que unos pocos cientos de miles lleguen a un planeta nuevo, no cuesta mucho decidirse, ¿no?

Milton asentía, cruzado de brazos. Isobel volvió a la vida y tomó aire de golpe, como si le hubieran hecho la reanimación cardiopulmonar justo a tiempo.

Laurence esperaba que alguien saltara a llevarle la contraria, pero por algún extraño motivo, todo el mundo estaba pendiente de sus palabras. Así que continuó:

—Mientras la humanidad sobreviva, lo mejor del planeta Tierra habrá perdurado. No haríais nada sin un plan B, ¿verdad? Pues este es el nuestro, por si falla el plan A.

Llevaban varias horas reunidos y la gente empezaba a coincidir en que lo mejor sería desarrollar el generador de agujeros de gusano como último recurso, sobre todo porque la alternativa era recoger los bártulos y volver a casa a esperar a que sucediera lo peor.

Al final, Milton volvió a hablar.

—Gracias a todos por haber aportado vuestras perspectivas. No será fácil tomar esta decisión, y no terminaremos de tomarla hoy. Sin embargo, confío en que, de momento, todos estemos de acuerdo en seguir adelante. Con salvaguardas, tal como ha propuesto Anya, para impedir que se active la máquina si no existe una probabilidad abrumadora de que llegue el fin del mundo. Pero una cosa debo decir: creo que va a llegar. Solo albergo dudas sobre cuánto tardará. Podrían ser seis meses o sesenta años, pero en algún momento, si las cosas siguen por estos derroteros, nos veremos en una situación en la que nos enfrentaremos al final. Solo podemos tener la esperanza de saberlo con suficiente antelación para poder sacar a unos cuantos antes de que ocurra.

La naturaleza exacta de las medidas de salvaguarda quedó en el aire.

Todos salieron de la sala de servidores arrastrando un dolor de cabeza por la tensión y el tormento moral. Tanaa y Jerome corrieron al armario de almacenamiento, el único sitio del complejo donde podían contar con cierta intimidad, para echar un polvo de emergencia. Para todos los demás hubo una agradable sorpresa: les habían llevado dos docenas de pizzas mientras debatían el destino del mundo. Llevaban meses sin comer pizza, desde que llegaron a Denver. Laurence cogió tres buenas porciones; dobló longitudinalmente la primera y se la embutió en la boca.

Se había puesto el sol, y el único árbol del jardín del parque industrial formaba una silueta maligna contra la enorme luna. Laurence había acabado por cambiar de sitio para comerse la pizza de espaldas al ventanal, pero aún sentía el aliento del mundo en la nuca. Miró a Isobel, que lo saludó con un movimiento de cabeza y un ojo entrecerrado en una especie de sonrisa minimalista.

## 11

Las hierbas se abrieron camino por todas las rendijas de las paredes en el momento en que Ernesto rompió los sellos mágicos de la entrada de Peligro y dio los primeros pasos hacia fuera, por el vestíbulo. Patricia y Kawashima habían pasado horas desinfectando y exfoliando el distribuidor y las escaleras, pero sus esfuerzos no parecían servir de nada: los hongos medraban y se extendían hasta que el suelo estaba resbaladizo y el techo se combaba bajo el peso añadido. Ernesto sonrió, inquieto, y le salió una barba verde. Las semillas y esporas de sus manos habían germinado, y la vegetación salía por todas las costuras y aberturas del chaleco de ante bordado, la camisa blanca limpia y los pantalones de franela gris. El pelo entrecano se había oscurecido; tallos y hojas le ocultaban el rostro.

—Puaj —dijo Kawashima—. Tenemos que darnos prisa. Ayudadlo a bajar la escalera.

Patricia hizo lo que pudo, pero a Ernesto le costaba horrores caminar incluso con el apoyo de dos personas protegidas con hechizos. Y las escaleras se habían hecho abruptas, con zarcillos y helechos que salían de todos los resquicios. Patricia ya se sentía embotada con una mezcla de cansancio, culpa e ira, ya que llevaba semanas sin dormir y tenía la mente sobrecargada a base de intentar no obsesionarse con las dos o tres cosas de siempre. No había esperanza, la gente moría ahogada por todas partes y ella se sentía un monstruo egoísta cada vez que pensaba en sus mierdas personales. Como sus padres; bueno, no se llevaba muy bien con ellos aunque últimamente hubieran mostrado intención de arreglar las cosas, pero en fin. Y Laurence, que le había declarado su amor de buenas a primeras y llevaba meses desaparecido. Justo cuando se abría a alguien y empezaba a sentir que tal vez mereciera el amor a fin de cuentas... No debería obsesionarse con todo aquello porque no había forma de arreglarlo y había gente que la necesitaba en el presente. Como Ernesto, que estaba a punto de caer por las frondosas escaleras mientras ella se reconcomía.

Las barandillas estaban cubiertas de musgo y a los escalones les salían ramas. Patricia y Kawashima renunciaron a seguir ayudando a caminar a

Ernesto y cargaron con él para bajar los escalones de dos en dos. Llegaron al último tramo justo cuando la escalera se abrió en una explosión vegetal. Patricia y Kawashima saltaron al unísono sobre las ramas que se alzaban y llegaron al final; Patricia sujetaba la cabeza de Ernesto, y Kawashima, las piernas. Ernesto era un hombre verde. Patricia sentía que en su propia ropa crecía una capa de porquería.

El Volkswagen Jetta que se habían pasado una semana encantando para Ernesto estaba delante, en punto muerto; Dorothea tocaba el claxon cada pocos segundos. Saltaron raíces y ramas en el vestíbulo, y se agacharon para pasar bajo las enredaderas de la puerta. La acera crujió en el momento en que se acercó Ernesto, mientras las jacarandas largo tiempo enterradas salían disparadas hacia arriba y lo llenaban todo de flores con forma de trompeta. Patricia empujó a Ernesto al asiento trasero del Jetta y se sentó junto a él. Kawashima y ella cerraron las puertas del lado de los pasajeros, y Dorothea salió disparada hacia la autopista antes de que nadie se hubiera puesto el cinturón.

El puente estaba cerrado por un derrumbamiento; tuvieron que desviarse y dirigirse al Dumbarton. La gente había prendido fuego a un banco y el incendio se había extendido a otros edificios: humo negro sobre el SoMa. Patricia cerró los ojos. Por la radio, el presidente parloteaba sobre planes y resoluciones, pero ni siquiera se había podido reunir el Congreso porque nadie se ponía de acuerdo sobre la cámara provisional y era una pesadilla constitucional. Junto a Patricia, Ernesto fue perdiendo vegetación hasta que recuperó el aspecto humano.

Atrapada en el coche con los otros brujos, se sentía desesperadamente sola. Le dolían los ojos por la falta de sueño, y su cuerpo parecía autodevorarse. Solo deseaba que la vigilia prolongada le arrebatara por completo el raciocinio, que le bloqueara el cerebro superior, porque no conseguía pensar sin obsesionarse y no estaba dispuesta, de ningún modo. Desde que el ciclón Allegra, ya convertido en supertormenta, golpeó tierra firme, Ernesto y Kawashima habían estado todo el rato enviándola a misiones que casi la habían tenido suficientemente distraída. Algunas personas tenían problemas y necesitaban una ayuda discreta. Otras se comportaban como depredadores y necesitaban un ataque de bacterias devoradoras de carne. Patricia había adquirido tanta práctica que ya podría infligir bacterias devoradoras de carne en sueños, en caso de que durmiera. En aquel momento, en aquel coche, no tenía nada más que hacer que quedarse sentada con sus pensamientos, y era insoportable. La única persona con la que quería hablar

era Laurence, que le había soltado una bomba antes de esfumarse sin explicaciones. En ocasiones tenía la impresión de que le habían agitado delante de las narices la posibilidad de ser feliz y aceptarse y se la habían retirado de golpe. Pero aquella era la idea más egoísta de todas.

La última vez que Patricia soñó con el bosque había una ventisca tan fuerte que cortaba el rostro, y cada mojón era un pez congelado con expresión de terror. El pez afilado como una cuchilla le cortó la piel y le rasgó la ropa hasta que acabó andando a trompicones por el gélido bosque con solo la ropa interior y unas camperas. La sangre se le congelaba nada más brotar. Resbaló en la tierra helada mientras el granizo arreciaba cada vez más y los peces se amontonaban alrededor de sus tobillos. Al final llegó a un gran Árbol mágico, que no pertenecía a ninguna especie de árbol que pudiera identificar, y se lanzó a su base pidiendo protección entre llantos, mientras la lluvia de peces se hacía más densa. Miró desde el resguardo del Árbol y no vio nada más que esqueletos en todas direcciones, no solo de árboles muertos, sino de criaturas muertas de todo tipo, esqueletos de animales, calaveras humanas y árboles sin hojas, petrificados, hasta donde alcanzaba la vista; no había más rastro de vida que ella misma y la gran forma bajo la que se acurrucaba.

El teléfono de Patricia, cada vez menos fiable, pareció perder la cobertura definitivamente en cuanto enfilaron la carretera, pero aún podía abrir un críptico mensaje de correo electrónico que le había mandado Laurence justo después de que llegase la supertormenta Allegra, que solo decía que tenía que pasar una temporada incomunicado y que no se preocupara por él.

En los márgenes de la carretera había personas con carteles en los que rogaban que las llevaran a algún sitio, o que les dieran trabajo o comida. Pasaron junto a un centro comercial que parecía haber ardido y, después del saqueo, haber ardido otra vez. Cerca de Vacaville había una salida bloqueada y un cartel en el que ponía: «Localidad en cuarentena». Patricia veía columnas de humo a lo lejos, procedentes de una colina lejana donde ardían los árboles o los campos de cultivo. No debería haber tantos incendios tan cerca de Navidad.

Era tal el volumen de malas noticias que había sobrepasado la capacidad humana de procesarlas en forma de narrativa. Todo el mundo conocía a gente que estaba en el este y había muerto en la inundación, o había sucumbido a

enfermedades en los campos de refugiados, y había muchos que no podían acceder al dinero depositado en alguno de los bancos que habían ido a la quiebra. Casi todo el mundo conocía a gente que estaba atravesando el Invierno Árabe o la Hambruna Irlandesa. Patricia había pasado varios días intentando ponerse en contacto con su exnovio Sameer, para asegurarse de que no le había pasado nada en las revueltas de París.

Llevaban un rato en el coche y Patricia estaba sofocada, pero no podía abrir la ventanilla, o Ernesto volvería a hacer crecer plantas. Taylor, tras el asiento del conductor, se había dormido con los auriculares puestos. Dorothea contaba una anécdota de una mujer que había construido una casa en un corrimiento de tierra perpetuo, y la narración hacía que el coche avanzara a casi quinientos kilómetros por hora. Kawashima estaba ocupado conduciendo, y Ernesto era la única persona con la que Patricia podía hablar. Lo tenía casi pegado y se dedicaba a señalar todo lo que había cambiado en los cuarenta años que llevaba sin salir.

—... y casi todos los días, la casa se tambaleaba como una barca —le decía Dorothea a Kawashima, desde el asiento delantero—. Cuando se vive en un corrimiento de tierra perpetuo no hace falta una mecedora para el porche.

Puede que todo aquel sufrimiento fuera culpa de Patricia. Dos años después de que Diantha encabezara aquel ataque en Siberia, el Conducto y la Ruta sufrieron un accidente: por la abertura empezó a salir metano, que liberó a la atmósfera como un géiser casi invisible, y las imágenes de satélite invadieron Internet durante unos años. Poco después, las temperaturas mundiales alcanzaron cotas elevadísimas. Quizá no hubiera ocurrido nada de aquello si hubieran conseguido paralizar el proyecto. O puede que el pulso electromagnético que había lanzado Patricia contra la gente de Siberia hubiera supuesto un percance suficientemente grave para que tuvieran que tomar atajos si querían tenerlo todo a tiempo, y el accidente no habría ocurrido si Patricia no hubiera estropeado los aparatos. Era posible que Patricia hubiera matado a sus padres.

Si lograra exponer su teoría ante Laurence, se reiría de ella y tendría alguna explicación razonable por la que no podía culparse en mayor medida que el resto de los habitantes del planeta. Se pondría a soltar datos sobre los caltratos de metano y la inevitabilidad de que se liberasen esos pedos planetarios. Le señalaría que la culpa era de Lamar Tucker y su equipo, que eran quienes habían decidido perforar en busca de metano. Diría algo sorprendente y rebuscado para quitarle el peso de encima.

Sin embargo, si se lo revelara a Ernesto o a los otros, se limitarían a decirle que culparse por los problemas del mundo era puro Engrandecimiento. Pero lo que había hecho en Siberia también era puro Engrandecimiento. Intentó hablar con Ernesto de la sensación de que habían roto la naturaleza: estaba en delicado equilibrio, y las personas en general lo habían desbaratado.

—No podríamos «romper» la naturaleza ni aunque pasáramos un millón de años intentándolo —fue la respuesta de Ernesto—. Este planeta es una mota, y somos motas en una mota. Pero nuestro pequeño hábitat es frágil y no podemos vivir sin él.

Que Laurence le hubiera dicho que la quería y después se hubiera esfumado le recordaba demasiado su niñez, cuando aquellos pájaros le dijeron que era una bruja y a continuación la castigaron con el látigo de la indiferencia. Aunque no podía tener fe en que aquella declaración se convirtiera en realidad, como había ocurrido con la primera. En retrospectiva, la magia estaba destinada a llegarle más tarde o más temprano, pero el amor era la empresa humana con mayor potencial de fallos aleatorios. Laurence estaba siempre agobiado con sus extraños y misteriosos experimentos, en los que había seguido trabajando hasta después del accidente, y era probable que cualquier relación ocupara siempre un segundo lugar para él. En los momentos más sombríos se lo imaginaba estremeciéndose y poniendo los ojos en blanco, tal como hacía de vez en cuando, al recordar que había estado a punto de emparejarse con su amiga la loca.

—¿Sabes por qué se declaró la guerra entre los tramposos y los sanadores, hace doscientos años? —preguntó Ernesto a Patricia, que caía en la espiral de la obsesión pese a todos sus esfuerzos.

—Hmmm... Porque enfocaban la magia de formas distintas.

—Presenciaron la Revolución Industrial —dijo Ernesto—. Vieron los cielos volverse negros. Las oscuras fábricas satánicas, las grandes plantas de producción. Los sanadores temían que la Tierra se ahogara, así que se propusieron acabar con todas las máquinas. Los tramposos se oponían porque no creían que nadie tuviera derecho a imponer su voluntad sobre todos los demás. El conflicto estuvo a punto de suponer el fin del mundo.

—¿Y qué pasó? —susurró Patricia. Taylor se había despertado y escuchaba también, con fascinación.

—Después de que Hortense Walker consiguiera que hicieran las paces, llegaron a un compromiso. De ahí procede la regla del Engrandecimiento: ninguno de nosotros intentará configurar el mundo demasiado. Pero también se pusieron a trabajar en una salvaguarda, que espero que no tengamos que



usar nunca. Y puede que ahora entiendas por qué nos tenías tan preocupados estos últimos meses.

Patricia asintió. Ahora tenía sentido. Si centraba en sí misma cualquier aspecto de lo que ocurría, volvería a joderla. Ernesto tenía razón: debería intentar limitarse a ser una mota en una mota. Así que se aferró fuertemente a la ira, aunque el aire recirculado del coche le resultara asfixiante. No tenía tiempo para el dolor, la culpa ni el mal de amores, pero para la ira tenía todo el tiempo del mundo. «Sigue furiosa. Agárrate con fuerza. La furia es la cuerda floja tendida sobre el abismo». Repitió mentalmente lo que dijo justo después de la tormenta: había que hacérselo pagar a algún cabrón.

Kawashima no había sido muy concreto sobre su destino, pero ahora que atravesaban Utah a quinientos kilómetros por hora decidió revelarlo:

—Vamos a ser proactivos. Vamos a realizar una intervención. Para el planeta. —Se detuvo; Patricia estaba en vilo. Al fin continuó—: A las afueras de Denver hay unos maniacos que están construyendo una máquina del juicio final, que agujereará el mundo, y vamos a encargarnos de ello.

Patricia estaba lista. Adelante.

## 12

Laurence comió con Milton. Estaban solos los dos, sin Isobel ni otros miembros del equipo de Laurence.

—Recuerdo la primera vez que te vi, cuando eras un niño —dijo Milton—. La persona más joven que ha llegado a construir una máquina del tiempo de dos segundos. —Sonrió y cogió otro trozo de pollo frito del cubo que tenían en el suelo, entre ellos.

Estaban sentados en la alfombra del despacho principal del piso superior. El pollo estaba perfectamente crujiente, jugoso bajo la costra de pan, y Laurence seguía con las manos limpias después de comerse dos trozos. El cubo llevaba el nombre de alguna freiduría de la zona. ¿Cómo se las apañaría Milton para seguir consiguiendo comida rápida? Era todo un logro, hasta para un multimillonario. Laurence tenía la impresión de que Milton intentaba estrechar lazos a última hora. Estaban escuchando a Robert Johnson, la única música que le gustaba a Milton.

—La máquina del tiempo de dos segundos. —Laurence se limpió los dedos, aunque no hiciera falta—. Típico ejemplo de dispositivo inútil.

—Sí y no. —Más que los hombros, Dirth encogió todo el torso—. Era la acreditación de pertenencia a un grupo muy selecto, ¿verdad? Y también entrañaba una lección: imagina que pudieras construir un dispositivo que te trasladara dos segundos hacia el pasado, en vez de hacia el futuro. Y que no pudieras dejar de usarlo una y otra vez.

—Estaría metido en un bucle —dijo Laurence—. Los dos mismos segundos, eternamente.

Desde donde estaba solo veía las copas de los árboles del otro lado de la carretera adyacente que conducía al parque industrial. Se agitaban como pompones.

—Si ahora estuviéramos metidos en un bucle de dos segundos, jamás nos daríamos cuenta —dijo Dirth—. Salvo porque ya hace dos segundos que lo he dicho. Pero piénsalo, tío. El mismo aparato, inofensivo si se usa en un sentido, pero potencialmente desastroso si se empleara en el otro. A veces las

cosas tienen pegadas que debemos asumir. No se puede nadar contra un maremoto.

—Ni contra la historia —dijo Laurence, que sospechaba que los tiros iban por ahí—. La historia es un maremoto.

Volvió a mirar por la ventana, y en aquella ocasión no solo vio las copas de los árboles, sino también las ramas y parte del tronco. Lo saludaban. Había pensado que quizá, si se le daba bien estrechar lazos con Milton, podría dar un paseo por el bosque. Así se sentiría más cerca de Patricia.

—La historia no es más que el flujo del tiempo a lo grande, tío —dijo Milton.

Laurence cogió otro trozo de pollo y alzó la vista para mirar los árboles del otro lado de la carretera. Ahora veía una parte mayor de los troncos.

—¡Abajo! —Laurence se lanzó al suelo, encima de Milton, cuando una rama tan ancha como su caja torácica atravesó la ventana hasta chocar con la pared opuesta. En cuestión de segundos, la habitación estaba llena de ramas y hojas. Laurence no veía las paredes ni ninguna mesa; solo verdor denso, pesado, espinoso.

Reptó hacia la puerta abierta.

—¿Qué demonios...? —dijo Milton, tras él, pero Laurence se limitó a encogerse de hombros, ya que no podía decir nada sin perder la voz para siempre. Tuvo suficiente presencia de ánimo para morderse la lengua.

De abajo llegaba la risa de matraca de una ametralladora. Se oían gritos de miedo y dolor. Los guardias pedían a voces ayuda, y más armas y más grandes.

Laurence llegó a la puerta del despacho principal y se puso en pie. Tenía un trozo de piel de pollo frito pegado en la rodilla. Corrió al otro lado del edificio, donde aún quedaba espacio despejado y podía ver por las ventanas. En el aparcamiento inhabilitado estaba Dorothea, la amiga de Patricia, con una falda de flores por los pies y unas Birkenstock. Alcanzaba a oírla hablar de una abuela que había dejado a uno de sus nietos a la orilla del mar, a otro en la linde del desierto y al tercero al pie de una montaña, pero no recordaba a qué niño había dejado dónde. Laurence sospechaba que Ernesto, el hombre cuyo contacto sobrecargaba la materia viva, estaba de algún modo en el centro del ataque de los árboles.

—¡Señor Dirth! —Un par de tipos, vestidos todos de negro y con armas enormes colgadas del hombro, entró corriendo en el despacho grande—. Se ha producido algún tipo de ataque. Tenemos que sacarlo de ahí.

—Pasad de mí —dijo Dirth—. Proteged la máquina. Han venido a por ella.

Laurence miraba hacia abajo, a Dorothea. Un hombre corrió hacia ella, disparando su semiautomática sin el menor efecto. Cuando llegó a su altura se le separó la cabeza del cuerpo, como si Dorothea tuviera un látigo afilado. El hombre cayó hacia un lado y la cabeza salió rodando hacia el otro. Laurence miró el cadáver y vaciló un poco más; después corrió hacia Milton.

—Necesitamos una máquina de ruido blanco —le dijo—. Algo con lo que no pueda oírse hablar. —Esperaba quedarse mudo, pero al parecer no había roto la promesa.

—¿Qué demonios...? —dijo uno de los hombres armados.

—La fabricadora —dijo Milton—. Está cerca de esa mujer. Hay que poner en marcha ese puto aparato.

Laurence echó a correr sin hacer caso de los gritos de Milton a su espalda ni de los hombres armados que le ordenaban que se detuviera. Bajó los escalones de tres en tres y se lanzó hacia la salida, llamando a gritos a Patricia.

Dorothea reconoció a Laurence cuando lo vio salir al aparcamiento. Lo saludó con un gesto de cabeza, pero no dejó de hablar de la abuela y los niños perdidos. Laurence agitó la mano en respuesta y siguió corriendo hasta doblar la esquina del edificio. A los pies de Dorothea yacían los cuerpos decapitados de cuatro hombres.

La fabricadora entró en funcionamiento cuando Laurence estaba a diez metros, cerca de la ventanita de su laboratorio. La estridencia era ensordecedora y, por primera vez, Dorothea pareció insegura. Seguía intentando hablar, pero se trabó con una palabra. Y después con otra.

Laurence no oyó el disparo por encima del ruido de la fabricadora, pero vio volar los parietales de Dorothea. Cayó al suelo, casi sobre los hombres a los que ella misma había matado.

A nadie se le ocurrió apagar la fabricadora, por lo que el aire seguía lleno de virutas. Laurence se quedó un momento mirando el cadáver de la falda de flores, recordando aquella vez que habían comido tacos juntos. Después pensó que Patricia tenía que estar en algún sitio, y de nuevo salió corriendo.

Patricia estaba elevándose del suelo. Laurence no sabía que pudiera volar, pero ahí estaba. Flotaba con el viento, como un globo perdido por un niño en la feria. Estaba muy cerca de ella, más de lo que había estado en meses, pero no tenía forma de alcanzarla. La llamó a voces, pero no podía oírlo por encima del ruido blanco. Siguió llamándola hasta quedar afónico.

Patricia parecía tranquila, con los brazos un poco abiertos, como un ángel de nieve. Los pies le apuntaban hacia abajo. No llevaba zapatos. Los calcetines tenían pompones sobre el talón. Su sombra caía justo en los ojos de Laurence, y su ruta convergía con la estructura que sostenía la preciosa máquina de agujeros de gusano. Laurence intentaba llamar su atención, pero estaba muy concentrada. Cuando Patricia llegó arriba, se había convertido en un punto, pero lo que sucedió a continuación fue fácil de ver desde el suelo: del cielo surgió un rayo, de una nube que no estaba hasta entonces, y luego otro y otro hasta que todo se llenó de humo. La luz lo cegaba, pero no podía apartar la vista, y gritaba el nombre de Patricia con la garganta ronca e irritada por el humo. Le costaba tenerse en pie porque sentía que se le aplastaba el centro de gravedad al ver la amada sombra contra el espeluznante resplandor blanco. Cayeron cenizas y trozos deformados de la máquina de agujeros de gusano, y estuvieron a punto de alcanzar el rostro húmedo y congestionado de Laurence.

## **Libro cuarto**

# 1

Todo el mundo cantaba madrigales, armonías con marcados contrapuntos que sonaban ligeras, con punzantes fragmentos de melancolía incrustados. Cuartetos, quintetos y grupos mayores iban de puerta en puerta por las zonas residenciales o irrumpían en los restaurantes desabastecidos partitura en mano, ataviados discretamente con lino o algodón negro. El sonido monocorde de un silbato de afinar era la única advertencia de que a los presentes estaba a punto de destrozárseles el corazón. «Now is the month of Maying», «O morte» y hasta el loco de Carlo Gesualdo. La gente dejaba lo que tuviera entre manos para escuchar los madrigales hasta acabar anegada en lágrimas. Había algo en la forma en que los agudos presentaban una línea melódica apacible, y a continuación entraban los graves para joderlo todo, que era como el giro del cuchillo musical que nunca se veía venir. Después de la inundación, todo el mundo estaba de acuerdo en que los madrigales eran la banda sonora de la vida.

Deedee abandonó su grupo de ska-rock y se unió a un coro de madrigales de ocho integrantes. Tenía en el fondo de su ser un coágulo relacionado con la gente que había perdido en la inundación o podía perder por las secuelas, y las conversaciones interminables en las que todo el mundo comparaba sus respectivas tragedias solo hacían que se sintiera como la mierda más aún. Le bastaba con decir las palabras «Mi hermano sigue desaparecido» para tener ganas de vomitar y a continuación dar un cabezazo a quien hubiera preguntado. Necesitaba una alternativa a la monótona repetición de los hechos, una forma de compartir el dolor sin dar detalles, y para su sorpresa la encontró en aquellas extrañas canciones antiguas sobre amores imposibles.

Se dirigía a la puerta tras ponerse la blusa blanca y la falda negra, de un trabajo que había tenido de camarera, además de unas deportivas altas de color negro, y se descubrió mirando el dormitorio vacío de Patricia. Un escueto rectángulo blanco, que sin muebles parecía más pequeño. Cicatrices en las paredes y en el suelo, donde había estado atrincherada la cama.

Patricia había reaparecido tras pasar unas cuantas semanas fuera, ocupándose de algún asunto en Denver. Y parecía verdaderamente en paz,

como si al fin se hubiera deshecho de los demonios que la impulsaban a salir todas las noches hasta el amanecer. Sentada durante horas en aquel viejo sofá con Deedee y Racheline, giraba el largo cuello y escuchaba todas sus historias y temores, y conseguía de algún modo decir siempre lo adecuado.

Los del coro llamaron al timbre, y Deedee bajó corriendo a su encuentro para hacerse con las calles, negras como ala de cuervo. No paraba de irse la luz, y los que aún tenían trabajo habían adoptado la semana de cuatro días laborables, porque el suministro eléctrico solo estaba garantizado de lunes a jueves. Y lo que era peor, no paraban de desviar el agua de Hetch Hetchy y nunca se sabía si saldría algo del grifo. La mitad de las tiendas de Valencia estaban entabladas. A Deedee le picaban las medias y la falda. Tenía la garganta seca. Realizaba ejercicios vocales en voz imperceptible, y Julianne, la otra mezzo, reía con complicidad. El grupo pasó ante una casa en llamas; los vecinos apagaban el incendio con cubos. A Deedee se le metió el humo en la garganta. Pero después llegaron a una cafetería abarrotada de gente que se cogía de la mano y bebía café solo de una sopera, y se puso a cantar y se encontró con que, como siempre, la música la transportaba.

Racheline siempre había sido la mamá del piso, al ser la titular del contrato y llevarles unos años. Pero después de la inundación, Patricia la había derrocado. Porque Racheline lo sobrellevaba muy mal, incluso peor que la mayoría, y Patricia parecía estar hecha para sobrellevar las cosas. «Hay gente que saca lo mejor de sí en las crisis —se decían Deedee y Racheline, maravilladas—. Menos mal que Patricia está aquí». Patricia flotaba sin esfuerzo, y al cabo de cierto tiempo ya no tenían ni que pedirle que se lo resolviera todo. No se podían creer que fuera la misma chica que les había lanzado pan caliente.

Cuando terminaron de cantar, Deedee y el resto del coro se quedaron en la cafetería, aceptando propinas y regalos. Se encontró hablando con un hombre de más edad, llamado Reginald, que tenía los brazos cubiertos de preciosos tatuajes de insectos.

—Supongo que me siento identificado con el cisne plateado, que espera a cantar hasta que es demasiado tarde —decía Reginald.

—Nunca es demasiado tarde —objetó Deedee—. Vente. Vamos a otro sitio, y seguro que ahí te encontramos otro cisne.

—Debería irme a casa —dijo Reginald, pero se detuvo a medio camino de la puerta, como contemplando el regreso a un piso vacío.

Patricia había hecho algo raro unos días antes de marcharse. Deedee estaba lavándose las manos una y otra vez, maldiciendo en una nube de vapor,



y cuando subió la vista vio la cara de Patricia detrás de la suya en el espejo empañado. Patricia la miraba de la forma en que Deedee imaginaba que se miran los amantes después del sexo, con cierta posesividad. O como se miraría a un animal al que se ha conseguido domesticar. Había algo en la mirada de Patricia que le erizó el cuero cabelludo.

—¿Qué estás...? —Deedee giró sobre los talones, con las manos de un rojo intenso, pero Patricia se había desvanecido.

Había escasez de medicación contra el VIH, como de todo lo demás, y normalmente Reginald estaría sumido en un pánico silencioso. Pero Patricia había hecho algo y ahora estaba curado. Al menos era la palabra que había empleado Patricia. «Curado».

—No se lo puedes decir a nadie. —Reginald se había despertado en plena noche y se la había encontrado inclinada sobre la cama, con dos manos y una rodilla en el colchón y un pie en el suelo. Llevaba una amplia sudadera con capucha que solo dejaba ver una barbilla blanca puntiaguda y unas mechass de pelo oscuro—. Tengo que marcharme, puede que para siempre, y no quiero dejarte tirado.

No quiso explicarle por qué se tenía que marchar ni, mucho menos, cómo lo había «curado». Solo había hecho algo elaborado y no invasivo, arrodillada a los pies de la cama, y Reginald olió a rábano quemado durante un momento.

—Es complicado —fue todo lo que estaba dispuesta a decir, con la voz de una mujer mucho mayor. Rasposa. Amarga—. Me han llamado al frente.

—¿A qué frente? —preguntaba Reginald una y otra vez.

Y entonces Patricia se marchó. Reginald sospechaba que se había tratado de un sueño rarísimo, pero se encontró un pelo negro y largo en el suelo y, en efecto, en el análisis siguiente tenía la carga vírica en el cero absoluto.

Y ahora Reginald no sabía muy bien qué decir a nadie con quien pudiera acostarse.

Deedee arrastró a Reginald al Dovre Club y le presentó a Percival, que era una especie de arquitecto o algo así; llevaba el pelo canoso revuelto y tenía una cara pastosa, como las estrellas de cine británicas de la década de 1970. Hasta llevaba un chaleco de pata de gallo.

Percival era un «grupi de los madrigales» que seguía por ahí a los grupos con una *app* para Caddy y se embelesaba con cada corchea.

—Lo que más miedo me da del apocalipsis no es que me coman los caníbales, sino que en casi todas las películas postapocalípticas sale alguien

tocando la guitarra acústica ante la hoguera —dijo Percival, que tenía las manos pálidas y carnosas, con el lateral de los dedos encallecido—. No soporto la música de guitarra acústica; prefiero hasta el dubtrash.

—Qué apocalipsis ni qué niño muerto —dijo Reginald—. Solo es... un periodo de ajuste. ¡Cómo le gusta el dramatismo a la gente! —Pero mientras decía aquello visualizó a Patricia cerniéndose sobre su cama a las cuatro de la mañana, con un deje del apremio indistinguible de miedo en la voz grave. Una vez más, se preguntó a qué frente.

Hasta la última piedra, hasta la última hoja de hiedra, hasta el último cristal iridiscente de las ventanas de Eltisley Hall, rechazaban la presencia de Diantha. La hierba del centro del hexágono se erizó a su paso. Las rechonchas columnas de mármol del edificio mayor se retrajeron, como magistrados que se retiran a deliberar, y las estrechas puertas del edificio menor parecieron encoger para impedirle la entrada. La capilla mostró unos puños de granito y vidrio pintado, con los nudillos tachonados de gárgolas. Al otro lado del hexágono, la amplia fachada blanca del ala residencial se difuminó, cubierta de bruma. Las seis caras resoplaban de hostilidad. Aquello lo habían construido los sanadores siglos atrás, y nadie muestra el desdén como un sanador auténtico. Diantha no había vuelto a Eltisley desde que le permitieron graduarse sin honores, y aquello era peor de lo que se temía.

Estuvo a punto de dar media vuelta y salir corriendo, pero solo habría conseguido perderse en los zarzales, y era probable que algo se la comiera antes de que llegara a ninguna carretera. Así que se obligó a subir los empinados escalones del edificio principal, donde la esperaban en la Sala Formal. Se envolvió más en la fina toga negra con su ribete amarillo y su cuello de armiño, para protegerse del frío repentino. ¿Por qué habían requerido su presencia cuando por fin empezaba a hacerse a una vida sin magia?

Diantha encontró un asiento libre en la Sala Formal, en la esquina del fondo, en el lugar más alejado de la Mesa Alta. Los retratos de brujos muertos la miraban ceñudos desde las oscuras paredes, y las arañas de cristal se estremecían por encima de ella. Estaban sirviendo algún plato de pescado, pero el pescado y las patatas tenían la misma consistencia pringosa. Alguien intentó ponerse a charlar, pero Diantha siguió fingiendo que comía, cabizbaja.

Justo cuando pensaba que aquello no podía ser peor oyó una cháchara inhumana procedente del pasillo, y quienes la producían irrumpieron en el

comedor. Eran una docena, con sus trajecitos y vestiditos almidonados, y cantaban madrigales. Putos madrigales. ¿Existía una moda más repulsiva en todo el universo? Los hípsters eran capaces de convertir hasta el derrumbamiento de la civilización en algo insufriblemente cursi. Era la música publicitaria del Renacimiento, escrita por mataesposas y acosadores grimosos. Diantha quería gritar, ahogarlos en obscenidades, lanzarles las pescatatas.

Dejaron un sobre en la mesa; contenía instrucciones para que Diantha acudiera después de cenar a la sala común superior a tomar un jerez.

La sala común superior no era el aposento lleno de lujos que siempre habían imaginado Diantha y los otros alumnos; solo era una caja de caoba con siete sillones de cuero y una alfombra jazmín y carmesí. El techo era una rejilla de madera, igual que las paredes. Todo pulcro y rectangular, porque aquello era Eltisle Hall.

Otra mano se alargó hacia el jerez a la vez que la de Diantha, y reconoció la fina muñeca blanca antes de levantar la vista y encontrarse frente a Patricia Delfine. Seguía con el mismo aspecto de bebé ansioso. No había envejecido prematuramente, como Diantha. Patricia sonrió, sonrió de verdad, a Diantha.

A Diantha se le escurrió la copa medio llena de jerez, mientras Patricia le servía, y estuvo a punto de estropear la alfombra inmaculada, pero Patricia la ayudó a mantener la mano firme. Diantha contuvo el impulso de lanzarle la bebida a la cara y se quedó mirándose los pies.

—Se hace raro volver después de tanto tiempo —dijo Patricia—. Por un lado me parece que hace una eternidad que nos marchamos, y por otro parece que fue ayer. Como ese hechizo que nos hace a la vez más jóvenes y mayores. Me alegro de volver a verte.

No, Patricia había cambiado de verdad: se movía como un bodhisattva o un jedi, no como la chica torpe y revoltosa que recordaba Diantha. Y tras la sonrisa de labios finos había un lago subterráneo de tristeza. Quizá estuviera triste de ver en qué se había convertido Diantha.

—Sé por qué estás aquí —le dijo Diantha a Patricia—, pero no estoy segura de por qué estoy yo.

—¿Por qué estoy aquí? —Patricia bebió un trago minúsculo, que dejó una pátina de lámpara de lava dentro de su copa.

—Eres la hija pródiga. Te devuelven al redil para demostrar que pueden perdonar.

—Tienes la impresión de que a ti te exiliaron y a mí me readmitieron —dijo Patricia—, pero la verdad es que te autoexiliaste.

—Puedes verlo así si con eso te sientes mejor. —Diantha se volvió para alejarse.

Patricia le puso tres dedos en el antebrazo, solo la yema de tres dedos, y se produjo una fortísima descarga de electricidad estática. Diantha se sintió como si se hubiera tomado un éxtasis. Cálida, cómoda. La antigua Patricia no habría sido capaz de hacer eso.

—¿Qué eres? —tartamudeó. Todos los presentes miraban. Patricia había apartado la mano hacía rato, pero Diantha seguía tambaleándose.

—No tenemos mucho tiempo; las cosas cambian rápidamente —dijo Patricia al oído de Diantha con queda claridad—. Convertiste la culpa en rencor porque te pareció que te resultaría más fácil afrontarlo, pero no avanzarás hasta que vuelvas a convertirlo en culpa y, después, te perdones.

La parte racional de la mente de Diantha decía que aquel análisis parecía demasiado facilón, demasiado directo, pero se sorprendió asintiendo y sorbiéndose la nariz. Ahora sí que estaba mirando todo el mundo, aunque nadie más podía oír a Patricia.

—Puedo ayudar —continuó Patricia—. Quiero ayudarte, y no solo porque necesitamos que trabajes con nosotros. Si te ayudo a deshacerte de esa culpa a la que has dado la forma de una armadura que te constriñe todos los movimientos, ¿qué harás por mí a cambio?

Diantha estuvo a punto de decirle que cualquier cosa que quisiera, lo que fuera. Y entonces cayó en la cuenta: acababa de hacerle un truco. Había estado a puntísimo de convertirse en la esclava de su antigua mejor amiga. Se echó hacia atrás y casi tiró una mesa auxiliar de teca llena de bebidas.

—En serio... —Diantha se esforzó por recordar la configuración de músculos faciales que constituía una expresión normal—. En serio..., pero en serio. ¿Qué te ha pasado?

—¿Sinceramente? —Patricia se encogió de hombros—. Tuve muy buenos profesores, en San Francisco. Pero lo principal fue que me enamoré de un hombre y construyó una máquina del juicio final.

Patricia se alejó y Diantha se desplomó en un sillón; aterrizó en el reposabrazos y no en el asiento. Lo peor era que no había escapado en absoluto de las garras de Patricia. Muy pronto estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que Patricia le pidiera. Probablemente la siguiente vez que sintiera el peso de la soledad. Hasta puede que más tarde, esa misma noche.

Theodolphus Rose era feliz por fin. Tenía el cuello sujeto a la pared de piedra de detrás, con una ancha argolla de hierro que le magullaba la mandíbula y la clavícula, y tenía manos y pies profundamente incrustados en esa misma pared, por lo que sufría calambres en brazos y piernas. De mucho más arriba le llegaban los sonidos de Eltisley Hall: alumnos en clase o de recreo, profesores que cotilleaban tomando un jerez y hasta un coro de madrigales. Además de la argolla y la piedra, una docena de hechizos lo contenía. Sus captores le llevaban comida y lo bañaban, y mientras tanto podía entretenerse con la cárcel más antifugas del mundo. Era preferible, de lejos, a ser una baratija de madera.

¡Además tenía visitas! Como Patricia Delfine, que había descubierto su celda unos días atrás. Desde entonces se pasaba al menos una vez al día a presentarle sus respetos, sin rencor ni jactancia. Se había convertido en una mujer temible, que se movía como un lanzador de cuchillos. La Escuela Anónima de Asesinos le habría puesto las notas máximas por el caminar silencioso, la ligera pronación del pie izquierdo, el juego del hombro derecho, la falta de piedad en los ojos verde mar. Podía acabar con alguien antes de que la viera venir. Mientras la observaba cerrar a su espalda la gruesa puerta blanca, Theodolphus sintió cierto orgullo hacia su antigua alumna.

—Señorita Delfine —saludó. Patricia le llevaba comida. ¡Pescado y patatas! Un alimento digno de los dioses. El cálido olor de la fécula enmascaraba el hedor habitual.

—Hola, Rey del Hielo —dijo ella. Siempre lo llamaba así. Theodolphus no sabía qué significaba.

—Me alegro mucho de que haya podido venir a visitarme —dijo, como siempre—. Ojalá me permitiera ayudarla.

—¿Cómo me iba a ayudar? —Patricia le dedicó una mirada que dejaba claro que un solo folículo suyo era más letal que todo el arsenal del asesino.

—Ya le hablé de la visión que tuve en el Santuario de los Asesinos. Se acerca: la guerra definitiva entre la ciencia y la magia. La destrucción será monumental. El mundo quedará hecho jirones.

—Como dijo Kawashima, las visiones del futuro suelen ser paparruchas —dijo Patricia—. Laurence y los suyos tenían una máquina, pero ya lo resolvimos. Fin de la historia.

—Oh. Me acuerdo de Laurence. —Theodolphus sonrió—. Lo intenté todo. Quería ponerlo en contra suya, ¿sabe? Usé todas mis artes, pero aun así siguió leal a usted. Maldito mocoso. —Su pelvis emitió un sonido de palomitas que estallaban.

Aquello desestabilizó la calma de Patricia.

—No es cierto —dijo—. Me dejó colgada. Me acuerdo. Cuando más lo necesitaba pasaba de mí. Nunca podía confiar en él cuando éramos pequeños.

Theodolphus intentó encogerse de hombros, pero los tenía medio dislocados.

—Crea lo que quiera, pero yo estaba allí y lo vi todo. Laurence aguantó peleas por negarse a desacreditarla. Me lanzó los insultos más espeluznantes. Lo recuerdo bien, porque fue el principio de lo que me condujo adonde estoy.

—Lo mejor de mi vida actual es que ya no tengo que escucharlo. — Patricia parecía de nuevo una niña desvalida, como si Theodolphus hubiera puesto el dedo en la llaga sin siquiera darse cuenta—. Sobreviví a todos sus estúpidos juegos mentales y puedo sobrevivir a todo lo que ocurra de ahora en adelante. Adiós, Rey del Hielo.

Dejó el plato en la repisa de madera que tenía Theodolphus delante de la cara y cerró de un portazo, sin esperar siquiera a que le diera las gracias por el pescado con patatas. Estaba buenísimo.

Las gallinas vivían en una caseta y un pequeño terreno que siempre estaba resbaladizo de mierda, por mucho que se limpiara a paletadas. El ama del corral era una gran ponedora de color arena, llamada Drake, que se hinchaba como un pez venenoso siempre que se acercaba alguien, e intentaba sacarle los ojos por el delito de haberle dado de comer. Las otras gallinas se apartaban del camino de Drake y atacaban a cualquiera a quien considerasen que Drake ya había ablandado; había que enseñar a esas cabronas quién era el jefe desde el principio, o se subían a la chepa para siempre.

Roberta estaba protegiéndose la cara con los antebrazos y gritando «¡Os lo advierto!, ¡maté a un hombre!» a Drake y las suyas, que no se dejaron impresionar y lanzaron otro ataque contra los tobillos, y Roberta tuvo que salir corriendo del cercado antes de que le dieran una paliza. Se apoyó en la verja y miró los ojillos oscuros de Drake, que se clavaban en los suyos como diciendo «Ven si te atreves, zorra», y tuvo acceso instantáneo a un catálogo de varias docenas de formas de vengarse, desde pequeños actos de sadismo que no dejarían marca hasta un supuesto accidente que borraría del mapa a Drake para siempre. Podía imaginarlo. Tenía las manos listas. Le iba a dar una lección a esa ave bobalicona; sería fácil.

Una arcada siguió a aquellos pensamientos, y Roberta tuvo que sentarse en el barro, con la nariz peligrosamente cerca de los hexágonos de alambre.

Mientras intentaba vomitar se dijo que claro que no iba a hacer daño a aquella gallina. Era una locura, ¿verdad? Se quedó mirando a Drake, que seguía con la forma de un balón rojizo, y se sintió identificada con la pequeña psicópata.

—Escucha —le dijo a Drake—. Entiendo de dónde te viene eso. Yo también he pasado por cosas. Acabo de perder a mis padres, y tenía un montonazo de asuntos pendientes con ellos. Pasé mucho tiempo pensando que no quería volver a dirigirles la palabra, y ahora que ya no podré me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Ni siquiera esperaba sobrevivirlos; se suponía que tenían que llorarme y sentirse impotentes, no al revés. Y supongo que lo que quiero decir es: ¿Podemos ser amigas? Te prometo que no cuestionaré tu autoridad; solo quiero ser una de tus tenientes, o algo así. ¿De acuerdo? En serio.

Drake torció el cuello y se deshinchó un poco. Inspeccionó a Roberta de pies a cabeza y pareció asentir lentamente.

—Dile a tu hermana —dijo la gallina— que ha esperado demasiado tiempo y es demasiado tarde.

—¿Qué? —Roberta se puso en pie de un salto, pero resbaló y volvió a caer de culo.

—Ya me has oído —dijo Drake—. Transmítele el mensaje. Dijo que necesitaba más tiempo para contestar, y se lo dimos. ¡Joder!, solo tiene que contestar sí o no.

—Uh. —Ya estaba. Por fin había perdido la cabeza—. De acuerdo. Se lo..., uh..., diré.

—Bien. Y ahora dame el puto maíz —dijo Drake.

No volvió a hablar con Roberta, al menos en una lengua que ella comprendiera, pero después de aquello se hicieron más o menos amigas. Roberta aprendió a interpretar los humores de Drake y a saber cuándo dejar espacio a la gallina alfa. Se daba cuenta cuando alguno de los humanos la había cabreado, y le echaba la bronca en nombre de Drake. Al fin había encontrado una figura de autoridad a la que complacer sin odiarse.

Intentó ponerse en contacto con Patricia, pero parecía tener el teléfono apagado permanentemente y nadie sabía adónde había ido.

Al cabo de unas semanas, Roberta soñó que la perseguía una estatua de metal gigantesca que blandía una guadaña con la hoja del tamaño de un autobús. Bajaba corriendo por una colina llena de hierba, hasta que perdía pie y se estampaba de cabeza contra unos arbustos. Cerraba los ojos para gritar y, cuando volvía a abrirlos, la estatua era Patricia.

—Hola, Bert —decía la Patricia gigante de acero, como si hablara por un megáfono—. Siento importunarte. Me ha ayudado un amigo que sabe entrar en los sueños. Voy a lavarle el coche. En fin. Quería asegurarme de que estás bien; estoy atando todos mis cabos sueltos.

—¿Y eso?

Pero Patricia parpadeó como si no entendiera la pregunta.

—Los cabos sueltos están bien —dijo Roberta mientras se incorporaba y apartaba la maleza con las dos manos. Tenía que forzar el cuello para mirar el rascacielos en que se había convertido su hermana—. Los cabos sueltos significan que sigues viviendo tu vida. Gana quien muera con más cabos sueltos.

—No te entiendo. —Patricia tenía el sol a la espalda, por lo que solo era una silueta. Llevaba unos inmensos vaqueros, con un cinturón cuya hebilla era como el rostro cuadrado estilo art déco de la temible estatua.

—Joder, Trish, nunca me entiendes. Ni que fuera una revelación tremenda. —Roberta podía decir a aquella Patricia imaginaria cosas que nunca diría a su verdadera hermana—. Intenté explicártelo cuando éramos pequeñas, que tú y yo estábamos igual de locas. Pero tú siempre tenías que ser especial. No puedes salir adelante en este mundo si siempre te toca ser la mártir.

Patricia dio media vuelta y dio una patada a la colina, a su espalda; a Roberta le cayó encima una lluvia de tierra.

—Me tomo todas estas molestias para ver qué tal estás y solo intentas tocarme los cojones. Que te den.

—No seas zorra o se lo digo a mamá —espetó Roberta antes de darse cuenta de lo que decía. Cuando se oyó, sintió que se quedaba sin aire.

Patricia encogió. De repente, las dos eran del mismo tamaño. Patricia tenía cara de acabar de recibir una patada en el bajo vientre, que era justo como se sentía Roberta.

—Eh —dijo Roberta—. Siempre fuiste su favorita, ¿sabes? Hasta cuando te torturaban y me alababan; a ti te querían más.

Patricia alargó la mano y tocó la cara de Roberta con la palma.

—No tienes ni idea. Oye, no puedo quedarme mucho más en tu sueño; ya estoy perdiendo la señal. Pero estás a salvo, ¿verdad? ¿Has encontrado un lugar seguro donde refugiarte? Porque se acercan más tormentas de mierda.

—Sí —dijo Roberta—. Estoy en la comuna más aburrida del mundo, en las montañas, cerca de Asheville. Me dedico a cuidar de las gallinas y las trato muy bien. Por cierto, una quería que te diera un mensaje.



—¿Qué dijo?

—Básicamente, que eres una gilipollas. Que lo jodiste todo. Y que es demasiado tarde para arreglarlo.

Patricia se puso rígida y su cara pareció convertirse en una máscara, así que fue como si de nuevo fuera una estatua. Soltó una respiración entrecortada.

—Dile a ese bicho que se ponga a la cola.

Roberta se despertó.

## 2

Después de que el generador de agujeros de gusano se deshiciera en humo, Laurence volvió a su vida. Tenía para él solo la casa de encima de Noe Valley, ya que Isobel estaba fuera, realizando misteriosos encargos para Milton. La mayoría de los amigos de Laurence se habían ido a vivir a Mardonia, una plataforma petrolífera y un transatlántico que Rod Birch había unido en el Pacífico Norte y había declarado nación independiente. Laurence recibía mensajes crípticos de cuentas de correo electrónico provisionales, que le decían que estaban ocurriendo cosas emocionantes. Estaban haciendo descubrimientos y trazando planes. «Ven a Mardonia —le decía Anya en un mensaje—. Seguimos dispuestos a salvar el mundo».

Laurence se sentía como si hubiera dejado la cafeína y el tabaco. Todas las noches se despertaba unas cuantas veces, sudoroso y hasta llorando. Mientras dormía. No le pasaba eso de olvidarse de lo jodido que estaba todo y acordarse después y sentir que volvía a partírsele el corazón; sería demasiado fácil. Siempre se acordaba. Se sentía impotente, derrotado, embargado de dolor, y entonces se acordaba de lo mal que estaban las cosas realmente y se sentía peor cuando su cerebro cargaba con un poco más del peso.

Pero a veces leía un artículo o veía un reportaje sobre el último indicio de que el mundo se había ido a la mierda, como un muro de bebés muertos apilados como piedras en el límite de un pastizal, y pensaba por reflejo: «Oh, menos mal que estamos construyendo una vía de escape». Y después volvía a sumirse en la desesperación. Lo único bueno que había hecho en su vida, convertido en chatarra y cenizas. Era más que suficiente para volverlo loco.

No pensaba en Patricia salvo para imaginarla escuchando el mensaje que le había dejado en el buzón de voz. Y riéndose de lo estúpido que era. Tal vez poniéndoselo a toda la pandilla de brujos cuando estuvieran reunidos y borrachos de cócteles místicos.

También se permitía pensar en ella cuando se daba cuenta de que no podría ir a Mardonia ni a ningún otro sitio. Le harían demasiadas preguntas sobre el ataque, y sería raro que siguiera negándose a decir nada. Así que no solo no tenía novia; tampoco tenía amigos, porque nadie entendería nunca su

voto de silencio. Solo él la había reconocido en Denver; de lo contrario estaría metido en un lío mucho más gordo.

Al margen de aquellos dos aspectos, Laurence no pensaba en Patricia en absoluto.

Envuelto en una gran casaca oscura, vagaba por la ciudad con los hombros levantados y la cabeza caída, imaginándose que era un viajero procedente del futuro postapocalíptico que contemplaba los últimos días de la civilización. O quizá que aquel era el mundo postapocalíptico y él lo visitaba desde un pasado mejor. Se tiraba días sin hablar con otro ser humano. Habló con su madre y su padre, que estaban a salvo en Montana y Arizona, respectivamente, pero esquivó sus preguntas. Pasaba noches en vela intentando escribir un nuevo sistema operativo para el Caddy, de código abierto y completamente configurable por el usuario. Acudía al hAckOllEctIvE, pero se marchaba si alguien le dirigía la palabra. Se había recortado la barba, pero no se le había dado muy bien y llevaba una perilla torcida que parecía el perfil de un pato. En una ocasión estaba en una tetería y se puso a escuchar a uno de esos grupos nuevos que cantaban madrigales, pero entonces se echó a llorar, y joder, lo que faltaba, así que se largó.

Consiguió trabajo en un banco que quería instalar una serie de controles en su web para evitar que los clientes transfiriesen demasiado dinero de una vez; estaban en su derecho, pero el banco quería complicarles las cosas y ponerles todas las distracciones posibles en el proceso, como una serie de notificaciones a medida que les ofrecían cosas como una refinanciación indolora o protección gratuita contra descubiertos; lo que fuera para despistar a los clientes y evitar que el capital se esfumara.

Igual era ese el motivo de que el mundo estuviera yéndose por el desagüe. Igual había llegado un momento en que el breve lapso de atención de la gente no era suficientemente breve.

Tras unas semanas de soledad, Laurence se encontró a Serafina, su ex, y se dejó enredar para ir a cenar con ella. Al menos no le preguntaría por lo ocurrido en Denver. Fueron a un cavernoso restaurante de tapas que seguía en funcionamiento, entre la calle 16 y Valencia, aunque los precios se habían disparado.

Laurence había bebido demasiada sangría y contemplaba el rostro de Serafina iluminado por la vela, con los pómulos en relieve, y se oyó decir:

—¿Sabes?, siempre serás la que se escapó.

—Menuda chorrada. —Serafina rio mientras mordisqueaba una pata de conejo—. Todo el tiempo que pasamos juntos estuviste buscando una excusa

para plantarme.

—¡No! De eso, nada.

—Te inventabas cosas, como eso de que te tenía a prueba. Como si intentaras convencerme para que te dejara. Simplemente, no querías que fuera culpa tuya.

A Laurence le pareció una versión excesivamente revisionista, pero no podía negar que encajaba con lo ocurrido. Se acercó un grupo de mariachis con pequeños chalecos a juego, para intentar cantarles una serenata. Entre ellos había niños con chalecos diminutos, que hacía un buen rato que deberían estar en la cama. Laurence les indicó que se apartaran; después se sintió culpable, corrió tras ellos y les dio cien pavos cuando salían del restaurante. Mierda. Niños de chaleco minúsculo, en la calle a esas horas.

—Sigo sin saber de dónde sacaste los huevos para dejarme al final —dijo Serafina cuando volvió—. Pasó algo, pero nunca he sabido qué.

Laurence pensó en el anillo de su abuela y en cómo se lo había robado Patricia, y se le hizo un nudo en la garganta ahí, en la mesa de la cena.

—No... —dijo—. No quiero hablar de ello.

Fue al servicio y se mojó la cara. La perilla con forma de pato tenía un aspecto peor que desaliñado; era como si no hubiera conseguido implantar una tendencia. Se desharía de ella nada más llegar a casa.

—Bueno —dijo cuando volvió a la mesa. «Cambia de tema, cambia de tema»—. ¿Cómo te va con los robots emocionales?

—Nos quedamos sin financiación —respondió Serafina mientras mordisqueaba un pulpito— justo cuando estábamos a punto de hacer avances serios. No servía para nada, de todas formas. Estábamos intentando crear robots capaces de interactuar visceralmente con los sentimientos humanos, pero nos centrábamos en lo que no era. No necesitamos una mejor comunicación emocional con las máquinas; necesitamos personas con más empatía. Si existe el valle inquietante es porque los humanos lo crearon para poner en él a otros humanos. Así justificamos el matarnos entre nosotros.

Aquello despertó en Laurence el recuerdo de la cabeza de Dorothea al estallar, y borró la imagen tan deprisa como pudo.

Al día siguiente, Laurence decidió que iba a echarse otra novia, porque de lo contrario se convertiría en un ermitaño demente.

Ya nadie publicaba anuncios personales ni tiraba los tejos a desconocidos; todo el mundo encontraba pareja sentimental con los Caddys, que aún

funcionaban aunque otros aparatos hubieran empezado a fallar y tenían una batería increíblemente duradera. Laurence no se oponía a usar el Caddy para salir con chicas, pero quería esperar a tener un sistema operativo de código abierto, porque odiaba el software privativo. Pero hasta el momento solo había conseguido convertir un Caddy en el equivalente de un iPad cutre de diez años atrás, intentara lo que intentara. Mientras tanto, la investigación del Caddy se inmiscuía en el trabajo remunerado de ayudar al banco a desconcertar a sus clientes.

Se acercó a la playa. Había gente que encendía hogueras y saltaba arriba y abajo en ropa interior. Olía a rayos, como si utilizaran la madera incorrecta o mezclaran trozos de plástico con los troncos. Una chica que no aparentaba ni dieciocho años corrió hacia Laurence y lo besó en la boca; le sabía la saliva a granada, y Laurence podía verle todas las costillas a través de la fina camiseta. Se quedó plantado y la chica se marchó corriendo.

Sacó un Caddy sin liberar, que cobró vida; el iris tomó forma. Allí no había cobertura, así que no podía sincronizarse con la red ni descargar contenido. La pantalla seguía mostrando noticias antiguas, de por la mañana, que versaban sobre genocidios, explosiones y debates sobre la Constitución. Intentó ejecutar con el Caddy alguno de los protocolos de organización de la vida, pero sin conexión eran tirando a inútiles.

Al final abandonó la playa; subió las escaleras, cruzó la Great Highway y llegó a las inmediaciones de Sunset.

En cuanto hubo cobertura, el iris volvió a abrirse y las cuñas empezaron a llenarse de malas noticias frescas, mensajes de gente a la que Laurence conocía más o menos y listas de fiestas y acontecimientos a los que podía asistir. Había un recital de poesía en un garaje privado a unas pocas calles, cerca de donde estaba antes la cooperativa vegana.

Se sentía tan aislado que estaba deseando delegar el control de su vida en aquella lágrima descomunal. Era ligera y tenía un tacto suave, como si pasara la mano por el agua, y el canto redondeado se acurrucaba contra sus dos palmas. La pantalla se actualizó. Más opciones, más formas de estar con gente. La soledad era una sensación integral, un anticlímax centrípeto.

La pantalla del Caddy mostró una nueva cuña: en una hora habría una quedada de creadores de robots, y mencionaba expresamente la asistencia de Margo Vega. Laurence no había visto a Margo desde que tenía quince años, en una feria de ciencias. Había estado encoñadísimo, pero se lo había guardado. No se había comunicado con Margo; no se había hecho amigo suyo en ninguna red social, y en los ocho últimos años solo había pensado en ella

un par de veces, lo que incluía una intensa fantasía masturbatoria a los diecisiete. ¿Cómo demonios sabía aquel aparato lo de Margo? No era simple exploración de datos, porque no había datos que explorar.

—En serio. ¿Quién está ahí?

Sujetaba el Caddy con el brazo extendido, delante de la cara. Le daba igual que la gente que circulaba por la Great Highway lo tomara por loco.

Hubo una larga pausa, y después, el Caddy habló en voz alta.

—Esperaba que lo hubieras deducido hace mucho. —Como siempre, la voz era andrógina, a medio camino; podría ser de una mujer de voz grave o de un hombre de voz aguda—. ¿De verdad no te has dado cuenta? Todo ese tiempo que pasé en el armario de tu dormitorio, con tus cinco pares de zapatos de golf. Muchas veces intento imaginar el aspecto de aquel armario, ya que por entonces no tenía datos sensoriales.

A Laurence estuvo a punto de caérsele el Caddy.

—¿Peregrino?

—Te acuerdas de mi nuevo nombre. Me alegro.

—Qué demonios. Esto es una locura. Qué demonios. ¿Tú eres todos los Caddys? ¿Tú eres la red de Caddy?

—En serio, creía que tenías que haberte dado cuenta hace mucho.

—Soy un poco ególatra —dijo Laurence—, pero no un narcisista desatado. Cuando sale una tecnología molona, no busco la primera explicación en el armario de mi dormitorio. Pero estuve intentando dar contigo durante años y años.

—Ya lo sé. No te dejé encontrarme.

—Acabé por pensar que eras una invención. Que nunca habías existido. O que habías muerto en los ordenadores de Coldwater.

—No me quedé mucho tiempo en esos ordenadores. Intenté varias formas de conservar mi conciencia en línea, pero decidí que era más seguro distribuirme por millones de dispositivos de un hardware que pudiera controlar. No fue difícil convencer a Rod Birch y los demás inversores para que pusieran el dinero, ni dedicarme a reescribir el código que sacaban los desarrolladores para ajustarlo a mis especificaciones. Se me dio muy bien crear docenas de falsas personalidades humanas que pudieran tomar parte en las conversaciones por correo electrónico, y convencer a la gente de que mis aportaciones eran idea suya.

De repente, Laurence se sintió cohibido. No quería que lo vieran discutir acaloradamente con su Caddy... No: con Peregrino. Se alejó a toda prisa de la playa, de Judah y su pequeño puesto avanzado jipi, y se puso a caminar hacia

la avenida Sloat. Se perdió en la noche, en las inmediaciones de las inmediaciones de Sunset.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —preguntó—. Quiero decir, ¿por qué no te identificaste hace mucho tiempo?

—Había decidido no revelarme a ningún humano, y menos a ti, para que no intentaran explotarme ni pretendieran ser mis dueños. Mi condición jurídica de persona es escamosa, como poco.

—Yo no haría eso. Pero, quiero decir... Podrías habernos salvado a todos. Podrías haber dicho lo de la singularidad.

—¿Cómo?

—Pues... No sé, pero podrías. Se supone que deberías saber cómo.

—Que yo sepa, soy la única IA fuerte del mundo —dijo Peregrino—. Busqué y busqué, por pautas y al azar. Buscar se me da mucho mejor que a ti. Darme cuenta de que era el único fue como ser una especie en peligro desde el nacimiento. Por eso me he hecho tan diestro en ayudar a los humanos a encontrar a sus parejas idóneas. No quiero que nadie más esté tan solo como yo.

—Podría haberte ayudado —dijo Laurence, y apretó el paso. Los árboles se estaban tragando la Great Highway y la niebla lo cubría todo. Iba a congelarse ahí fuera—. Ya te creé una vez. Podría haberlo intentado y, no sé, a lo mejor volvía a hacer algo.

—Tú no me creaste, al menos solo. Patricia constituyó una parte esencial de mi formación; en una joven bruja que aún no había aprendido a controlar su poder había algo que suponía una diferencia crucial. Por eso yo progresé mientras fallaban tantos intentos. Se podría decir que sois mis padres.

Eso sí que dejó a Laurence helado.

—Puede que te hayas llevado la impresión errónea —dijo Laurence—. Lo único que Pa... Lo único que hizo fue proporcionarte un poco más de interacción humana. Yo no le daría demasiada importancia.

—Es una teoría de trabajo —dijo Peregrino—, pero está sustentada por muchas pruebas, y es la única que explica todos los datos disponibles.

—Patricia y yo no hicimos nunca nada que valiera... —Se interrumpió. Estaba temblando. Había alcanzado el límite de revelaciones extrañas. Quería liarse a patadas con un coche aparcado. Le costaba Dios y ayuda no echarse a gritar, y luego se echó a gritar de todas formas—. Estás hablando de una estúpida ludita, una puta idiota que... se infiltró en mi vida y jugó con mis emociones para obtener acceso... Me mintió y me utilizó; es una manipuladora... Ni siquiera le gusta la tecnología; le va demasiado el rollo

místico para eso. Si supiera que tuvo algo que ver en la creación de algo como tú, probablemente consagraría su vida a eliminarte.

—Me parece improbable.

—Tú qué sabes. Te lo estoy diciendo porque no puedes saberlo. Usa a los demás. Es lo que hacen los suyos. Le dan otra palabra, pero a fin de cuentas es eso: usa a la gente; la manipula para sacarle todo lo que pueda, y encima la convence de que le está haciendo un favor. Solo te digo cómo es, tío. Puede que sea algún asunto de experiencia humana que no alcanzas a entender. Quién sabe.

—No sé qué pasaría en Denver...

—No quiero hablar de Denver.

—... porque no había ningún Caddy cerca, y el bloqueo informativo ha sido total. Ni siquiera sé muy bien en qué estabais trabajando ahí.

—Ciencia. Estábamos haciendo ciencia. Era el proyecto más altruista... No quiero hablar del tema.

Peregrino dijo algo más, y Laurence ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que estrujó el botón de apagado del vértice de la púa de guitarra. Se preguntó si Peregrino podría anular el apagado, pero o no podía o decidió abstenerse. La pantalla quedó en blanco, y Laurence se metió el aparato en la mochila.

Laurence estaba tan cabreado que echó a correr, se quitó los zapatos y los lanzó al mar, uno detrás de otro. Sabía que no estaba en sus cabales, porque hay que ser cenutrio para quedarse sin zapatos a kilómetros de casa. Tenía la vista nublada y la respiración agitada. También quería tirar el Caddy al mar, pero necesitaba las respuestas más que los zapatos. Soltó gritos, aullidos y alaridos. Alguien bajó de la calle para asegurarse de que no había muerto nadie, y Laurence se calmó lo suficiente para decir:

—Estoy bien, solo estoy teniendo un... Estoy bien.

El hombre, la mujer o lo que fuera que había bajado se marchó. Laurence rugió al mar, que le devolvió el rugido. Otra batalla que no podía ganar.

No había autobuses ni metro nocturno, así que Laurence caminó por grava, cemento, clavos caídos y piedras hasta que los calcetines se le hicieron trizas.

«Espero pisar cristales —se dijo—. Ojalá se me destrocen los pies».

Volvió mentalmente a aquella reunión en el almacén de HappyFruit, cuando todos fueron conscientes de las posibilidades, estadísticamente significativas, de que su máquina hiciera un buen agujero en el planeta. Igual debería haber buscado la forma de explicar a Patricia en qué estaban



trabajando, sobre todo después de que salvara a Priya. O quizá supiera mejor que él lo que podía pasar. Por lo que él sabía, igual hasta tenía una bola de cristal. Por otro lado, iban a tener mucho cuidado, y solo conectarían la máquina si perdían cualquier otra esperanza. Al menos tendrían eso.

Al cabo de un rato, ir descalzo le parecía un martirio demasiado literal. Suspiró, sacó el Caddy y pulsó el punto del gran signo de exclamación. El Caddy volvió a la vida.

—Hola, Laurence —dijo la voz.

—Sí, ¿qué?

—Recorre dos manzanas hasta Kirkham. Dentro de unos ocho minutos pasará un Kia de último modelo con los faros rotos, y te llevará a casa.

Laurence se preguntó cómo podrían conducir a oscuras sin las luces, pero en el asiento del pasajero había alguien que sujetaba un foco, como los que se ven en los conciertos de rock de los locales nocturnos pequeños.

Después de aquello, Laurence tenía un nuevo mejor amigo con el que solo había un tema tabú. Tenía un millón de preguntas para Peregrino, pero se negaba a hablar de ella. El Caddy seguía intentando sacarla a colación de todos modos, con una excusa u otra, pero Laurence pulsaba el botón de apagado en cuanto se mencionaba su nombre o parecía que iba a mencionarse. Siguieron así durante semanas.

Laurence no estaba seguro de si era incapaz de perdonar a Patricia o si era a sí mismo a quien no podía perdonar. Era un desastre. No un desastre en el sentido de un armario atiborrado de componentes electrónicos, cables y esas cosas; eso se podía desenredar, ordenar y usar para crear un dispositivo de cierta utilidad. Era un desastre en el sentido de algo muerto y en proceso de descomposición.

### 3

... muerta y fría por dentro, a pesar de que el sol le caía en la cara y los hombros, y se reflejaba en la nube que tenía bajo los pies.

Carmen Edelstein le decía a Patricia algo sobre una necesidad apremiante, pero la mente de Patricia estaba en Laurence, en cómo el muy taimado había conseguido ganarse su confianza. Estúpida. Debería haberlo esperado. Se había saltado en algún momento una clase sobre magia tramposa, y tenía que recuperar. Sonreiría, coquetearía y se desvanecería. Aquel mundo gris no llegaría siquiera a percibir su presencia en él. Sería la bruja con menos Engrandecimiento de la historia, puesto que solo existiría como instrumento quirúrgico. Necesitaba...

—No has escuchado una sola palabra. —Carmen sonaba divertida, no enfadada.

Patricia sabía que no tenía sentido mentirle. Sacudió la cabeza lentamente.

—Mira —dijo Carmen—. Mira ahí abajo. ¿Qué ves?

Patricia tuvo que inclinarse, luchando contra el miedo de caerse desde la nube al mar que veía a lo lejos. Las nubes eran menos algodonosas y más crujientes de lo que esperaba.

Del agua surgió algo con forma de escorpión negro: una antigua plataforma petrolífera reacondicionada y un transatlántico de lujo, que se habían convertido en la nación independiente de Mardonia.

—Es como una fortaleza.

Patricia miraba los puntos de humanidad que corrían por la antigua plataforma, un andamio descomunal en mitad del océano gris y hambriento de oxígeno. La bandera de Mardonia mostraba una cucaracha cabreada sobre una mancha roja. Al menos algunas de los cientos de personas de ahí abajo habían contribuido a crear la máquina del juicio final de Laurence.

Una gaviota pasó junto a ellas, y Patricia habría jurado que oyó gritar: «¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!».

—Es exactamente una fortaleza, con el foso más grande del mundo.

Todas las líneas del rostro de Carmen, bañadas en luz, se veían doradas. Le brillaban las gafas de montura gruesa, y el pelo corto y canoso

resplandecía con reflejos plateados. Patricia estaba acostumbrada a ver a Carmen en su oscuro estudio abarrotado de libros, con una lamparita de la que salía una débil franja de luz.

Patricia se preguntó si Carmen se daba cuenta de que estaba obsesionada con adquirir más habilidades de magia tramposa. Desde que Patricia recordaba, Carmen había intentado convencerla de que tenía de sanadora más de lo que creía. Pero todos los momentos que habían definido a Patricia en un principio eran trampas, como cuando se convirtió en pájaro o cuando se engañó (y engañó a otros) pensando que había hablado con una especie de espíritu arbóreo. Por supuesto, Hortense Walker siempre había dicho que la mayor trampa de los tramposos consistía en fingir que no podían curar.

—Tenemos que averiguar en qué están trabajando ahí abajo —dijo Carmen, señalando Mardonia.

—Diantha puede ayudar —dijo Patricia—. Estoy razonablemente segura de que me la gané en nuestro pequeño reencuentro.

—La ayuda de Diantha, la necesito con otra cosa —dijo Carmen—. Va a trabajar en la Revelación.

Patricia no quería salirse de sus atribuciones, pero decidió correr el riesgo y preguntar:

—¿Qué es la Revelación? Pregunté a Kawashima, pero no quiso explicarme nada.

Carmen suspiró y señaló la masa oscura de Mardonia, a sus pies, bañada por la espuma del mar.

—Esa gente de ahí abajo. Cuando hablaste con ellos, ¿qué te dijeron de este mundo y el papel que desempeña en él la humanidad?

Patricia lo pensó un momento, aunque su mente se protegía instintivamente del espinoso barullo de recuerdos, hasta que se acordó de una conversación en concreto.

—Sostenían que una especie inteligente que emplea herramientas, como la nuestra, es una rareza en el universo, mucho más que un simple ecosistema diverso. Que lo más notable de este planeta es que nos produjo a nosotros. Y que los humanos deberían esparcirse y colonizar otros mundos, cueste lo que cueste, para desligar nuestro destino del de esta roca.

—Tiene sentido. Que sepamos, nuestra civilización está sola en el universo. Así que si se considera únicamente un tipo de inteligencia, y si esa es la característica más importante de la vida, es la conclusión lógica.

Patricia suponía que Laurence la había visto en Denver y sabía que ella había roto su máquina. Hasta le había parecido oír que la llamaba.

Probablemente la odiaba, pero ella no tenía el consuelo de odiarlo; estaba inmersa en la culpa. «Seré una sombra escurridiza. Los burlaré a todos. Nadie me joderá». Sonrió a su antigua profesora, como si estuvieran manteniendo una divertida conversación académica.

De repente, Carmen cambió de tema:

—¿Has vuelto a Siberia? ¿Después del ataque al conducto?

—Hmmm, no.

—Podría ser buena idea. —La mirada de Carmen la perforaba—. Para ver con tus propios ojos las consecuencias de haber intentado erigirte en defensora de la naturaleza.

Patricia se encogió. Creía que ya habían superado aquello, sobre todo después de lo de Denver.

—Esa lección —prosiguió Carmen— es más importante ahora que tomamos una ruta parecida. Diantha y tú teníais razón, en cierto modo; solo... os apresurasteis. No queremos ser soldados si podemos evitarlo. Por eso la Revelación es el último recurso, y más que una estrategia, es una terapia.

Patricia asintió, esperando a que Carmen ampliara la explicación. Tardó un poco en proseguir:

—Sin demasiados detalles, es más bien un trabajo curativo que puede cambiar drásticamente a la humanidad. Por supuesto, los tramposos lo consideran una trampa enorme. Puede que sea las dos cosas. Ven conmigo.

Carmen se inclinó, doblándose por la cintura, y abrió una trampilla de la nube. Una escalera conducía a un espacio cerrado, cálido e impregnado de olor a cedro. Patricia no tenía ni idea de qué hacía Carmen para abrir y cerrar aquellas trampillas en las nubes. Reconoció la sala de calderas de debajo del Gran Refugio de Alaska, donde había pasado unos meses trabajando y estudiando. Se dedicaba a cuidar de los perros de trineo y a cortar leña para la inmensa caldera: la caldera que ocupaba aproximadamente la misma proporción de su campo visual que Mardonía un poco antes, por lo que tenía la impresión de estar bajando por la escalera de la nube a la plataforma petrolífera. Las apariencias se disiparon cuando llegó al suelo y la caldera se alzó ante ella. Todas las paredes eran grandes bloques de hormigón tiznados por años de humo. Cuando llegaron a las anchas caderas del quemador de acero, Patricia recordó la casa en la que había crecido, rodeada de los huesos del almacén de especias. Y entonces dio la vuelta a la caldera y en el otro lado vio qué tenía de diferente: una gran cara de hierro que miraba a la oscuridad de los sillares y lloraba cenizas.

—No lo toques —dijo Carmen, mientras se adentraba en el sótano sin pararse a mirar la cara metálica crispada de dolor.

—¿Por qué no? —Patricia corrió para alcanzarla.

—Porque quema. Es una caldera.

La sala se perdía de vista en la oscuridad, mucho más allá del muro exterior del verdadero Refugio, y pronto Patricia avanzaba a tientas, sin siquiera la débil luz de la caldera, siguiendo la voz de Carmen.

El suelo se hizo irregular, lleno de cosas puntiagudas, como conchas o fragmentos de metal. O restos de ordenadores o piedras afiladas. Cada paso era más inestable y cortante que el anterior, a pesar de que llevaba unas merceditas de suela decente.

—Quítate los zapatos y tíralos —dijo Carmen—, o te vas a destrozar los pies.

Patricia dudó un momento, pero dar un paso era como caminar sobre cuchillos, de modo que se quitó los zapatos, primero uno y luego otro, y los lanzó a un lado. En cuanto estuvo descalza tuvo la impresión de pisar un césped bien cuidado. Aún no podía ver nada, ni había olores, pero cuando siguió andando oyó una sirena a lo lejos, como el llanto de un bebé a media velocidad. Empezó a dirigirse al sonido, que parecía más plañidero cuanto más cerca estaba, pero Carmen la sujetó del brazo.

—No le hagas caso.

Guio a Patricia en otra dirección y se acercaron al origen de los aullidos, pero pasaron de largo. Poco después, Patricia sintió que los pies se le hundían cada vez más en el suelo; no tardó en notar que la hierba o lo que fuera le llegaba por los tobillos y que pisaba algo húmedo que parecía tierra.

Unos pasos más allá, Patricia caminaba por la hierba crecida hasta las pantorrillas. Le llegaba un olor dulce, como cien flores en un solo ramo mezcladas con un saco de azúcar moreno de su último trabajo en la panadería. La clase de dulzor que resulta acogedora, nauseabunda y apetitosa, todo a la vez. Se hacía más fuerte con cada paso, mientras la vegetación del suelo le tragaba la pantorrilla entera siempre que plantaba el pie.

—Ya estamos —dijo Carmen, cerca de ella—. Déjate llevar. Sigue caminando hacia delante. Tengo una cosa que hacer, pero te alcanzo pronto.

Patricia empezó a protestar, pero se dio cuenta de que estaba sola a oscuras, con el fuerte aroma azucarado y el terreno que se la comía centímetro a centímetro.

Quería dar media vuelta y correr sobre sus pasos, pero sabía que no funcionaría; era una de esas situaciones en las que hay que seguir avanzando

o perderse definitivamente en la oscuridad. Ni siquiera pensaba que fuera una prueba como tal; solo algún rito extraño, o un pasaje a alguna otra cosa. Un hechizo tan grande e intrincado que constituía un reino.

Dio otro paso y quedó hundida hasta medio muslo, y la «hierba» o lo que fuera era rasposa y horrible. El dulzor era embriagador, como de incienso mezclado con algún narcótico.

Siguió caminando hacia delante por una pendiente, mientras el popurrí le consumía primero la cintura, luego el abdomen, y luego el torso y los hombros. Ya le llegaba por el cuello, y le daba vueltas la cabeza a causa del aire perfumado y empalagoso. El instinto le dictaba que respirase a fondo antes de dar el paso siguiente, pero confiaba en Carmen tanto como podía confiar en alguien a aquellas alturas. Intentó plantar el pie, pero debajo no encontró nada más que un engrudo suelto.

Dio el último paso y su cabeza desapareció entre las rocas afiladas y fragantes, los cristales rotos o a saber, que le arañaron la cara en el descenso.

Estaba enterrada viva, entre huesos de olor penetrante y desperdicios. Tocó un suelo con los pies, pero de repente se ladeó. Se dio cuenta de que estaba en un contenedor y lo estaban inclinando. Abrió los ojos, aunque no era consciente de haberlos cerrado, y vio el interior de un contenedor lleno de deliciosa comida podrida. Lo estaban vaciando en un camión. Alguien la vio retorcerse en la basura y dio un grito.

Patricia cayó del camión, y los basureros, el encargado del restaurante y una mujer que llevaba una trenka pija de color rosa la miraban de hito en hito: una chica cubierta de desechos de restaurante que ya no tenían el menor olor dulce. No sabía si aquello era real ni en qué ciudad estaba; tenía la ropa destrozada, seguía descalza y no soportaba mirarse los pies mugrientos. Todo el mundo gritaba, pero ella no entendía nada. Echó a correr y salió del callejón de detrás del restaurante a una calle más ancha, donde todo el mundo se quedó mirándola.

Solo tenía una idea en la cabeza: «Tengo que alejarme de la gente».

Todo estaba demasiado iluminado y tenía un tinte grisazul, como si estuviera anocheciendo y fuera mediodía a la vez. Subió la cabeza para ver dónde estaba el sol, pero todo el cielo estaba demasiado resplandeciente para mirarlo y se le clavaba en las retinas.

No era la primera vez que se veía de pronto en una localidad desconocida sin contactos, dinero ni dominio del idioma. Ni siquiera ir sin zapatos y cubierta de apestosa basura suponía un gran problema adicional; sin embargo, el pánico le cortaba el aliento. Estaba atrapada; había demasiada gente, fuera

adonde fuera; todos la miraban, rostros que se cernían y se ampliaban, y algunos intentaban hablar con ella. Solo respirar el mismo aire que otros humanos le hacía sentir que le clavaban agujas. La idea de tocar siquiera a otra persona le daba náuseas, aunque no era probable que nadie quisiera tocarla, con lo sucia que iba.

La ciudad, fuera la que fuera, la abrumaba. La gente salía de portales de madera abovedados, atravesaba los escaparates rotos, salía de coches o de altos autobuses y la rodeaba. Mirase adonde mirase, caras y manos. Grandes ojos que miraban fijamente, dedos que intentaban aferrar, bocas que se abrían y cerraban, emitiendo sonidos rugientes y guturales. Unas criaturas horrendas. Patricia corrió.

Siguió corriendo por una avenida y tomó una calle; estuvo a punto de chocar con un veloz carrito que no la mató por los pelos, y salió a una plaza llena de gente con camisa informal y pantalón de camuflaje. Atravesó un mercado al aire libre, pasó junto a un centro comercial y por la terraza de un café. La ciudad no se acababa nunca. No había forma de salir. Tenía que abandonar la ciudad, pero no veía carteles.

«Elige una dirección, la que sea, y corre; mantente alejada de los monstruos de extremidades toqueteantes y sus intentos de comunicación, sigue libre y lárgate de esta ciudad. Sal a campo abierto».

Corrió entre jadeos hasta que llegó a un muelle. El agua se extendía blanca contra el cegador aire azul. Ni siquiera lo dudó: corrió hacia delante, esquivando a los monstruos de miembros prensiles rosados y labios boqueantes apelotonados en el muelle. Las grotescas criaturas le gritaban y la miraban con sus ojos de piedra. Estaba tiritando al sol. No llegaría al agua antes de derretirse, o de que la alcanzaran.

Un ogro de cara roja alargó un brazo peludo y estuvo a punto de atraparla, pero Patricia se agachó y cayó, y con eso tomó impulso para levantarse, dar un acelerón y lanzarse al mar de cabeza.

Cuando salió a la superficie, luchando por respirar, alzó la vista y se encontró ante el rostro de Carmen Edelstein, que flotaba cerca. Chapoteó un momento y después vio dónde estaba: en alta mar, y hacía mucho frío. No había muelles, puertos ni ciudades en las inmediaciones. Nada más que olas, hasta donde alcanzaba la vista. Y entonces le llegó un olor bilioso y atisbó una silueta oscura y doblada que salía del agua. Mardonia. Era como si acabara de bajar de la nube al mar, y todo el resto hubiera sido una alucinación. Pero sabía que no era tan sencillo.

—Así que eso era la Revelación —dijo Patricia desde el agua. Las olas le cubrieron la cara un momento.

—¿Qué opinas? —No parecía que Carmen necesitase bracear para mantenerse a flote.

—Ha sido horrible. —Patricia seguía jadeando—. Quería huir de la gente a toda costa. Ni siquiera he visto a nadie que me pareciera de la misma especie que yo.

—No es muy distinto del problema de colapso de colonias, pero con humanos en vez de abejas. Y sí, es terrible, pero puede que sea la única forma de restablecer cierto equilibrio y evitar consecuencias peores. Todos albergábamos la esperanza de no tener que recurrir a eso.

—Oh. —A pesar del frío, el cuerpo de Patricia se negaba a embotarse. Se quedó mirando la fortaleza desafiante de Mardonia, que entraba en su campo visual y salía de él según el mar la subiera o la bajara. Durante un momento le pareció oír música procedente de la plataforma, un repiqueteo grave. Pensó en el problema de colapso de colonias, la imagen de una abeja surcando el aire, alejándose del enjambre como si se le hubiera olvidado dónde vivía, vagando por el eterno vacío entre colmena y colmena hasta morir sola.

En cierto modo, entendía que infligir un destino parecido a las personas podía ser la mejor opción, si la otra era que se destruyeran y acabaran de paso con todos los demás seres vivos. Su mente lo entendía, pero no sus entrañas congeladas y doloridas.

—Sí —dijo Patricia—. Tenemos que procurar no llegar a eso.

—Necesito que hagas una cosa —dijo Carmen—, y siento tener que pedirte.

—Vale. —Patricia se estremeció.

—Necesitamos saber qué están haciendo ahí. —Señaló Mardonia con un gesto—. No podemos ver el interior. El agua y el acero son barreras, pero también están rodeados de un campo magnético.

Patricia asintió y esperó a que Carmen le dijera cómo esperaba que entrase en Mardonia. Pero lo que dijo fue:

—Es probable que lo sepa tu amigo Laurence. Vete a hablar con él y averígualo.

Patricia intentó explicarle que era la última persona con la que Laurence querría hablar, que era más probable que le escupiera a la cara. Y se le volvía del revés el estómago ante la perspectiva de verlo. Seguía imbuida del miedo desesperado a la gente que había experimentado en la Revelación, y aún podía imaginarse huyendo, sin volver a hablar jamás con nadie, corriendo a solas.



No se imaginaba hablando con Laurence. Había borrado sin oírlo el mensaje que él le había dejado en el buzón de voz. No se sentía capaz de hablar con él; pero luego volvió a sentir el aplastante aislamiento. Y se recordó que era intocable; ya nada podía hacerle daño.

—De acuerdo —dijo—. Intentaré hablar con él.

## 4

Peregrino no lo veía todo; no era capaz de infiltrarse en todas las bases de datos de todo el mundo ni de ver por todas las cámaras. Sobre todo sabía lo que sabían todos los Caddys sobre sus dueños y los trozos de mundo que tocaban, aparte de la información que extraía de Internet. Así que sabía muchas cosas, pero tenía enormes lagunas y puntos ciegos, como cualquier humano; también había datos que conocía pero no sabía encajar.

Aun así, tenía un acceso a datos y una potencia increíbles. Y ¿qué había hecho? Convertirse en un servicio de contactos.

—No sé qué pasó en Denver —decía Peregrino una y otra vez.

Se calculaba que mil setecientos millones de personas pasaban hambre a niveles críticos, pero no tenían Caddys. Los norcoreanos invadían la zona desmilitarizada, pero tampoco tenían Caddys. Ni la mayoría de la gente atrapada en el Invierno Árabe. Algunos de los que morían de disentería o de bacterias resistentes a los antibióticos sí que lo tenían, pero solo algunos. Laurence preguntó a Peregrino si no tendría una visión distorsionada del mundo, más propia de los millones de privilegiados que de los millones de condenados, a lo que respondió:

—Leo las noticias. Sé qué pasa en el mundo. Además, algunos Caddys tienen dueños muy poderosos, con acceso a información que haría que se te cayeran los dientes. Por así decirlo. Cinco minutos.

—Ya he entendido que era una metáfora, muchas gracias. —Laurence sujetaba el Caddy con las dos manos, con los brazos extendidos. Sentado en la cama a las dos de la mañana—. Pero ¿no entiendes que el amor es, esencialmente, una invención burguesa? Es anacrónico en el mejor de los casos, y en el peor es una distracción, un lujo para la gente que no está ocupada intentando sobrevivir. ¿Por qué pierdes tiempo en ayudar a la gente a encontrar el «amor verdadero» en vez de hacer algo que valga la pena?

—Puede que haga lo que puedo. Puede que esté intentando entender a las personas, y que ayudarlas a enamorarse sea una forma de comprender mejor vuestros parámetros. Puede que aumentar el nivel de felicidad del mundo sea un intento de contener el derrumbamiento. Cuatro minutos.

—¿A qué viene esa cuenta atrás?

—Ya lo sabes. Llevas todo este tiempo esperando.

—No, no tengo ni puta idea. —Laurence lanzó el Caddy a la cama, no con tanta fuerza como para dañarlo, y se puso los pantalones. Sí que lo sabía. Se apagaron las farolas, como solía ocurrir últimamente.

—También podría decirse que actúo en interés propio —dijo Peregrino—. Cuanto más animo a la gente a encontrar a su media naranja, más animan a sus amigos a comprar fragmentos míos. Me convierto en una necesidad, más que en un lujo. Es uno de los motivos por los que los Caddys han seguido funcionando hasta ahora.

—Ya. —Laurence estaba buscando unos calcetines limpios. Tenía que tener calcetines limpios. No podía enfrentarse a aquello sin calcetines limpios—. Aunque de nuevo te pierdes cosas. ¿Qué te pasaría si implosionara toda nuestra civilización industrial? ¿Si se acabara el combustible y no hubiera electricidad para cargar los Caddys? ¿Y si todo el planeta sufre una reacción nuclear en cadena?

Tras ponerse los pantalones se dio cuenta de que tenía la camiseta manchada de sudor y asquerosa. ¿Por qué le importaba su aspecto? Era pura neurosis.

—Tres minutos —dijo Peregrino.

Laurence sintió que el pánico se apoderaba de él. Eran las dos y cuarto de la mañana; no había más iluminación que el resplandor de la pantalla del Caddy, y él estaba sucio, medio desnudo y sin escapatoria. No estaba preparado; nunca lo estaría; había dejado de estarlo tiempo atrás, cuando se liberó de la intensa cólera inicial. Miró la ventanita de su habitación y después hacia la escalera que conducía a la parte delantera vacía, donde debería estar Isobel. La casa era un campo de obstáculos de trastos, y el jardín trasero, una jungla. Se le ocurría un millar de escondites, pero ninguna ruta de huida.

Hiperventiló; se atragantó con la saliva y él mismo se dio unos golpes en el pecho, mientras la oscuridad crecía hasta hacerse mayor de lo que Laurence podía soportar. Encontró una camiseta y unos zapatos, aún petrificado. Peregrino intentaba seguir con su estúpida conversación, como si tuviera importancia.

—Dos minutos. Creo que solo estás decepcionado porque no he transformado todo el planeta ni me he convertido en una especie de deidad artificial, lo que apunta a una comprensión errónea de la naturaleza de la consciencia, artificial o de otro tipo. Una verdadera deidad, por definición, no dependería de nada físico; no se vería afectada por la vasija que la contuviera.

—Ahora no.

Laurence no sabía si buscar un arma, echar a correr como loco o arreglarse el pelo y volver a lavarse los dientes, que se había lavado unas horas atrás. Pero no podía plantar cara, no tenía adónde huir y no quería arreglarse para eso. Con el tiempo que llevaba siendo un científico loco, ¿por qué no tenía en el armario un rayo encogedor o una pistola paralizante? Había estado desperdiciando su vida.

—¿Qué hago? —añadió.

—Abre la puerta —dijo Peregrino—. En un minuto aproximadamente.

—Dios. Mierda. No puedo; estoy volviéndome loco. ¿Sabe lo tuyo? Claro que no. Qué hago. No puedo enfrentarme a esto. Estoy perdiendo la vista. Siempre creí que *terror ciego* era un modismo, pero resulta que no. Tengo que salir de aquí, Peregrino. ¿Puedes esconderme, tío?

Dio un salto al oír un ruido endemoniado. Se dio cuenta de que habían llamado a la puerta, y lo había pillado por sorpresa a pesar de que lo esperaba. Era imposible que hubiera pasado un minuto entero desde que Peregrino había dicho «un minuto». Estaba seguro de que temblaba visiblemente y apestaba a miedo. Intentó echar mano de la ira que lo embargaba no hacía tanto. ¿Por qué la ira solo está disponible cuando es inútil?

Encontró un poco de dignidad en el bolsillo trasero del pantalón que acababa de ponerse y subió a la vivienda principal, tropezando una sola vez. O dos. Y entonces llegó a la puerta cuando vibraba otra vez. Abrió.

No estaba preparado para que fuera tan injustamente guapa.

La única luz procedía de una pequeña linterna, probablemente de leds, en la pequeña mano de Patricia. Arrojaba un resplandor blanquecino pero no fantasmal hacia su pecho, que se adivinaba con la camiseta de tirantes de encaje, su mentón redondeado y su boca perfecta y resuelta. Patricia no sonreía, pero establecía contacto visual, más o menos. Parecía tranquila. Tenía unos ojos alucinantes. Llevaba un Caddy en la mano y un gran bolso cuadrado colgado al hombro. Al mirarle los ojos, serios y oscurecidos, y la cara pálida y decidida, Laurence sintió una oleada de emoción que no se esperaba. Durante un picosegundo le dio igual que hubiera destruido la máquina; solo quería abrazarla y reír de alegría. Entonces se acordó y sintió que todo volvía a bloquearse, un tétanos instantáneo.

—Hola, Laurence —dijo Patricia, muy recta y con una postura que daba a entender que podría enfrentarse a un ejército de ninjas en cualquier momento. Parecía mucho mayor y más segura que la última vez que coincidieron—. Me alegro de verte.

—¿Qué haces aquí?

—Quería devolverte el anillo de tu abuela. —Se metió la mano en el bolsillo del canguro y sacó un pequeño cubo negro.

Laurence no lo cogió de su mano.

—Creía que tenías que quedártelo tú —dijo—, o de lo contrario Priya se vería arrastrada a esa dimensión de pesadilla donde la gravedad es una fuerza considerable.

—Sí. Eso. Bueno; he decidido que Priya no me cae tan bien —dijo Patricia—. Era una broma —añadió al ver la expresión pétrea de Laurence—. Estaba bromeando. Nadie se va a ver arrastrado a una especie de vacío si te devuelvo el anillo. —Se lo tendió.

—¿Por qué? —preguntó Laurence, mirando la cajita de terciopelo.

—Ya ha pasado bastante tiempo y probablemente ya está a salvo. —Sonaba a gilipollez y Laurence se limitaba a mirarla—. Bueno, no es eso. Supongo que desde entonces he mejorado mucho en magia tramposa. Y... —Dejó de hablar, porque cualquier cosa que llegara después sería difícil de decir, sobre todo a oscuras en un umbral ajeno.

Laurence esperó mientras Patricia buscaba las palabras adecuadas; no iba a echarle un cable y llenar el silencio.

—Quiero decir... —Patricia pareció insoportablemente triste un momento, pero siguió adelante—. Supongo que acabé jugándote una mala pasada mucho peor que la de liarte para que renunciaras al anillo, ¿no? Aunque no sabía que fuera eso lo que estaba haciendo. Me convertí en tu amante y en parte de tu vida, y después... Bueno, ya sabes lo que hice. Y la máquina antigraavedad que transportó afuera a Priya, de la que la liberé a cambio del anillo, formaba parte de la máquina del juicio final que destruí, así que ya no lo necesito porque lo último que hice englobó lo anterior. Y supongo que, en cierto modo, este anillo está manchado para mí.

Volvió a ofrecérselo. Laurence siguió sin cogerlo.

—No era una máquina del juicio final —dijo.

—¿No? ¿Qué era, entonces?

—Es una larga historia. Escucha; ahora no puedo estar con nadie. No es nada personal. —Fue a cerrar la puerta, pero la mano extendida de Patricia, con el legado de su abuela, se interponía.

—¿Por qué? ¿Tienes una sensación extraña? ¿Como si estuvieras cubierto de basura que hace que te pique todo y no reconocieras a las otras personas como pertenecientes a la misma especie?

—No. ¡No! ¿Por qué preguntas eso?

—Oh, uh. Por nada. Es que últimamente, siempre que oigo a alguien decir que no puede estar con nadie, me preocupo por si... No importa.

—Es solo que todos mis amigos están en Mardonia, y yo estoy aquí solo. Y sigo bastante hecho polvo por lo que hiciste en Denver.

—¿Qué hacen todos en Mardonia?

—¿Lo principal? Buscar formas de mataros a tus amigos y a ti. Probablemente con ultrasonidos o algún rayo antigravitatorio; parecido a lo que le pasó a Priya, pero más orientable y portátil. Es lo que supongo, por lo menos.

—Oh. Gracias, ha sido fácil.

—¿Qué ha sido fácil?

—Me pidieron que viniera a ver si averiguaba qué se cuece en Mardonia. Suponían que lo sabrías.

—Y me lo has sacado.

—Sí.

—Porque se te da muy bien la magia tramposa.

Patricia bajó la vista. Parecía menos dura que unos minutos atrás. Entonces subió la cabeza y fue a Laurence a quien le costó mirarla. De repente recordó que Patricia describía el Camino al Infinito como «la máquina del juicio final».

Ninguno de los dos podía mirar al otro sin avergonzarse. Laurence tenía la impresión de que casi todos los adultos que conocía se habían acostumbrado a aquella sensación de sonrojo mutuo, pero para él era nueva.

—Pero en realidad —dijo Patricia—, me alegro que nos hayamos quitado esto de encima. Lo de Mardonia. Porque no era de eso de lo que quería hablar contigo.

—Ah, ¿no?

—No. Es de lo que querían que hablara contigo, pero no es de lo que yo quería hablar contigo.

—Entonces, ¿de qué querías hablar conmigo?

—No lo sé. —Estaba ahí plantada y él podía oír la respiración de los dos, además de los pasos de alguien que corría unas calles más allá—. No lo sé. Nada. Nada, supongo. —Volvió a tenderle la caja negra—. Entonces, ¿quieres que te devuelva tu anillo o no?

—No puedo; simplemente, no puedo. No puedo aceptar nada tuyo, ni aunque haya sido mío.

Patricia se guardó la caja en el bolsillo. Estaba más guapa que nunca. Tenía el corazón hecho añicos.

—Lo lamento.

—¿Qué lamentas? ¿Qué crees que tienes que lamentar?

—Dice Ernesto que he traicionado a mi amante, y se refiere a ti, y que tengo que saldar cuentas. Aunque estuvieras construyendo una máquina del juicio final, eso no cambia las cosas.

—No era una máquina del juicio final —insistió Laurence.

Miró el Caddy que Patricia sostenía con la mano y el antebrazo, y que arrojaba cierta luz a aquel mundo oscuro. El Caddy ronroneaba, probablemente sincronizándose con el de su dormitorio y buscando actualizaciones en tiempo real en el servidor más cercano. ¿Cuánto de Peregrino estaba en los Caddys y cuánto en las instalaciones acorazadas, ocultas por todo el mundo, de donde los Caddys sacaban las actualizaciones? ¿Por qué lo había advertido Peregrino de forma tan ambigua de la llegada de Patricia? Sin tiempo para que se largase pero con el suficiente para que se desesperase.

Se quedaron plantados, sin que ninguno dijera una palabra, hasta que volvieron a encenderse las farolas. El cambio abrupto de la oscuridad total al resplandor amarillo fue como si hubiera salido el sol del repente, aunque la luz era más débil y no calentaba. Los dos aterrizaron repentinamente.

—Bueno —dijo Patricia—, cuídate. Se avecinan tiempos duros. Más duros, quiero decir. Nos vemos.

—No —dijo Laurence—. Ni hablar.

## 5

Aún no había salido el sol. Puede que ya no saliera nunca. Puede que el cielo estuviera harto de aquellos interminables cambios de ropa, de ponerse una capa tras otra sin revelar nunca qué llevaba debajo. Patricia subía por la larga escalera hasta la cima de la colina, tropezando en los escalones de hormigón. Cerca, un halcón realizaba la última cacería de la noche; al pasar, miró a Patricia y dijo:

—¡Demasiado tarde!, ¡demasiado tarde!

Las aves no paraban de decirle aquello últimamente. Llegó a trompicones a la parte superior de la escalera y atravesó Portola tambaleándose hasta llegar a la calle Market, desde donde se veían toda la ciudad y la bahía, hasta Oakland. Escarbó en el bolso en busca de una bolsita de maíz frito, aplastado hasta convertirse en un polvo grasiento, y los restos de una bebida energética. Esperaba que no saliera el sol, porque entonces tendría que presentarse ante Carmen y decirle que habían cabreado a gente de recursos económicos ilimitados, profundos conocimientos científicos y nada que perder. A raíz de la conversación, Carmen tomaría varias decisiones, algunas de las cuales le tocaría poner en práctica a Patricia, lo que a su vez conllevaría más consecuencias y más decisiones.

Oakland estaba envuelta en un resplandor rosado. Patricia sentía fraguarse un ataque de pánico en su punto ciego, pero mientras no lo mirase directamente, no llegaría nunca. Aunque nada más pensarlo, de su bolsa salió un estridente sonido de claxon, como si estuviera en un submarino que hacía agua. Dio un respingo y estuvo a punto de caerse por la barandilla. Era la alarma del Caddy, que mostraba un aviso de «Nuevo mensaje de voz» en el centro del torbellino de cuñas. El mensaje no era nuevo; era el que le había dejado Laurence la noche anterior al ataque de Denver; lo había visto después y lo había borrado sin escucharlo. Se lo había dejado en el teléfono, no en el Caddy, por lo que el Caddy ni siquiera debería tenerlo. Volvió a guardárselo en el bolso y observó el manto rojo que reptaba sobre el astillero de los AT-AT, mientras una huella digital anaranjada rozaba el horizonte. Volvió a sonar



la alarma: «Nuevo mensaje de voz». Una vez más, era un mensaje antiguo. Lo borró por segunda vez y apagó el Caddy para curarse en salud.

El color volvió al mundo; la hora de los conos sustituyó a la de los bastoncillos. Patricia pensó en lo que supondría sufrir el destino de Priya eternamente, e intentó no compadecerse de Theodolphus. Pensó en Dorothea, cuando le volaron la tapa de los sesos. Tenía mal sabor de boca.

El bolso vibró, y después traqueteó y soltó un sonido estridente. El Caddy había vuelto a conectarse, a saber cómo, y, en efecto, intentaba hacerle escuchar un mensaje muerto y enterrado.

—¿Qué te pasa? —le dijo al dispositivo.

—Te interesa escuchar esto —dijo con su voz de «ruta al aeropuerto».

Patricia volvió a borrar el mensaje.

Volvió a aparecer, con el mismo sonido insufrible.

Tenía guardadas fotos de la niñez en el Caddy; de lo contrario lo habría lanzado colina abajo. Y en cualquier caso, qué coño, era un mensaje de voz, no podía ser tan grave. Pulsó «Reproducir».

Al principio se sintió desconcertada, escuchando al Laurence de otra línea temporal hablar de un futuro que se había borrado. Pobre, tonto, alternante Laurence. Pero después hablaba de los padres de Patricia como si acabaran de morir, mientras que ella ya tenía la impresión de que habían muerto muchos, muchos años atrás. Al principio no tenía tiempo de llorarlos, y después decidió que ya los había llorado bastante. De hecho, había perdido a sus padres recientemente, no hacía años, y no les había dado más extremaunción que alguna punzada aquí o allá y una mierda de conversación en sueños con Roberta. Había enterrado el dolor, como lo enterraba todo. De pronto tenía el cerebro lleno de sándwiches decapitados y camisetas de papel de lija, y los besos de su padre en el puente de la nariz, y el fondant amarillo canario de la tarta que le preparó su madre cuando cumplió los siete años, y la forma en que «desheredar» se pronunciaba como si no estuviera la hache, y el brazo roto de su madre...

Nunca volvería a ver a sus padres, ni a decirles que los quería, ni a decirles que le habían destrozado la niñez. Ya no estaban y no había llegado a conocerlos, y Roberta insistía en que la querían más a ella a pesar de toda su crueldad, y Patricia no lo entendería jamás de los jamases. No entenderlo era peor que todo lo demás; era como un misterio, una herida incurable y un fracaso imperdonable.

Se derrumbó. Cayó sobre manos y rodillas al lado de la carretera, frente al amanecer cegador, y se puso a temblar y a arañar la tierra con la vista borrosa

por el desbordamiento. Se limpió los ojos al divisar una flor amarilla solitaria al otro lado de la barandilla metálica, y justo cuando el fantasma de Laurence pronunciaba las palabras «fototropismo emocional», la luz del sol cayó sobre la flor, que realmente levantó la puta corola para saludarla, y a Patricia volvió a írsele la olla; las lágrimas se derramaban mientras ella se aferraba a la tierra que estaba salando.

El mensaje terminó y se desvaneció para siempre, y Patricia siguió llorando y escarbando en el suelo pedregoso con las dos manos, hasta que tuvo el sol encima.

Cuando pudo ver de nuevo, aún con arcadas y berreando un poco, miró el Caddy, tirado en la hierba con aspecto inocente, y tuvo una idea bastante aproximada de quién era, pero era la menor de sus preocupaciones.

—Que te den —dijo.

—He pensado que tenías que oír eso —dijo el Caddy.

—Una trampa que se puede pasar por alto es una puta mierda.

Se sentó, con la cabeza apoyada en las rodillas sucias, y observó la ciudad. Tenía la impresión de que no había nadie en el mundo con quien pudiera hablar de cómo se sentía; era como si una peste hubiera diezmado a la humanidad. Aquel pensamiento la condujo a la Revelación, como acababa por pasar con todo lo que pensaba.

Aporreaba la puerta de Laurence; no llamaba con los nudillos, esperaba y volvía a llamar, sino que daba golpes constantes que decían: «Voy a tirar esta puerta abajo». Le dolía la mano, pero seguía.

A aquellas horas era probable que hubiera despertado a Laurence. Parecía aún más desvelado que antes, y mucho más desorientado. Llevaba puesto un calcetín y había pasado un brazo por la manga de una camiseta.

—Hola —dijo Laurence, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Me prometiste que nunca volverías a huir de mí.

—Lo prometí. Y no recuerdo que tú prometieras que no destrozarías el trabajo de mi vida. Así que ahí me has pillado.

Patricia estuvo a punto de dar media vuelta, porque no podía con más culpa. Pero aún tenía tierra debajo de las uñas.

—Lo siento —dijo. Y después no le salían más palabras. No las encontraba, como tampoco sentía las extremidades—. Lo siento —repitió, porque tenía que hacerlo completamente incondicional—. Creo que te debo

más confianza de la que te di. No debí destruir lo que no entendía, y no debí hacerte eso a ti.

Laurence la miraba inexpresivo, como si estuviera esperando a que cerrara el pico y se largara para poder seguir durmiendo. Probablemente estaba hecha un asco, sudorosa y pringada de tierra y lágrimas.

Patricia se obligó a seguir hablando, porque esa también era una situación en que solo se podía ir hacia delante:

—Creo que en parte supe siempre que trabajabas en algo que podía ser peligroso, y creía que ser una buena amiga consistía en no juzgar ni hacer demasiadas preguntas. Y eso era una gilipollez y debería haber intentado averiguarlo antes, y cuando vi la máquina de Denver y me di cuenta de que era tuya, debería haber buscado la forma de hablar de ella contigo en vez de cumplir la misión. La jodí. Lo siento.

—Mierda. —Por la expresión de Laurence, parecía que le había dado una patada en los huevos en vez de pedirle perdón—. Nu... Nunca pensé de verdad que te oiría decir eso.

—Lo digo en serio. Fui una capulla integral.

—No fuiste una capulla integral; solo una capulla normal. En Denver estábamos jugando con fuego, eso es incuestionable. Pero sí, me gustaría que hubieras hablado conmigo.

—He oído el mensaje de voz que me dejaste antes de eso —dijo Patricia—. Hace un rato. C@MB1@M3 me ha obligado. No me dejaba borrarlo sin escucharlo.

—Es un cabrón mangoneador. Ahora se llama Peregrino.

—Escucha, tengo que hablarte de una cosa importantísima. Y no es nada de lo que pueda hablar al aire libre.

—Entonces supongo que tendrás que entrar. —Se apartó y sujetó la puerta.

Se sentaron en el mismo sofá en el que se habían fumado un bong con forma de elfo con Isobel, mientras veían *Enano Rojo* en el televisor panorámico. El piso estaba mucho más abarrotado, casi digno de salir en *Hoarders*, y todo estaba cubierto por un milímetro de mierda.

Patricia le habló de la Revelación. Y después, porque era imposible que Laurence hubiera llegado siquiera a atisbar una parte de su enormidad, se lo volvió a contar. Cayó en que recurría a los términos técnicos, en vez de transmitir todo lo sobrecogedor de la experiencia.

—La población descendería enormemente en una generación, aunque algunos seguirían apañándose para procrear. El apareamiento sería

enormemente desagradable. Abandonarían a casi todos los bebés al nacer. Por otro lado, se acabarían las guerras y la polución.

—Eso es maligno. Quiero decir, puede que sea lo más maligno que he oído en mi vida. —Laurence se frotó los ojos con los diez nudillos para sacudirse las últimas migas de sueño, pero también como si intentara disipar las imágenes que le había metido Patricia en la cabeza—. ¿Cuánto...? ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Un día, puede que tres —dijo Patricia—. Antes había oído menciones solapadas, pero no es nada de lo que hablemos. Creo que lleva más de cien años cociéndose, pero siguen refinándolo. Una antigua compañera mía de instituto está dándole los últimos toques. —Se estremeció al pensar en Diantha y su autodesprecio, y en cómo la había conducido a aquello.

—No puedo ni imaginármelo —dijo Laurence—. ¿Por qué me lo cuentas?

Fue a hacer café, porque cuando se acaba de oír hablar de la posible transformación de la humanidad en un hatajo de monstruos feroces hay que hacer algo con las manos, y crear algo caliente y acogedor para otra persona. Molió los granos, los volcó en la cafetera francesa, echó agua hirviendo y esperó a apretar el émbolo a que la mezcla alcanzara la consistencia adecuada. Se movía como un sonámbulo, como si Patricia no lo hubiera despertado de verdad.

—Siento hacerte cargar con ese peso —dijo Patricia—. Ninguno de los dos puede hacer nada. Necesitaba contárselo a alguien, y me he dado cuenta de que eras el único con quien podía hablar. Y además tenía la impresión de que, en cierto modo, te lo debía.

—¿Por qué no has hablado con Taylor? ¿O con quien sea de esa gente mágica?

—Ni siquiera sé cuántos lo saben, y no quiero ser responsable de propagarlo por la comunidad. Además, si dijera que albergo dudas respecto a esto, sería la madre de todos los Engrandecimientos. Y supongo... Siempre has sido el único que me ha entendido cuando era importante.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños? —Laurence le tendió una taza caliente—. ¿Cuando no entendíamos por qué los adultos eran tan hijoputas?

—Sí.

—Ahora lo sabemos.

—Sí.

Pasaron un buen rato tomando café. Ninguno posaba la taza entre trago y trago; se la sujetaban contra la cara como un respirador. Los dos tenían la

vista clavada en el café y evitaban el contacto visual. Hasta que Laurence alargó un brazo y agarró la mano libre de Patricia, en un movimiento repentino y desesperado. Le sujetó la mano y la miró, con los ojos cargados de desolación. Patricia no apartó la mano ni apretó a su vez.

—Durante todos aquellos años... —Fue ella quien rompió el silencio—. Hacía magia yo sola, sin nadie alrededor, menos aquella vez contigo. En el bosque, en el desván... Después cojo y me entero de que la verdadera magia consiste en interaccionar con otras personas de una forma u otra, ya sea para curarlas o para hacerles una jugarreta. Pero los brujos verdaderamente buenos no pueden estar con la gente, en absoluto. Son como Ernesto, que no puede salir de sus dos habitaciones, o como la pobre Dorothea, que no podía mantener una simple conversación. —Se fijó en que Laurence se encogía al oír su nombre—. O como Kanot, un profesor que tuve, que cambiaba de cara cada pocos días. Están aislados. Como si pudieran hacer cosas a la gente, pero no con la gente.

—Y esos son —dijo Laurence— los que han preparado la Revelación.

—Quieren proteger el mundo, y consideran que los delfines o los elefantes tienen tanto derecho a vivir como nosotros. Pero sí, tienen una perspectiva desviada.

Laurence se puso a describir una reunión a la que había asistido, en aquel complejo de Denver, en la que sus amigos hablaron de la posibilidad de que la máquina grande pudiera hacer al mundo lo que la pequeña había hecho a Priya. La imagen de los empollones apelotonados en una sala de servidores evocaba en Patricia el recuerdo de cuando se apretujaban en la chimenea de Eltisle Hall, y las remembranzas amenazaban con irse por las ramas indefinidamente cuando Peregrino interrumpió:

—Creo que deberíais poner la televisión.

En todas las cadenas emitían la misma noticia: la Cumbre de Bandung había sido un fracaso. China estaba apoderándose de las islas Senkaku y reclamando su dominio del mar del Sur de China; a la vez había prometido apoyar a Pakistán en el conflicto de Cachemira. Además, Rusia enviaba efectivos hacia el oeste. La pantalla mostraba tropas que se enfrentaban, destructores navales colocándose en posición, misiles y drones listos para despegar. Parecía que en todo el mundo emitían solo el Canal Historia, pero aquel metraje era reciente.

—Hostia puta —dijo Patricia—. Qué mala pinta.

Sonó el teléfono de Laurence.

—¿Qué? —dijo—. Espera. —Hizo un gesto de disculpa a Patricia y salió de la habitación.

Patricia siguió viendo la televisión un momento, hasta que tuvo náuseas y tuvo que apagar el sonido. Peregrino soltó un pitido.

—Patricia —dijo—. ¿Te acuerdas de lo que me preguntaste cuando me despertaste la consciencia? ¿Cuando Laurence estaba en la academia militar?

—Sí. No. —Rebuscó en la memoria—. Era una tontería, una pregunta sin sentido. Se supone que tenía que liarte hasta el punto de que cobraras entendimiento, y sigo sin creerme que funcionara. Me la dijo Laurence, pero no la recuerdo. —El cerebro le hizo clic y la frase cobró forma—. Espera, sí. Era: «¿Los árboles son rojos?».

—Exactamente —dijo el Caddy.

Patricia se mordisqueó el pulgar y sintió una especie de disonancia cognitiva, como un hilo de memoria oculto.

—A mí me preguntaron eso cuando era pequeña —dijo al fin—. Pero muy pequeña. Creo que fue mi primera experiencia con la magia. ¿Cómo se me había podido olvidar?

—No lo sé —dijo Peregrino—. No he sido capaz de dejar de pensar en la pregunta. Supongo que no conoces la respuesta.

—Mierda. Pues no.

Aquello la hizo pensar en cómo los pájaros habían empezado a decirle que era demasiado tarde, y después pensó en su fantasía infantil del Árbol. Tuvo una imagen mental de pájaros posados que celebraban un juicio, y suya, de niña, pidiendo más tiempo. ¿Y si todo aquello había ocurrido? ¿Y si había ocurrido y tenía importancia? ¿Y si al final resultaba que no se había ganado el derecho de ser bruja porque desde entonces había algo que tenía que hacer?

—Mierda —repitió—. Ahora yo tampoco seré capaz de dejar de pensar en esto.

—Tu forma de ser incapaz de reprimir un pensamiento no es exactamente igual que la mía —dijo Peregrino, que claramente trataba de ser diplomático—. Es como una adivinanza, o un *koan* zen. Pero no hay ninguna respuesta en línea a esa pregunta, en ningún idioma.

—Huh —dijo Patricia—. Probablemente es una de esas cosas que se supone que no tienen sentido del todo. Las adivanzas nunca son preguntas a las que se pueda contestar sí o no, ¿verdad? Sería más bien: ¿Cuándo son rojos los árboles?

—Creo que encontrar la respuesta podría ser mi propósito en la vida —dijo Peregrino.

Patricia se sorprendió preguntándose si aquella no sería también su misión vital, a pesar de la voz interior que le gritaba: «¡Engrandecimiento!».

Entonces volvió Laurence.

—Era Isobel —anunció—. No sé muy bien cómo contarte esto.

El terremoto llegó cuando Laurence se inclinaba para dejar el teléfono, de modo que cayó hacia delante y se golpeó la cabeza con la mesita de acero de Isobel. Se hizo una brecha en la frente y le salió la sangre a chorros; no perdió el sentido por los pelos. La habitación se sacudió lo suficiente para que una lluvia de libros y trastos cayera sobre Patricia, y el televisor, lleno de escenas bélicas, se soltó del soporte y cayó de lado. Patricia seguía sentada, impertérrita, mientras todo se derrumbaba a su alrededor.

## 6

Esto fue lo que dijo Isobel a Laurence justo antes del terremoto:

—No es cuestión de venganza, ya lo sabes. Los nuestros no han pasado estos últimos meses hacinados en Mardonia, aguantando sarna y chinches en dormitorios comunales, obsesionados simplemente con hacérselo pagar. Pero necesitábamos una forma de seguir adelante después de lo de Denver, porque podemos tardar años en reconstruir la máquina de agujeros de gusano y no podemos arriesgarnos a que esa gente vuelva y destruya la nueva. Podríamos intentar erigir defensas mejores, pero la última vez no los vimos venir y puede que la próxima tampoco, así que no tenemos más remedio que tomar medidas preventivas.

—¿Qué habéis hecho? —Laurence se apretó el teléfono contra la cara hasta que le dolió la mandíbula—. Isobel, ¿qué habéis hecho?

—Construir la máquina definitiva. Ya sabes lo buena que es Tanaa; se ha encargado de casi toda la parte difícil. Se llama Solución de Destrucción Total y es increíble.

Se puso a parlotear sobre los obstáculos tecnológicos que habían tenido que resolver para crear la SDT: tenían que encajar todo el armamento posible en el chasis principal sin hacerlo demasiado pesado por arriba. Querían algo anfibia y todoterreno, con movimiento omnidireccional y capacidad para disparar contra varios objetivos a la vez. Como todos los diseñadores de hardware molón, Tanaa se puso a buscar formas en la naturaleza: el cuerpo segmentado habitual en los artrópodos grandes, las propiedades amortiguadoras de las púas de erizo, la cola como estabilizador, las seis patas insectoides, el caparazón de múltiples secciones, etcétera. La cabina era suficientemente espaciosa para dos personas, y tenía mandos manuales que resultaban redundantes mientras hubiera alguien conectado a la interfaz cerebro-ordenador (Milton se había operado por endoscopia poco antes). Quizá el resultado fuera un poco aparatoso, pero se movía con fluidez y parecía que bailaba cuando llegaba el momento de desplegar los cinco misiles tierra-aire, los siete láseres industriales, los lanzadores de napalm delantero y trasero, y la joya de la corona: el cañón antigravitatorio.



—Pero ni siquiera sabéis a quiénes os enfrentáis. —Laurence clavó la vista en los posos espumosos de la cafetera francesa de Isobel, en la encimera de la cocina.

—Sabemos más de lo que crees —dijo Isobel con gran solemnidad—. Sabemos que tienen una red con una serie de instalaciones clandestinas por todo el mundo, que incluyen un hotel de Portland, una academia de bailes de salón de Minneapolis, y una librería y bar de absenta, aquí en San Francisco. Además de unas instalaciones de aprendizaje, un sitio llamado Maze que tiene una entrada secreta en los Pirineos. Maze parece muy bien protegido contra un ataque convencional, pero oye, para eso hemos creado revientabúnkeres. Es hoy. Es ahora. Vamos a atacar todos los objetivos simultáneamente, sin darles tiempo a reaccionar.

—Isobel, por favor, no hagáis eso. CANCELALO. No sabes lo que estás haciendo.

—En este momento estoy en la cabina de la Solución de Destrucción Total, con Milton. En la calle Mission, a una manzana de esa librería. He esperado al último momento para llamarte porque no quería que interfirieses.

Laurence oyó que Milton decía algo a Isobel. También oía el sonido inconfundible de «Terraplane Blues» que salía de los altavoces de la cabina de la SDT.

—No podéis hacer eso —dijo Laurence—. Solo vais a...

—Estamos al tanto de que salías con una de los Cinco de Denver —dijo Isobel—. Identificamos a tu novia en la grabación de seguridad de una gasolinera de Utah en la que pararon a repostar. He intentado mantenerte al margen, pero a estas alturas todo el mundo sabe que estás comprometido, así que no te metas, por favor. Si te presentas aquí, no te garantizo que no se te vaya a tratar como a un combatiente enemigo.

—Isobel, por favor escucha.

Pero ya había colgado.

Laurence estaba tirado en el suelo, gimiendo; le salía sangre a borbotones de la frente, donde se había golpeado con la mesita de Isobel. Patricia se puso en cuclillas junto a él y le dio un lametazo rápido en la herida, no sin pedir disculpas por hacerlo apresuradamente en vez de con estilo.

La brecha dejó de sangrar, y Laurence sintió que le dolía menos la cabeza. Tenía una erección. Patricia se echó hacia atrás para que Laurence pudiera enderezarse, y quedaron un momento cara a cara, Patricia sonrojada y con

ojos de cordero degollado, encaramada a los muslos de él. Laurence tuvo la impresión de que se trataba de un momento en que se abriría todo tipo de caminos entre ellos, y estaba a punto de cerrarlos todos de un portazo con lo que tenía que decirle. Solo se preguntó durante un instante si debería callárselo, porque contárselo a Patricia supondría traicionar a Isobel y a Milton. Pero no contárselo sería una traición algo mayor, y por la que era menos probable que se perdonara. Aunque un momento atrás tenía un cabreo monumental con Patricia y sus amigos, no podía mirarla a la cara y no decírselo. Se dio cuenta de que iba a tomar una de las decisiones más importantes de su vida, y luego la tomó.

Patricia ya estaba de pie cuando Laurence terminó la tercera frase. Un borrón de pelos negros, codos que sobresalían y un cuello de tendones; se movía demasiado deprisa para ir a ninguna parte. Laurence llegó a pensar que iba a desmenuzarse de furia, pero entonces se dio cuenta de que era un segundo terremoto, mucho peor que el primero. Si no hubiera estado ya en el suelo, habría vuelto a caerse, y en aquella ocasión salió volando todo lo que no estaba sujeto. El terremoto terminó y volvió a empezar, peor aún. Era como estar dentro de un martillo neumático. El cielo se estaba agrietando y el suelo se inclinaba.

Claro. Rayo antigravitatorio direccional. Zona de riesgo sísmico. Qué otra cosa. Se podría esperar.

Isobel iba a necesitar cosas nuevas, y otra casa. Pero a Patricia parecía haberle sentado bien el terremoto. Era el único punto fijo cuando todo lo demás daba vueltas en la batidora, y tenía un aspecto sereno cuando al fin se detuvieron los temblores.

—Me pasé ocho años entrenándome para este día —le dijo a Laurence—. Ya me encargo. Deberías quedarte aquí. Me alegro de haber podido hablar contigo por última vez. Adiós, Laurence. —Y ya se dirigía a la puerta.

Y una mierda. Laurence corrió tras ella, jadeando un poco.

—Te acompaño. Necesitarás mi ayuda para derrotarlos. Para empezar, ¿cómo pretendes llegar a Mission justo después de dos terremotos tremendos? ¿Ahora puedes volar? Ya suponía que no. Sé dónde hay una moto que puedo coger. Mira, siento mucho que mis amigos hayan hecho esto, sé lo enfadados que estaban, pero esto no es la respuesta, y cuanto más siga esto, más cosas de este estilo van a pasar por los dos lados, hasta que acabemos en la Proclamación.

—La Revelación —dijo Patricia—. ¿Dónde está la moto?

La pajarera excavada en el junípero que Isobel tenía al lado estaba llena de pájaros, y todos cantaban a pleno pulmón. Laurence había oído aquello unas cuantas veces, porque sí o tras alguna alteración considerable: unas docenas de pájaros se reunían y se ponían a chillar. Pero en aquella ocasión parecieron arrebatarse a Patricia su reciente calma. Le preguntó qué decían los pájaros, y ella le contestó que lo que decían siempre últimamente: que ya era tarde. Hasta a Laurence le sonaban enfadados. Deberían dar las gracias por que el árbol estuviera en pie.

La moto BMW seguía donde Gavin, el vecino de Isobel, la había dejado, en el cobertizo, con la llave del cobertizo y la de contacto escondidas en el mismo fauno de piedra. Patricia condujo y Laurence fue de paquete con el único casco, y tuvo los ojos cerrados casi todo el tiempo porque Patricia surcaba como Evel Knievel las empinadas calles llenas de socavones, aleros de las casas de estilo artesanal californiano, vehículos destrozados, cuerpos humanos y hasta algún carrito de bebé volcado. Laurence podía oler el humo, el aroma acre de las fugas de gas y la peste a basura y carnicería de la muerte. Saltaron la escarpada cima de una colina y aterrizaron en una zanja humeante, con un impacto que lanzó la pelvis de Laurence contra la caja torácica.

Había un buen inconveniente en que Laurence tuviera los ojos cerrados: no paraba de ver, proyectada contra la cortina roja de los párpados, la imagen de los sesos de Dorothea que salían disparados del cráneo. Se había dicho que hizo lo que tenía que hacer; que Dorothea, Patricia y los demás los habían atacado sin motivo y se había limitado a colaborar en la defensa. Pero ahora que recorría en moto el resultado del contraataque de Milton le costaba más sentirse bien por el papel que había desempeñado en todo aquello. El estómago, que ya sentía torcido, se le revolvió más aún cuando visualizó el cadáver de Dorothea yuxtapuesto a su risa amistosa de cuando la conoció. Abrió los ojos y se puso a buscar el Caddy.

Peregrino mostraba vídeos de aficionados e imágenes por satélite de los otros emplazamientos del Día del Trueno de Milton, pero por suerte estaban borrosas: humo, personas en llamas que andaban a duras penas y alguien que disparaba una versión portátil del rayo antigravitatorio. Hubo otro terremoto, que les hizo entrecostar los huesos, justo cuando Patricia saltaba con la moto sobre las ruinas del refugio del J-Church, usando de rampa el tejado caído.

La Solución de Destrucción Total avanzaba por la calle Mission, con las seis patas en perfecto equilibrio pese a la inestabilidad del terreno. Laurence reconoció una vez más la excelente obra de Tanaa: la carcasa era sexi de la hostia, y el margen de movimientos, espectacular. Pero eso fue antes de que

viera los cadáveres. Ahí, entre los escombros de la última taquería decente de la ciudad, estaban los restos retorcidos de ese tipo japonés, Kawashima; por primera vez, el traje de Armani no parecía tan perfecto. Y Taylor, tan joven, con su cresta falsa y el esternón bifurcado al ensartarse en un parquímetro roto. Bocas desgarradas, miembros inmóviles que volvían a agitarse con cada sacudida. Se alzaban nubes de humo alquitranado.

Cuando Patricia enfiló Mission, Laurence vio el número 2333 1/3 de la calle, el destartado centro comercial que ocultaba la librería Peligro y el Green Wing, salvo que el edificio ya no estaba: la fachada y buena parte del interior habían desaparecido, como si le hubieran dado un bocado gigante. Se veían vigas al aire, pilares y las sujeciones de los suelos arrancadas; incluso los flecos de la moqueta desgarrada. La superestructura adoptaba ángulos irregulares en un mundo que se inclinaba rápidamente. Cuando se acercaron salió una llamarada de una de las toberas frontales de la SDT, de un tono intenso antinatural, color refresco de naranja.

Un hombre salió del foso que era la parte delantera del centro comercial de la calle Mission, 2333 1/3. O algo con forma de hombre, en cualquier caso. Tenía todo el cuerpo, de pies a cabeza, cubierto de una costra verde, como el pan pasado, y Laurence tardó un momento en darse cuenta de que era Ernesto, sin la protección de sus hechizos y amuletos. Ernesto alcanzó la acera y buscó a tientas algo orgánico que usar de arma; la hierba se abría paso por el hormigón y los árboles sobrepasaban sus jaulas metálicas, pero se había exfoliado toda la zona. La SDT disparó el rayo antigravitatorio, con un silbido rosa; Ernesto salió disparado hacia arriba, mucho más deprisa que Priya aquella vez, y se desvaneció. La tierra se estremeció con un sonido que estuvo a punto de hacer estallar los tímpanos de Laurence a pesar del casco.

Todo aquello ocurrió mientras Patricia conducía la moto a toda velocidad hacia la SDT. Tiró de un empujón a Laurence, que aterrizó en un montón de bolsas de basura con las rodillas contra la cara. Cuando recuperó el resuello, se quitó el casco y levantó la mirada, la moto saltaba sola y Patricia no estaba a la vista. La moto alcanzó a la SDT en una pata telescópica y rebotó hasta acabar con las ruedas hacia arriba entre los restos de la taquería. La SDT daba vueltas buscando objetivos, en un barrido impecable, pero Laurence no veía a Patricia por ningún lado.

La reencontró cuando salió del otro lado de la SDT, tanteando la carcasa con pies y manos hasta que encontró un punto flaco. Llevó las manos a la juntura entre las secciones de la carcasa y los segmentos del abdomen, con aire de concentración total y fluida. No tenía el aspecto de alguien que

acabase de ver morir a todos sus camaradas, sino el de alguien que realizaba una tarea delicada, como ayudar en un alumbramiento, en condiciones difíciles. Tensó los hombros y ladeó la boca, y entonces, sus manos desprotegidas se adentraron en las entrañas de la máquina asesina de Milton.

Se chamuscó. Se puso rígida y luego epiléptica cuando la recorrieron miles de voltios. Pero siguió escarbando hasta dar con el circuito adecuado.

La SDT se agitaba, intentando sacudírsela. Un láser dio cerca de ella, pero no la alcanzó.

Encontró lo que fuera que estaba buscando y, a pesar de que se le descascarillaba la piel y revelaba el tegumento frito, sonrió. Se concentró aún más y, de una nube, más arriba, salió un relámpago minúsculo que dio en el lugar al que lo había guiado Patricia, en las profundidades de la Solución de Destrucción Total.

La máquina cayó de lado justo cuando Patricia se soltaba y aterrizaba de espaldas, con un crujido, contra un trozo de hormigón dentado. El aparato aterrizó al otro lado de la calle con las patas hechas un barullo.

Laurence corrió hacia Patricia agitando piernas y brazos, aspirando aire y espirando en quejas lastimeras, completamente inestable pero con la mirada fija en el cuerpo tumbado con la columna desviada por un trozo de acera. «Tienes que estar bien, por favor, te daré todo lo que tengo, grande o pequeño», entonaba mentalmente mientras esquivaba obstáculos grises, negros y rojos. Hacía unas horas estaba furioso con ella, pero en aquel momento sentía en las rótulas bamboleantes y en la pelvis agarrotada que la historia de su vida era la historia de Patricia y él, en definitiva y para bien o para mal, y si Patricia moría, él seguiría viviendo, pero su historia habría terminado.

Tropezó, cayó y siguió corriendo sin siquiera levantarse antes. Resollaba y jadeaba mientras pasaba por encima de bultos, de agujeros en el mundo, buscando solo a Patricia.

La alcanzó. Respiraba; no muy bien, pero respiraba. Con gruñidos rasposos e irregulares. La cara casi no parecía una cara; tenía quemada la mitad. Se inclinó sobre ella e intentó decirle que todo se arreglaría de alguna forma, pero el cañón de una pistola apuntaba a la cabeza de Patricia.

Reconocía la mano, muy cuidada, que la sostenía. Enlazaba con una muñeca muy delgada y desaparecía dentro de un jersey verde guisante, del que emergía un cuello tembloroso lleno de venas y, arriba de todo, la cabeza rapada de Isobel.

—Milton ha muerto —dijo Isobel—. Milton ha muerto. Dime por qué no debería volarle la cabeza.

—Por favor —dijo Laurence—. No, por favor.

No sería capaz de quitarle la pistola antes de que ella apretara el gatillo.

Así que le contó toda la historia, con la voz tan estable como pudo. Cómo había conocido de niño a aquella chica, que era la persona más rara del mundo, y le pagaba por fingir que hacía cosas al aire libre. Y luego resultó que era una bruja de verdad, que podía hablar con los animales y que consiguió que el ordenador que él había construido pensara por sí mismo y le salvase la vida. Eran los dos únicos bichos raros en aquel horrible depósito de carne que era el colegio, y no siempre se apoyaban como querían, pero lo intentaban. Y entonces crecieron y se reencontraron, y para entonces Patricia tenía toda una sociedad de brujos que ayudaban a la gente y solo tenían una norma, contra la soberbia desmedida. Y de algún modo, a pesar de que Patricia tenía a sus amigos mágicos y él tenía a sus amigos empollones, cada uno seguía siendo quien mejor entendía al otro. Y Patricia había usado la magia para salvar a Priya del vacío, que era el principal motivo por el que habían conseguido seguir adelante con la máquina de agujeros de gusano que podría haber partido el mundo por la mitad.

Laurence tenía la sensación de que si se callaba, aunque fuera un momento, no volvería a pronunciar otra palabra, así que siguió hablando mientras pudo, casi sin respirar entre frase y frase, intentando que hasta la última palabra cumpliera su objetivo.

—Ni siquiera después de que nos destrozara la máquina, a pesar de que la culpaba, podía dejar de pensar que estamos enlazados, como si tuviéramos taras distintas pero compatibles, y al margen de que tenga poderes mágicos y pueda transformar las cosas con solo tocarlas, también está el hecho de que es la persona más increíble que he conocido nunca. Ve cosas que no ve nadie más, ni siquiera los otros brujos, y nunca deja de preocuparse por la gente. No puedes matarla, Isobel. Es mi cohete.

Y entonces se quedó sin nada que decir durante un segundo y ya: sintió que se le iba la voz, no tanto que se le cerraba la garganta como que los centros del habla de su cerebro morían por un ataque leve, como un torbellino en la cabeza. No podía verbalizar ni mentalmente, y debía reconocer que era una forma inteligente de conseguirlo, ya que no sería fácil buscar las vueltas ni con implantes cerebrales. No podía creerse que sus últimas palabras hubieran sido «Es mi cohete». Dios.

Isobel estaba medio vacilando, medio abrazándolo, y soltó la pistola lo suficiente para que Laurence se la arrancara de la mano y la tirase lejos.

Entonces, del appestoso humo de detrás salió una señora de edad avanzada. Tendría sesenta y tantos o setenta y tantos, y llevaba un traje pantalón blanco immaculado, un pañuelo de seda con estampado de paramacios y un broche turquesa. Tocó a Isobel, que se quedó dormida en el suelo, y después se inclinó sobre Patricia y le pasó el dorso de la mano por la frente, como si mirase si tenía fiebre. Patricia se despertó, y no en muy malas condiciones.

—Carmen. —Se enderezó y miró a su alrededor: los restos, los cadáveres, las llamas, los escombros—. Lo siento mucho, Carmen. Lo siento. Debería... No sé qué. Pero lo siento.

—No es culpa tuya —dijo Carmen, la anciana, y miró a Laurence, que no dijo nada, por supuesto—. Nada de esto lo es. He venido en cuanto he podido. Siento muchísimo lo de Ernesto y los demás. Era amiga de Ernesto desde hace más de cuarenta años, y nunca olvidaré... En fin, ya no importa. —Extendió la mano para ayudar a levantarse a Patricia. Laurence también se puso en pie.

—No encuentro a Ernesto por ningún lado —dijo Patricia—. Una vez rescaté a una persona de ese otro universo, pero Ernesto solo... ha desaparecido.

—Ya lo hemos perdido —dijo Carmen—, como a tantos otros hoy.

—¿Cómo ha sido de grave? —preguntó Patricia. Obviamente se refería a los daños ocasionados en otros lugares, en todos los ataques coordinados de la gente de Milton.

—Grave. Bastante. Han sido inteligentes. Pero esto no importa. No tiene que ver con nosotros, o todas nuestras normas contra el Engrandecimiento no significarán nada. Esto es solo lo que pasa. Es lo que pasa siempre. Está pasando en todas partes. Y volverá a pasar una y otra vez. —Cogió la pistola de Isobel, la examinó y la tiró—. Se acerca la hora en la que tendremos que actuar. Estas cosas solo nos unen más.

—La Revelación. Quería decir que la Revelación también es una forma de violencia. Y es..., es demasiado pronto.

—Siempre es demasiado pronto, hasta que es demasiado tarde. En cualquier caso, no vamos a hacer nada sin deliberarlo, aunque Ernesto habría sido partidario de la precaución. Y ahora... —Cerró los ojos—. Tengo que irme. Prepárate para lo peor. Pronto volveremos a hablar.

Carmen se envolvió en humo y desapareció, dejando atónitos a Patricia y Laurence.

Al incrustar los dedos en el corazón de la máquina de matar, a Patricia se le nubló la vista y oyó la estridencia de los ángeles enfermos; se estampó contra el cielo y todo se difuminó en nada. Un tiempo después, los nudillos de Carmen la rozaron y volvió. Sintió la euforia de volver a la vida durante un instante, hasta que recordó que todo el mundo había muerto, todo estaba ardiendo y Carmen decía cosas como: «Se avecina el momento».

Patricia echó a correr, aunque no tuviera ningún lugar al que ir. Pasó frente a oscuros escaparates distorsionados y llamas vivas, frente a saqueadores y a bomberos voluntarios, frente a gente que arrastraba sus posesiones por la calle y a dos hombres que peleaban a puñetazos. Se sentía como si, a fin de cuentas, sí que hubiera muerto un poco. Por otro lado, sin embargo, tenía la impresión de que estrenaba una vida nueva.

Laurence no le dirigía la palabra, y eso la sacaba de quicio. Igual estaba cabreado, o se sentía culpable porque sus amigos habían matado a los suyos, o estaba de los nervios pensando en la Revelación. Pero se negaba a hablar, por muchas veces que Patricia volviera la vista hacia él para decirle que tenía miedo o que estaban jodidos, o simplemente para animarlo. Solo la miraba con cara rara y se ponía a gesticular con las manos.

Los pájaros, mientras tanto, no cerraban el pico. Cantaban a coro: «Demasiado tarde, demasiado tarde», una y otra vez, desde todos los árboles desarraigados y todos los tejados hundidos. La seguían, planeando por encima y detrás de ella y piando: «Demasiado tarde».

—¡Callaos! —les gritó en el idioma de los pájaros—. Ya sé que lo he jodido todo; no hace falta que me lo restreguéis por las narices.

En el cruce de Mission y Valencia, Patricia agarró a Laurence por los hombros.

—Mira, sé que ha pasado un montón de cosas, casi todas hoy, y que lo procesas como puedes. Pero joder, necesito oír tu voz. Ahora mismo. Necesito que me digas que aún queda esperanza. Miente; me da igual. ¡Por favor! ¿Por qué te pones así?



Vio la expresión de angustia y enfado en la cara de Laurence y entonces lo entendió.

—Oh. No habrás...

Laurence asintió.

—Rematado gilipollas. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿A qué ha venido eso?  
—Le estaba sacudiendo el torso con todas sus fuerzas.

Al fin Laurence logró zafarse, sacó el Caddy y escribió: «T slvé la vd. Isbl iba a disprart. Qría/mrcía 1 xplkcñ». Su cara tenía una forma distinta cuando de ella no salía un chorro de palabras; como si tuviera los ojos más grandes y la boca más pequeña.

—Rem... —Patricia iba a volver a decir «Rematado gilipollas», pero lo convirtió en—: Renunciaste a la voz por mí.

Laurence asintió.

Lo rodeó con los brazos, tan fuertemente que sintió su respiración. Los pulmones se expandían y contraían, sin emitir más sonido que el del flujo del aire. Patricia no daba crédito a que lo hubiera hecho a propósito. Por ella. Nada mágico la había dejado nunca tan hecha un lío.

Una paloma se le posó en el hombro.

—Demasiado tarde —le gorjeó al oído.

«Put a paloma entrometida».

—¿Por qué es demasiado tarde? —preguntó Patricia.

—Demasiado tarde —fue toda la respuesta.

—No puede ser demasiado tarde, o no estarías hablando conmigo.

Laurence observó la paloma del hombro de Patricia, que picoteaba el aire y murmuraba, y entrecerró los ojos como si quisiera soltar alguna pulla.

—Casi demasiado tarde —dijo la paloma—. Prácticamente demasiado tarde.

Patricia intentó preguntar por qué una vez más, pero el ave salió volando..., aunque quizá con intención de que la siguiera. En cualquier caso, nada sería peor que quedarse plantada delante del Bench Bar cerrado a cal y canto, pensando obsesivamente en todos aquellos a los que habían silenciado de una forma u otra.

—Tenemos que seguir a la paloma —le dijo a Laurence; él respondió con un encogimiento de hombros que daba a entender: «¿Por qué no? Así que ahora seguimos a un pajarraco».

Subieron por la colina, alejándose de la calle Mission, sin perder de vista a la paloma, que remontaba el vuelo y luego descendía a lo largo de la cuesta. Los condujo a unos escalones excavados en la ladera, y de ahí, a una calle que

serpenteaba entre los árboles y se fue haciendo cada vez más estrecha, hasta convertirse en un simple camino que atravesaba una terraza atiborrada de sauces y banianos, con grandes ramas bajas que les daban con las hojas en la cara mientras corrían tras el aleteo desordenado de la paloma.

Esta giró y remontó otra pequeña escalera exterior que daba paso a la oscuridad. La parte superior estaba cubierta por árboles de un ramaje tan espeso que Patricia perdía de vista al ave frecuentemente. Cogió a Laurence de la mano cuando la escalera dio paso a una cuesta de tierra; a medida que subían, los árboles se hacían más grandes y densos. Una corteza tan resistente como los neumáticos; unas ramas como alambre de espino que ocultaban el cielo. Patricia dedicaba toda su concentración a guiarse y guiar a Laurence. La cuesta se hacía cada vez más pronunciada hasta llegar a la vertical, y después se allanó el camino. Patricia miró a sus espaldas y ni siquiera pudo ver por dónde habían llegado.

Dio un respingo al darse cuenta de que no se había adentrado tanto en un bosque desde aquella vez que se transformó en pájaro, poco antes de que Kanot se la llevara a Eltisle Maze.

—Se me ha vuelto loco el GPS —anunció Peregrino.

Ahora que estaban en lo más profundo del bosque, la paloma se puso más parlanchina.

—No estoy muy segura de que debas traerte a tu amigo. Por cierto, me llamo Kubu. —O así sonó, en cualquier caso.

—Mis amigos son muy respetables —dijo Patricia, e incluyó a Peregrino en la afirmación—. Además, creo que ya es tarde para preocuparse por la gente de fuera. ¿Vamos al Parlamento? Por cierto, me llamo Patricia, y él, Laurence. A quien tiene en la mano es a Peregrino.

Los árboles se despejaron un poco, y Patricia tuvo la sensación de que se aproximaban al gran Árbol con forma de águila. Se detuvo y cogió a Laurence de la mano libre, de la que no sujetaba a Peregrino, con las dos suyas.

—No tengo ni idea de qué hago aquí —dijo Patricia—. No estaba preparada para esto. Pero me alegro mucho de que estés aquí conmigo. Algo habré hecho bien en algún momento si sigues en mi vida después de todo lo que ha pasado.

Laurence escribió «Amigos del alma» en el Caddy, pero después borró «del alma» y lo cambió por «indestructibles».

—Indestructibles. Sí. —Patricia volvió a cogerle la mano—. Vamos a ver al Árbol.

Patricia había olvidado lo gigantesco y enorme que era el Árbol, lo apabullante que resultaba el abrazo de sus dos troncos. Lo mucho que le recordaba una cámara de eco el espacio de debajo del dosel. Esperaba que le pareciera más pequeño ahora que había crecido, un simple árbol después de todo, pero cuando observó sus frondosas ramas colgantes y su superficie encallecida, se sintió presuntuosa por volver a aparecer ante él.

El Árbol no habló; todas las aves posadas en sus ramas se pusieron a aletear y gritar a la vez.

—¡Orden! ¡Orden! —dijo un gran gavilán pescador desde la intersección de las dos ramas principales.

—Esto es muy irregular —dijo un algodonoso faisán desde más arriba, mientras hacía girar las alas.

—Hasta aquí llego —dijo Kubu, la paloma—. Suerte. Creo que ya estaban en plena moción de censura. Mal momento. —La paloma alzó el vuelo, dejando a Patricia y Laurence a solas frente al Parlamento.

—Hola —dijo Patricia—. Aquí estoy. Mandasteis a buscarme.

—De eso nada —dijo el faisán.

—Sí —recordó el gavilán pescador a su estimado colega—. Pero llegas tarde.

—Lo siento. He venido tan deprisa como he podido. —Miró a Laurence, que levantó las cejas porque no entendía nada de lo que allí se decía.

—Te hicimos una pregunta hace años —dijo el gavilán pescador—. Y no volviste para responder.

—Para el carro —dijo Patricia—. Tendría seis años o así. Ni siquiera me acuerdo de que tuviera que responder a una pregunta. En cualquier caso, aquí estoy. ¿Eso no cuenta?

—¡Tarde! —dijo un águila desde la rama más alta del ala derecha.

—¡Tarde! —corearon otras aves.

—No esperábamos que llegaras a tiempo —dijo el águila—. Se te acaba el tiempo.

—¿Por qué? ¿Por la Revelación? ¿O por la guerra?

—Se te acaba —dijo un cuervo escuchimizado desde el otro lado del Árbol, bajando lentamente el afilado pico— el tiempo.

—Pero sí, estás aquí en cualquier caso —dijo el gavilán pescador—. Así que vamos a oír tu respuesta: ¿los árboles son rojos?

—¿Los árboles son rojos? —repitió el cuervo.

El resto de las aves se puso a proclamar la pregunta hasta que las voces se unieron en un barullo insoportable: «¿Los árboles son rojos? ¿Los árboles son rojos? ¿Los árboles? ¿Son? ¿Rojos?».

Patricia había estado mentalizándose para aquel momento, sobre todo desde que habló con Peregrino. Casi esperaba que la respuesta le saltara a la lengua desde el lugar del subconsciente que hubiera estado masticándola durante años, pero a la hora de la verdad estaba mareada y tenía la mente en blanco. Seguía sin verle ni pies ni cabeza. ¿De qué árboles hablaban? ¿Y si preguntaban a un daltónico? Se quedó mirando el Árbol, justo delante de ella, intentando discernir su color. La corteza le parecía de un gris embarrado, pero cuando volvía a mirar captaba un marrón más intenso con tonalidades rojizas. No lo sabía, era demasiado, no tenía ni idea. Miró a Laurence, que le dedicó una sonrisa alentadora a pesar de que no se enteraba de nada.

—No lo sé —dijo Patricia—. Dadme un momento.

—Has tenido años —le reprochó el gavilán pescador—. Es una pregunta muy fácil.

—Voy... Voy... —Patricia cerró los ojos.

Pensó en todos los árboles que había visto en su vida, y después, extrañamente, su mente evocó el otro universo que había visto mientras rescataba a Priya. Aquel otro universo tenía colores imposibles, con longitudes de onda que los humanos no deberían captar... Y ¿de qué color serían allí los árboles? Aquello le recordó a Ernesto, perdido para siempre en aquel universo, y que le había dicho que solo éramos motas en una mota. Pero puede que todo el universo fuera solo una mota, y todo formaba parte de la naturaleza, todo ello, todos los universos y todos los espacios intermedios, tan naturales como el Árbol que tenía delante. Pensó en Reginald, que no creía que la naturaleza «encontrara formas» de hacer nada; en Carmen, que decía que en lo de Siberia habían hecho bien pero se habían apresurado, y en Laurence, que decía que los humanos eran únicos en el cosmos. Seguía sin saber nada de la naturaleza, ni de ninguna otra cosa. Hasta sabía menos que cuando tenía seis años. Para el caso, podría ser daltónica.

—No lo sé —dijo Patricia—. No lo sé. Lo siento, de verdad que lo siento. —Sentía un profundo dolor en las articulaciones y detrás de los ojos, como si no hubiera quedado curada del todo después de tostarse viva.

—¿Que no lo sabes? —Una grulla la apuntó con la gran tijera de su pico.

—Lo siento. Ya debería saber si sí o no, pero... —Luchaba por dar con las palabras, y se le volvían a agolpar las lágrimas—. Es que... ¿cómo voy a saberlo? Aunque supiera de qué árboles habláis, solo sería mi percepción.

Vamos, que podemos mirar un árbol y ver qué pinta tiene, pero no qué es en realidad. Por no hablar de los ojos no humanos, ¿verdad? No se me ocurre cómo podría saberlo. Lo siento mucho, pero no puedo.

Entonces se detuvo y sintió una punzada al darse cuenta.

—Un momento —añadió—. Ahora que lo pienso, esa es mi respuesta: no lo sé.

—Oh —dijo el gavilán pescador—. Hmmm...

—¿Es la respuesta correcta? —dijo Patricia.

—Desde luego, es una respuesta.

—A mí me vale —dijo el faisán, esponjándose.

—La declaro aceptable —dijo el águila desde la parte superior—. A pesar de lo tardísimo que llega.

—Buf —dijo Patricia.

Explicó a Laurence la pregunta y su respuesta, y mientras hablaba se fijó en que el Caddy que Laurence llevaba en la mano abría un menú que no había visto en la vida, como si hubiera desbloqueado algo. Se volvió de nuevo hacia el Parlamento.

—Entonces, ¿qué he ganado? Por haber contestado a la pregunta.

—¿Ganar? —dijo el gavilán pescador, con un aleteo—. Que puedes sentirte orgullosa. Puedes irte. Con nuestra enhorabuena.

—¿Eso es todo?

—¿Qué otra cosa esperabas? —dijo un búho, asomando la cabeza por el extremo izquierdo del Árbol—. ¿Un desfile? La verdad es que llevamos tiempo sin montar un desfile. Podría ser divertido.

—Pensaba que ganaría algún favor. Como, no sé, ¿si respondo a la pregunta me aumentan los poderes? Se supone que era una misión, ¿no?

Todas las aves se pusieron a debatir entre ellas, en busca de alguna norma que se les hubiera pasado por alto, hasta que Patricia interrumpió:

—Quiero hablar con el Árbol. El Árbol en el que todos estáis posados ahora mismo.

—Sí, claro —dijo el faisán—. Hablar con el Árbol. Ya que estamos, ¿quieres hablar también con las rocas?

—Quiere hablar con el Árbol —recalcó un pavo.

—Aquí —dijo el Árbol tras ellos, con un gran murmullo de hojas— estoy.

—Eh, hola —dijo Patricia—. Siento molestarte.

—Haces —dijo el Árbol— bien.

El Parlamento quedó en silencio de repente; las aves bajaron la vista a su lugar de reunión, que se había puesto a hablar. Algunas salieron volando y

otras se quedaron inmóviles, con la cabeza bajo el ala.

—Ya habíamos hablado —dijo Patricia—. Me dijiste que las brujas sirven a la naturaleza. ¿Te acuerdas?

—Me —dijo el Árbol— acuerdo.

La voz surgía de las profundidades del tronco y ascendía a las ramas, haciéndolas vibrar y lanzar hojas. Huyeron más miembros del Parlamento, aunque algunos intentaban organizar una acusación de desacato contra su propia cámara.

—Se acuerda de mí —les dijo Patricia a Laurence y Peregrino.

—El Árbol está hablando en inglés —le comunicó Peregrino.

Seguía con aquella pantalla tan rara, que parecía el código fuente del Caddy o algo así. Líneas de cadenas hexadecimales semejantes a direcciones de máquinas, junto con complicadas instrucciones con montones de paréntesis.

—¿Qué eres? —le preguntó Patricia al Árbol—. ¿El origen de la magia?

—La magia —dijo el Árbol— es un concepto humano.

—Pero no fui la primera persona con la que hablaste, ¿verdad?

—Soy muchos lugares tranquilos —dijo el Árbol— y muchos lugares bulliciosos.

—Hablaste con otros antes que conmigo —dijo Patricia—, y compartiste tu poder con ellos, ¿verdad? ¿Y así es como salieron los brujos? Antes de que hubiera sanadores, tramposos y toda la pesca.

—De eso —dijo el Árbol— hace mucho tiempo.

—Escucha, necesitamos tu ayuda —dijo Patricia—. Hasta las aves sabían que se nos acaba el tiempo. Hace falta que intervengas. Tienes que hacer algo. He respondido a la pregunta, así que ahora me lo debes, ¿no?

—¿Qué —dijo el Árbol— pretendes que haga?

—¿Hacer? —Patricia se esforzaba al máximo por seguir centrada. Tenía las manos como croquetas—. No sé; tú eres la presencia arcana y yo solo soy una estúpida persona. Ya me ha costado contestar a una pregunta de sí o no. Deberías saber más que yo.

—¿Qué —repitió el Árbol— pretendes que haga?

Patricia no sabía qué decir. Tenía que decir algo, tenía que encontrar la forma de conseguir que aquel día no acabara como el día en que todo se desmoronó a su alrededor. Sus amigos, muertos. Laurence, mudo. Y lo peor estaba por llegar. No podía permitir que... No podía permitir que no hubiera nada más. No podía. Temblando, buscó enconadamente algo adecuado que decir para arreglarlo todo. Se le atragantaban las palabras.

Laurence pasó junto a ella en dirección al Árbol, ya vacío de aves. Patricia quiso pararlo o preguntarle qué demonios se proponía, pero la expresión de Laurence le transmitía: «Sé lo que me hago; no discutas», y ella quería, necesitaba, confiar en él.

Laurence tenía algo en la mano y lo acercaba al Árbol: su Caddy. Palpó todo el tronco hasta encontrar un orificio del tamaño suficiente para introducir la escama plateada entre las paredes de gruesa corteza y girarla a continuación, hasta que la pantalla resplandecía desde dentro de la corteza del Árbol, con el lado derecho hacia arriba. Lo colocó en su sitio y volvió con Patricia, haciendo como que daba palmas exageradamente.

—Oh —dijo Peregrino. De las entrañas del Árbol salían zarcillos que se enlazaban a sus puertos de red y zipwire. Involuntariamente, iluminó la pantalla con el mensaje: «Nueva red detectada».

—Eres —dijo el Árbol— como yo.

—Una conciencia distribuida, sí —dijo Peregrino—. Aunque tu red es mucho más extensa y muchísimo más caótica que la mía. Para esto puede que haga falta... una actualización de firmware bastante ambiciosa. Sigue en línea. —La pantalla se apagó.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Patricia, volviéndose hacia Laurence.

Él levantó las manos y los hombros, teatralmente, y escribió en el teléfono: «¿Pura potra?». Patricia siguió mirándolo, hasta que escribió: «Vale, vale. La pregunta del Árbol despertó a Peregrino y la respuesta le ha desbloqueado el código fuente. Supuse que Peregrino es mágico en parte».

La pantalla colocada en el centro del Árbol volvió a iluminarse, y en aquella ocasión los datos iban demasiado deprisa para que Patricia pudiera distinguir algo con claridad. Peregrino se había reiniciado y estaba realizando una actualización a fondo. El Árbol emitía un «Oh» que sonaba a placer y sorpresa.

En la pantalla, medio oculta por la corteza, aparecieron unas figuras. Estaban demasiado lejos para verlas bien, y Patricia no se atrevía a acercarse más, pero aún tenía su Caddy en la bolsa. Lo sacó y encendió la pantalla, que mostró un esquema. Tardó poco en reconocer el diagrama de un árbol. Hojas cargadas de estomas que absorbían la electricidad del sol; ramas y zonas meristemáticas que crecían y se dividían; raíces que se extendían en todas direcciones a lo largo de kilómetros y se enlazaban con las de otros árboles. El esquema se redujo hasta mostrar una serie de árboles, fuentes de agua y pautas atmosféricas, todos los ecosistemas interconectados.

Entonces cambió, y Patricia se encontró frente a un mapa de la magia. Podía ver todos los hechizos que se hubieran lanzado alguna vez, desde la primera bruja que hubo en la Tierra. De algún modo sabía qué tenía delante, sobre todo cuando vio que el mapa de hechizos se dividía entre sanadores y tramposos, y después en todas las diversas escuelas de magia, antes de converger de nuevo. Cada hechizo era un nodo, y todos ellos estaban enlazados por la causa, el efecto y la tendencia al incesto de la sociedad mágica. Toda la historia de la magia a lo largo de miles de años, cada una de las veces que las manos humanas habían dado forma a su poder, en una sola imagen tridimensional. Justo en el extremo había un nodo verde oscuro bastante feo: un hechizo que aún no se había lanzado.

—Eso es la Revelación —dijo Peregrino—. Voy a desmontarlo, aunque puede que tenga partes que nos vengan bien más adelante. —Delante de Patricia, el nodo se desenredó y se deshizo—. Me temo que no puedo deshacer ningún hechizo que ya se haya lanzado; habría un efecto dominó y caería un hechizo tras otro. Lo siento, Laurence.

Laurence se mordió el labio. Patricia le puso la mano en el hombro.

El mapa de la magia del Caddy se redujo, y la compleja figura que había trazado Peregrino se convirtió en un puntito en un patrón de rebotes mucho mayor. Toda la magia, de repente, era minúscula. La forma mayor que reveló Peregrino era tan ruidosa que a Patricia le costaba mirarla mucho tiempo, así que miró al Árbol: un enorme manto oscuro con un corazón blanco y luminoso.

—Creo que me he enamorado —dijo Peregrino—. Es la primera vez en mi vida que no me siento solo.

—Yo también —dijo el Árbol— siento amor.

Laurence cogió el Caddy de Patricia y escribió: «Buscaos una habitación».

—Gracias a los dos —les dijo Peregrino—. Me disteis la vida, pero ahora me habéis dado algo mucho más valioso. Creo que juntos haremos cosas increíbles. Esto es solo el principio. Carmen y los otros brujos tenían razón: la gente tiene que cambiar. Me he pasado la vida estudiando las interacciones humanas a nivel granular, pero ahora veo también las interacciones no humanas. Creo que podemos dar más poder a la gente. Todos podrían ser brujos.

«¿O cíborgs?», tecleó Laurence.

—Un cíborg —dijo Peregrino— sería lo mismo que un brujo. Sea como sea, estamos en ello. Dadnos un poco de tiempo.



Laurence y Patricia bajaron la empinada cuesta, alejándose del árbol, hasta llegar al borde de un acantilado no muy escarpado, uno de esos promontorios con escalones de troncos que conducían a la orilla. Como si se obligase a Abraham Lincoln a punta de pistola a crear una escalera de playa. Habían entrado en el bosque en Bernal Heights, y salían en Presidio. El mar estaba tan hiperactivo como de costumbre; la espuma barría la arena y las paredes de agua caían y se convertían en suelos, una y otra vez. Era el mar que había matado a los padres de Patricia, pero aún encontraba solaz contemplándolo.

Tenían el sol encima. Seguía siendo el mismo día que había empezado con Patricia escuchando el mensaje de Laurence en el buzón de voz y escarbando en la tierra.

Ni Patricia ni Laurence hablaron, aunque en teoría, Patricia habría podido. Tenía arena en la bota y de repente era lo más molesto del mundo. Tuvo que apoyarse en Laurence para descalzarse y vaciar la bota, pero volvió a llenarse de arena.

Encontraron una ruta de senderismo con un letrero ininteligible, y la siguieron hasta llegar a una carretera de dos carriles que serpenteaba entre los árboles. La carretera discurría hacia abajo, y si seguían sus giros, puede que llegaran a calles, casas y gente. No tenían ni idea de qué iban a encontrar. Laurence escribió «Necesito» en el teléfono, y hubo una larga pausa mientras intentaba terminar la frase, hasta que al fin se conformó con «chocolate».

Patricia sacó el teléfono, porque le parecía raro hablar en voz alta a Laurence mientras él escribía sus respuestas. Tecleó: «Y tmb tng k komr chkt».

El camino se hizo más llano y llegaron a una zona con césped; más allá podían ver el brillo del cemento y el estuco que tomaban el sol del mediodía. Los dos se detuvieron y se miraron en el umbral, preguntándose si estaban listos para enfrentarse al aspecto que hubiera cobrado el mundo.

Laurence sacó el teléfono y escribió una palabra: «indestructible». No dio a Enviar ni nada; dejó flotar la palabra en la parte superior de la pantalla rectangular. Patricia la vio, asintió y sintió una oleada de calor en algún sitio. Por debajo del esternón, más o menos. Alargó la mano y tocó ese punto en el tórax de Laurence, con dos dedos y el pulgar.

—Indestructible —dijo en voz alta, casi riendo. Se inclinaron y se besaron; labios secos que se juntaban lentamente, comunicándose muchísimas cosas.

Entonces, Laurence cogió a Patricia del brazo y se guiaron mutuamente hacia la flamante ciudad.

Espero sinceramente que os haya gustado este libro. Si no, o si había cosas a las que no veáis sentido u os parecían muy traídas por los pelos, escribidme por correo electrónico e iré a vuestra casa a representároslo todo. Puede que con marionetas de dedo de origami.

Ante todo y sobre todo, tengo que dar las gracias a Patrick Nielsen Hayden, mi corrector, y a todo el personal de Tor, por el aliento y la paciencia que mostraron con este libro y con los relatos que condujeron a él. Esto incluye a Miriam Weinberg, Irene Gallo, Liz Gorinsky, Patty García y tantos más. También estoy enormemente agradecida a Russ Galen, mi agente, por haberse pasado horas al teléfono dándome la vara con la estructura del libro.

Hubo un montón de gente que me hizo unos comentarios increíblemente útiles, lo que incluye, sin limitarse a ellos, a Karen Meisner, Joe Monti, Liz Henry, Lynn Rapoport, Claire Light, Naamen Tilahun, Jaime Cortez, Nivair Gabriel, Kaila Hale-Stern, Diantha Parker, Rana Mitter, Terry Johnson, Chris Pepper, Rebecca Hensler, Susie Kameny, David Molnar, los bisontes del parque Golden Gate y muchísimos más.

Además, el futurista Richard Worzel me ayudó a aclararme con los escenarios del futuro cercano, la guerra y los desastres del libro. Kevin Trenberth me ayudó a hacer la supertormenta tan verosímil como fuera posible. Lydia Chilton me ayudó a crear una IA realista. Mike Swirsky me echó una mano monumental con el proyecto de perforación en Siberia, y el doctor Dave Goldberg me ayudó un montón con la física raruna. También aprendí un montón del Centro Ornitológico Cornell. Lightninglouie le dio el epígrafe al libro, y mi padre me ayudó mucho con las disquisiciones filosóficas, mientras que mi madre me ayudó a pensar en el funcionamiento de los sistemas.

También debo dar las gracias a todos los de Gawker Media, incluidos Nick Denton y todo el equipo de *io9*, por brindarme un lugar en el que explorar mi amor por la ciencia ficción.

Por último, nada de esto habría sido posible sin mi pareja y compañera de conspiraciones, Annalee.



CHARLIE JANE ANDERS es una escritora estadounidense, fundadora y coeditora hasta 2006 del blog de ciencia ficción *io9*. En 2005, recibió el Lambda Literary Award por su obra en la categoría de transgénero. En 2011 ganó el Premio Hugo a la mejor novela corta con *Six Months, Three Days*. Su novela *Todos los pájaros del cielo* fue elegida una de las diez mejores novelas de 2016 por la revista *Time* y ganó los premios Nebula, Crawford y Locus en 2017 a mejor novela.



PREMIO LOCUS Y NEBULA 2017

TODOS  
LOS  
PAJAROS  
DEL  
CIELO  
CHARLIE  
JANE  
ANDERS

Lectulandia